Los Silencios Perdidos

Serie Serene Falls I



MAR FERNÁNDEZ



Los Silencios Perdidos

Serie Serene Falls I

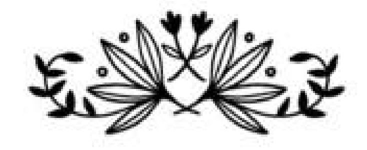


MAR FERNÁNDEZ



Los Silencios Perdidos

Serie Serene Falls I



MAR FERNÁNDEZ



LOS SILENCIOS PERDIDOS

(Serene Falls 1)

“Somos una casualidad llena de intención”.

CAPÍTULO 1

La pareja yacía abrazada en silencio sobre la cama cubierta por unas colchas desgastadas en el interior de la vieja cabaña de vaqueros. El repiqueteo constante de la lluvia en el techo de madera proporcionaba un sonido suave y cadente que creaba una sensación de paz, como si el tiempo se hubiera detenido.

A través de la antigua ventana, la lluvia formaba ríos de gotas que serpenteaban por el cristal, creando un espectáculo efímero e hipnotizante. El aire transportaba un aroma fresco y limpio, impregnado con el dulce perfume de la tierra mojada.

El hombre permanecía con la mirada perdida en la ventana mientras trazaba círculos suaves en la espalda desnuda de la mujer que yacía a su lado con la yema de sus dedos.

—¿Qué sucede? —le sobresaltó la voz femenina.

—Nada —mintió él, temiendo expresar lo que verdaderamente le preocupaba. No quería discutir, especialmente después de casi un mes sin ver a la mujer a la que amaba con todo su corazón. No quería romper aquel momento mágico.

Abigail pareció intuir que algo no iba bien porque apartó su mejilla del pecho masculino y levantó su rostro hacia él para estudiar su expresión. Luego, levantó su mano y acarició su mejilla áspera gracias a varios días sin afeitarse.

—Amor, por favor —le rogó—, no mientas. Se te da fatal —añadió con cierto humor mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Está bien —replicó el aludido. Cuando ella le miraba de esa forma, con sus preciosos ojos azules, era incapaz de negarle nada—. Abigail, es lo de siempre. Estoy cansado de tener que estar escondiendo lo que siento por ti. Quiero gritar a los cuatro vientos que te amo.

—Mi amor, lo entiendo, pero aún es pronto. Tenemos que pensar en los chicos —intentó rebatir Abigail con angustia—. Hailey apenas tiene tres meses… —le recordó.

—Lo sé, he contado cada día de su vida desde su nacimiento —dijo él, apretando los dedos en un puño sin apenas ser consciente del

gesto—. Creo que te he dado más tiempo del necesario, y estoy harto. Abigail, tienes que decidirte o tendremos que dejar de vernos —le advirtió mientras la apartaba de su cuerpo para poder levantarse de la cama improvisada donde había crecido su amor. Cogió los *jeans* desgastados que reposaban en una esquina en el suelo y se los puso con movimientos bruscos.

Abigail le observaba desde su posición mientras se mordía el labio inferior. Podía comprender su sufrimiento, el mismo que ella sentía, pero las cosas no eran tan fáciles. Él era viudo, y sus tres hijos ya casi eran adultos, pero ella tenía que pensar en Brianna, y Hailey y en cómo podría afectar a sus vidas su separación. A su vez, estaba deseando dejarlo todo atrás y empezar una nueva vida junto al hombre que amaba.

El susurro de la lluvia en el exterior parecía armonizarse con la tormenta emocional que se desataba dentro de la cabaña. El hombre permanecía de pie, mirando a través de la ventana sin ver nada, mientras los segundos transcurrían en un silencio tenso.

Por su parte, Abigail se sentó en el colchón, abrazando con fuerza sus piernas contra su pecho. En su rostro se podía ver reflejada la lucha interna que mantenía. Tras varios minutos de intensa inquietud, finalmente rompió el silencio con voz temblorosa.

—Comprendo lo que sientes, y yo también estoy cansada de tener que ocultar nuestro amor. Sin embargo, tenemos que pensar en nuestros hijos y nuestra responsabilidad hacia ellos... Debes entender que no podemos tomar esta decisión a la ligera.

—Lo entiendo—replicó él, girándose para enfrentar su mirada—. Pero también sabes que no puedo seguir ocultando lo que siento por ti, cada vez me resulta más difícil. No es justo para ninguno de nosotros —añadió con voz cargada de dolor y frustración.

Abigail se levantó de la cama y se acercó a él, colocando sus manos en su rostro. Sus ojos azules buscaron los suyos con una intensidad apasionada.

—Mi amor, dame tiempo. Permíteme pensar en cómo podemos manejar esto de la mejor manera posible, sin dañar a los niños. No quiero perderte, pero tampoco quiero que nuestros hijos sufran.

Él asintió, tomando sus manos.

—Está bien, pero no puedo esperarte eternamente. Te amo

demasiado, y si no puedo estar contigo el resto de mis días, prefiero renunciar a ti y seguir con mi vida. Nuestra relación merece ser vivida con libertad, y yo también merezco una vida sin sombras.

—Dame una semana, solo una —rogó Abigail, sintiendo el temor de perder al único hombre que la había hecho sentir realmente viva.

—Está bien —aceptó él a regañadientes. Era incapaz de negarle nada cuando lo miraba de esa manera.

Ella asintió, agradecida por su aceptación. Ahora solo le quedaba encontrar la manera de enfrentarse a su esposo, sin tener idea de cómo reaccionaría cuando le pidiera el divorcio, apenas tres meses después de dar a luz a Hailey. Era consciente de que aquella semana sería un período de reflexiones intensas y decisiones cruciales.

—Gracias, mi amor —dijo Abigail con emoción en su voz.

Él no pronunció palabra alguna. En cambio, sostuvo el rostro de Abigail entre sus manos y le dio un tierno beso en la frente antes de dar un paso atrás. Sus ojos se encontraron de nuevo, expresando todo el amor y la incertidumbre que compartían.

—Te amo, Abigail, más de lo que puedo expresar con palabras. Tómate esta semana para pensar en lo que deseas para nuestro futuro.

Abigail asintió, sintiendo un nudo en la garganta mientras él se alejaba de ella, dedicándole una última mirada antes de girarse. Permaneció en la cabaña mientras el rudo vaquero salía bajo la lluvia, que seguía cayendo inclemente. Avanzaba hacia su camioneta con pasos lentos, las gotas de agua empapando sus ropas, aunque parecía ajeno a su efecto. Estaba sumido en la preocupación por las consecuencias que tendría la decisión irreversible que habían tomado. Sabía que no sería fácil, pero también sabía que juntos eran más fuertes y valientes.

***

Unos días más tarde

Brad Mayers cabeceaba mientras, en el exterior, aquella maldita lluvia no dejaba de caer. Llevaban así casi una semana, y no sabía cuánto tiempo más podría soportar aquella situación.

—¡Maldita sea! —refunfuñó cuando unas gotas de café de su taza se derramaron sobre uno de los informes que plagaban su mesa. Dejó

la taza en una esquina de la superficie y cogió una servilleta antes de empezar a secar la hoja de papel. Estaba a punto de elevarla en el aire para sacudirla cuando el sonido del teléfono rompió el silencio.

—¿Quién será a esta hora? —preguntó en voz alta antes de alargar su mano y coger el auricular.

Al otro lado de la línea, una voz preocupada y familiar le habló rápidamente.

—*Sheriff* Mayers, soy Joe.

—Ya lo sé, ¿qué pasa? —preguntó el aludido, molesto.

—Ha ocurrido algo terrible en una vieja cabaña de arreo de ganado, en el límite con el rancho Moonlight. Tiene que venir, la escena es... dantesca —confesó Joe con voz afectada.

Brad sintió cómo la adrenalina recorría sus venas y la sensación de vértigo le asolaba. Cualquier pensamiento sobre la lluvia y los informes se desvaneció al instante. Conocía bien a Joe, y no era un hombre dado a dramatizar. Si decía que algo grave había sucedido es que así era.

—Ahora mismo voy, estoy saliendo —respondió, luego colgó el teléfono con determinación antes de tomar su chubasquero y salir corriendo hacia su vehículo oficial, aparcado a poca distancia de la puerta de la comisaría.

Brad arrancó el motor de su camioneta y aceleró por las calles de Serene Falls, donde el reflejo de las luces de la calle en el pavimento mojado formaba un mosaico brillante. La lluvia golpeaba el parabrisas, dificultando la visión, pero Brad maniobraba con la precisión de alguien que conocía esas carreteras de memoria.

La vieja cabaña de vaqueros estaba ubicada en un terreno baldío, alejado del camino principal del rancho. Cuando llegó, varias luces de linternas danzaban en la oscuridad, creando sombras que se movían sobre la estructura de madera desgastada de la cabaña. Joe, su hombre de confianza en la comisaria, se acercó rápidamente a su vehículo, sosteniendo un paraguas sobre ambos para evitar mojarse.

—Gracias por venir tan rápido, jefe —dijo Joe, con voz tensa—. No quería decir nada por teléfono, pero esto es... es el peor escenario en el que he estado.

Brad avanzó y siguió a Joe hacia la entrada de la cabaña. Al abrir la puerta, un olor metálico se metió en sus fosas nasales: era sangre. La escena dentro era de pesadilla. Una mujer yacía en el centro de la habitación, su cuerpo marcado por múltiples heridas de cuchillo. El lugar estaba oscuro y desordenado.

—¿Algún testigo?—preguntó Brad, tratando de mantener la compostura.

—No que sepamos —respondió Joe—. El trabajador que la encontró dijo que pasaba por aquí por casualidad. Estaba buscando refugio de la lluvia y cuando entró descubrió el cadáver.

Brad se arrodilló junto al cuerpo y sacó del bolsillo interior de su chaqueta unos guantes de látex que había cogido de la guantera de su vehículo. No tocaría nada hasta que no fuera estrictamente necesario, pero necesitaba averiguar si la difunta era alguien del pueblo o una extraña, y para ello debía apartar el cabello castaño que cubría su rostro. Con sumo cuidado, y ayudado por un boli, retiró la maraña de pelo ensortijado para descubrir las facciones de la mujer.

—¡Joder! —exclamó sin poder contenerse mientras se levantaba y se apartaba unos pasos del cadáver—. Maldita sea mi suerte.

—¿Se encuentra bien, jefe? —preguntó Joe preocupado, se sentía aliviado por haber apartado la mirada, evitando así descubrir la identidad del cadáver, al menos por el momento.

—La verdad es que no —confesó Brad, incapaz de apartar la vista de aquella mujer. A su mente acudieron imágenes y recuerdos de cuando ambos iban al mismo curso en el instituto.

—Necesitamos al forense aquí y a un equipo para recolectar evidencias. Esta no es una escena ordinaria, Joe. Creo que se trata de un crimen pasional.

Con la lluvia aun golpeando el techo de la cabaña, Brad y Joe sabían que estaban al inicio de una investigación que sacudiría los cimientos de Serene Falls.

CAPÍTULO 2

Austin, Texas

12 años después

La sala del tribunal de distrito del condado de Travis resonaba con el eco apagado de voces que murmuraban y el suave crujir de papeles mientras los abogados y las partes involucradas se acomodaban en sus asientos. Harper Duncan se encontraba en el centro de la sala, de pie frente al juez Lewis de rostro serio y mirada penetrante. El sol de la tarde se filtraba a través de las ventanas altas, iluminando el espacio con una luz dorada que contrastaba con la solemnidad del lugar.

Harper se había convertido en una prestigiosa abogada con un porte seguro y una mirada decidida, vestía un traje profesional de color negro que acentuaba su confianza. Su cabello oscuro estaba recogido en un elegante moño, y sus ojos ambarinos reflejaban una determinación inquebrantable mientras sostenía un expediente con los detalles del caso.

Frente a ella se encontraba su defendida, Lisa Rodríguez, una mujer de mediana edad con una expresión ansiosa. Parecía nerviosa y preocupada, como muchas de las mujeres que buscaban la ayuda de Harper para resolver sus problemas matrimoniales. Llevaba consigo un pequeño bolso que apretaba con fuerza contra su pecho, como si contuviera sus esperanzas y temores.

El abogado contrario, Michael Turner, era un hombre de aspecto seguro y traje impecable que esperó pacientemente a que Harper terminara con su alegato antes de levantarse y ajustar uno de los botones de su chaqueta. Luego dirigió una mirada desafiante a Harper antes de comenzar su interrogatorio.

—Señora Rodríguez —comenzó Michael con tono sarcástico—, ¿no es cierto que ha acusado falsamente al señor Morales en el pasado? ¿No ha presentado denuncias de abuso que luego han sido retiradas, supongo que por ser falsas?

Harper intentó mantener la compostura, aunque por dentro estaba furiosa por el alegato de su adversario, y decidió intervenir:

—Protesto, señoría. Es cierto que la señora Rodríguez ha buscado ayuda legal en el pasado —dijo sin titubear—, pero eso no invalida las

denuncias actuales ni niega la situación de abuso en la que se encuentra. Las pruebas que presentamos hoy son sólidas y respaldadas por testigos presenciales.

—¿Testigos presenciales? —dijo Michael con sonrisa irónica— ¿Quiénes serían esos testigos, señorita Duncan? ¿Amigos y familiares de la señora Rodríguez? —cuestionó.

—Los testigos que presentamos hoy son personas objetivas y capacitadas para dar fe de la situación —afirmó Harper con determinación—. Además, tenemos registros médicos y llamadas que respaldan las acusaciones de mi cliente. El historial de abuso del señor Morales es innegable.

—Quizás la señora Rodríguez simplemente está buscando una manera fácil de abandonar su matrimonio y quedarse con la mitad de los bienes de mi cliente —afirmó Michael con tono despectivo.

—La señora Rodríguez busca justicia y protección para ella y sus hijos—replicó Harper con voz firme—, no simplemente la mitad de los bienes de su esposo. No estamos aquí por dinero, señor Turner, sino por el bienestar y la seguridad de una mujer que ha sufrido durante demasiado tiempo.

—Señor Turner, por favor —intervino el juez Lewis con autoridad —, continúe con su interrogatorio de manera apropiada.

El proceso continuó mientras Harper defendía enérgicamente a su cliente, presentando pruebas y argumentos sólidos para respaldar la acusación de abuso. La sala del tribunal era testigo de un enfrentamiento intenso entre los letrados, con el destino de Lisa Rodríguez en juego.

Una hora después, Harper salió del juzgado con la satisfacción de haber ganado otro caso que cambiaría la vida de su cliente. Sin embargo, el enfrentamiento con Michael Turner, al que se había tenido que oponer en más de una ocasión, había sido particularmente desagradable. Turner no perdió la oportunidad de lanzar insinuaciones y comentarios sarcásticos, y Harper estaba cansada de sus tácticas en los juzgados.

Mientras esperaba un taxi, se encontró nuevamente con Turner, quien no pudo resistirse a hacer un último comentario:

—Señorita Duncan —dijo con una sonrisa condescendiente—, quiero que sepa que siempre es un placer litigar con usted.

—Pues me temo que el placer no ha sido mutuo —expresó Harper sin poder contenerse antes de dar la vuelta y caminar con paso airado al taxi que acababa de detenerse junto a la acera para alejarse de ese hombre lo más rápido posible. Necesitó todo el viaje de regreso a la oficina para deshacerse del mal genio que le había creado Turner, Morales y todos los hombres como ellos.

Al llegar a su despacho, Harper fue recibida por su secretaria y mejor amiga, Sarah. La joven le entregó un sobre que había llegado esa mañana con el nombre de Harper escrito a mano en la parte delantera.

Harper examinó el sobre y notó que no había remitente visible. Intrigada, lo abrió y extrajo una carta impresa.

Señorita Harper Duncan:

Después de mucho meditar, he decidido romper mi silencio con la esperanza de que se descubra la verdad de lo que sucedió hace doce años en Serene Falls, y que arruinó la vida de muchas personas.

Imagino que sufrió mucho cuando su padre fue encarcelado, no debió ser fácil convertirse en el blanco de las habladurías y todo lo que conllevó lo sucedido… y debo pedirle perdón por no haber hecho nada al respecto, pero debo reconocer que en su momento me detenía el miedo.

La cuestión es que le ruego que investigue lo que realmente pasó, porque Conrad Duncan nunca habría hecho ningún daño a Abigail Chapman. Regrese a casa y limpie el apellido de su familia.

La mente de Harper comenzó a dar vueltas mientras procesaba la información. La carta la instaba a regresar a Serene Falls y descubrir la verdad detrás del asesinato de Abigail Chapman y la condena de su padre, pero no estaba segura de estar preparada para enfrentar aquellos fantasmas de un pasado no tan lejano.

Sarah, situada a su lado, notó la expresión de sorpresa y confusión en el rostro de la joven y comenzó a preocuparse.

—¿Estás bien, Harper? —preguntó angustiada al ver la palidez de su piel.

Harper levantó la mirada y la dirigió hacia su amiga.

—No lo sé, Sarah. Creo que ha llegado el momento de enfrentar el pasado y descubrir la verdad sobre mi familia. Voy a pedir a Spencer

esos días de vacaciones que me debe —expresó en voz alta, con la intención de dar mayor veracidad a su afirmación, aunque por dentro la sola idea de regresar a Serene Falls la aterraba.

—No entiendo nada —confesó Sarah con los ojos abiertos desorbitadamente. Conocía a Harper desde hacía años y sabía que no había nada que más asustara a su amiga que la idea de regresar al lugar donde se crio.

Harper apenas podía pensar, mucho menos hablar, y simplemente le tendió la carta para que Sarah la leyera y descubriera el motivo de su desasosiego.

***

Serene Falls, Texas

El *sheriff* Liam Mayers se encontraba de pie en la animada plaza del pueblo, donde se celebraba la festividad del 4 de julio. El lugar estaba lleno de vida, con casi todos los residentes congregados. Las risas resonaban en el aire, acompañadas de la música que salía de los altavoces cercanos y el tentador aroma de los puestos de comida que inundaba el ambiente. Las familias disfrutaban de juegos y actividades mientras esperaban con entusiasmo el espectáculo de fuegos artificiales que se avecinaba.

En ese instante, Liam centró su atención en una improvisada carrera de sacos de patatas que se había organizado en el parque. Observaba la escena con una mezcla de diversión y simpatía mientras un grupo de niños competía alegremente, riendo y esforzándose por llegar a la meta. La competencia estaba reñida, y los pequeños corrían con entusiasmo, mientras él los animaba desde la barrera.

En un banco cercano, tres mujeres parecían más interesadas en el *sheriff* que en la carrera en la que participaban sus propios hijos. Susurros y risas compartidas llenaban el espacio, y sus miradas se posaban con admiración en Liam.

—¿Has visto al *sheriff* hoy? —susurró una de ellas a su compañera de asiento—. Está para comérselo.

—¡Claro que sí! —respondió la aludida riendo—. Es como un modelo de revista, pero con uniforme de *sheriff*.

—¡Y esos ojos azules son peligrosamente hipnóticos! —exclamó la tercera con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Si seguimos mirándolo así, podría detenernos por acoso —bromeó la primera.

—¿Os acordáis de cuando íbamos a la escuela secundaria con él? Era el capitán del equipo de fútbol y el *crush* de todas.

—¡Oh, sí! Liam siempre fue el chico popular y guapo del instituto.

—Bueno, parece que no ha perdido su encanto, ¿te has fijado en cómo se ajusta esa camisa a sus pectorales? —dijo la otra, guiñándoles un ojo a sus compañeras.

Las tres mujeres estallaron en sonoras carcajadas que se propagaron por el aire. Ni siquiera se dieron cuenta de que la carrera de sacos había concluido.

Liam, ajeno a que era el centro de aquella conversación, se acercó a ellas con una sonrisa amable.

—Buenas tardes, señoras. ¿Disfrutan del 4 de julio? —saludó con amabilidad.

—¡Sí, estamos teniendo un día estupendo! —respondió Claudia llena de entusiasmo.

—Estamos recordando lo encantador que eras en la escuela secundaria, todas estábamos loquitas por ti —dijo Mia guiñándole un ojo.

Liam, sonrojado, respondió con modestia:

—Oh, vaya… Supongo que todos cambiamos con el tiempo, ¿verdad?

—Pues tú eres como el buen vino. Como decía mi padre, mejoras con los años —intervino Grace, que parecía haber cobrado valentía.

—Gracias por los halagos, señoras —dijo Liam, sonriendo tímidamente—. Si me disculpan, debo seguir con mi trabajo.

Liam se alejó de las mujeres, quienes continuaron sus risas y susurros, y se dirigió al templete situado en medio de la plaza principal, donde continuaba su deber como *sheriff*. Sin embargo, no pudo evitar escuchar a una de ellas murmurar un «cobarde» en tono de diversión, lo que le arrancó una sonrisa.

Justo cuando pensaba en su próxima tarea, su teléfono comenzó a

sonar en su bolsillo. Era Brianna, del criadero de caballos Chapman, quien hablaba con rapidez y preocupación.

—Liam, tengo un problema, un caballo se escapó y, si no lo detenemos, se meterá en las lindes de los Duncan —dijo muy alterada —. ¡Necesito tu ayuda para atraparlo antes de que se entere mi padre!

—No te preocupes, Bree, estoy de camino. Procura apartarlo como puedas del vallado —añadió a modo de consejo.

Colgó el teléfono y se apresuró hacia su coche patrulla, situado a poca distancia. Esta no sería la primera vez que tenía que intervenir con un caballo escapado de los Chapman.

Poco después llegó al lugar gracias a la ubicación que le había enviado Brianna. Allí se reunió con ella y otros trabajadores del lugar, quienes habían estado intentando sin éxito capturar al travieso animal. El caballo, un hermoso alazán, trotaba con libertad por los alrededores, aparentemente disfrutando de su aventura.

—Tenemos que hacer algo rápido, o cruzará a los pastos de al lado—advirtió Liam mientras evaluaba la situación.

Brianna asintió con determinación, no quería ni imaginar lo que sucedería si el caballo llegaba a entrar en los dominios de los Duncan.

—Creo que será mejor que montes. Tienes más experiencia en esto y podrías acercarte sin asustarlo. Luego, intentaremos rodearlo y guiarlo de vuelta.

Liam no perdió tiempo y subió a uno de los caballos disponibles. Con habilidad y determinación, comenzó a acercarse al alazán escapado. El animal lo miró con curiosidad antes de emprender una carrera por los campos circundantes.

La persecución fue intensa. Liam y el fugitivo galopaban por prados y bosques mientras los trabajadores del criadero seguían la persecución en coche, tratando de mantener al caballo dentro de un área determinada.

Finalmente, después de una emocionante carrera, Liam consiguió acercarse lo suficiente como para calmarlo. Con movimientos suaves y una voz tranquilizadora, logró tomar las riendas y detener al animal. El equino, agitado pero obediente, aceptó ser guiado de vuelta al criadero.

Brianna y los demás trabajadores llegaron poco después, aplaudiendo la habilidad y valentía de Liam.

—¡*Sheriff*, eres un verdadero vaquero! —exclamó Brianna, impresionada.

Liam sonrió humildemente y respondió:

—Bueno, nunca se me dio mal lidiar con caballos. Ahora asegurémonos de que este joven aventurero esté de vuelta en su hogar.

CAPÍTULO 3

Austin, Texas

El restaurante Riverside Bistro era acogedor y elegante. Las luces tenues creaban un ambiente íntimo, mientras el murmullo de los comensales y la suave música de fondo llenaban de vida el lugar. Las mesas estaban decoradas con sencillez, y las velas parpadeaban suavemente, añadiendo un toque romántico a la noche.

Harper compartía mesa con Sarah y Spencer, su jefe y pareja de su mejor amiga, que habían sido tan amables de invitarla aquel viernes.

Después de un bocado de una deliciosa ensalada fresca, Harper suspiró pesadamente y miró a sus amigos con una expresión seria.

—Chicos, hay algo que necesito compartir con vosotros. Una idea que me ha estado atormentando los últimos días —empezó a decir, jugueteando con su tenedor.

Sarah y Spencer intercambiaron una mirada preocupada antes de volver su atención a Harper, que parecía haberse quedado sin voz.

—¡Oh, vamos, Harper, no te hagas de rogar! —le recriminó Sarah.

—Tranquila, mi amor. Tienes que aprender a ser más paciente —le reprochó Spencer divertido.

Sarah, por su parte, le dedicó una mirada airada a Spencer antes de volver su atención a su amiga, que en ese momento se peinaba el pelo con dedos nerviosos.

—Es por esa maldita nota —confesó finalmente—. No sé quién la dejó ni por qué, pero me hizo recordar todo lo que ocurrió en Serene Falls.

Sarah puso una mano sobre el hombro de Harper con cariño, demostrándole con el gesto todo su apoyo.

—Harper, sé que esa nota fue bastante inquietante, pero: ¿qué planeas hacer al respecto? —preguntó confusa.

—En realidad no lo sé —confesó Harper mientras se frotaba las manos con nerviosismo—. Pero siento que debo hacer algo al respecto. No puedo seguir ignorando el pasado. Quiero descubrir la verdad

sobre lo que sucedió y por qué mi familia se desmoronó después de ese maldito asesinato.

Spencer asintió, comprensivo.

—Es una decisión importante, Harper, ¿estás segura? Estamos de acuerdo en que esa nota es bastante inquietante, aunque, la verdad, no dice nada en concreto.

Harper miró fijamente su plato casi vacío, reflexionando sobre las palabras coherentes de Spencer.

—Lo sé, pero tengo la sensación de que debo volver e investigar lo sucedido. Llámalo corazonada—añadió elevando su rostro.

—¿Corazonada? —repitió Spencer confuso. Conocía a Harper desde hacía muchos años. Era una mente lógica y analítica, y por ese mismo motivo era tan buena abogada. Los pálpitos, intuiciones o designios divinos no tenían mucho que ver con ella.

—¿Crees que me estoy volviendo loca? —preguntó Harper, preocupada ante la expresión perpleja de Spencer.

—No, cariño, no estás loca en absoluto —contestó Sarah rotunda —. A veces hay que dejarse llevar y ser menos cerebral—dijo mientras dirigía una mirada molesta a Spencer—. Todos tenemos asuntos pendientes en la vida, y es normal querer resolverlos. Además, Serene Falls es tu hogar. Quizás sea el momento adecuado para afrontar el pasado.

—Harper, sé que siempre has sido alguien que se toma el tiempo necesario para evaluar las cosas. Si sientes que esto es lo correcto, entonces debes seguir tu instinto. A veces, nuestras emociones pueden guiarnos hacia respuestas que la lógica no puede proporcionar —dijo Spencer con un tono más comprensivo.

—Exactamente —intervino Sarah—. A veces, nuestras intuiciones nos llevan por el camino correcto. Harper, estaremos aquí para apoyarte decidas lo que decidas.

—¿Aunque me coja unas vacaciones? —preguntó Harper a Spencer.

—Claro, cielo, no recuerdo la última vez que te cogiste unas —respondió el aludido con humor—. Aunque no te voy a negar que me vas a hacer falta, eres una de las mejores abogadas del bufete.

—Gracias, chicos —dijo Harper emocionada—. Significa mucho para mí tener vuestro apoyo.

Un par de horas después, Harper se encontraba en su apartamento, inmersa en la melancolía de la noche. La decisión de regresar a Serene Falls la había llenado de emociones encontradas, y mientras se preparaba para su próximo viaje, decidió revisar algunas de sus pertenencias personales. Abrió un cajón de la cómoda y extrajo una caja de cartón desgastada que había guardado durante años.

Sentada en el borde de la cama, sostenía la caja en sus manos, con la mirada perdida en el pasado. Con cuidado, retiró la tapa y la colocó a un lado, dejando al descubierto el tesoro de recuerdos que yacía en su interior. La primera imagen capturaba a una niña, sonriente y risueña, junto a sus hermanos y su padre. La risa y los recuerdos de la infancia inundaron su mente mientras pasaba las fotografías que acababa de ver al final del montón que sostenía entre sus dedos.

Las imágenes la transportaron de regreso a sus días de escuela, con fotos del colegio y del instituto. Rememoró a sus amigos de la infancia y los momentos compartidos que habían quedado grabados en su memoria. Luego, descubrió una entrada de cine arrugada de la reposición de la película *Titanic*. Aquella fue la primera película que había visto con el chico del que estuvo locamente enamorada, Liam Mayers.

Harper observó la entrada con una sonrisa melancólica, luchando por contener las lágrimas que se escaparon de sus ojos. Recordó la emoción y los nervios de aquella primera cita adolescente mientras miraba la película en la gran pantalla. Los gratos recuerdos de aquel tiempo se entremezclaban con el dolor de lo que pasó después, y cómo su amor se desmoronó, dejándola con el corazón herido y el alma partida.

Con movimientos bruscos, cerró la caja de recuerdos y la volvió a guardar en el cajón. Sabía que su regreso al pueblo también la llevaría a esos momentos dolorosos que había intentado olvidar durante mucho tiempo. Pero ya no había vuelta atrás; Había tomado una decisión, y nada ni nadie la haría retroceder.

Sarah y Spencer tenían razón. Ese viaje no solo serviría para descubrir la verdad detrás de la nota anónima, sino también para reencontrarse con sus hermanos e intentar recuperar el tiempo perdido. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvieron juntos como familia, y Harper anhelaba esa conexión que

se había perdido a lo largo de los años.

A pesar de las dudas y el temor que sentía, una chispa de determinación ardió en su interior. Se levantó de la cama y comenzó a hacer las maletas para su viaje de regreso a Serene Falls. No sabía lo que encontraría allí, pero estaba decidida a enfrentar su pasado y descubrir la verdad detrás del asesinato que había destruido a su familia.

Mientras doblaba la ropa y llenaba su maleta, una sensación de esperanza se abrió paso en su corazón. Tal vez, al final pudiera encontrar respuestas y, quizás, sanar las heridas que habían estado abiertas durante tanto tiempo. El viaje que se avecinaba sería un desafío, pero Harper estaba lista para enfrentarlo con valentía y determinación.

***

Serene Falls

Afueras del rancho Moonlight.

El sol del mediodía brillaba en el cielo despejado sobre los vastos pastos del rancho Duncan. Jared y Colt estaban ocupados moviendo el ganado hacia una nueva zona de pastoreo como parte de su rutina diaria. Ambos hermanos eran hombres de pocas palabras mientras trabajaban, pero su conexión era palpable, forjada durante años de colaboración en la administración del rancho y la superación de los desafíos que habían enfrentado juntos.

Colt, el hermano mediano, aprovechando que habían llegado al pie de la montaña y el ganado estaba más controlado, no dudó en tirar de las riendas para parar su caballo y, tras quitarse los guantes de trabajo, sacó el móvil del bolsillo trasero de sus *jeans* para revisar si tenía algún mensaje o llamada. Era el más aficionado a la tecnología de los dos, aunque se mantenía en contacto con el mundo exterior de manera limitada mientras trabajaba en el rancho.

Harper: (11:34 am) ¡Hola, Colt! Espero que estés teniendo un buen día en el rancho. Tengo algunas noticias... Mi jefe me ha dado unos días de vacaciones y estoy pensando ir a Serene Falls. Siento que es hora de enfrentarme al pueblo, creo que ya estoy lista para regresar. ¿Qué opinas al respecto?

«¡Oh, mierda!», pensó Colt mientras se rascaba la cabeza sin saber muy bien qué responder a Harper. Sabía que Jared no se tomaría

demasiado bien la noticia de que su hermana pequeña quisiera pasar sus vacaciones allí después de lo que habían luchado para sacarla de Serene Falls. Lo habían hecho con la única intención de protegerla de las habladurías que ellos habían sufrido en carne propia tras la encarcelación de su padre.

Jared, el mayor de los hermanos, frunció el ceño cuando vio a Colt con la mirada clavada en la pantalla de su móvil y no dudó en espolear su caballo para dirigirse a él. Cuando estuvo a su lado, tiró de las riendas y chascó la lengua, molesto, al percatarse de que Colt no se había dado cuenta de su presencia, absorto con aquel maldito teléfono.

—¿Qué demonios estás haciendo, Colt? Deja ese aparato y concéntrate en el trabajo—gruñó mientras clavaba sus temibles ojos verdes en el rostro sobresaltado de su hermano.

Este suspiró pesadamente y guardó el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón antes de atreverse a hablar.

—Lo siento, Jared, solo estaba revisando algo rápido.

—Sí, siempre es «algo rápido» —replicó Jared molesto, pero al descubrir la expresión preocupada de su hermano no dudó en preguntar—. ¿Sucede algo?

—He recibido un mensaje de Harper —contestó Colt, preparándose mentalmente para el estallido de furia de Jared cuando conociera las intenciones de la pequeña de la familia.

—¿Y? —cuestionó el mayor, arqueando una ceja.

Colt miró a su hermano con seriedad antes de atreverse a contestar.

—Dice que tiene unos días libres y que quiere venir a vernos.

La noticia hizo que Jared se moviera inquieto en su silla y mirara a Colt con incredulidad.

—¿Harper va a volver? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué demonios querría hacer eso? —cuestionó con el ceño fruncido.

Colt se encogió de hombros, comprendiendo la sorpresa de su hermano, pero sin querer dar su opinión. Estaba cansado de estar en medio de sus hermanos, y no porque fuera su posición de nacimiento,

sino porque Jared y Harper siempre habían chocado.

—¿Y tú, no dices nada al respecto? —interrogó Jared frustrado.

—No lo sé, hermanito. Solo dice que va a venir y algo sobre «enfrentar el pasado».

Jared frunció el ceño, claramente preocupado. Aunque él y Harper se pasaban la mayor parte del tiempo discutiendo, la quería mucho y lo único que había hecho desde la encarcelación de su padre había sido intentar protegerla.

—Sabes que la gente de Serene Falls no ha olvidado lo que pasó con nuestro padre. Aún hay murmullos y miradas acusatorias. No quiero que pase por eso.

—Lo sé, Jared. Pero Harper ya es una mujer, y, en mi opinión, ya que me la has pedido… bueno, si ha tomado esta decisión, debemos respetarla.

Jared suspiró mientras acariciaba distraídamente el pelaje de su caballo.

—¿Cuándo viene? —preguntó interesado.

—En unos días, no me ha confirmado la fecha exacta.

—Tendremos que preparar su vieja habitación —replicó Jared, haciéndose a la idea de que no podría evitar el regreso de Harper, esta vez no. Su hermana ya era toda una mujer.

—Sí, y creo que deberíamos hacer algunos cambios —expresó Colt, recordando los peluches que aún abarrotaban la cama.

—Puede ser, pero dejemos eso para luego, hay trabajo que hacer.

—Por supuesto —replicó Colt, aliviado, al ver que su hermano mayor no se había tomado tan mal la noticia—. Si no te importa, yo debería regresar al rancho, en una hora llegará un pedido de cereal.

—Claro, ve tranquilo, puedo encargarme de esto —replicó Jared seguro.

CAPÍTULO 4

Serene Falls

Brianna Chapman se encontraba concentrada en atender a un border collie en la pequeña clínica veterinaria que había abierto recientemente en el centro del pueblo, para disgusto de su padre, quien había asumido que permanecería bajo su yugo en el criadero de caballos familiar por el resto de su vida.

Brianna realizaba la revisión del animal con la asistencia de Erin, una joven estudiante de veterinaria que solía ayudar de vez en cuando. El animal cojeaba de una de sus patas y Brianna se esforzaba por descubrir la causa de su malestar. Estaba examinando detenidamente las almohadillas y las uñas del perro cuando su teléfono móvil comenzó a sonar ruidosamente en el bolsillo de su bata.

—Espera un momento, amiguito peludo —le dijo al perro antes de revisar la pantalla iluminada. Cuando se dio cuenta de que se trataba de una llamada del colegio de su hermana pequeña, soltó un suspiro.

—Erin, ¿podrías continuar con esto, por favor? —le pidió a su ayudante, mientras aceptaba la llamada y se alejaba del área de revisión del perro en busca de un rincón más tranquilo.

—Buenos días, Tricia. ¿Qué ha sucedido? —preguntó Brianna con preocupación latente en su voz.

—Brianna, lamento molestarte —respondió la voz amable de su amiga desde el otro lado de la línea—, pero ha ocurrido algo con Hailey.

—Pero ¿está bien? —preguntó Brianna, preocupada.

—Sí, por supuesto. Hailey se encuentra bien, es solo que ha vuelto a armar una de sus travesuras. Pensé que sería mejor llamarte a ti antes que a tu padre —explicó Tricia.

—Gracias por avisarme —agradeció Brianna.

Después de asegurarse de que Erin estuviera preparada para cuidar del animal, Brianna se despidió de ella y se dirigió hacia la escuela. Durante el trayecto, no pudo evitar preguntarse cuál habría

sido la última travesura de Hailey.

Brianna llegó al colegio y se dirigió al despacho del director Simons. Al entrar en la oficina, vio a su hermana sentada frente al escritorio del director, mirando hacia abajo, visiblemente avergonzada. Junto a Hailey había un objeto que llamó la atención de Brianna: un dron de juguete, el mismo que ella le había regalado el mes anterior para su cumpleaños.

—Señorita Chapman, gracias por venir tan rápido —dijo el director Simons, un hombre de mediana edad con una expresión entre divertida y exasperada en su rostro.

—¿Qué ha hecho Hailey? —preguntó Brianna, preocupada.

—Hemos tenido un pequeño incidente con su dron —respondió el director mientras señalaba el objeto situado sobre la mesa—. Hailey ha estado operando con él en el patio de la escuela durante el recreo. En un intento de aterrizarlo cerca de sus amigos, el dron se descontroló y, en lugar de aterrizar suavemente, chocó directamente contra el trasero del conserje, quien estaba limpiando las ventanas del gimnasio en ese momento. El señor Potter no está muy contento con lo sucedido —concluyó el director, conteniendo una sonrisa que pugnaba por formarse en sus labios.

—Hailey, ¿por qué hiciste eso? —le preguntó Brianna a su hermana, intentando sonar seria, aunque no podía ocultar su diversión al imaginar la escena.

—Lo siento, Brianna —dijo Hailey elevando su cabeza para encontrarse con la mirada de su hermana—. Solo quería probar mi dron nuevo. No pensé que causaría tantos problemas —se disculpó.

Poco después, Brianna se despidió de Hailey con un beso en la frente antes de salir del despacho, donde su hermana pasaría una hora castigada para que reflexionara sobre su acción. En la puerta de salida del centro se encontró con Tricia. Charlaron sobre el incidente del dron y acordaron mantener un ojo en Hailey para asegurarse de que no se metiera en más problemas.

Ya en la clínica, Brianna retomó su trabajo con los animales. Sin embargo, su día dio otro giro inesperado cuando Jared Duncan apareció en la clínica, entrando en la consulta sin tan siquiera llamar a la puerta, cosa que hizo que Brianna sintiera la ira bullir en su interior.

—Señorita Chapman, tenemos que hablar —soltó Jared con una voz rotunda que no admitía replica.

—Señor Duncan, ¿no le han enseñado a llamar a la puerta? —le reprochó Brianna mientras se quitaba los guantes de látex que había utilizado y los tiraba a la basura.

Jared no pudo evitar sentirse avergonzado ante la acusación de Brianna, y, a pesar de las ganas que le dieron de mandarla al cuerno, mantuvo sus labios sellados y siguió a la veterinaria hasta una sala contigua, como le había indicado con un gesto de la mano.

—Señor Duncan, qué sea la última vez que irrumpe así en mi clínica —le advirtió Brianna molesta, a pesar de la mirada torva que él le dedicó.

—Lo mismo digo, que sea la última vez que uno de vuestros caballos se interna en mis tierras, o si no… —replicó Jared con los puños apretados a los costados.

—¿O si no qué? ¿Va a matar al animal? —cuestionó Brianna mientras cruzaba los brazos sobre su pecho—. No lo creo, señor Duncan.

Jared apretó los dientes, consciente de que no debía dejarse llevar por la ira. Respiró profundamente antes de responder.

—No, no lo haré, pero debería tener más control sobre sus animales. No quiero que entren en mis tierras nuevamente. Esto podría haber terminado muy mal.

Brianna estaba a punto de replicar, pero se contuvo. Sabía que no ganaría nada discutiendo con Jared en ese momento. En cambio, optó por un enfoque más calmado.

—Entiendo su preocupación, señor Duncan, y lamento el incidente. Haré todo lo posible para que no vuelva a ocurrir. Pero debe entender que a veces los animales son impredecibles.

Jared asintió, todavía molesto pero dispuesto a darle una oportunidad.

—Está bien, señorita Chapman. Supongo que no podemos controlarlo todo. Pero por favor, asegúrese de que sus caballos se mantengan en su propiedad.

Brianna asintió en señal de acuerdo.

—Lo haré, se lo prometo.

—Está bien —replicó Jared—. Gracias —añadió con esfuerzo antes de girarse y salir del pequeño despachó con paso enérgico.

Cuando Jared abandonó el lugar, Brianna suspiró, aliviada de que la confrontación no hubiera llegado a mayores. Sabía que la relación entre la familia de Jared y la suya era complicada después de lo sucedido doce años antes, pero a pesar de eso prefería mantener una relación cordial con él.

***

Austin, Texas

Una semana después

El Aeropuerto Internacional de Austin-Bergstrom estaba lleno de actividad, con pasajeros que iban y venían y el bullicio característico de un aeropuerto en pleno funcionamiento. Harper, con su equipaje de mano, caminaba por el área de salidas con evidente nerviosismo. Sarah la observaba desde su posición junto a uno de los grandes ventanales.

—Harper, ¿estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó preocupada cuando el incesante paseo de su amiga la llevó a su lado —. Puedes dar marcha atrás en cualquier momento si lo necesitas.

—Lo sé —replicó Harper sonriendo—. Pero necesito saber la verdad, y este viaje es el primer paso para descubrirla.

—Lo entiendo —dijo Sarah—, pero ten en cuenta que no sabemos quién envió esa carta ni cuáles son sus intenciones.

—Es el riesgo que debo tomar —replicó Harper decidida—. No puedo ignorar esta oportunidad si con ello consigo demostrar la inocencia de mi padre, aunque ya no esté con nosotros —añadió con voz apagada.

En ese momento, la voz mecánica de los altavoces anunció el vuelo de Harper, que clavó la mirada en la pantalla frente a sí y volvió a coger la bolsa de mano que había dejado poco antes en el suelo para dirigirse a la zona de embarque.

Cuando llegaron a la puerta, Harper miró a su amiga con gratitud. Era consciente de que Sarah estaba preocupada por ella, pero también sabía que la apoyaba incondicionalmente, como había hecho siempre desde que se conocían.

—Harper, prométeme una cosa —dijo Sarah con seriedad.

—¿Qué?

—No importa lo que pase, quiero que me mantengas informada.

—No podría ser de otra forma —replicó Harper con una sonrisa cálida—. Tú eres mi enlace con la realidad y la seguridad.

—Te cuidaré desde aquí y estaré esperando tus noticias. Y si no me llamas, te juro que cogeré el primer vuelo y asaltaré ese rancho —afirmó Sarah con rotundidad.

—Gracias, Sarah —replicó Harper emocionada—. Eres la mejor amiga que podría tener.

Con un abrazo intenso y sincero, Harper y Sarah se despidieron antes de que Harper abordara su vuelo.

Una hora y cincuenta minutos después, el avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Midland, Texas.

Harper se sentía emocionada y nerviosa ante la perspectiva de regresar a su pueblo natal después de doce años. Quería pensar que era una mujer fuerte e independiente que no temía nada, ni siquiera a los secretos del pasado que habían regresado a su vida como un fantasma, pero no podía evitar sentirse algo insegura.

Al salir de la terminal, comenzó a buscar un taxi y no tardó en localizar una fila de taxis amarillos esperando, pero entre ellos uno de color rosa brillante con un gran unicornio en el lateral captó su atención. Intrigada, se acercó.

—¿Taxi del Unicornio? —dijo Harper con una sonrisa divertida pintada en sus labios.

Una mujer de mediana edad con gafas de sol con forma de corazón y una sonrisa amigable se asomó por la ventanilla al escuchar sus palabras.

—¡El único en Midland! ¿Adónde viajará el mágico Unicornio

hoy?

Harper río ante la ocurrencia. Estaba acostumbrada a los taxis convencionales, pero este parecía prometer una experiencia única.

—Me dirijo a Serene Falls —confesó, temiendo que la mujer no aceptara el viaje, ya que tardarían más de una hora en llegar.

—Sube. Y agárrate, ¡porque este unicornio puede volar! —dijo la mujer con un guiño divertido tras colocarse sus gafas a modo de diadema.

Durante el viaje, la taxista le contó a Harper sobre su idea de hacer su taxi único y cómo había decidido, en un impulso, pintarlo de rosa y añadirle el unicornio. Según decía, los niños lo adoraban y se había convertido en un punto de referencia en la ciudad.

Harper no pudo evitar sonreír durante todo el trayecto. Había esperado una llegada tensa y llena de preocupaciones a Serene Falls, pero la experiencia con el Taxi Unicornio había sido un divertido recordatorio de que la vida siempre puede sorprendernos de la manera más insospechada. Mientras el vehículo se detenía frente al ayuntamiento, Harper pagó la tarifa y le dejó una generosa propina a la simpática conductora.

—Gracias por el viaje —dijo Harper con una sonrisa—. Definitivamente fue... único.

—¡Siempre a tu servicio, querida! —replicó la mujer antes de hacer sonar su bocina tres veces—. ¡No olvides llamar al Unicornio si necesitas un poco de magia en tu vida! —añadió antes de girar el volante y regresar a la carretera.

Harper se quedó de pie frente al edificio histórico del ayuntamiento, sintiendo una mezcla de emociones que la abrumaban. Las fachadas de las tiendas y las casas de los alrededores parecían inmutables, como si el tiempo se hubiera detenido desde su partida doce años antes. A pesar de las circunstancias que la habían llevado de regreso a aquel lugar, una parte de ella se sintió nostálgica.

El reloj de la torre del ayuntamiento marcaba las tres de la tarde, y el sol de Texas brillaba implacable en el cielo despejado. Harper se ajustó las gafas de sol que acababa de colocarse y respiró profundamente el aire cálido y familiar. Era un contraste sorprendente con la vida que había llevado en la gran ciudad, donde el ruido y la prisa eran la norma.

Mientras se disponía a cruzar la calle en dirección al café de Keller para tomar algo mientras mandaba un mensaje a Colt para que fuera a buscarla, una voz conocida la sacó de sus pensamientos e hizo que su estómago diera un vuelco.

—¡Harper Duncan! ¡No puedo creer lo que veo!¿Has regresado después de tanto tiempo? ¿La nenita ya no tiene miedo? —preguntó una voz grave y potente con un marcado acento.

Harper se volvió hacia la voz y clavó su mirada en el rostro masculino, del que conocía cada línea de expresión. Sintió que sus pulmones se quedaban sin aire por un instante. Sí, indiscutiblemente se trataba de Liam Mayers. Y para colmo, su musculoso y trabajado cuerpo iba enfundado en un uniforme policial.

CAPÍTULO 5

Unos minutos antes

El turno de guardia de Liam Mayers, el *sheriff* de Serene Falls, había concluido y decidió regresar a casa caminando para despejarse y estirar las piernas después de varias horas sentado detrás de su escritorio, rellenando papeleo. Estaba a punto de cruzar la calle cuando de repente avistó un coche pintado de rosa chicle que, naturalmente, llamó su atención.

Dudó durante unos segundos, pero finalmente optó por quedarse y observar lo que ocurría con ese taxi tan poco común. Su sorpresa fue mayúscula al ver descender del vehículo a una mujer estrafalaria, que vestía vaqueros ajustados del mismo color que el coche y una camisa blanca llena de unicornios. Sintió la tentación de pellizcar su brazo para comprobar que no estaba dormido y que lo que veían sus ojos era real, pero sabía que no era una ilusión. Sin embargo, la sorpresa fue aún mayor cuando la puerta trasera del coche se abrió y del vehículo salió una mujer ataviada con un vestido vaporoso color camel, con una cintura estrecha ceñida por un cinturón de cuero a juego con las sandalias que protegían sus pies. Su larga melena oscura caía libremente por su espalda, y cuando giró su cabeza y descubrió su perfil, Liam quedó sin aliento durante lo que parecieron horas.

«¿Es realmente Harper Duncan?», se preguntó mientras cruzaba la acera. De pronto fue como si el tiempo no hubiera pasado y aún siguiera siendo aquel adolescente inocente y soñador que un día se enamoró de una de sus compañeras de clase, a la que conocía desde el jardín de infancia. Experimentó nuevamente el hormigueo que había sentido en su estómago cuando al fin se atrevió a pedirle salir; la excitación del primer beso, el primer roce de sus cuerpos… Pero todo eso explotó por los aires tras la detención del señor Duncan, cuando los hermanos de Harper le prohibieron entrar en el rancho, alegando que Harper no quería volver a verle. Según ellos, la razón era que el padre de Liam, en aquel entonces *sheriff* de Serene Falls, había sido uno de los responsables de la encarcelación de su padre.

Sin ser consciente de ello apretó los dedos en un puño, recordando todo lo sucedido y el dolor lacerante en su corazón.

—¡Harper Duncan! ¡No puedo creer lo que veo!¿Has regresado después de tanto tiempo? ¿La nenita ya no tiene miedo? —preguntó sin poder contenerse.

Liam pudo ver la sorpresa reflejada en sus ojos, y cómo sus mejillas se coloreaban, pero luego su expresión se volvió fría y distante, igual que la última vez que se habían visto, cuando él fue a la estación de autobuses para intentar hablar con ella antes de su partida. Había sabido a través de amigos comunes sus planes de ir a la universidad de Texas, en Odessa. A pesar de que en la estación Harper estaba rodeada por sus hermanos mayores, no dudó en acercarse para hablar con ella, pero Harper le rechazó de forma tajante y montó en el autobús sin dirigirle una sola mirada, como si lo que había sucedido entre ellos nunca hubiera existido.

En aquel momento, encontrándose de nuevo ante Liam, Harper tardó unos minutos en recuperarse. A su pesar, no pudo evitar clavar su mirada en el rostro masculino para estudiarlo y descubrir los cambios que se habían producido en él en esos doce años. Liam, con su cabello oscuro peinado hacia atrás y una barba bien cuidada que enmarcaba su mandíbula cuadrada, aún irradiaba una masculinidad segura. Sus ojos azules, que solían brillar con curiosidad y calidez, ahora parecían ocultar algo más profundo, quizás la experiencia acumulada a lo largo de los años. Su porte atlético mostraba que seguía cuidando de su físico, y la madurez le había dado una elegancia que Harper no recordaba haber visto antes en él. Aunque su apariencia exterior había evolucionado, su presencia aún tenía ese poderoso atractivo que alguna vez la había cautivado.

—No, ¿por qué debería tenerlo? —respondió Harper finalmente.

La tensión entre Harper y Liam era palpable, y ninguno de los dos podía evitar sentir el peso del pasado en cada palabra y gesto. Liam, consciente de que había cometido un error al ser tan inquisitivo, trató de suavizar la situación.

—Tienes razón, no deberías. ¿Y qué te ha traído de regreso a Serene Falls después de tantos años? —indagó curioso.

—¿Esto es un interrogatorio? —preguntó Harper mordaz mientras achicaba los ojos y se cruzaba de brazos.

—No, por supuesto que no, es simple curiosidad de un viejo amigo —replicó Liam al percatarse de su error.

No tenía ningún derecho a tratar a Harper como a una sospechosa. Al fin y al cabo, era una ciudadana más del pueblo, aunque hiciera años que no se dignaba pisar sus humildes calles. Sabía por unos y otros que se había convertido en una prestigiosa abogada y

que vivía en el centro de Austin en un pequeño apartamento… pero a él no le importaba la vida de la mujer que le destrozó el corazón doce años antes, ya no.

—Comprendo —replicó Harper escuetamente. Estaba agotada y lo único que quería era llegar a casa—. Bueno, he venido de vacaciones y a visitar a la familia. Y ahora, si no te importa, me gustaría llegar cuanto antes —añadió mientras se agachaba para rescatar sus maletas del suelo, donde habían acabado cuando Liam se interpuso en su camino.

—¿Quieres que te lleve al rancho? —se ofreció el *sheriff* sorpresivamente.

«¿Qué coño estás haciendo?», se reprendió Liam mentalmente cuando las palabras escaparon de sus labios. Ella no era uno de sus conciudadanos, no era una damisela en apuros, era la pérfida mujer que le había dejado tirado en la acera como a una colilla gastada.

Harper abrió mucho los ojos, sorprendida por el ofrecimiento de Liam, pero por nada del mundo quería acabar encerrada en un coche con el hombre que tanto daño le había hecho en el pasado.

—Te lo agradezco, pero mi hermano tiene que estar a punto de llegar —mintió.

—Bueno, como quieras —replicó Liam—. Ahora tengo que irme —añadió antes de hacer un gesto con su sombrero a modo de despedida.

Harper sintió un alivio momentáneo al verlo alejarse, pero no pudo evitar que su mirada se posara en su imponente espalda y en su andar seguro hasta que Liam giró a la izquierda y desapareció de su vista, pero no de sus pensamientos. Cuando había decidido regresar a Serene Falls sabía que no iba a ser algo sencillo, que podía encontrarse con el rechazo de sus vecinos, incluso con el de sus hermanos, que durante todos esos años habían intentado mantenerla alejada del lugar, pero nunca pensó que lo más difícil de enfrentarse con su pasado sería tener frente a ella a Liam Mayers.

Liam caminó en silencio por las tranquilas calles de Serene Falls sin rumbo fijo, a pesar de que cuando había salido de la oficina su único anhelo era llegar a casa y comer uno de los guisos de su madre. Aún se sentía en *shock* tras descubrir el regreso de Harper Duncan, que había reaparecido como un fantasma del pasado. No pudo evitar que su mente se llenara de recuerdos y emociones contradictorias. La

presencia de Harper había revivido un torbellino de sentimientos que había intentado enterrar bajo tierra.

A medida que avanzaba, Liam se dio cuenta de que debía enfrentar la realidad de su situación. Harper estaba de vuelta en Serene Falls, y no podía ignorarla por mucho que quisiera. Había llegado el momento de abordar el pasado y tratar de encontrar una forma de lidiar con la presencia de aquella mujer, que antaño había sido la chica de sus sueños.

***

Media hora después

Colt conducía su camioneta por la carretera que llevaba a Serene Falls. Veinte minutos antes, había recibido un mensaje de su hermana que lo dejó atónito. Resultó que Harper había llegado al pueblo y le pedía que fuera a recogerla. La muy temeraria había decidido aparecer sin previo aviso, sin considerar las consecuencias que su llegada tendría en el rancho familiar.

Colt sabía que cuando Jared se enterara, no estaría demasiado contento, a pesar de que ya le había advertido días antes de la posibilidad de que Harper los visitara. Jared siempre había sido protector y posesivo con la pequeña de los Duncan.

Mientras conducía, murmuraba para sí mismo, pensando en la inminente confrontación familiar que se avecinaba. Pero al mismo tiempo, no podía evitar sentir una mezcla de emoción y anhelo por reencontrarse con su hermana, a quien no veía desde hacía casi dos años, desde su última visita a Austin.

Cuando finalmente llegó a Serene Falls, se dirigió directamente a la cafetería de Keller, donde le había citado su hermana. Su corazón latía con fuerza mientras cruzaba la puerta abatible y buscaba a Harper, a quien no tardó en localizar sentada en una de las banquetas altas del mostrador. Se acercó lentamente y, al llegar a su lado, la llamó.

—Harper —dijo con voz llena de emoción.

La aludida se giró y clavó sus ojos ambarinos en él antes de saltar de su asiento y lanzarse a sus brazos. Colt la recibió encantado.

—No puedo creer que estés aquí —murmuró Harper, con los ojos llenos de lágrimas, mientras aspiraba el aroma fresco de su camisa de

cuadros.

Colt le devolvió el abrazo con cariño y emoción. Era un reencuentro que había esperado durante mucho tiempo.

—Te he echado de menos, Harper —confesó con sinceridad. Pero la preocupación seguía siendo la emoción predominante en su cabeza —. ¿Qué te trajo de vuelta a casa?

Harper se separó de su hermano, aunque sus ojos seguían brillando de emoción. Sabía que algo inquietaba a Colt y creía saber el motivo.

—¿Ha dicho algo Jared? —preguntó suspicaz.

—No, aún no sabe que estás aquí —respondió Colt de manera concisa.

—¿Crees que se enfadará? —quiso saber, sintiéndose de nuevo insegura. No tenía la intención de molestar a sus hermanos con su regreso.

—No lo sé —respondió Colt mientras se encogía de hombros—, pero yo estoy feliz de verte —confesó con una sonrisa tierna.

Durante el trayecto, Colt no pudo evitar pensar en el misterio detrás de la visita de Harper. Estaba claro que no había regresado a Serene Falls para pasar unas vacaciones, no lo había hecho en doce años. Tenía que haber un motivo más poderoso. Sin embargo, decidió que no era el momento adecuado para indagar. En cambio, disfrutó del viaje mientras conversaban sobre los recuerdos de su infancia y los cambios que habían tenido lugar en el pueblo.

Cuando llegaron al rancho, todo parecía en calma. Harper sintió una extraña emoción, entre alegría y tristeza, cuando cientos de recuerdos afloraron en su pecho. Colt estacionó la camioneta y ayudó a Harper a bajar su equipaje. Luego entraron juntos en la casa. Apenas habían traspasado la puerta del salón cuando Jared apareció en el umbral. Sus ojos se posaron de inmediato en Harper y su ceño se frunció.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Harper? —dijo con voz dura.

Harper miró a su hermano mayor con cierta aprensión. Sabía que el reencuentro con Jared no sería fácil, pero no se esperaba una

bienvenida tan fría. Se armó de valor, decidida a que Jared entendiera que ya no era una adolescente manejable, se aclaró la garganta y respondió con voz tranquila:

—Hola, hermanito, yo también me alegro de verte —dijo con un toque de sarcasmo en su voz—. Tenía unos días libres en el trabajo y decidí visitar a la familia. ¿Hay algo de malo en eso? —preguntó defensivamente.

Jared parecía estar procesando la noticia. Su mirada se suavizó un poco, pero seguía llena de preocupación.

—Harper, te recuerdo que tras lo sucedido con papá la gente de Serene Falls no es precisamente amable con los Duncan —respondió a su pregunta.

—Lo sé, recuerda que yo estaba aquí cuando todo ocurrió, pero han pasado doce largos años. Soy una mujer hecha y derecha que ha aprendido a valerse por sí misma y a no tener miedo. Nosotros no hicimos nada malo —añadió con intensidad.

Colt intervino, tratando de mediar en la conversación y aliviar la tensión antes de que las cosas se descontrolasen.

—Jared, por favor, tengamos la fiesta en paz. Nuestra hermana pequeña ha regresado a casa para vernos. Comportémonos.

Jared miró a sus hermanos, y, aunque su expresión seguía siendo severa, parecía estar considerando las palabras de Colt. Suspiró profundamente y su postura corporal se relajó antes de hablar.

—Tienes razón, Colt. Lo siento, Harper —añadió, clavando su mirada en la joven—. Ha sido un *shock* verte aquí después de tanto tiempo.

Harper asintió, agradecida por el gesto de su hermano mayor. Sabía que la reconciliación llevaría tiempo, después de años de disputas, pero al menos había dado un primer paso.

—Lo entiendo, Jared. Solo necesitaba un respiro y sentirme en casa de nuevo.

Jared sintió que su duro corazón latía un poco más deprisa al escuchar la confesión de su hermana, y llevado por un impulso acortó la distancia que los separaba y la cogió en sus brazos antes de estrecharla fuertemente contra su pecho.

—Esta es tu casa y siempre lo será —afirmó Jared en un susurro junto a su oído.

Colt fue testigo de la escena, y tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta antes de ser capaz de hablar.

—Bien, ahora que hemos aclarado las cosas, ¿qué os parece si nos sentamos a comer y hablamos de lo que ha pasado en nuestras vidas todo este tiempo? Seguro que hay muchas historias que compartir.

CAPÍTULO 6

Rancho Moonlight

Harper se encontraba en su antigua habitación. La decoración todavía llevaba la huella de su adolescencia: las paredes estaban cubiertas de carteles de sus bandas y artistas favoritos, una colección de libros desordenados en el estante y un escritorio lleno de recuerdos de la escuela secundaria. Había un rincón donde solía sentarse a escribir en su diario. Todo estaba tal cual lo había dejado antes de irse a la universidad.

La emoción y la incertidumbre sobre su regreso habían hecho que le resultara difícil conciliar el sueño. Se revolvió entre las sábanas, incapaz de encontrar una postura cómoda para dormir. El reloj en la mesita de noche marcaba las horas mientras el silencio de la noche, al que no estaba acostumbrada, parecía querer engullirla.

Finalmente, decidió que no podía dormir y se levantó de la cama. Con pasos silenciosos, bajó las escaleras hacia la planta baja de la casa. La luz de la luna se filtraba por las ventanas, proporcionando suficiente iluminación para moverse sin problemas.

Al llegar al salón, encendió una lámpara de pie, y sus ojos se posaron en una gran pared llena de fotografías enmarcadas de la familia. Había imágenes de su padre, siempre sonriente y cariñoso, y de su madre, cuyo amor incondicional era evidente en cada retrato, aunque ella no tenía demasiados recuerdos de ella. Murió cuando era pequeña, apenas tenía tres o cuatro años de edad. Las fotos de sus hermanos, Jared y Colt evocaban recuerdos de risas y travesuras compartidas que le hicieron sentir nostalgia.

Su mirada se detuvo en una foto de su padre acariciando a su caballo en el establo. Fue entonces cuando una oleada de malos recuerdos la inundó. Rememoró el día en que el *sheriff* Mayers, el padre de Liam, entró en la casa dispuesto a arrestar a su padre. La noticia de que estaba acusado de la muerte de Abigail Chapman dejó noqueado a Conrad Duncan, e incluso algunas lágrimas rodaron por sus mejillas, pero el *sheriff* no se apiadó de él y le puso las manos a la espalda antes de esposarlo.

Harper nunca olvidaría aquella dolorosa escena, ni la devastación en los ojos de su hermano Jared tras escuchar los cargos. Colt, por el contrario, mostraba una expresión de incredulidad en su rostro. Ese doloroso episodio había marcado un antes y un después en sus vidas.

Harper se acercó a la foto de su padre y elevó su mano para acariciar la imagen con la yema del dedo en un gesto de cariño y tristeza. A pesar de las acusaciones y la tragedia que rodearon ese momento, seguía creyendo en la inocencia de su padre. La pregunta sobre la verdad detrás de la muerte de Abigail Chapman seguía sin respuesta, al menos para ella, y esa incertidumbre la había perseguido durante años.

Con un suspiro profundo, se acercó al sofá y se sentó. La casa estaba en silencio y la noche parecía más oscura que nunca. La decisión de regresar a Serene Falls y enfrentar su pasado no había sido fácil, pero era un paso que sentía que debía dar. La búsqueda de la verdad sobre la muerte de Abigail Chapman y la redención de su familia la habían llevado de vuelta a su hogar, y estaba dispuesta a descubrir lo que realmente sucedió, sin importar las consecuencias.

—¿Tú tampoco podías dormir? —la sobresaltó una voz, y al girarse descubrió que se trataba de su hermano Colt. Este caminó hacia el sofá y se sentó a su lado antes de rodearla con el brazo e invitarla a apoyar la mejilla sobre su hombro.

—No, no podía —confesó Harper resignada. Era sorprendente cómo su hermano siempre sabía cuándo algo la perturbaba.

—¿Extrañas los ruidos de la ciudad? —preguntó Colt con humor.

—No, no es eso —replicó Harper.

—Entonces, ¿estás nerviosa por lo que sea que has decidido regresar? Porque entenderás que no me trago esa historia de que necesitabas unas vacaciones.

—¿Acaso no tengo derecho a unas? —preguntó Harper con fingida inocencia.

—Serene Falls sería el último lugar que elegiría un Duncan para pasar unas vacaciones. Hermanita, no pierdas tu tiempo mintiéndome, sé que has venido por otro motivo. Ahora la pregunta es: ¿Cuál?

Harper se mordió el labio inferior, dubitativa. Estaba claro que no había logrado engañar a Colt, y que no tenía sentido seguir mintiendo. Pero temía que este fuera con el cuento a Jared y la metiera a la fuerza en el siguiente avión dirección a Austin.

—¿Me prometes que no le contarás nada a Jared? —le pidió Harper incorporándose y clavando sus ojos castaños en el rostro de su

hermano.

—¿Tengo otra opción? —replicó Colt con una sonrisa cómplice.

—Está bien… —Harper comenzó a relatar sus motivos para regresar, hasta finalmente declarar sus dudas—. Estoy nerviosa, Colt —confesó—. ¿Qué pasa si todo esto es un error? ¿Qué pasa si no encuentro nada? ¿Qué pasa si...? —su voz se desvaneció en la oscuridad de la noche.

Colt la miró con comprensión en los ojos antes de hablar.

—Harper, tienes que descubrir la verdad, no solo por ti, sino por todos nosotros. Hemos llevado el peso de ese pasado durante demasiado tiempo. Y si hay una oportunidad de que eso cambie, no debes desaprovecharla.

Harper asintió, agradecida por las palabras de su hermano.

—Tienes razón, Colt. No podemos seguir huyendo del pasado. No podemos dejar que nuestras vidas sigan siendo sombras de lo que fueron antes.

Colt, en un gesto tranquilizador, volvió a estrecharla contra su costado.

—Estamos juntos en esto, Harper. Sea lo que sea que descubras, lo enfrentaremos juntos, como una familia.

—¿Y Jared? —preguntó Harper dudosa.

—Bueno, será mejor que de momento no sepa nada de este asunto. Aunque no lo parezca, él es quien más ha sufrido con todo esto. Se esconde tras una muralla de autosuficiencia y fortaleza, pero en el fondo sigue siendo aquel muchacho que apenas acababa de salir de la universidad, y se encontró con la carga del rancho y dos hermanos pequeños —dijo Colt con tristeza.

—Nunca lo había visto desde esa perspectiva —replicó Harper, sin poder evitar sentirse culpable por las veces que le había puesto las cosas difíciles a Jared.

—Tampoco ayuda que a lo largo de estos años no haya logrado reconciliarse con Serene Falls, por no hablar de su soltería.

—¿Sabes que si te escuchara hablar de eso te mataría con su

legendaria mirada gélida? —replicó Harper con humor.

—Oh, por supuesto que lo sé —contestó Colt—, y por eso mismo es mejor que esto quede entre nosotros.

La conversación entre los dos hermanos se prolongó hasta bien entrada la madrugada, y aunque los fantasmas del pasado todavía flotaban en el aire, la conexión entre ellos se fortaleció.

—Te quiero, hermanita —confesó Colt—. Pero tengo que acostarme, mañana me espera un duro día.

—Y yo a ti, Colt. Gracias por estar aquí para mí.

Después de un último abrazo, se separaron y cada uno regresó a su habitación. Mientras Harper se acomodaba en su antigua cama, miró hacia la ventana y vio la luz de la luna iluminando la noche. El pasado y el presente se entrelazaban, y Harper estaba lista para desentrañar los misterios que rodeaban a su familia y su amado pueblo. Con esos pensamientos en mente, finalmente cerró los ojos y se sumió en un sueño inquieto, preparándose para el nuevo amanecer y los desafíos que la esperaban.

***

Al día siguiente, Serene Falls

Liam Mayers se frotó los ojos con los puños y se revolvió en la cama antes de sentarse en ella, con los pies descansando sobre la mullida alfombra. Luego pasó una mano por su desordenado cabello con gesto nervioso antes de abandonar finalmente el colchón. Había dormido apenas unas horas, y su falta de sueño se debía en gran parte a Harper Duncan, quien había reaparecido en Serene Falls como un fantasma del pasado para atormentarlo.

—¡Maldita seas, Harper! —exclamó en voz alta antes de levantarse de un salto.

Con paso decidido, se dirigió hacia el baño. Tras una ducha rápida, se vistió con su uniforme y luego se dirigió a la cocina, donde el aroma del café recién hecho lo hizo sentirse un poco mejor.

—¡Vaya, tienes mala cara, hijo mío! —exclamó una voz divertida.

Liam frunció el ceño y luego clavó su mirada en la mujer que estaba sirviendo huevos revueltos en un plato.

—Yo también te quiero, mamá.

—¿Tuviste un turno difícil? —preguntó Amanda, haciendo caso omiso del mal humor de Liam. Estaba más que acostumbrada a su carácter—. ¿Se escapó alguna gallina de la granja de Fred? —añadió, conteniendo la risa, recordando la anécdota de uno de los primeros avisos que Liam había atendido tras conseguir el puesto de *sheriff* en Serene Falls.

—¿Estás ensayando un monólogo? ¿Te vas a presentar a algún concurso de talentos? —preguntó Liam con voz hosca mientras se servía una taza de café bien cargada, al que no añadió ni leche ni azúcar.

—¿Qué te pasa esta mañana? —preguntó Amanda, preocupada por primera vez al ver que la expresión sombría de su hijo no desaparecía con una de sus bromas.

—Que Harper Duncan ha regresado —contestó Liam con voz monótona mientras clavaba su mirada en el plato, dando vueltas con su tenedor a los huevos revueltos.

—¿Harper? —repitió ella, impactada por la noticia, mientras se sentaba frente a su hijo y lo observaba detenidamente—. ¿Estás seguro? —preguntó con duda.

—Por supuesto, mamá. Incluso hablé con ella —respondió Liam, recordando su encuentro el día anterior.

—¿Y qué te dijo? ¿Por qué está aquí? —continuó Amanda con su interrogatorio.

Liam tomó un sorbo de su café, buscando las palabras adecuadas antes de responder a la pregunta.

—Me dijo que había venido a pasar unos días de vacaciones.

Amanda se quedó pensativa, con sus dedos rodeando la taza que portaba entre sus manos, y tardó unos minutos en hablar.

—Bueno, todos tenemos derecho a descansar —replicó la mujer, intentando quitar hierro al asunto.

—¡Mamá, por el amor de Dios! Estoy completamente seguro de que Harper no ha venido de vacaciones. Hace doce años que no pisa Serene Falls, tiene que haber otro motivo —afirmó con sospecha.

—Hijo, ¿qué problema tienes con esa chica?

—Que no me gusta, ni ella ni sus hermanos —confesó Liam con el ceño fruncido—. ¿Has olvidado lo mal que lo pasó Brianna tras la muerte de su madre?

No, Amanda no lo olvidaba. Brianna era su ahijada, y Abigail había sido su mejor amiga. Recordar era doloroso, pero había que seguir viviendo. Y para eso había que dejar el rencor y el odio atrás.

—Hijo, todos merecemos una segunda oportunidad, ¿verdad? Y, a fin de cuentas, ella solo es una víctima más de lo que sucedió —añadió mientras se dejaba llevar por los recuerdos.

Liam asintió con un gesto de cabeza, pero su preocupación persistía. Conocía a fondo Serene Falls y a sus gentes, y estaba seguro de que el regreso de la menor de los Duncan solo reabriría viejas heridas y, como consecuencia, causaría problemas en el pequeño pueblo del que era encargado.

—¿Y qué sentiste al verla? —inquirió Amanda, buscando la mirada evasiva de su hijo.

Liam no quería hablar de Harper, no quería recordar, pero con su regreso, parecía imposible evitarlo. Tenía que admitir que, al volver a verla, su corazón latió más rápido en su pecho. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, su respiración se aceleró. Sin embargo, ni él ni Harper eran los mismos adolescentes enamorados del pasado y lo que habían sentido estaba muerto.

—Nada, mamá —mintió con firmeza en su voz—, solo es la hermana pequeña de Colt y Jared Duncan.

—¿Realmente te crees eso? —cuestionó Amanda, arqueando una de sus cejas oscuras mientras fruncía el ceño.

—Por supuesto. Lo único que me preocupa de su regreso es la reacción de los vecinos. No son olvidadizos, y algunos no la verán con buenos ojos. Solo espero no tener que intervenir.

Amanda asintió, consciente de la hostilidad que había rodeado a los Duncan desde la muerte de Abigail Chapman.

—Entiendo tu preocupación, Liam. Pero también eres el *sheriff*, y tu deber es mantener la paz en esta comunidad. Tal vez puedas contribuir a que el regreso de Harper sea más llevadero.

—¿Cómo? —cuestionó Liam frustrado.

Amanda tomó la mano de su hijo con cariño y le dedicó una sonrisa tierna.

—Liam, eres un hombre fuerte y valiente. Lo has demostrado muchas veces como *sheriff*, y sé que manejarás esta situación de la mejor manera posible.

Liam asintió, agradecido por las palabras de aliento de su madre.

—¿Estás mejor? —preguntó Amanda, aún preocupada al ver la arruga que cruzaba la frente de su hijo.

—Sí, mamá, gracias —respondió Liam mientras dibujaba una sonrisa en los labios antes de dar el último sorbo a su taza y levantarse —. Ahora tengo que irme, debo dar ejemplo a mis subordinados. No está bien que el jefe llegue tarde —añadió antes de acercarse a su madre para besar su coronilla y rescatar su cartuchera del respaldo de la silla para colocarla en torno a su cintura.

—Mantenme informada —le rogó Amanda.

—Por supuesto, señora —replicó Liam encajando su sombrero sobre su cabeza antes de marcharse por la puerta trasera de la casa.

Cuando salió de la vivienda borró por completo su expresión decidida y la sustituyó por un gesto de preocupación. A pesar de que había intentado no dar importancia al asunto del regreso de Harper, sabía que tendría problemas, sobre todo con el señor Chapman, al que prefería evitar.

Definitivamente, el regreso de Harper Duncan no presagiaba nada bueno, y quisiera o no, él tendría que inmiscuirse en aquel peliagudo asunto que Serene Falls arrastraba desde hacía demasiado tiempo.

CAPÍTULO 7

Rancho Moonlight

Aquella mañana, Jared Duncan controlaba el ganado cerca de un pequeño arroyo. La brisa fresca le daba un respiro de la intensa labor que llevaba a cabo, y disfrutaba del silencio y la tranquilidad del lugar. Sin embargo, su paz se vio interrumpida cuando vio una figura a lo lejos que se acercaba a toda velocidad.

A medida que la silueta se aproximaba, Jared achicó los ojos para poder distinguir mejor lo que estaba sucediendo. Pronto, se dio cuenta de que se trataba de un caballo desbocado con una pequeña niña montada sobre él. Maldijo en voz baja y presionó las riendas de su propio caballo antes de espolearlo para ir al rescate.

Su galope furioso le llevó hacia el caballo desbocado. Jared demostró una habilidad innata mientras se acercaba al animal, evidentemente nervioso, manteniendo la calma y la compostura. Con movimientos precisos, logró ponerse a la par del caballo y agarrar las riendas, aunque le costó un gran esfuerzo debido a la resistencia del animal.

Finalmente, después de una lucha intensa y sin perder la paciencia, Jared logró dominar al caballo y lo detuvo. Con cuidado, ayudó a la niña a bajar del animal. Cuando clavó su mirada en ella descubrió un cabello castaño revuelto y unos ojos verdes brillantes que destellaban de emoción y alivio.

—¿Estás bien? —preguntó Jared, sin poder evitar sentir ternura por la pequeña, cuyo labio inferior tembló ligeramente.

La aludida asintió con la cabeza, todavía conmocionada por la experiencia que acababa de vivir. Al cabo de unos segundos logró articular palabra.

—Señor, gracias por salvarme —dijo agradecida.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jared, dispuesto a averiguar lo ocurrido y, sobre todo, qué hacía aquella niña en sus tierras.

—Salí a galopar, y al principio todo iba bien, pero de pronto Canela se asustó y no podía detenerlo.

Jared elevó su mirada y la dirigió en la dirección por la que había

aparecido la niña, y su gesto se torció ligeramente. Al sur se encontraba el criadero de caballos Chapman.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jared volviendo su atención a la pequeña.

—Hailey Chapman —respondió a la pregunta.

Jared la miró con sorpresa evidente.

—¿Y usted, señor? —preguntó la niña inocentemente.

—Jared Duncan —contestó el aludido mecánicamente.

Los ojos de la niña se abrieron como platos al reconocer el apellido y se cubrió la boca con una mano, pero las palabras ya habían escapado de sus labios.

—El ogro de Moonlight… ¡Oh, lo siento!—se disculpó la niña, arrepentida.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a que me llamen cosas peores —replicó Jared con voz resignada—. Avisaré a tu hermana —dijo mientras sacaba su teléfono del bolsillo trasero de sus *jeans* y se alejaba unos pasos de la pequeña.

—Brianna, soy Jared Duncan —dijo en cuanto la línea se liberó.

La voz de Brianna mostró sorpresa al escuchar la voz potente y rasgada de Jared. Sabía que no llamaba por capricho.

—¿Jared? No esperaba recibir una llamada tuya.

—No es momento para charlas. Estoy con tu hermana pequeña. Tuvo un problema con su caballo y acabó en mi rancho. ¿Puedes venir a recogerla? —preguntó Jared contrariado. Estaba perdiendo tiempo de más con aquel rescate y quería regresar a sus labores cuanto antes.

—¿Está bien? —preguntó Brianna preocupada.

—Sí, lo está, pero ven a por ella. Tengo trabajo que hacer —respondió Jared.

—Por supuesto, señor Duncan —replicó Brianna, molesta por la insensibilidad de aquel tipo. No le extrañaba que no tuviera amigos.

—Te mando la ubicación —replicó Jared antes de colgar el

teléfono con un suspiro de alivio.

Sabía que tendría que enfrentarse a Brianna Chapman, y eso nunca era agradable. A lo largo de los años, habían tenido más desacuerdos de los que podía contar, y cada interacción era una batalla de voluntades. Pero en ese momento, no tenía más opción que lidiar con ella.

Mientras esperaban a que Brianna llegara, Jared y Hailey comenzaron a charlar sobre lo tontas que eran las vacas, y pocos minutos después Jared se vio sonriendo ante la incesante cháchara de la mocosa.

Finalmente, Brianna llegó, y Jared no pudo evitar notar cómo el rostro de Hailey se iluminaba al verla. La niña corrió hacia su hermana mayor y le dio un abrazo afectuoso, dejando a ambos adultos mirándose incómodamente, la tensión entre ellos era palpable.

—Ya era hora —dijo Jared con una voz ruda y cortante.

Brianna levantó la barbilla, desafiante, antes de contestar.

—Siento las molestias —replicó sarcástica.

—Todo esto no habría pasado si la niña no estuviera por ahí sola…

—Duncan, no te metas donde no te llaman —le advirtió con voz fría.

—No suelo hacerlo, pero deberías estar más pendiente de la cría. Ha estado a punto de acabar en el suelo y pisoteada por mis vacas si no llego a controlar a su caballo, que estaba desbocado —replicó Jared molesto.

Brianna abrió sus ojos en su máxima expresión, evidentemente molesta por las palabras pronunciadas por él.

Hailey, por su parte, miró a ambos con preocupación y finalmente se interpuso entre los dos, sintiendo la tensión en el aire. Con sus ojos inocentes, miró a Jared y luego a Brianna.

—Por favor, sois adultos y deberíais darme un buen ejemplo. Y, sobre todo, trataros con más educación y resolver vuestros asuntos hablando —dijo con una sabiduría inusual para una niña.

Jared y Brianna intercambiaron una mirada de sorpresa tras las palabras de Hailey. Por un momento, la tensión disminuyó, aunque ambos eran conscientes de que sus diferencias eran demasiado profundas para desaparecer de un plumazo.

—Gracias por rescatarla, Jared —dijo Brianna de mala gana.

—No ha sido nada —replicó Jared con su característico tono hosco, igual de incómodo que ella.

—Hailey, vámonos —dijo Brianna, deseando alejarse de aquel insufrible hombre.

—Adiós, Jared —se despidió la niña, dedicándole una tierna sonrisa antes de tomar la mano que su hermana le tendía.

—Adiós, pequeña —respondió Jared con una voz apenas audible mientras se tocaba el sombrero como gesto de despedida.

Después las observó en silencio mientras se alejaban hacia el todoterreno en el que Brianna había llegado. Antes de subir al vehículo, Brianna ató las riendas del caballo de Hailey a la parte trasera del mismo. Sin una palabra más, el todoterreno arrancó y se alejó del lugar. Jared siguió observándolas en silencio, sin expresar sus pensamientos en voz alta.

***

Serene Falls, Texas

Unos días después

Harper tomó una profunda bocanada de aire antes de animarse a abrir la pesada puerta de madera de la oficina del *sheriff* de Serene Falls. Allí la recibió la señora Clayton, la administrativa del lugar.

—Buenos días, señorita Duncan, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó la mujer con amabilidad.

Harper miró el rostro dulce de la mujer que en ese momento le dedicaba una sonrisa. Se sentía sorprendida por su cálido recibimiento, pero sobre todo porque la hubiera reconocido después del tiempo transcurrido desde la última vez que se habían visto.

—Necesito hablar con el *sheriff* Mayers —contestó.

La señora Clayton dudó unos segundos, mientras sus ojos desorbitados delataban su sorpresa, pero finalmente se levantó de su asiento y bordeó el escritorio antes de situarse frente a la joven.

—Por favor, acompáñeme —solicitó la mujer, y echó a andar en dirección al estrecho pasillo situado a su espalda.

Al final del corredor llegaron a una puerta donde se podía leer el nombre serigrafiado del *sheriff*. La señora Clayton la abrió sin muchas ceremonias y el cuerpo de Harper se tensó cuando descubrió sentado tras el escritorio a Liam Mayers, quien parecía concentrado en revisar un informe. Se mordió el labio inferior, tratando de encontrar las palabras adecuadas para que él reparase en su presencia, ya que ni siquiera había levantado la cabeza en su dirección.

—*Sheriff* Mayers, tiene una visita —anunció la secretaria con un tono amigable, rompiendo el silencio que los rodeaba.

Liam, sin apartar la mirada de los papeles frente a él, respondió distraído:

—Dile que vuelva más tarde, estoy ocupado.

La señora Clayton sonrió:

—Demasiado tarde para eso —dijo con cierto humor—, además, creo que querrá atender a esta visita, *sheriff*.

Liam finalmente alzó la vista, irritado por la interrupción. Pero cuando sus ojos se encontraron con los de Harper, la sorpresa y la incomodidad lo invadieron. Era la última persona a la que quería ver en ese momento.

—Lo siento, pero debo volver a mi trabajo —afirmó la señora Clayton antes de salir por la puerta y cerrarla a su espalda, dejándolos solos en el pequeño despacho.

Harper, tras un instante de duda, se cuadró de hombros y caminó con determinación hasta el escritorio para quedar frente a Liam.

El sheriff, por su parte, se recostó sobre la silla y clavó su mirada en el atractivo rostro de Harper. Su presencia allí no podía traer nada bueno, tenía un pálpito, y aun así hizo la pregunta de rigor.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Duncan? —preguntó formalmente.

—*Sheriff* Mayers, quiero una copia del antiguo informe sobre la muerte de Abigail Chapman —contestó Harper con toda la calma de la que fue capaz.

El ambiente se volvió tenso de inmediato. Liam abandonó su postura relajada y frunció el ceño.

—¿Para qué diablos querrías eso? Ese caso está cerrado.

Harper no se dejó intimidar por su tono hosco y mantuvo su mirada en la de él.

—Necesito respuestas. Hay cosas en ese caso que nunca tuvieron sentido y pienso averiguar lo que sucedió realmente.

Liam suspiró pesadamente, apretando los puños sobre el escritorio. La reaparición de Harper ya había trastornado su vida, y ahora le estaba pidiendo información sobre un caso que estaba cerrado.

—Como supongo que sabrá, como abogada que es, la ley me lo prohíbe. Recuerde la confidencialidad: Los informes policiales y los detalles de la investigación no pueden ser divulgados sin una razón legalmente válida.

—Tiene razón, *sheriff* Mayers. Entiendo que hay reglas y procedimientos legales que se deben respetar, pero…

Liam cortó su parlamento con un gesto de mano antes de hablar.

—Exactamente. Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo pendiente —dijo Liam antes de volver a fijar su mirada en el informe que reposaba sobre su mesa, con la firme intención de ignorar a la joven.

La tensión se podía palpar en el ambiente, y Harper tardó unos instantes en reaccionar. Con movimientos bruscos, se giró y caminó

con paso firme hacia la puerta con una mezcla de emociones burbujeando en su interior. Abandonó la oficina de Liam con una sensación de derrota, pero también con una nueva determinación para buscar respuestas de otra manera. Sabía que no podía contar con la cooperación del sheriff, pero eso no la detendría en su búsqueda de la verdad.

Mientras Harper se alejaba, Liam volvió a recostarse en su asiento y cerró los ojos unos segundos. A pesar de su tono neutral y decidido en la conversación, no pudo evitar sentir una mezcla de emociones tras el encuentro con Harper. La reaparición de la joven en su vida había sacudido su mundo de una manera que no había anticipado, y no sabía si sería suficientemente fuerte para afrontar la situación.

También sabía que las cosas se complicarían aún más si Harper comenzaba a remover el asesinato de Abigail Chapman. Su viudo no se quedaría quieto si Harper dañaba a su familia. Su deber como *sheriff* era mantener la ley y el orden en su comunidad, incluso si eso significaba enfrentar desafíos personales en el proceso.

CAPÍTULO 8

Rancho Smith

Brianna Chapman se encontraba en el rancho de los Smith, con los que llevaba trabajando desde que se había licenciado en veterinaria. El señor Smith había sido el único que le había dado una oportunidad cuando comenzó, a pesar de su juventud, y Brianna siempre le estaría eternamente agradecida. Su llamativo cabello rojizo iba recogido en una coleta alta que dejaba despejado su rostro. Vestía con ropa de trabajo: una camisa de manga larga, pantalones vaqueros y botas resistentes. A su lado reposaba un maletín de herramientas médicas que la acompañaba en sus labores de veterinaria.

Con manos diestras y voz suave, Brianna examinaba a un majestuoso caballo. Acariciaba suavemente el pelaje del animal, que relinchaba en respuesta, confiado en las habilidades de la veterinaria local.

—Vamos, chico, solo quiero ayudarte —susurró junto a su oreja.

El señor Smith, dueño del rancho, observaba la escena con interés. Sus ojos, arrugados por los años bajo el sol, estaban atentos a cada movimiento de Brianna mientras disfrutaba de su cigarrillo matutino.

—Brianna —expresó el señor Smith con una sonrisa en sus labios —, siempre me asombras con tu capacidad para calmar a los animales.

Ella agradeció la apreciación con una sonrisa, pero sus pensamientos estaban en otro lugar: el bulto que había encontrado en el flanco derecho del animal, y que suponía que era el motivo de su actitud inquieta.

Mientras Brianna seguía trabajando, el señor Smith decidió compartir la última noticia que había llegado al pueblo y que había conocido cuando había ido el día anterior a la ferretería.

—Ayer estuve en el pueblo, tenía que hacer unos recados, y ¿sabes de lo que me enteré? —preguntó en tono conspiratorio.

Brianna no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios al escuchar las palabras del hombre, al que se le consideraba algo huraño, pero que disfrutaba de un buen cotilleo como el que más.

—¿De qué se trata en esta ocasión? —preguntó con cierto tono de humor en la voz—. ¿La señora Cord ha vuelto a «coger» las judías del huerto de la señora Portman?

—No, se trata de otra cosa, La pequeña de los Duncan ha vuelto.

—¿Harper Duncan? —preguntó Brianna, con la esperanza de que fuera otra mujer la que había regresado.

—Sí, Harper Duncan.

—¿Y sabe cuánto tiempo piensa quedarse? —preguntó Brianna frunciendo el ceño, preocupada por las implicaciones de ese regreso.

Ya tenía bastante con tener que soportar a sus dos odiosos hermanos como para sumar a la ecuación a Harper. Sabía que aquel regreso, aunque fuera breve, sería suficiente para desestabilizar a su padre.

El Señor Smith apagó su cigarrillo y lo aplastó bajo su bota antes de hablar.

—Pues no tengo ni idea, pero seguro que pronto lo sabremos —aseveró con seguridad—. No hay nada que guste más a las gentes de Serene Falls que un buen cotilleo recién sacado del horno.

—En eso tiene razón —replicó Brianna, que había vivido en carne propia cómo las gentes del pueblo cuchicheaban a su espalda cuando todo ocurrió, pero lo que más odiaba era cómo la miraban con expresión lastimera tras la muerte de su madre.

Una hora después, Brianna finalizó su trabajo con el caballo y cerró su maletín de herramientas antes de despedirse del dueño del rancho.

—Gracias, señor Smith, en una semana volveré para revisar a Nerón —dijo en alusión al caballo—, y en cuanto tenga las pruebas de la muestra del bulto le llamaré.

—Gracias, Brianna, espero

tu llamada —replicó el hombre mientras acompañaba a la joven hasta su *pick up*.

Mientras conducía hacia casa, la preocupación se traslucía en el rostro de Brianna, consciente de que el regreso de Harper podría

cambiar drásticamente la vida de su familia. Veinte minutos después, y tras aparcar en la entrada de la vivienda, Brianna entró en la casa y se dirigió directamente al luminoso comedor, sabiendo que a su padre no le gustaría que hubiera llegado tarde.

El sonido de los cubiertos y los platos llenaba el aire mientras Morgan Chapman, un hombre robusto con una expresión marcada por la dureza y la frialdad, se servía una generosa ración de carne en salsa. Cuando escuchó el sonido de pasos elevó su mirada y la clavó en el rostro de su hija mayor.

—¿No sabes a qué hora se cena en esta casa? —le reclamó sin contemplaciones.

—Lo siento, papá —se disculpó la joven mientras colocaba la servilleta sobre sus rodillas—, ha sido un caso de última hora que se alargó más de lo que esperaba.

—Todo sería más fácil si te dedicaras cien por cien al criadero —replicó Morgan con voz molesta mientras cortaba un trozo de carne que se llevó a la boca.

El ceño de Brianna se torció al escuchar el comentario de su padre, pero no pensaba empezar una discusión por algo en lo que nunca se pondrían de acuerdo. Por no hablar de que en ese momento tenía otras preocupaciones más urgentes en la cabeza. Miró a su padre y luego a Hailey, que jugueteaba distraídamente con la comida en su plato, ajena al cambio de atmósfera en la mesa.

—Papá, tenemos que hablar —dijo finalmente.

Morgan levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los de Brianna, y supo al instante que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigado.

Brianna dudó unos instantes, y dirigió su mirada hacia Hailey. No estaba segura de que fuera buera idea que su hermana escuchara aquella conversación, por lo que decidió distraerla.

—Hailey, cielo —dijo dirigiéndose a la niña, que elevó su mirada y se encontró con la suya—. ¿Podrías pedirle a Lina —dijo en alusión a la mujer que se encargaba de la casa fielmente desde que tenía uso de razón— que me prepare un poco de arroz? Tengo el estómago algo descompuesto.

Hailey suspiró pesadamente, pero asintió con un gesto de cabeza y abandonó su asiento para dirigirse a la cocina. Por su parte, Brianna esperó a que la niña desapareciese de su vista antes de animarse a hablar.

—Hoy, en el rancho de los Smith —comenzó con cautela—, el señor Smith me contó algo… algo que me dejó sin palabras.

Morgan frunció el ceño, sorprendido por la expresión preocupada de su hija.

—¿Qué te ha podido contar ese viejo chismoso para dejarte tan perturbada? —preguntó preocupado.

Brianna tomó un sorbo de su bebida y, con una mirada de inquietud en sus ojos, expresó lo que tanto la preocupaba.

—Harper Duncan ha regresado.

Morgan dejó caer su tenedor sobre su plato con un ruido sordo, y una mirada de sorpresa y consternación cruzó su rostro.

—¿Harper? —cuestionó Morgan incrédulo—. ¿Y para qué ha vuelto? —añadió evidentemente molesto.

—No lo sé —replicó Brianna con sinceridad—. Solo espero que sea una visita corta y no piense en quedarse.

El rostro de Morgan se tensó aún más al escuchar las palabras de su hija, y un torrente de emociones comenzó a luchar en su interior: sorpresa, miedo, ira y dolor.

—¡No puedo creer que esa jovencita se haya atrevido a regresar después de lo que hizo su padre!

Hailey, que llegaba en ese momento y que había captado parte de la conversación, miró a su padre desconcertada ante su actitud brusca.

—Papá, ¿quién es Harper? —preguntó con curiosidad.

Brianna clavó su mirada en su hermana con sobresalto, consciente de que iba a ser difícil protegerla de los oscuros secretos del pasado de la familia.

—No es nadie que deba preocuparte, Hailey —dijo con dulzura—. Solo es una chica que antes vivía en Serene Falls.

Morgan, consciente de la situación, exhaló profundamente, intentando recuperar la compostura, pero la tensión en la mesa era palpable. El pasado había regresado de golpe y porrazo, amenazando con perturbar la tranquilidad que la familia Chapman había logrado construir a base de mucho esfuerzo.

Unas horas más tarde, Brianna se encontraba en el refugio de su habitación, el único lugar donde podía relajarse después de un duro día de trabajo. Su vida nunca había sido fácil con un padre como Morgan Chapman. Si no hubiera sido por Hailey, hacía tiempo que se habría marchado lejos de allí.

Mientras buscaba una postura cómoda en la cama, los sucesos de los últimos días volvieron a dar vueltas en su cabeza, amenazando su cordura.

No sabía por qué, pero las últimas semanas estaban siendo extrañas. Primero porque los encuentros con Jared Duncan, al que siempre intentaba evitar, habían proliferado más de la cuenta. Y lo último había sido el regreso de Harper, que en el pasado había sido una de sus mejores amigas. La noticia la había golpeado como un mazazo en pleno estómago que la había dejado sin aliento.

Se sentía transportada irremediablemente al pasado. Revivió aquel día lluvioso en el que el *sheriff* Mayers llamó a la puerta de su hogar. Los recuerdos desagradables se apoderaron de su mente, sumiéndola en una especie de pesadilla. Recordaba perfectamente aquella fatídica noche, cuando había corrido hacia la entrada de su casa, donde su padre hablaba en voz baja con el *sheriff*, portador de la peor noticia.

En ese entonces, Brianna tenía apenas catorce años, casi la misma edad que tenía su hermana Hailey en la actualidad. Llevaba en sus manos el biberón de la pequeña, que se había despertado hambrienta. Paseaba casualmente cerca de la puerta cuando descubrió la conversación entre su padre y el *sheriff*. Fue entonces cuando descubrió que su madre había muerto, que nunca regresaría. Notó cómo el biberón se le escapaba de las manos, provocando un fuerte estruendo al caer al suelo, y después solo hubo oscuridad.

***

Rancho Moonlight,

esa misma noche

Harper se encontraba recostada en su cama después de una tranquila cena en solitario, ya que sus hermanos no habían llegado aún de los pastos del sur, suponía que debido a la época de partos. Había sido un largo día en el que no había sacado nada en claro. Tras salir del despacho del *sheriff* había intentado recabar información en la farmacia, en correos y hasta en la peluquería, pero la gente parecía reacia a hablar de lo sucedido doce años antes, y más con ella.

Necesitaba conversar con alguien para desahogarse y no dudó en coger el teléfono de la mesilla y marcar el número de Sarah, con la esperanza de que contestara.

—Ya era hora —exclamó la voz cantarina de su amiga al otro lado de la línea—. Quedaste en llamarme en cuanto llegaras y han pasado varios días —le reprochó—. ¿Cómo ha ido todo? —preguntó con entusiasmo.

—Ha sido un día intenso —confesó Harper con sinceridad.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sarah interesada.

—Tuve un encuentro con Liam Mayers, que resulta que es el *sheriff*.

—¡¿Qué?! —exclamó Sarah efusiva—. No me lo puedo creer.

—Yo tampoco quería creérmelo —replicó Harper con voz lastimera.

—¿Y cómo te fue con él? —preguntó Sarah, interesada.

—Bueno, fue extraño, no lo voy a negar. Pero, como esperaba, no creo que nos llevemos muy bien. Esta mañana fui a la comisaria para pedirle el informe del caso Chapman y se negó a darme una copia —confesó frustrada.

—¿Y te extraña? —replicó Sarah directa—. Sabes muy bien que no puedes solicitar un informe ya archivado…

—¡Oh, vamos, Sarah! —replicó Harper molesta— Ya conozco la ley, pero pensé…

—¿Que ese tipo sigue siendo un adolescente con las hormonas revolucionadas que sigue babeando por ti? —replicó su amiga sarcástica—. Harper, por el amor de Dios, madura.

—¡Y yo que te llamaba para que me dieras ánimos! —exclamó Harper molesta.

—Sí, cielo, para eso están las amigas. Pero también para abrirte los ojos. ¿Dónde está la abogada agresiva que yo conozco? Si no puedes conseguir la información de una forma, lo harás de otra. ¿Verdad, mi pequeño sabueso?

Harper no pudo evitar estallar en sonoras carcajadas tras las últimas palabras de su amiga. Sarah era así, mordaz, hiriente y malévola, pero había logrado sacar la garra que tanto necesitaba en ese momento.

—Tienes razón, resolveré este caso con la verdad, aunque me tenga que dejar la piel en el camino.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Sarah triunfal—. Y bueno, ahora cuéntame qué tal con tus hermanos.

—Bueno, ese asunto fue un poco mejor, pero solo un poco —respondió Harper con cierto humor.

— ¿Y cómo se han tomado tu regreso? —preguntó Sarah con interés genuino.

Harper sopesó sus palabras antes de responder:

—Jared, como esperaba, me dio la bienvenida a su manera: con su típico sarcasmo y una sonrisa de lado. Sabes que nunca muestra sus emociones abiertamente. Colt, en cambio, me recibió con un abrazo apretado y una serie de chistes tontos para aligerar la tensión.

—Eso suena bien, me alegro —comentó Sarah.

—Gracias —replicó Harper, que notaba que, tras la conversación con su amiga, la carga que antes cargaba sobre sus hombros parecía más ligera—. Eres la mejor amiga que podría tener.

—Y tú también. Y ahora te dejo, o Spencer no me dejará entrar en la cama —dijo Sarah con humor antes de cortar la llamada.

Harper dejó el móvil sobre la mesilla y se acostó. Con la charla con su amiga en mente y una mezcla de determinación y nerviosismo, se preparó para enfrentar el día siguiente. Sabía que las cosas no serían fáciles, pero estaba dispuesta a llegar al fondo del caso Chapman sin importar lo que tuviera que hacer.

CAPÍTULO 9

Serene Falls,

al día siguiente

Harper había decidido visitar la Escuela Lone Star, donde su amiga Tricia trabajaba como profesora. Aunque se mantenían en contacto, no se habían visto en persona desde hacía mucho tiempo y sabía que la mataría si no iba a visitarla tras llevar varios días en Serene Falls.

Mientras recorría los pasillos del colegio, sintió una mezcla de emociones: nerviosismo, alegría y un toque de nostalgia. Finalmente, llegó a la puerta del aula en la que Tricia daba clases y, tras un suspiro profundo, tocó suavemente antes de entrar.

El rostro de Tricia se iluminó al ver a Harper y no dudó en correr hacia su amiga. Se abrazaron con fuerza, como si el tiempo no hubiera pasado.

—¡Harper! No puedo creer que estés aquí—expresó Tricia mientras sonreía ampliamente—. Te ves tan bien.

—Tú también, Tricia. Estás igual—afirmó Harper rotunda.

—¿Y qué haces en Serene Falls? —preguntó la maestra, intrigada. Sabía, por las conversaciones periódicas que compartían, que Harper nunca había tenido interés por regresar a su pueblo natal.

—Bueno, es una larga historia que ya te contaré —replicó Harper evasivamente.

La otra chica pudo ver la sombra que recorría el rostro de su amiga y decidió no presionarla, estaba segura de que tarde o temprano Harper se lo contaría.

—¡No sabes cuánto me alegro de tenerte de vuelta en mi vida! ¿Te apetece almorzar juntas? —ofreció emocionada—. Conozco un lugar encantador, un restaurante que ha abierto hace poco.

—¡Por supuesto! —aceptó Harper encantada—. Estoy deseando que nos pongamos al día y disfrutar de una buena comida.

—Bueno, pues dame unos minutos que recojo la clase y nos vamos.

—Perfecto, pero te esperaré en el patio.

—Claro, como quieras.

Harper se sintió complacida al recordar el camino que conducía al patio de la escuela, y poco después disfrutaba del cálido sol de Texas sobre su rostro. Mientras miraba a su alrededor, descubriendo los cambios que allí se habían producido, vio a una niña que captó su atención con su largo cabello castaño y rostro en forma de corazón. Su expresión denotaba terquedad mientras parecía empeñada en meter una pelota por el aro de una canasta.

Harper sonrió, recordándose a sí misma en una situación parecida. En aquel entonces su objetivo había sido aprender a encestar para ganar a sus hermanos y así librarse de la tarea de recoger la mesa.

Dudó unos instantes, pero finalmente se aproximó a ella y la saludó.

—Hola —dijo escuetamente, y logró lo que pretendía, que la niña se girara y le prestara atención. Lo que Harper no esperaba era encontrarse con sus ojos color esmeralda, que lograron que un escalofrío recorriera su espina dorsal sin saber muy bien el porqué.

—Hola —respondió Hailey tímidamente, sin saber quién era aquella extraña, o si estaba bien hablar con ella.

—¿Quieres que te enseñe un truco para marcar? Yo de pequeña era muy buena, siempre ganaba a mis hermanos —añadió al ver la mirada desconfiada de la niña.

La cálida conversación entre Harper y Hailey surgió mientras Harper se inclinaba para recoger una pelota de baloncesto que estaba tirada en el suelo del patio. Con destreza, le mostró a la niña cómo sostener y lanzar la pelota. Pasaron unos minutos practicando tiros, y la risa de Hailey llenó el aire mientras jugaban.

Al poco rato, Tricia apareció en el patio.

—¿Cómo va todo por aquí, Hailey? —preguntó Tricia mientras acariciaba con cariño el cabello de la niña.

—¡Estoy aprendiendo a encestar! —exclamó con emoción.

—Me alegro, cariño, pero ya han venido a buscarte —dijo Tricia

señalando una *pick up* que acababa de aparcar a escasos metros.

La niña giró su cabeza, saludó con la mano al conductor, y luego volvió su atención a las mujeres.

—Harper, muchas gracias por enseñarme—dijo agradecida.

—Ha sido un verdadero placer —replicó Harper enternecida—. Espero volver a verte pronto, y quizás podamos lanzar unos tiros —añadió guiñándole un ojo divertida.

La jovencita asintió mientras rescataba su mochila de un rincón cercano y guardaba la pelota en una bolsa antes de salir trotando hasta el *parking*.

—Qué niña más graciosa —dijo Harper con una sonrisa.

—¿Sabes quién es? —preguntó Tricia algo incómoda.

—No, ¿por qué? —preguntó Harper confusa.

—Hailey Chapman —respondió Tricia.

—¡Vaya, no me lo esperaba! —fue lo único que fue capaz de articular Harper. Indiscutiblemente, aquella niña tenía que ser la bebé que había tenido Abigail pocos meses antes de… su asesinato.

—Bueno, ya estoy lista —dijo Tricia, dispuesta a cambiar de tema al ver que Harper se había quedado blanca de la impresión—. ¿Nos vamos? Ya he reservado una mesa para dentro de media hora.

—Claro, vamos —dijo Harper algo más recuperada.

Veinticinco minutos más tarde, se encontraban en la puerta del restaurante Whispering Oaks Café y poco después eran atendidas por un atractivo gerente que las condujo hacia una mesa situada al fondo del local.

Mientras hojeaban la carta y decidían los platos, compartían anécdotas y risas. Era como si el tiempo no hubiera pasado y retomaran una conversación interrumpida hace mucho tiempo.

Mientras esperaban a que llegara la camarera con los platos que habían pedido, Tricia y Harper comenzaron a charlar de manera ligera y entre risas sobre la complicada vida amorosa de Harper. La conversación giró en torno a los hombres que habían pasado por su vida y cómo ninguno de ellos había logrado ganarse completamente

su corazón.

—Harper, es increíble cómo sigues soltera después de tanto tiempo —comentó Tricia con una sonrisa burlona.

—No es por falta de interés. Simplemente, los hombres y yo no nos llevamos tan bien como quisiera. Supongo que soy demasiado independiente para ellos —respondió Harper, encogiéndose de hombros.

—O tal vez estás esperando al príncipe azul, pero resulta que solo existen en los cuentos de hadas —añadió Tricia, divertida.

—No te rías, Tricia. ¿Y tú? ¿Alguna novedad en tu vida amorosa? —preguntó Harper, tratando de cambiar de tema.

Su amiga soltó una risa y negó con la cabeza.

—Nada nuevo por aquí. Te recuerdo que Serene Falls es un pueblo pequeño y que conozco a todo el género masculino.

—¿Y? —cuestionó Harper enarcando una ceja.

—Y no hay nada para mí aquí —replico Tricia con cierto hastío.

—Pues quizás deberías plantearte otras opciones.

—¿Como cuáles? —preguntó Tricia con sospecha.

—Existen aplicaciones de citas muy interesantes...

—¡Ni hablar! —replicó la maestra, ruborizada.

—Lo que intento decir es que tal vez deberías darles una oportunidad a las citas en línea. No tienes que comprometerte a largo plazo, pero podría ser una forma de conocer gente nueva y quién sabe, quizás encuentres a alguien especial.

Tricia frunció el ceño, evidentemente reacia a la idea.

—No sé, Harper, las citas en línea me parecen un poco... impersonales. ¿Cómo puedes conocer a alguien a través de una pantalla?

Harper asintió, comprendiendo las dudas de su amiga, y decidió no presionarla más. La conversación continuó de manera distendida cuando cambiaron de tema. Finalmente, cuando la camarera regresó

con los postres, la risa y la complicidad entre Tricia y Harper llenaron el acogedor restaurante.

***

Criadero de caballos Chapman

Morgan Chapman, un hombre corpulento con un aire imponente, se encontraba sentado en una butaca de cuero en su espacioso despacho. Los estantes estaban repletos de libros y las paredes decoradas con diplomas, cuadros y los numerosos trofeos que habían sido ganados por el criadero a lo largo de generaciones.

A su lado, John Wiseman, un buen amigo desde hacía muchos años, lo observaba con curiosidad mientras Morgan se pasaba la mano por la barba, claramente molesto.

—No puedo creer que esa mujer haya regresado a Serene Falls —murmuró Morgan con visible irritación—. ¿No podía haberse quedado en Austin? —lanzó la pregunta al aire.

—¿Y por qué te importa tanto? —preguntó John, cuestionando la reacción de su amigo—. Su presencia no tiene por qué cambiar nada —afirmó con seguridad.

—No me gusta en absoluto, nunca me agradó esa joven, ni siquiera cuando era amiga de Brianna. Siempre fue demasiado lista, demasiado intrépida y demasiado...

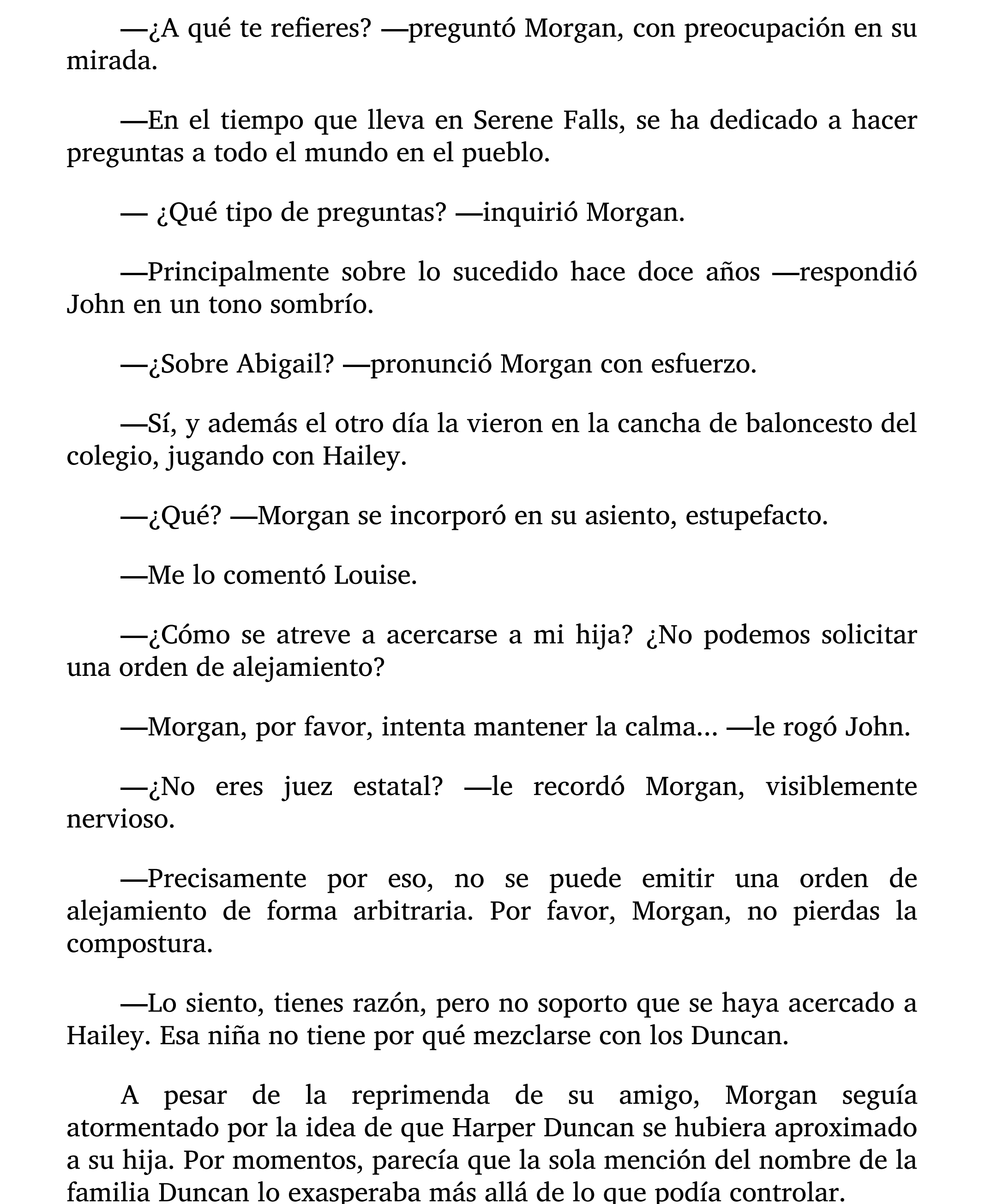
—¿Desafiante? —completó John la frase con humor—. Entiendo lo que quieres decir. Pero recuerda que esa jovencita es ahora una respetada abogada. Tengo amigos en Austin, y, créeme, no es un enemigo débil. Es dura, incisiva y, una vez que tiene un objetivo en la mira, no se rinde.

—Vaya panorama el que me pintas —respondió Morgan molesto.

—Esa es la realidad, querido amigo —declaró John antes de llevarse su copa de licor a los labios.

—No me gusta, John, no me gusta. No puedo evitar pensar que hay algo más detrás de esto. Harper Duncan no parece el tipo de mujer que regresa a su pueblo natal sin una buena razón.

—No andas desencaminado —comentó John enigmáticamente.



—¿A qué te refieres? —preguntó Morgan, con preocupación en su mirada.

—En el tiempo que lleva en Serene Falls, se ha dedicado a hacer preguntas a todo el mundo en el pueblo.

— ¿Qué tipo de preguntas? —inquirió Morgan.

—Principalmente sobre lo sucedido hace doce años —respondió John en un tono sombrío.

—¿Sobre Abigail? —pronunció Morgan con esfuerzo.

—Sí, y además el otro día la vieron en la cancha de baloncesto del colegio, jugando con Hailey.

—¿Qué? —Morgan se incorporó en su asiento, estupefacto.

—Me lo comentó Louise.

—¿Cómo se atreve a acercarse a mi hija? ¿No podemos solicitar una orden de alejamiento?

—Morgan, por favor, intenta mantener la calma... —le rogó John.

—¿No eres juez estatal? —le recordó Morgan, visiblemente nervioso.

—Precisamente por eso, no se puede emitir una orden de alejamiento de forma arbitraria. Por favor, Morgan, no pierdas la compostura.

—Lo siento, tienes razón, pero no soporto que se haya acercado a Hailey. Esa niña no tiene por qué mezclarse con los Duncan.

A pesar de la reprimenda de su amigo, Morgan seguía atormentado por la idea de que Harper Duncan se hubiera aproximado a su hija. Por momentos, parecía que la sola mención del nombre de la familia Duncan lo exasperaba más allá de lo que podía controlar.

John observó a su amigo y se sintió preocupado. Era evidente que la llegada de Harper había desatado una tormenta, y no presagiaba nada bueno para Serene Falls y sus habitantes.

—Morgan, entiendo que estés preocupado, pero tienes que mantener la calma. Realmente no sabemos por qué ha vuelto y especular no ayudará.

Morgan suspiró y asintió.

—Tienes razón, John, lo siento.

—No tienes nada que sentir, somos amigos.

Morgan logró esbozar una débil sonrisa.

—Gracias, John. Agradezco tu apoyo.

Brianna, oculta en las sombras, escuchaba ávidamente cada una de las palabras de aquella conversación. Se sentía perpleja por la intensa reacción de su padre ante el regreso de Harper. No podía entender por qué estaba tan enfurecido. ¿Por qué su padre estaba tan preocupado si, según su punto de vista, no había motivo para ello?

La falta de claridad y la contradicción en la actitud de su padre le generaban inquietud. Deseaba profundamente obtener respuestas y entender por qué su padre estaba tan alterado.

CAPÍTULO 10

Rancho Moonlight

Poco a poco, las vías de investigación se le estaban agotando y Harper empezaba a desesperarse. En la semana que llevaba en Serene Falls la gente había sido amable con ella, cosa que había agradecido, pero no parecían dispuestos a hablar sobre el caso de Abigail Chapman. Parecía un tema tabú en el pueblo.

Había entrevistado a varios vecinos, pero sus recuerdos eran borrosos o evitaban el tema. Para colmo de males, había recibido un correo electrónico donde le indicaban que su solicitud de acceso al informe del caso había sido rechazada, como Liam le había advertido. Estaba frustrada y molesta, y no sabía muy bien cómo continuar con aquella investigación que no parecía llevarla a ninguna parte.

Consternada, decidió regresar a casa, pero cuando se subió a la *pick up* del rancho descubrió que alguien había dejado una nota en el limpia parabrisas. «¡Perfecto!», pensó mientras se bajaba del vehículo y cogía el papel con movimientos bruscos. Cuál no fue su sorpresa cuando descubrió que no era una multa, como había supuesto, sino un nuevo anónimo. Sin ser consciente de ello, se quedó inmóvil unos largos segundos antes de que su celebro volviera a funcionar, y fue entonces cuando comenzó a leer.

Harper Duncan, pensaba que una mujer inteligente como tú no tardaría en descubrir la verdad. Parece que te estás encontrando demasiadas trabas en el camino, pero es conocido por todos el carácter tozudo de los Duncan, al igual que su lado oculto: lo emotivo. Lo emotivo hace que una persona quiera conservar recuerdos…¿Dónde podrías encontrar esos recuerdos, esas pistas del pasado de tu padre?

Harper releyó varias veces la nota, y finalmente una idea iluminó su mente: «Las cosas de mi padre! —exclamó triunfal en su cabeza—. Quizás encuentre una pista ahí», pensó mientras doblaba la nota y la metía en el bolsillo trasero de sus *jeans* antes de regresar al interior del coche y arrancar el motor para dirigirse al rancho.

Un par de horas después, tras una intensa búsqueda, Harper al fin dio con las llaves de la puerta del desván. Cuando había llegado se sorprendió al descubrir que la puerta que daba acceso al lugar estaba cerrada. Había tenido que rebuscar por toda la casa hasta dar con aquellas malditas llaves, que había encontrado en el fondo de un cajón del escritorio de su hermano.

Cargada con una linterna, se dirigió a la parte superior de la casa y caminó por el amplio corredor hasta la puerta que había cruzado apenas unas cuantas veces en su vida. Con manos temblorosas introdujo la pesada llave en la cerradura, luego la giró y abrió la puerta, que chirrió sonoramente.

Localizó el interruptor y lo accionó para descubrir una luz amarillenta que provenía de una bombilla desnuda que iluminaba las escaleras. No pudo evitar que un temor muy genuino se adueñara de su cuerpo por culpa de las películas de miedo que solía ver, y lo absurdo de la situación hizo que una sonrisa se dibujara en sus labios.

Al llegar a la parte superior, un velo de polvo la envolvió y estornudó un par de veces antes de poder enfocar su vista con la escasa luz. Cajas viejas, muebles cubiertos con sábanas polvorientas y objetos olvidados por el tiempo llenaban el espacio. El desván siempre le había parecido un rincón misterioso y desconocido de la casa, y que por tanto había evitado a lo largo de su niñez y adolescencia.

Con determinación, comenzó a revisar las cajas, buscando cualquier pista sobre el pasado de su familia, como le había indicado el anónimo que había encontrado en el cristal del coche. Después de un rato, abrió una caja que parecía estar llena de ropa de su padre. Por un instante el resquicio de un olor que creía ya olvidado llegó a sus fosas nasales, pero se recriminó esa sensación: era completamente imposible que el olor de su padre permaneciera en aquellas prendas después de una década.

Entre las prendas, encontró la vieja chaqueta de montar de su padre. Cerró los ojos por un instante y los recuerdos comenzaron a flotar a su alrededor. Era una vieja chaqueta de pana marrón de la que Conrad no era capaz de desprenderse porque se la había regalado Megan, la madre de Harper, una vez por su cumpleaños.

Con nostalgia y las lágrimas escociendo en sus ojos, Harper abrazó la prenda contra su pecho y dejó escapar unas lágrimas solitarias para mitigar el dolor que creía ya olvidado. Fue entonces cuando notó un bulto oculto en el gastado forro. Palpó la prenda con detenimiento, hasta que en un lateral localizó un pequeño agujero por el que extrajo una serie de cartas amarillentas.

—¿Qué significa esto? —preguntó en voz alta a pesar de que estaba sola.

Con cierta aprensión, dejó la vieja chaqueta sobre una caja

cercana y colocó cuidadosamente el montón de cartas sobre otra. Con dedos temblorosos atrapó uno de los sobres, del que extrajo un folio doblado en cuatro, pero antes de que pudiera leer una sola línea, unos pasos enérgicos resonaron sobre la gastada madera, e hicieron que girara su rostro. Al elevar su mirada se encontró con su hermano mayor, situado a pocos pasos de ella. La expresión de Jared mostraba furia, cosa habitual en él, y su voz sonó dura cuando habló.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Harper? —gruñó situándose a su lado y cruzando los brazos sobre su pecho.

Harper sintió que el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Se sentía como una niña descubierta en una travesura, pero ya no era una mocosa, sino toda una mujer que no podía dejar que su hermano la amilanase.

—¿Hay algún problema? —replicó Harper mientras agrupaba las cartas y las guardaba en el amplio bolsillo de su camisa de cuadros—. ¿Acaso está prohibido subir aquí? —añadió a la defensiva.

—¿Qué escondes ahí? —dijo Jared con desconfianza.

—Nada, solo algunas cartas viejas de papá. Te lo repito, ¿hay algún problema? —insistió, elevando su ceja derecha altaneramente.

Jared sintió que un sudor frío recorría su piel. La sola idea de que esas cartas salieran a la luz le angustiaba; sabía de sobra lo que Harper hallaría en ellas. Desde que las había encontrado, unos años antes, él mismo las había leído un millar de veces, y el dolor que había sentido al descubrir que su padre había estado con una mujer casada le había golpeado duramente. Conrad Duncan siempre había sido un hombre recto, cabal y de principios, y tener una amante casada había supuesto que a Jared se le cayera un mito.

—¿Jared? —sonó la voz confusa de su hermana, y el aludido volvió a la realidad.

—Deja esas cartas donde estaban —exigió Jared.

—De eso nada —replicó Harper molesta—. Te recuerdo que el rancho, y todo lo que hay en él, es de los tres —añadió cuadrándose de hombros, dispuesta a la batalla que sabía que se avecinaba.

—Harper, esas cartas deben permanecer en el pasado. No tienes ningún derecho a husmear en la vida privada de papá. Deja de revolver cosas que no te conciernen.

—Me conciernen si con eso logro limpiar el buen nombre de papá. Estoy segura de que él no tuvo nada que ver en la muerte de Abigail. ¿Acaso no te importa? —preguntó Harper angustiada mientras clavaba su mirada en el rostro tenso de su hermano.

—¡Maldita sea, Harper, por supuesto que me importa! —grito Jared, que había intentado mantener la calma hasta el momento—, pero nada de lo que hagas nos los devolverá, y solo lograrás que la gente…

—¡Me importa una mierda la gente! —grito Harper furiosa.

La discusión subió de tono mientras Harper luchaba por explicar su necesidad de conocer la verdad sobre su familia. Pero Jared estaba decidido a mantener ese secreto enterrado en el pasado.

—Si no dejas de meter las narices donde no te llaman, dejaré de hablarte para siempre —amenazó Jared.

—Como prefieras —le retó Harper—. Si no puedo buscar respuestas en esta casa, entonces me iré. Necesito conocer toda la verdad y entender el pasado de nuestro padre, y no me detendré ni por ti ni por nadie. —Tras esta última afirmación, Harper comenzó a andar hacia las escaleras, pero la voz de su hermano la hizo detenerse.

—Antes de irte, deja esas cartas donde estaban —ordenó Jared con voz fría.

Harper dudó, pero tras soltar un largo suspiro las sacó del bolsillo de la camisa y las dejó sobre una caja cercana.

—¡Ahí las tienes! —soltó con voz molesta antes de bajar las escaleras con movimientos bruscos.

Harper corrió a su habitación, con la frustración latiendo en su cuerpo mientras apartaba las lágrimas a manotazos. Con movimientos bruscos, comenzó a llenar sus maletas desordenadamente. Sabía que esta decisión significaba alejarse de la única familia que le quedaba, pero la necesidad de conocer la verdad era más fuerte que cualquier lazo de sangre.

Jared fue testigo de cómo Harper metía sus maletas en la parte trasera de la *pick up*, ayudada por uno de los empleados, y cómo poco después el vehículo se alejaba de la casa. Observó en silencio desde la puerta, incapaz de detenerla. Harper estaba decidida a descubrir todos los secretos de la familia, aunque eso significara destrozar nuevamente

la tranquila vida que habían logrado tras largos años de esfuerzo. No pudo evitar sentir dolor por lo que para él era egoísmo por parte de su hermana pequeña.

***

Tricia acababa de subir las empinadas escaleras que daban acceso a su apartamento, cargada con las bolsas de la compra, y estaba a punto de comenzar a colocar los alimentos en la nevera cuando unos golpes en la puerta la alertaron de la llegada de alguien. Frustrada, dejó la lechuga sobre la encimera y caminó hasta la puerta. Cuál no fue su sorpresa al descubrir a su casero en su rellano.

—Señor Coleman, no le esperaba hasta la semana que viene —comentó sin ocultar su desconcierto. Estaba completamente segura de que estaba al corriente de pago del alquiler del apartamento.

—Señorita Bale —replicó el hombre con una sonrisa forzada—, tiene razón, pero tenía que tratar un asunto con usted —confesó—. ¿Puedo pasar? —preguntó el hombre tímidamente.

—Sí, claro, por supuesto —replicó Tricia apartándose de la puerta para que él pudiera entrar.

El señor Coleman entró al apartamento de Tricia y miró a su alrededor con curiosidad. Hacía años que no se pasaba por el pequeño piso. Normalmente quedaba con la joven en la cafetería de la señora Keller.

—Ha creado un lugar encantador aquí —comentó fijando su mirada en el sofá de dos plazas de color verde cubierto por una vieja colcha de ganchillo de cuadrados de múltiples colores.

Tricia asintió, complacida por el cumplido, pero poco después su sonrisa se borró de sus labios. No era estúpida, sabía que la intempestiva visita del señor Coleman no podía traer nada bueno.

—Gracias, señor Coleman, se lo agradezco, pero: ¿podría decirme que ha sucedido? ¿Ha surgido algún problema con el alquiler? —preguntó directa.

El casero carraspeó sonoramente, parecía incómodo mientras buscaba las palabras adecuadas para contestar a las preguntas que la joven había formulado.

—No exactamente, señorita Bale. El motivo de mi visita es que he

vendido el edificio.

—¿En serio? —cuestionó Tricia frunciendo el ceño, sorprendida por la noticia—. ¿Y qué significa eso para mí? ¿Seguiré siendo la inquilina aquí?

El señor Coleman suspiró pesadamente, como si lamentara darle la noticia.

—Pues eso será decisión del señor Bolton. Aún no puedo decirle con certeza si le permitirá quedarse o si tendrá que buscar otro lugar —confesó finalmente.

Tricia se sintió inquieta. Ese apartamento era su hogar desde que se había mudado del rancho familiar porque no soportaba más el control que ejercían sus hermanos mayores sobre ella, y la idea de mudarse no era algo que quisiera considerar.

—¿Puede darme más detalles sobre ese hombre?

El señor Coleman parecía reticente a compartir información adicional.

—Lo siento, señorita Bale, no sé mucho más. Todo ha sido gestionado a través de una inmobiliaria. Solo sé que es un hombre de negocios. Tendrá que esperar a que el señor Bolton se comunique con usted para conocer sus planes.

Tricia asintió, aunque su mente estaba llena de preguntas y preocupaciones.

—Entiendo. Gracias por informarme, señor Coleman —dijo Tricia mientras acompañaba al hombre hasta la puerta.

El casero se despidió con afecto y agradecimiento y salió del apartamento.

Tricia cerró la puerta detrás de él y regresó a la cocina, donde las bolsas de la compra seguían esperando. A medida que guardaba los alimentos en la nevera, no podía evitar sentir una creciente incertidumbre sobre su futuro en ese lugar que había llamado hogar durante tanto tiempo.

CAPÍTULO 11

Tricia estaba acabando de colocar la compra, cuando sonó el timbre, sobresaltándola. Hubiera mandado al cuerno a quien estaba al otro lado de la puerta si no fuera porque reconoció la voz de Harper. Al abrir descubrió a su amiga con una expresión de preocupación en el rostro y varias maletas junto a sus pies, tratando de dibujar una sonrisa en sus labios sin demasiado éxito.

—Harper, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Tricia, sorprendida por la inesperada visita de su amiga.

Harper parecía agotada, con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Tricia, necesito un lugar donde quedarme por un tiempo. He tenido una discusión con Jared y.... no quiero volver al rancho en este momento.

Tricia no necesitó escuchar más. Abrió la puerta de par en par y abrazó a Harper con fuerza contra su pecho.

—Harper, puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. Mi casa es tu casa —afirmó rotunda, aunque ni siquiera ella sabía si estaría allí al mes siguiente después de la preocupante noticia que le había dado el señor Coleman.

Harper, ajena a los pensamientos de su amiga, suspiró aliviada y le devolvió el abrazo con gratitud.

—Gracias, Tricia. No sé qué habría hecho sin ti en estos momentos.

—No es nada, cielo, para eso están las amigas —replicó Tricia mientras hacía entrar a Harper al pequeño apartamento y la ayudaba a meter su equipaje en la habitación de invitados, que no era muy grande, pero sí lo suficiente para una emergencia.

Poco después, sentadas en el mullido sillón color verde, y con una copa de vino en la mano, Harper le explicó a Tricia la discusión que había mantenido con su hermano y cómo se había marchado del rancho impulsada por el orgullo y el enfado.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —preguntó Tricia intrigada.

—Pues la verdad es que no lo sé —confesó Harper—. Mi única

esperanza es que el juez Wiseman acepte mi solicitud de una copia del caso.

—Lo veo poco probable —replicó Tricia pensativa.

—¿Y eso por qué? —preguntó Harper, sin entender la enigmática expresión en el rostro de su amiga.

—El juez Wiseman es uno de los mejores amigos de Morgan Chapman. Son como uña y carne —le informó pesarosa.

—¡Fantástico! —exclamó la abogada sin poder contenerse—. Pues no me voy a rendir tan fácilmente —añadió, depositando su copa de vino sobre la mesa con determinación antes de ponerse en pie.

Durante varios minutos, Harper deambuló en círculos por el pequeño salón, sus pasos resonaban con un eco de inquietud que amenazaba con socavar la cordura de Tricia. Esta observaba desde el sofá, sintiendo el peso de la incertidumbre. Finalmente, Harper se detuvo y se giró hacia su amiga, revelando una sonrisa que destilaba decisión en medio del caos reinante.

—Tengo un plan B si el juez no acepta mi solicitud —exclamó triunfal—. No me quedaré de brazos cruzados.

—No sé cuál es ese plan, pero me inquieta —expresó Tricia con recelo.

—¿Quieres que te lo explique? —preguntó Harper, con la excitación chispeando en sus ojos.

—Si no queda otro remedio… —replicó Tricia, mientras llenaba su copa nuevamente, consciente de que lo que Harper estaba a punto de exponer no iba a gustarle ni un pelo.

Tras escuchar atentamente la propuesta de Harper, Tricia confirmó lo que pensaba, que su amiga se estaba volviendo completamente loca. Se animó a sugerir la posibilidad de hablar con otros abogados o buscar conexiones que pudieran influir en el proceso judicial.

—Eso llevaría demasiado tiempo —replicó Harper con evidente urgencia.

—Amiga, entiendo que estás frustrada, pero colarse en la comisaría no es una buena idea. Podríamos enfrentarnos a problemas

legales graves.

Harper le lanzó una mirada determinada.

—Lo sé, entiendo tus miedos, y no te estoy pidiendo que te involucres en este lío por mí. Lo haré yo sola. Solo necesito tu apoyo moral.

Tricia observó con atención el rostro de su amiga. Comprendía lo que estaba impulsando a Harper a comportarse de manera tan temeraria, y aunque no era de naturaleza aventurera, estaba dispuesta a acompañarla en su locura.

—Mira, estoy aquí para ti, pase lo que pase. Pero te pido que al menos nos aseguremos de que cada paso que demos sea mínimamente seguro.

—Vale, como quieras —replicó Harper con una sonrisa agradecida.

Horas más tarde, Harper continuaba dando vueltas en la cama. No podía dejar de pensar en la discusión que había protagonizado con su hermano, no solo por el altercado en sí, sino también por la imposibilidad de leer las cartas de su padre. Estaba convencida de que encontraría valiosa información en ellas, y por alguna razón que no lograba entender, Jared se las había negado. Eso solo podía indicar una cosa: que sabía al detalle lo que contenían.

Además, estaba el otro asunto: su plan de entrar en la comisaría si no conseguía el informe Chapman. Era consciente de que era una temeridad, como le había advertido Tricia, pero se había quedado sin opciones legales para avanzar en su investigación y no estaba dispuesta a rendirse. Lo único que la inquietaba era tener que enfrentarse nuevamente a Liam, el hombre del que había estado enamorada en su adolescencia y que, para colmo, seguía removiendo algo en su interior.

A medida que la noche avanzaba, el peso de las decisiones y la incertidumbre del camino a seguir se reflejaban en el rostro de Harper. La habitación estaba envuelta en la penumbra, solo interrumpida por la luz tenue de la lámpara de noche. Harper se sumía en sus pensamientos, cuestionándose las elecciones que había tomado y las que aún le esperaban en el horizonte incierto de su investigación.

***

Rancho Moonlight,

al día siguiente

Los primeros rayos del sol se filtraban con timidez a través de las cortinas de la cocina, proyectando una paleta de tonos cálidos que acariciaban el espacio donde Jared se deleitaba con su desayuno. El aroma del café recién preparado y la melodía suave de la radio de fondo contribuían a crear una atmósfera relajada. Sin embargo, la placidez se vio abruptamente interrumpida cuando la puerta se abrió de manera brusca, dando paso a la figura de Colt, cuyos rasgos estaban dominados por la furia, que se translucía en sus movimientos bruscos.

—Jared, tenemos que hablar —declaró Colt, sin siquiera ofrecer un saludo matutino a su hermano mayor.

Jared alzó la mirada de su plato, encontrándose con la expresión tensa de Colt, aunque él se mantuvo imperturbable.

—¿Qué pasa? —inquirió con una calma que solo sirvió para aumentar la irritación de su hermano.

—Moira me ha contado lo que ocurrió anoche con Harper —informó Colt mientras ocupaba una silla frente a su hermano—. No pensabas decirme nada, ¿verdad? —le espetó.

Jared frunció el ceño, anotando mentalmente recordarle a Moira que no debía inmiscuirse tanto en los asuntos familiares.

—No, la verdad es que no —respondió Jared antes de dejar el tenedor sobre su plato y limpiarse los labios con tranquilidad.

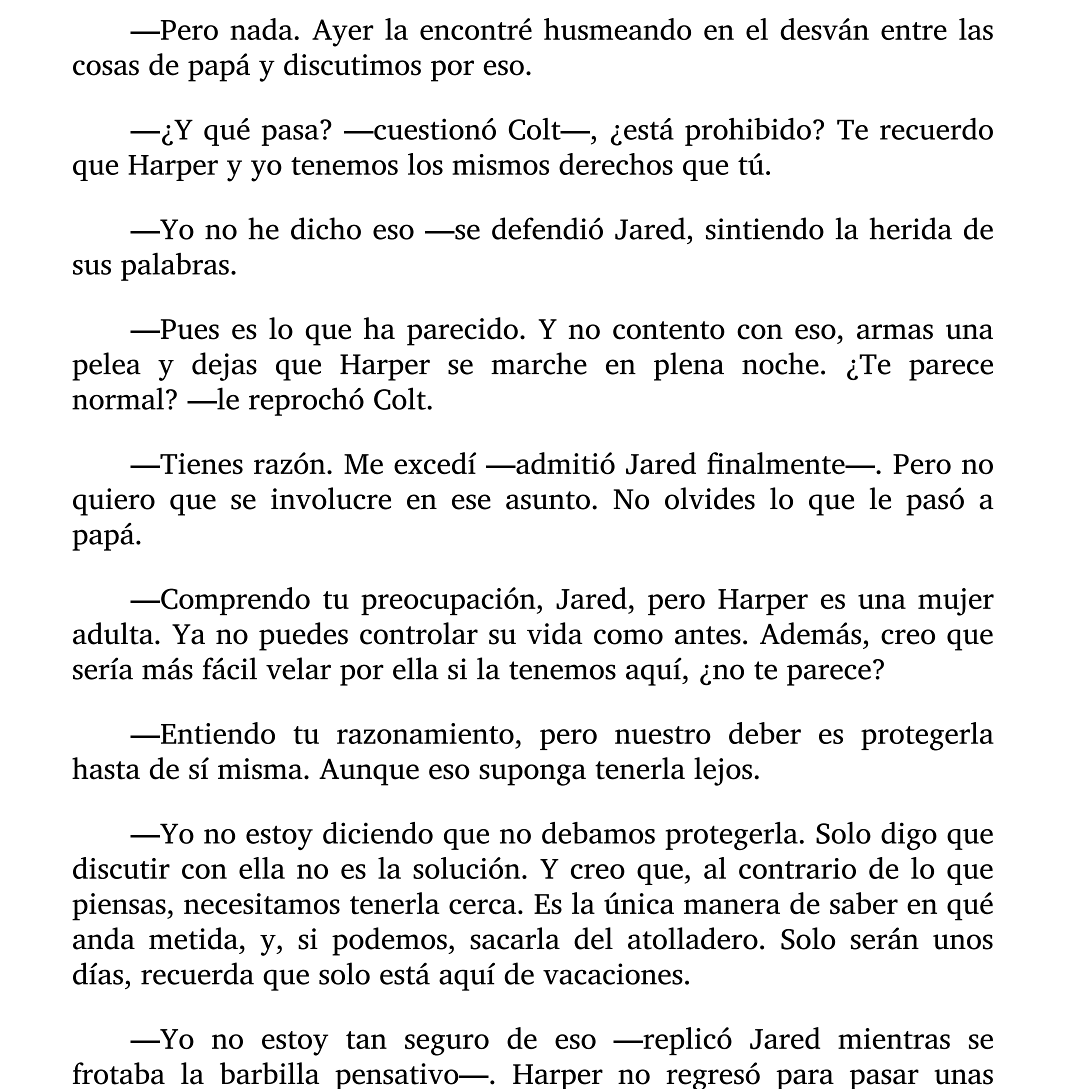
—¡Maldita sea, Jared! ¿Cómo puedes ser tan cabezota? Solo tenías que comportarte unos días, ¿era mucho pedir? —le reprochó con furia.

—No es solo culpa mía. Harper es demasiado terca para su propio bien.

—¿En serio? —replicó Colt con sarcasmo.

—Le dije que dejara el asunto de los Chapman, ¿no es así?

—Sí, pero… —intentó rebatir Colt, siendo interrumpido por un gesto de la mano de Jared.



—Pero nada. Ayer la encontré husmeando en el desván entre las cosas de papá y discutimos por eso.

—¿Y qué pasa? —cuestionó Colt—, ¿está prohibido? Te recuerdo que Harper y yo tenemos los mismos derechos que tú.

—Yo no he dicho eso —se defendió Jared, sintiendo la herida de sus palabras.

—Pues es lo que ha parecido. Y no contento con eso, armas una pelea y dejas que Harper se marche en plena noche. ¿Te parece normal? —le reprochó Colt.

—Tienes razón. Me excedí —admitió Jared finalmente—. Pero no quiero que se involucre en ese asunto. No olvides lo que le pasó a papá.

—Comprendo tu preocupación, Jared, pero Harper es una mujer adulta. Ya no puedes controlar su vida como antes. Además, creo que sería más fácil velar por ella si la tenemos aquí, ¿no te parece?

—Entiendo tu razonamiento, pero nuestro deber es protegerla hasta de sí misma. Aunque eso suponga tenerla lejos.

—Yo no estoy diciendo que no debamos protegerla. Solo digo que discutir con ella no es la solución. Y creo que, al contrario de lo que piensas, necesitamos tenerla cerca. Es la única manera de saber en qué anda metida, y, si podemos, sacarla del atolladero. Solo serán unos días, recuerda que solo está aquí de vacaciones.

—Yo no estoy tan seguro de eso —replicó Jared mientras se frotaba la barbilla pensativo—. Harper no regresó para pasar unas tranquilas vacaciones en Serene Falls, vino con un claro objetivo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Colt, aunque sabía de sobra en que andaba metida Harper, pero su pregunta quedó en el aire cuando la puerta de la cocina se abrió de nuevo y Moira entró con una cesta con huevos frescos, ajena al tenso ambiente.

—Buenos días, chicos, no os hacía aún en casa —saludó Moira alegremente.

—No deberíamos estar aquí —respondió Jared—, pero al parecer Colt tenía cosas que reprocharme gracias a alguien —dijo mientras se cruzaba de brazos y clavaba su mirada en la mujer, que dejó la cesta sobre la encimera y elevó sus ojos para encontrarse con los de él.

—Jared, ¿tienes algún problema conmigo? —preguntó la mujer directa. Llevaba demasiados años en aquella casa y no se dejaba intimidar fácilmente por el «jefe supremo» del rancho.

Jared, con la mirada intensa clavada en la mujer, decidió abordar directamente el motivo de su molestia.

—Sí, Moira, hay un problema. ¿Por qué demonios tuviste que contarle a Colt la discusión que tuve ayer con Harper? Este es un asunto familiar, y deberíamos poder manejarlo sin que se corra la voz por todo el rancho.

Moira se sintió herida por las palabras que Jared acababa de pronunciar. Tras cerca de veinte años sirviendo a la familia Duncan, se consideraba algo más que una empleada.

—Solo pensé que Colt tenía derecho a saberlo. Y siento si te ha molestado, pero os quiero a todos como a los hijos que nunca tuve.

Colt intervino al ver el dolor reflejado en el rostro de Moira. Hubiera pateado el culo de su hermano de haber podido, pero ahora lo importante era reconducir la situación.

—Jared, discúlpate con Moira ahora mismo.

El aludido apretó los labios hasta formar una fina línea con ellos. Sabía que había metido la pata hasta el fondo, y aunque no estaba habituado a pedir perdón, no dudó en hacer lo que debía.

—Lo siento, Moira. He sido un idiota.

—Tienes toda la razón —siseó la mujer, que permanecía cruzada de brazos a cierta distancia de la mesa que ocupaban los hermanos.

—Bien —intervino Colt para evitar una posible discusión. En los últimos tiempos se sentía como un bombero apagando fuegos—. No peleemos entre nosotros. Ahora necesitamos encontrar a Harper. Jared, ¿tienes alguna idea de a dónde pudo haber ido?

—No lo sé —respondió el aludido.

—Puede que haya ido al piso de su amiga Tricia —intervino Moira—. Es lo que hace la gente que tiene amigos —añadió dirigiendo una mirada fugaz a Jared.

—Claro, es lo más probable —dijo Jared, dispuesto a ignorar el

sarcasmo de Moira.

—Bien, pues ahora que sabes dónde está —intervino Colt—, solo te queda hacer una cosa: ir a disculparte —dijo mientras clavaba la mirada en el rostro de su hermano.

—¡Vale, vale, tranquilo, lo haré! —afirmó Jared con incomodidad mientras abandonaba su silla y rescataba su sombrero de la mesa antes de ponerlo sobre su cabeza—. Pero antes tengo mucho trabajo que hacer en el rancho —afirmó y se dirigió a grandes zancadas hasta la puerta, saliendo sin mirar atrás.

CAPÍTULO 12

Serene Falls,

al día siguiente

Jared se dirigió hacia el pequeño apartamento de Tricia, al cual había llegado gracias a las indicaciones de Peter, el dueño de la ferretería. Mientras subía las escaleras, no pudo evitar sentir un nudo en el estómago. La relación con Harper no había sido la mejor en los últimos años, desde la muerte de su padre. No había sido fácil pasar de ser un hermano al cabeza de familia, encargado de prohibir y proteger.

Al llegar al rellano del apartamento, Jared se encontró con Tricia, quien acababa de cerrar la puerta a su espalda. Cuando vio al imponente vaquero, se detuvo y elevó su rostro para encontrarse con su mirada.

—Hola, Jared, cuánto tiempo —dijo algo cohibida—. Si buscas a Harper, está en la cafetería de la señora Keller. Se fue hace un rato.

—Gracias —replicó Jared agradecido, y tras hacer un gesto con su sombrero a modo de despedida, volvió a bajar por las escaleras por las que poco antes había subido.

Maldijo su mala suerte mientras se dirigía al lugar. Cuando entró en la cafetería, se encontró con la señora Keller detrás del mostrador. La mujer le miró con una expresión de desdén y, antes de que Jared pudiera decir algo, ella habló con sarcasmo.

—Jared Duncan, ¿qué te trae por aquí? ¿Has decidido que es hora de probar mi cocina de nuevo? —preguntó, recordando la última vez que el joven había estado en su establecimiento y había osado criticar su sándwich de la casa. Eso había desencadenado en una airada discusión y Jared llevaba varios meses sin entrar en su local.

Él ignoró los comentarios mordaces de la señora Keller y respondió con calma.

—No, señora Keller. Solo estoy buscando a mi hermana, Harper. Me han dicho que está aquí.

La señora Keller señaló con la cabeza hacia el fondo de la cafetería.

—La encontrarás en esa mesa, lleva allí una hora y todavía no se ha quejado de mi servicio —añadió dañina.

Jared ignoró su comentario y se dirigió hacia el lugar donde se encontraba su hermana. Estaba absorta en la lectura de un cuaderno de anotaciones, y parecía no haberse percatado de su llegada.

—Harper —la llamó Jared suavemente.

La aludida levantó la vista, sorprendida, y sus ojos se encontraron con los de su hermano. Había una tensión evidente en el aire, pero Jared estaba decidido a hacer las paces a como diera lugar.

—Jared —murmuró Harper, sorprendida al ver a su hermano mayor allí.

Los dos se miraron durante un momento. Jared sabía que debía abordar el tema con cuidado, pero antes de que pudiera decir algo, Harper cerró el cuaderno de anotaciones y lo apartó.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó con una mezcla de sorpresa y recelo en su voz.

Jared se acomodó en la silla frente a su hermana y suspiró.

—Vine a hablar contigo sobre lo que sucedió ayer —confesó Jared con esfuerzo.

Harper lo miró con desconfianza, pero asintió con gesto adusto.

—De acuerdo, habla, te escucho.

La señora Keller, detrás del mostrador, observaba la conversación con evidente interés, aunque su expresión de desdén no había desaparecido del todo. Jared se sentía incomodó ante la mirada de la mujer, seguro que estaría pendiente de todo lo que hablaran. Aun así, recabó el valor que necesitaba para hacer lo que debía.

—Harper, quería pedirte perdón por cómo me comporté el otro día. No tenía ningún derecho a tratarte así, y mucho menos a decirte lo que tienes que hacer.

La mirada de Harper se suavizó mientras escuchaba las palabras de su hermano. Sabía que no le solía resultar nada fácil disculparse, y su sinceridad era evidente.

—Gracias, Jared. Aprecio tus palabras. También lamento la forma

en que me comporté. No debería haberte hablado de esa manera. Pero necesitaba que entendieras mi punto de vista y que respetes mis decisiones, incluso aunque te parezcan una locura. Tengo la necesidad de investigar el caso de la señora Chapman y descubrir si nuestro padre era inocente o no.

—Respeto tu opinión respecto a ese asunto, aunque no la comparto —replicó Jared con sinceridad—. Y prometo no volver a inmiscuirme.

Harper abrió los ojos ampliamente, y aunque la respuesta que le había dado su hermano no la dejaba demasiado tranquila, no pudo evitar sonreír al ver su expresión solemne.

—Te lo agradezco. Y ahora, si quieres, podemos tomar un café —le ofreció, sabiendo que su hermano nunca rechazaba una taza del oscuro brebaje humeante.

—No, muchas gracias —replicó Jared, desviando su mirada ligeramente hacia la dueña del local, que, al encontrarse con su mirada, se apartó y se dirigió a la cocina, situada en la parte trasera.

—¿De verdad? —cuestionó Harper sorprendida.

—Aquí no dan muy buen café —comentó Jared a modo de confidencia.

Siguieron conversando amigablemente unos minutos más, pero cuando Jared se percató de la hora, decidió que era el momento de regresar al rancho, donde le esperaba mucho trabajo.

—Bueno, Harper, me ha encantado hablar contigo, pero tengo que irme.

—Lo entiendo, no pasa nada. Yo debo seguir con lo mío —dijo Harper guiñándole un ojo divertida.

—¿Vas a volver a casa? —preguntó Jared esperanzado.

Harper se vio sorprendida por su pregunta, aunque la entendía. Imaginaba que si su hermano se había rebajado a pedirle perdón era porque Colt debía haberle echado una buena bronca, y, por qué no, también porque él mismo quería que regresara al rancho. Pero ella prefería seguir en el apartamento de Tricia, situado en el pueblo. Eso facilitaba su investigación, y estaba cerca de todos los lugares de interés para la misma.

—Te lo agradezco, Jared, pero de momento no. Tengo que revisar antiguos archivos, hablar con algunas personas … y estar en el pueblo me facilita ese trabajo. ¿Lo entiendes?

Jared asintió comprensivo, aunque no pudo evitar sentir una pizca de decepción.

—Sí, sé que esta investigación es importante para ti, y si estar en el pueblo te facilita las cosas, entonces eso es lo que importa.

A pesar de su deseo de tener a su hermana de vuelta en el rancho, como había hablado con Colt, sabía que no lo lograría presionándola y que tenía que andarse con pies de plomo si quería conseguir algo. Quizás no lograra hacerla regresar en esa ocasión, pero sí en la siguiente.

—Gracias, Jared.

—De nada, pequeña —replicó con una sonrisa en los labios.

—Por cierto —añadió Harper, recordando un asunto pendiente que no podía olvidar—, me preguntaba si podrías dejarme leer las cartas del otro día —pidió con cautela, estudiando el rostro de su hermano.

«Maldita sea», pensó Jared, y tras unos minutos de duda, optó por una mentira piadosa.

—Claro, en cuanto pueda las buscaré todas y te las traeré —mintió, sintiéndose mal por ello, pero sabiendo que sería lo mejor. Solo pretendía ganar algo de tiempo antes de tomar una decisión que llevaba posponiendo demasiado: contar a sus hermanos lo que sabía y que había ocultado durante doce largos años para intentar protegerlos.

—¡Oh, no sabes cuánto te lo agradezco! —exclamó Harper emocionada, ajena a los pensamientos de su hermano—. Estoy deseando leerlas, quizás así pueda conocer un poco más a papá —añadió con nostalgia.

—Claro, sin problema —replicó Jared escuetamente.

—Bueno, no te entretengo más —dijo Harper, preocupada por no causar molestias a su hermano—. Nos veremos pronto —añadió con una sonrisa agradecida.

—Eso espero, o Colt me partirá las piernas —afirmó Jared con

cierto humor, abandonando la silla que ocupaba y acercándose a Harper para besar su coronilla—. Cuídate, y si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamarme.

—Gracias, Jared. Te quiero —replicó Harper agradecida, levantándose y besando sonoramente las mejillas de su hermano, como no hacía desde que era adolescente.

***

Criadero de caballos Chapman

Hailey salió de la casa con un palpitar de emoción. Después de completar sus deberes, logró persuadir a Jenna para que le prestara la Tablet durante un rato y, entre las noticias, descubrió el anuncio que llevaba esperando un año: las inscripciones para el concurso de doma y monta en la ciudad de Bandera, conocido en todo el país por sus desafíos ecuestres, estaban a punto de abrirse. Emocionada dejó el aparato sobre la mesa y salió de la casa a toda velocidad.

Al llegar al establo, Hailey no dudó en correr hacia el espacio donde descansaba su yegua. Canela, al escuchar sus pasos, levantó las orejas, reconociendo el sonido característico de su dueña.

—¡Canela, ha llegado nuestra oportunidad! —exclamó Hailey con triunfo—. ¡El concurso de Bandera se acerca! ¡Será nuestro momento!

Mientras acariciaba la crin de Canela, Hailey imaginaba el desfile de caballos, las piruetas en la pista y el aplauso del público. Sin embargo, una sombra de duda se cernía sobre ella. Era consciente de que su padre, el severo señor Chapman, no siempre compartía su entusiasmo por las aventuras ecuestres y, la incertidumbre la invadió.

En ese instante, la puerta del establo se abrió, dejando paso a Daniel Brooks, el experimentado capataz del criadero, con su sombrero de vaquero desgastado y una expresión curiosa.

—¿Qué emociona tanto a la pequeña Chapman hoy? —preguntó Daniel sonriendo a la joven, a la que había visto crecer.

—¡Daniel, el concurso de Bandera se acerca! —exclamó Harper emocionada—. Y por fin tengo la edad para participar —añadió con entusiasmo.

Daniel asintió, pero su rostro se ensombreció. Sabía que convencer al señor Chapman no sería tarea fácil.

—Hailey, sabes que tu padre…

Harper lo interrumpió con determinación.

—¡Lo sé, Daniel! Pero esta vez, voy a convencer a papá. ¿Y sabes cómo? —preguntó con resolución.

—¿Cómo? —preguntó Daniel interesado.

—Voy a organizar una actuación especial para él. Canela y yo hemos estado practicando duro. Estoy segura de que cuando me vea, permitirá que me inscriba.

Daniel miró a Hailey con complicidad, comprendiendo su deseo. Aunque sabía que su objetivo no sería fácil, decidió apoyarla.

—Está bien, Harper. Te ayudaré —se ofreció—. Solo dime qué necesitas para ese día y lo tendrás.

—¡Gracias, Daniel! —dijo Hailey abrazando al hombre—. Eres el mejor.

El hombre apartó a la niña, no muy acostumbrado a muestras de cariño que lo incomodaban.

—Ahora tengo que seguir trabajando —se excusó antes de despedirse con un gesto de sombrero y salir del establo con paso firme.

Con la esperanza brillando en sus ojos, Hailey continuó acariciando a Canela, ansiosa por la posibilidad de demostrar su destreza en el concurso. Soñaba con las próximas semanas y anhelaba que su padre se sintiera orgulloso de ella por primera vez en la vida.

CAPÍTULO 13

Serene Falls,

Noche del viernes

Tricia miró a un lado y otro de la calle con evidente nerviosismo. El aire frío de la noche acarició sus mejillas, y se maldijo por haber accedido a aquella idea alocada de Harper. Definitivamente, su amiga tenía que dejar de ver tantas series de *streaming* que solo hacían que su cabeza se llenara de ideas absurdas.

—¿Estás segura de esto? —cuestionó en voz alta, con la intención de hacer desistir a Harper de su plan—. Aún estás a tiempo. Podemos regresar a casa y...

—De ninguna manera —afirmó la aludida, que estaba sentada a su lado—. No hay otra forma de lograr ese maldito informe.

Tricia suspiró, dándose cuenta de que no podría hacerla cambiar de opinión. Habían descubierto que aquella noche se celebraba el cumpleaños de la señora Clayton y la comisaría estaría casi vacía. Era la oportunidad perfecta para llevar a cabo su plan.

—Bien, ha llegado el momento —afirmó Harper con voz profunda. Notaba cómo la adrenalina recorría sus venas, pero se ordenó tranquilizarse—. Tú te quedarás aquí, y si ves cualquier cosa me llamas.

—Sí, ya lo sé, me lo has repetido hasta la saciedad —replicó Tricia con evidente aburrimiento.

Habían repasado el dichoso plan medio centenar de veces, y aunque al principio le había parecido algo excitante, que la hacía sentirse como la protagonista de una novela policiaca, lo cierto es que en ese momento estaba cagada.

Harper salió del coche y aprovechó las sombras para llegar a la parte trasera del edificio. Cuando llegó a la fachada se detuvo ante una de las ventanas bajas del sótano, donde sabía que estaba la sala de archivos gracias a una amigable charla con la señora Clayton tras llevarle un café y un pastel para desayunar, gesto que la mujer agradeció.

Con habilidad, logró abrirla. Aunque era estrecha, consiguió

colarse por ella gracias a que era delgada y flexible.

Una vez dentro, Harper se movió silenciosamente entre los pasillos oscuros, guiándose solo con la luz tenue de la linterna que había sacado de su bolsillo. Se sintió recompensada cuando localizó unos altos estantes, segura de que el informe sobre Abigail Chapman estaría en alguna de aquellas baldas. Finalmente, tras unos minutos que parecieron horas, dio con la carpeta. La colocó sobre una mesa cercana y comenzó a hacer las primeras fotos, mientras sostenía la linterna entre los dientes, cuando una voz la sobresaltó e hizo que la luz cayera sobre el archivo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

Harper se giró rápidamente, y descubrió el rostro de Liam, cuyos ojos reflejaban sorpresa y desaprobación.

Tras un momento inicial de nerviosismo, Harper se ordenó mantener la calma y cuadrándose de hombros se decantó por decir la verdad.

—Buscaba la información que le solicité hace unos días, *sheriff* Mayers. Necesito respuestas y no pienso renunciar a mi investigación.

Liam la miró con suspicacia, pero también con un atisbo de admiración ante su sorprendente sinceridad, a pesar de que eso suponía que estaba admitiendo un delito. Harper estaba resultando ser una mujer obstinada y decidida.

—Eso no justifica entrar ilegalmente en una comisaría, Harper. Deberías haber venido a mí y discutido tu necesidad de acceso a esos archivos.

—¿Y no lo he hecho ya? —replicó Harper con el ceño fruncido mientras se cruzaba de brazos—. Pero no quieres ayudarme.

—¡Claro que quiero ayudarte! —replicó Liam molesto—, pero no puedo darte el informe. Por el amor de Dios, Harper, eres abogada.

—¿Y? —replicó ella, que no estaba dispuesta a darse por vencida tan fácilmente—. ¿Piensas detenerme?

—No, si borras las fotos que tienes en el móvil.

—¿Qué fotos? —cuestionó Harper, e inconscientemente se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, donde había ocultado su

móvil.

Una sonrisa divertida se dibujó en los labios de Liam mientras se acercaba un paso más a ella con la intención de intimidarla.

— ¿Me vas a obligar a buscarlas? —cuestionó Liam con una voz sugerente.

Harper dio un paso atrás, apartándose de él, y su espalda se chocó contra la estantería mientras su corazón latía con fuerza. La electricidad en el aire era palpable. Sus miradas seguían entrelazadas.

Harper se perdió en la marea que se gestaba en los ojos azules de él y finalmente elevó su rostro para encontrarse con sus gruesos labios, aquellos que tan bien conocía y que tanto había echado de menos en esos años.

Liam, por su parte, se dejó consumir por las llamas zigzagueantes que se movían en los rasgados ojos ambarinos de Harper y elevó su mano para enredar sus dedos en su largo y sedoso pelo negro. Había extrañado tanto su tacto, su olor y su sabor que cuando ella se movió y sus labios estuvieron a escasos centímetros no dudó en acortar la distancia que los separaba y mordisquearlos con deseo mal contenido.

El beso fue intenso y apasionado, y sus lenguas protagonizaron una acalorada lucha por el control. Harper elevó sus manos y las colocó sobre el pecho masculino, que descubrió duro y musculado bajo la camisa. Por su parte, Liam bajó la mano que había estado entretenida con su cabello, y dibujó con las yemas de sus dedos cada una de sus vértebras hasta llegar a su trasero, que no dudó en abarcar con la palma.

Sin embargo, unos golpes en la ventana rompieron el hechizo. La voz de Tricia llegó desde afuera, sacándolos de su trance.

—¡Harper, tienes que salir de ahí ya! Liam ha entrado en la comisaría…

El beso terminó abruptamente, y Harper y Liam se separaron con la respiración entrecortada. Sus rostros reflejaban sorpresa y asombro. El silencio llenó la sala de archivos mientras se miraban con incredulidad.

Harper fue la primera en recuperar la compostura, aunque su voz temblaba ligeramente debido a la intensidad del momento.

—Esto… no debería haber pasado —dijo, acariciando sus labios con los dedos, que estaban húmedos y ligeramente hinchados por el beso.

Liam, a su vez, luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Tienes razón, pero no puedo negar que...

—No, Liam —le interrumpió Harper con su voz—, no compliquemos las cosas —rogó Harper, consciente del abismo que se abría entre ellos.

—Está bien, como quieras —replicó Liam a regañadientes—. Pero tenemos que hablar sobre el caso Chapman y por qué has regresado. Necesito que me cuentes toda la verdad y tus auténticas intenciones.

Harper asintió, sabiendo que no tenía otra opción.

—Está bien, pero ahora no —pronunció Harper con voz grave.

Tras cruzar una última mirada con Liam se dio la vuelta y comenzó a caminar con paso acelerado por el amplio corredor en dirección a la salida. Minutos después abandonaba la comisaría y rodeaba el edificio. Como esperaba, Tricia aguardaba con evidente nerviosismo junto a la ventana del sótano.

—Tricia, ya estoy aquí —expresó para que su amiga se percatara de su presencia.

—¡Maldita sea, Harper, me has dado un susto de muerte! —exclamó la aludida llevándose una mano al pecho para que los alocados latidos de su corazón se ralentizaran.

—Lo siento, no pretendía asustarte —replicó Harper arrepentida.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó Tricia preocupada.

Harper apoyó la espalda en la pared de la comisaría, y cerró los ojos unos segundos. Finalmente, con voz temblorosa, le contó lo sucedido:

—El *sheriff* me ha descubierto —confesó apesadumbrada.

—Lo sabía —replicó Tricia con el gesto torcido—. Te dije que algo así podía suceder. ¿Y cómo es que no te ha detenido por allanamiento? —preguntó sorprendida.

—Me temo que no pensó mucho en ello después de que nos besáramos…

Tricia la miró con sus ojos azules abiertos de par en par.

—¡¿Qué?! ¡¿Hablas en serio?! ¿Y cómo pasó eso? —preguntó Tricia excitada.

Harper se pasó una mano por el cabello, con su mente aún en estado de *shock*.

—No lo sé. Fue todo muy repentino. La tensión, la cercanía... Simplemente sucedió. No sé si fue un error o si...

Tricia la interrumpió, poniendo una mano en su hombro.

—Harper, respira, ya tendrás tiempo de pensar en ello. Deberíamos regresar a casa y tomar una infusión relajante.

Harper suspiró y miró a su amiga.

—Tienes razón, además, aquí hace frío —dijo mientras un escalofrío recorría su cuerpo a pesar de la cazadora.

Ambas subieron al coche y Tricia condujo hasta su pequeño apartamento, situado en la parte superior del bar Bluebonnet. Al llegar frente al edificio, aparcó en la parte trasera del local y ambas ascendieron por las escaleras.

Tricia giró la llave sobre la cerradura y encendió la luz antes de apartarse para dejar que Harper entrara. Minutos después ambas estaban sentadas en el sofá con sendas tazas humeantes con una infusión relajante.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Tricia, preocupada por su amiga.

—Sí, algo mejor —respondió Harper agradecida.

—Me alegro —dijo Tricia dando un nuevo sorbo a su taza—. ¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó directa. Estaba demasiado intrigada como para respetar el silencio que su amiga parecía necesitar.

—Mañana he quedado en reunirme con Liam…

—¿Y desde cuándo es solo Liam? —preguntó Tricia con una sonrisa pícara.

—¡Oh, cállate! —replicó Harper molesta.

—No te enfades, solo me estaba divirtiendo un poquito a tu costa —replicó Tricia haciendo un gesto uniendo sus dedos índice y pulgar, separadas sus yemas por menos de un milímetro—. Ahora en serio —añadió cambiando de registro el tono de su voz y la expresión de su rostro—. ¿Qué vas a hacer mañana? ¿Por dónde vas a seguir si no logras el informe?

—No lo sé, pero lo que está claro es que este beso solo complica las cosas aún más —confesó Harper derrotada.

—Bueno, no le des demasiada importancia —le aconsejó Tricia con la única intención de animarla—. El beso solo fue un impulso, no tiene por qué significar nada. Lo importante es que mañana logres convencer a Liam para que te ayude. Quizás deberías enseñarle el anónimo que recibiste en Austin, y el que apareció el otro día en tu coche.

Harper asintió, reflexionando sobre el consejo de su amiga. «Puede que Tricia tenga razón —admitió—. El beso no debería distraerme de lo que realmente importa. Mañana hablaré con Liam y le mostraré esos anónimos. Tal vez eso nos ayude a resolver el caso y aclarar todo este asunto».

—Está bien, así lo haré —afirmó Harper con convicción.

Tricia sonrió, satisfecha de que su amiga hubiera tomado aquella decisión.

—Eso suena como un plan sensato —dijo con un deje de humor en la voz—, cosa que se agradece después de lo de hoy.

—¡Eh, no te pases! —replicó Harper molesta—. Si Liam no hubiera aparecido, la cosa no habría salido tan mal.

—Sí, pero recuerda que ahora eres abogada, no una adolescente rebelde —dijo Tricia con tristeza y nostalgia al recordar la adolescencia que ambas habían compartido junto a Mackenzie y Brianna.

—¡Gracias a Dios!, como diría Jared —replicó Harper imaginando el rostro fruncido de su hermano mayor.

Ese comentario provocó una risa divertida por parte de Tricia, imaginando al gruñón de Jared echando una de sus legendarias charlas a Harper. En más de una ocasión había sido testigo de una de ellas, y no hubiera querido estar en la piel de Harper.

Las dos amigas continuaron hablando y compartiendo anécdotas durante horas, disfrutando de su tiempo juntas y dejando de lado, al menos por un momento, las complicaciones y desafíos que la vida les había presentado. La taza de infusión se enfrió lentamente sobre la mesa, pero la calidez de su amistad seguía siendo reconfortante.

***

Aquel viernes, el Whispering Oaks Café estaba casi al completo. El ambiente era animado y distendido, y la gente parecía disfrutar de la buena comida y la compañía. Eso mismo sucedía con la pareja formada por los señores Cord, sentados en una mesa al final del local. Jim, el marido, estaba relatando a su esposa, Verónica, el último cotilleo que había oído en la farmacia aquella misma mañana y que consideraba oro puro para el chisme.

—Cielo, has oído hablar de Harper Duncan, ¿verdad? —preguntó Benjamin con un tono de misterio en su voz.

Verónica frunció el ceño y se acercó unos centímetros a su marido.

—Sí, claro. La hermana de Jared Duncan. ¿Por qué lo preguntas?

Benjamin inclinó la cabeza hacia delante y habló en voz baja, como si estuviera compartiendo un secreto.

—Bueno, parece que Harper está investigando el antiguo caso del asesinato de Abigail Chapman. Está buscando pruebas y hablando con personas que vivieron aquí en aquel entonces.

Verónica se sorprendió ante la noticia.

—¿De verdad? Eso suena arriesgado. ¿Por qué se mete en algo así?

Benjamin se encogió de hombros, pero su expresión dejaba claro que también estaba intrigado por la situación.

—No lo sé. Tal vez quiera tener más datos de lo que sucedió, recuerda que su padre fue declarado culpable de asesinato.

—Creo que esa jovencita solo va a lograr meterse en líos —vaticino Verónica con evidente preocupación en la voz.

—Sí, me temo que tienes razón. A más de uno no le va a gustar nada que se remueva ese asunto después de doce años.

—Sí, por ejemplo, al señor Chapman —dijo Verónica bajando el tono de su voz al pronunciar el apellido—. Ese hombre no se caracteriza por su buen talante, y desde la muerte de su esposa su mal humor empeoró.

Verónica y Benjamin siguieron hablando, ajenos a que alguien situado a poca distancia estaba pendiente de cada una de sus palabras. Sin percatarse, sus dedos se habían cerrado para formar dos puños mientras escuchaba los últimos pasos dados por Harper. Desde que había sabido del regreso de la pequeña de los Duncan, había intentado mantenerse alejado, aunque sin dejar de vigilar, pero ahora que tenía la certeza de que aquella joven estaba haciendo preguntas y metiendo las narices donde no la llamaban, no le quedaba más remedio que tomar medidas al respecto.

Era el momento de poner en marcha su plan y darle a Harper un pequeño susto para disuadirla de seguir investigando. La conversación que acababa de escuchar solo había aumentado su determinación de mantener su oscuro secreto a salvo.

La conversación entre Benjamin y su esposa continuaba, y, con una creciente sensación de inquietud, el hombre buscó su cartera en el bolsillo de su pantalón, de donde sacó unos billetes que dejó sobre la mesa y se levantó, con la acuciante necesidad de salir de allí lo antes posible.

Ya en la calle se sintió un poco mejor cuando el aire fresco acarició su rostro, y comenzó a caminar por la amplia acera con paso lento.

«Si Harper Duncan sigue husmeando, puede acercarse a la verdad. No puedo permitir que descubra lo que realmente sucedió. Debo hacer que se detenga antes de que llegue demasiado lejos».

Mientras caminaba por las tranquilas calles del pueblo, comenzó a trazar su plan. Sabía que debía actuar con cuidado y asegurarse de que sus acciones no lo delataran. Pero estaba decidido a proteger su oscuro secreto a toda costa y si para ello tenía que echar a Harper Duncan de Serene Falls, pues lo haría. Era su libertad la que estaba en juego.

Se sintió agradecido cuando llegó a su coche, y se sentó tras el volante antes de cerrar la puerta para evitar el frío de la noche. Su mirada se encontró con una pulsera de cuencas que colgaba del espejo retrovisor y que había pertenecido a Abigail Chapman.

La escena del terrible crimen que había cometido años atrás se materializó en su cabeza. La imagen de Abigail Chapman, su víctima, y la vieja cabaña de troncos en el rancho Moonlight donde había encontrado su trágico final, se le presentó vívidamente en la mente.

Recordó el sonido del viento susurrando entre los árboles, la oscuridad de la noche envolviendo la pequeña casa, y el terror en los ojos de Abigail mientras luchaba por su vida. Cada detalle del asesinato estaba grabado en su memoria de manera indeleble, como una película que se repetía una y otra vez.

A medida que recordaba la escena del crimen, el asesino sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal. Sabía que su oscuro secreto debía permanecer oculto, y estaba dispuesto a tomar medidas drásticas para asegurarse de que nadie lo descubriera. La promesa de mantener su crimen en la sombra se había convertido en una obsesión, y no permitiría que nadie, ni siquiera Harper Duncan, descubriera la verdad.

CAPÍTULO 14

Serene Falls,

al día siguiente

Después de una noche en la que apenas había pegado ojo, Harper se levantó temprano, incapaz de aguantar más tiempo en la cama. Las horas de insomnio le habían servido para trazar un nuevo plan de investigación que pensaba poner en marcha esa misma mañana. Con resolución, salió de su dormitorio y encontró a Tricia en la cocina, preparando el desayuno.

—Buenos días —saludó su amiga con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Pues la verdad es que con ánimos renovados. Gracias por tu ayuda y consuelo. No sé qué habría hecho sin ti ayer —dijo Harper con humor mientras cogía la taza de café que Tricia le tendía en ese momento.

—Bueno, la verdad es que no me viene mal tu compañía, me recuerda a cuando éramos adolescentes y hacíamos fiestas de pijamas. Nos quedábamos despiertas hasta las tantas de la madrugada —replicó Tricia con humor.

—Sí, aunque entonces nuestras preocupaciones eran más simples —replicó Harper con un deje de nostalgia en la voz.

Desayunaron juntas y, después de compartir algunas risas y recuerdos, Harper se despidió de Tricia y salió del apartamento. La mañana la recibió con los primeros rayos de sol, que calentaron su piel a pesar de que el otoño traía a su paso temperaturas más gélidas. Tras unos minutos de duda decidió caminar hasta la biblioteca, como había planeado durante la noche.

Al llegar al edificio centenario, Harper se sorprendió al ver a algunos de sus antiguos vecinos, quienes la saludaron con alegría, ya que doce años antes tuvo que abandonar Serene Falls sin una sola palabra de aliento.

Después de intercambiar algunas palabras con sus antiguos conciudadanos, Harper se adentró en la biblioteca y se dirigió a la encargada, la señora Ramsay, que no había cambiado nada en aquellos años.

—Buenos días, señora Ramsay —saludó Harper animadamente—. Me preguntaba si podría acceder a los archivos antiguos del pueblo. Estoy interesada en… escribir un libro sobre nuestros orígenes —se inventó sobre la marcha para dar una explicación plausible a su solicitud.

La señora Ramsay la miró con interés y una sonrisa amable.

—¡Harper, es un placer verte de nuevo! Claro, puedes acceder a los archivos antiguos. Si estás interesada en escribir sobre nuestros orígenes, aquí encontrarás toda la información que necesites.

Harper se sintió aliviada por la respuesta positiva de la señora Ramsay. La encargada la llevó a una zona de la biblioteca donde se guardaban los archivos históricos y le proporcionó acceso a las carpetas polvorientas, llenas de documentos que amarilleaban a causa del paso del tiempo.

—Aquí tienes, querida —dijo la mujer cuando regresó junto a ella, que se había instalado en una mesa junto a una ventana—. Estos son los registros históricos del pueblo, que incluyen daguerrotipos y documentos antiguos. ¡Espero que encuentres lo que buscas!

Harper agradeció a la señora Ramsay su ayuda y comenzó a explorar los archivos con entusiasmo, pero cuando descubrió que los ficheros se remontaban a principios del siglo anterior no pudo evitar sentirse algo frustrada.

Una hora después, mientras hojeaba los documentos, no podía evitar pensar en su verdadera razón para estar allí: descubrir más sobre Abigail Chapman, de la que apenas sabía nada a pesar de que Brianna y ella habían sido amigas desde la infancia.

Cuando al fin llegó al periodo histórico que buscaba se sintió eufórica. En medio de las fotografías de archivo del antiguo periódico local, Harper comenzó a desentrañar la historia de aquella mujer. Descubrió detalles sobre la familia adinerada de Abigail y cómo sus padres habían planeado un matrimonio arreglado con el hijo único de los señores Chapman, Morgan. La familia era dueña de un criadero de caballos, el más prestigioso del condado.

La historia de Abigail Chapman la intrigaba y apasionaba cada vez más y una docena de preguntas comenzaron a formularse en su cabeza. ¿Por qué había aceptado ese matrimonio de conveniencia si ya no estaban en la edad media? ¿Realmente era feliz con un hombre al que ella no había elegido? Mientras estudiaba los recortes de los viejos

periódicos de la época, no dejaba de hacerse preguntas.

En ese momento, la señora Ramsay llegó a su lado para indicarle que iban a cerrar la biblioteca y a Harper no le quedó más remedio que recoger los archivos antes de abandonar la sala. Salió del edificio con algunas notas en un cuaderno y la cabeza llena de información.

En la puerta dudó sobre qué hacer, y finalmente se dirigió hacia la cafetería Keller para tomarse un café bien cargado. Caminaba hacia allí cuando se encontró de frente con Mackenzie, una de las integrantes del grupo que había formado junto a Tricia en su adolescencia.

Era verdad que en una de esas conversaciones que habían mantenido hasta altas horas de la madrugada le había preguntado a Tricia por su antigua amiga. Al principio Tricia había sido esquiva en sus respuestas, y finalmente había confesado que se habían distanciado desde la boda de Mackenzie con Leonard Slater, antiguo *quarterback* en el equipo de futbol americano del instituto.

—Mackenzie, ¿eres tú? —preguntó Harper, cortando el paso de la mujer, que clavó su mirada gris en su persona.

Mackenzie pareció sobresaltarse al ser reconocida, y sus ojos se estrecharon ligeramente. Aunque su expresión exterior era serena, Harper pudo percibir una leve tensión en su rostro.

—Sí, soy yo —confesó la mujer con cierta desconfianza, hasta que sus ojos se abrieron ampliamente al descubrir su identidad—. ¿Harper Duncan? —exclamó con voz teñida de sorpresa.

Harper asintió, emocionada con el reencuentro. Había deseado abrazar a Mackenzie fuertemente y besar sus mejillas. Pero cuando se movió, apenas unos centímetros, notó que la mujer se sobresaltaba y daba un paso atrás, como si temiera cualquier contacto.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Mackenzie para romper el silencio incómodo que se había creado—. No sabía que habías regresado a Serene Falls.

—Bueno, solo llevo aquí unos días —confesó Harper—. Y que conste que le pregunté a Tricia por ti, pero me dijo que hace mucho tiempo que no coincidís —añadió intentando no dar demasiada importancia al asunto.

—Sí, tengo dos hijos y eso no me deja mucho tiempo —se excusó

Mackenzie.

Harper estudió por un momento su rostro. Su antigua amiga había cambiado, pero aún conservaba esos rasgos distintivos que la hacían inconfundible. Sus ojos grises, que una vez habían brillado con diversión y desafío, ahora parecían oscurecidos por algo más profundo, tal vez un secreto o una pena.

—Oí que te casaste con Leonard —dijo Harper, tratando de alargar la conversación.

Mackenzie asintió, jugando distraídamente con el anillo en su dedo.

—Sí, lo hice cuando acabamos la secundaria.

Hubo un breve silencio, donde ambas mujeres parecían estar buscando las palabras adecuadas. Mackenzie finalmente lo rompió. Sus palabras salieron apresuradas y un poco atropelladas.

—Harper, lamento todo lo que sucedió, no despedirme cuando te fuiste a la universidad. Fue… complicado.

Harper levantó una ceja, claramente intrigada.

—¿Complicado, Mackenzie? ¿Así llamas a distanciarte sin ninguna explicación en el peor momento de mi vida? —cuestionó, dejando que el dolor que sintió antaño aflorara.

Mackenzie se encogió ligeramente, como si intentara protegerse.

—No fue tan simple, Harper. Muchas cosas sucedieron después de la graduación. No todo es blanco o negro.

Harper suspiró, sintiendo un torrente de emociones.

—Lo sé, pero aun así dolió —confesó Harper con sinceridad.

Mackenzie miró hacia el suelo, claramente luchando con sus emociones.

—Tenía mis razones. Razones que quizás algún día te cuente, pero por ahora… solo espero que puedas entender que no fue fácil para mí tampoco.

Harper la miró durante un momento, tratando de entender todo lo que Mackenzie decía y no decía.

—Bueno, quizás uno de estos días podamos quedar, tomar un café y hablar sobre el pasado para tener un futuro. ¿No te parece? —ofreció Harper con añoranza.

—Sí, es buena idea —replicó Mackenzie no demasiado convencida—. Bueno, tengo que irme. Estoy bastante ocupada y ya llego tarde —dijo clavando su mirada en el reloj de la pantalla de su móvil.

Harper notó que Mackenzie estaba ansiosa por alejarse. No estaba segura de por qué, pero su instinto le decía que algo le pasaba a su antigua amiga y no pudo evitar preocuparse. Observó cómo se retiraba, sintiendo que algo había quedado sin resolver.

Mackenzie llegó con paso acelerado hasta la modesta tienda de suministros agrícolas y ganaderos que su marido, Leonard, regentaba en el pueblo y que anteriormente había pertenecido a su padre. Suspiró profundamente antes de animarse a traspasar la puerta.

El interior de la tienda era un remanso de olor a heno, madera y cuero. Estantes llenos de sacos de pienso y herramientas agrícolas se alineaban a ambos lados del pasillo principal. Mackenzie caminó con decisión hacia la parte trasera de la tienda, donde se encontraba la oficina.

Al abrir la puerta, se encontró con Leonard, quien estaba sentado tras su escritorio, concentrado en las cuentas. El rostro atractivo del hombre parecía tenso, y su mirada seria, no hicieron más que confirmar a Mackenzie que no había llegado en un buen momento, ¿pero ¿cuándo lo era?

—¿Qué estás haciendo aquí? —La sobresaltó la voz de Leonard, que ni tan siquiera había levantado la vista de los papeles que tenía frente a él.

Mackenzie se sintió claramente incómoda mientras dejaba la bolsa que llevaba entre sus manos y la colocaba sobre el escritorio.

—Solo vine a traerte la comida, se te olvidó esta mañana en la encimera —se excusó.

Leonard finalmente levantó la vista y sus ojos azules se encontraron con los de ella. Hubo un silencio incómodo antes de que él hablara, su tono era brusco y resentido.

—No tenías por qué haberte molestado, tenía pensado ir a la

cafetería. He quedado con Jerry —dijo haciendo referencia a su mejor amigo.

Mackenzie bajó la mirada, sintiendo la tensión en el ambiente. Había mucho sin decir entre ellos, y la sensación de que su matrimonio estaba en un punto crítico no podía ser ignorada.

—Leonard, creo que deberíamos hablar de nosotros, de lo que está sucediendo. No podemos seguir así.

Leonard frunció el ceño y se levantó bruscamente de su silla, que estuvo a punto de acabar en el suelo.

—No tengo tiempo para esto, Mackenzie. Debo ocuparme de esta maldita tienda. Recuerda que es gracias a ella que tú y los niños tenéis un plato caliente sobre la mesa.

Mackenzie tragó saliva, sintiéndose desamparada. Sus ojos grises reflejaban la tristeza y la soledad que experimentaba en ese momento. A pesar de ello, sacó fuerzas de donde pudo y, enderezándose, decidió confrontar a su esposo por primera vez desde aquel primer golpe que recibió, unas semanas después de la luna de miel.

—Leonard, no podemos ignorar nuestros problemas para siempre —dijo Mackenzie. Su voz temblaba ligeramente. Recuerdos de momentos violentos y palabras hirientes provenientes de Leonard la asolaron. La relación había estado marcada por el control y la posesión, más que por el amor y el respeto mutuo.

Leonard, sin embargo, parecía impertérrito ante el temor que mostraba el rostro de su esposa. Aunque su fervor religioso estaba presente en todos los aspectos de su vida, la oscura realidad de su percepción se basaba en la idea de que Mackenzie era su posesión, una esposa que le debía obediencia. Se acercó a ella con una mirada dura en sus ojos azules.

—Mackenzie, no debes olvidar tu lugar. Estamos casados ante Dios, y eso conlleva obligaciones que espero que no olvides.

Mackenzie se sintió atrapada, como si estuviera viviendo en una prisión emocional. Su corazón anhelaba libertad, pero Leonard la mantenía bajo un control férreo. El miedo a las consecuencias de desafiarlo la había mantenido en silencio durante demasiado tiempo.

—Leonard, no deseo continuar en un matrimonio donde me siento atrapada. Necesitamos encontrar una manera de superar esto,

tanto por nosotros como por nuestros hijos.

El rostro de Leonard se volvió aún más severo, y una sombra de ira cruzó sus ojos. Sin embargo, la oportuna llegada de un cliente, que reclamaba su atención desde la tienda, hizo que Leonard abandonara el pequeño despacho con paso enfadado, sumiendo la habitación en un tenso mutismo.

Mackenzie soltó el aliento que había estado reteniendo mientras Leonard abandonaba la estancia, dejándola en paz. Fue en ese instante que se hizo una promesa a sí misma. Juró encontrar una salida, escapar de ese matrimonio opresivo y de la vida anclada en el pasado que había soportado durante tanto tiempo. Sabía que era lo mejor para sus hijos: alejarse de la sombra, del control y la posesión de Leonard, que no era el mejor ejemplo.

CAPÍTULO 15

En la amplia cocina de la casa de los Mayers, con el aroma a café recién hecho mezclado con el olor a pan tostado, Liam estaba sumido en sus pensamientos, reviviendo una y otra vez lo sucedido con Harper la noche anterior.

Sus ojos estaban perdidos, su mente divagando en un mundo propio mientras sostenía su taza de café, sin realmente beberla. No podía quitarse de la cabeza el beso que habían compartido. El sabor de sus labios y la sensación de su cercanía seguían atormentándolo. No sabía qué hacer con esa oleada de emociones que lo invadía.

Justo en ese momento, la puerta de la cocina se abrió y entró Darrel, su hermano mayor, que tenía una sonrisa burlona en el rostro al ver la extraña expresión de Liam.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Se te han pegado las sábanas o has decidido no ir a trabajar hoy? —bromeó mientras se acercaba a la encimera, cogía una taza del mueble superior y agarraba la jarra de café para llenarla hasta el borde.

Liam frunció el ceño, con su mente todavía en otro lugar, y respondió de manera brusca, lo que era inusual en él.

—Ocúpate de tus asuntos, Darrel.

La sonrisa de Darrel desapareció al instante y lo miró con preocupación. Sabía que cuando Liam respondía de esa manera, algo andaba mal.

—No se te ocurra decirme que no pasa nada. Solo hay que ver tu cara para saber que mientes. ¿Qué sucede? —interrogó interesado mientras ocupaba un asiento en torno a la mesa, situándose frente a su hermano.

Liam suspiró y se pasó una mano por el cabello. Decidió que no podía ocultarlo más; necesitaba contarle a alguien lo que sucedía o explotaría.

—Se trata de Harper. Ha vuelto al pueblo y…

—¿Qué? —boqueó Darrel, a riesgo de parecer un pez en busca de alimento.

—Lo que has oído, lleva aquí una semana.

—¿Y para qué demonios ha regresado? —preguntó Darrel irritado. Sabía que el regreso de Harper Duncan abriría viejas heridas y solo traería problemas a Serene Falls, el pueblo del que era alcalde desde hacía un año.

Liam dudó, estaba seguro de que si le contaba a su hermano la intención de Harper de investigar el caso de Abigail Chapman se pondría furioso, y no tenía intención de luchar con su mal genio.

—No tengo ni idea —dijo finalmente.

—Pues entérate — rezongó Darrel tajante.

—¡Eh, tranquilo! —replicó Liam molesto—. Te recuerdo que no soy uno de tus empleados —le recordó.

—Tienes razón —dijo Darrel al percatarse de su comportamiento fuera de lugar—. Iré yo mismo a averiguar lo que sucede.

—¿Y cómo piensas acercarte? —cuestionó Liam.

Darrel percibió el tono molesto en la voz de su hermano y giró su rostro para clavar su mirada en sus facciones, que descubrió tensas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con sospecha, y su frente se arrugó cuando descubrió que su hermano rehuía su mirada—. Vamos, Liam, sabes que antes o después acabarás contándome lo que pasa.

—Bueno, ayer descubrí a Harper en los archivos de la comisaría. Se había colado por una de las ventanas…

—¿Qué? —boqueó Darrel incrédulo—. No puedo creerlo, ¿y qué hiciste? —preguntó interesado.

—Bueno, le recriminé su acción, y le dije que podía detenerla. Que como abogada que era sabía tan bien como yo que…

—¡Liam, por favor, al grano! —le instó Darrel perdiendo la escasa paciencia que solía caracterizarle.

—Pues acabamos discutiendo…

—Cómo no —intervino Darrel con evidente aburrimiento. Recordaba perfectamente cuando su hermano comenzó a salir con

Harper, e igual que parecían la pareja más enamorada de la faz de la tierra, sus discusiones también eran legendarias.

—Resumiendo —replicó Liam molesto con la actitud de Darrel—: nos besamos.

—¿Cómo? —boqueó Darrel, noqueado por las palabras de su hermano por segunda vez en menos de una hora.

—Lo que has oído, y desde ayer no puedo dejar de pensar en ese beso, Darrel. Me siento irremediablemente atraído por ella y no sé qué hacer —confesó con evidente angustia.

Darrel lo miró fijamente antes de asentir con seriedad.

—Liam, es tu vida y son tus sentimientos. No tienes por qué sentirte mal por eso.

Liam agradeció el apoyo de su hermano y sintió un alivio momentáneo. Era verdad que no tenía por qué luchar contra sus sentimientos y sentirse mortificado por lo que la gente del pueblo pudiera pensar. Sin embargo, había demasiadas incógnitas y sentimientos encontrados, sobre todo con la intención de Harper de remover un pasado doloroso.

—Tienes razón. Solo que... no sé qué hacer. No quiero tomar ninguna decisión respecto a mis sentimientos, y menos en estos momentos. No sé qué mosca le ha picado a Harper para empeñarse en investigar… bueno, déjalo —dijo al percatarse de que hablar de las intenciones de Harper acabaría con la buena sintonía con su hermano.

Darrel achicó los ojos al ver que su hermano se silenciaba, y como si le hubiera leído el pensamiento, habló por él.

—Harper está empeñada en desenterrar todo lo sucedido hace doce años, ¿me equivoco? —cuestionó Darrel antes de llevarse la taza a los labios, para comprobar que su café ya estaba frío.

—No, no lo haces —confesó Liam—. Se ha decidido a investigar el asesinato de Abigail Chapman. Sé que no te gusta, pero no puedo hacer nada, Harper es demasiado cabezota para su propio bien —rezongó con el ceño fruncido.

—Bueno, quizás lo mejor sea que te ofrezcas a ayudarla en su investigación. Así matas dos pájaros de un tiro: la tienes controlada y de paso te puedes pegar a ella como una lapa.

—¿Qué? —boqueó Liam, sorprendido por las palabras de su hermano.

—Soy un genio, ¿verdad? —replicó Darrel guiñándole un ojo con prepotencia.

—No diría tanto, pero gracias —dijo Liam agradecido.

Su conversación con Darrel había aclarado algunas de sus dudas, pero no podía evitar sentir que si se acercaba a Harper su vida daría un brusco giro que pondría todo su mundo patas arriba.

***

Serene Falls,

esa misma tarde

Había sido una mañana larga para Harper, pero la tarde no mejoró. Tras comer algo rápido en la cafetería Keller, había decidido recorrer las calles de Serene Falls, donde había entrevistado a varios vecinos, pero algunos alegaron que sus recuerdos de lo sucedido doce años antes eran borrosos o evitaban el tema. Para colmo de males, recibió un correo electrónico donde le indicaban que su solicitud de acceso al informe del caso Chapman había sido rechazada, como Tricia le había advertido.

Caminaba sin rumbo fijo mientras rumiaba su enfado y frustración, y cuando quiso darse cuenta se encontró frente a la puerta del cementerio, un lugar que hacía años que no pisaba. Dudó unos segundos, pero finalmente se animó a entrar, con la única intención de visitar la tumba de sus padres. Descubrió que las tumbas, una al lado de la otra, estaban bien cuidadas y flores frescas las adornaban. Suponía que uno de sus hermanos se ocupaba de ello y no pudo evitar sorprenderse. Tras acariciar con los dedos el mármol frío a modo de despedida, se incorporó y comenzó a caminar hacia la salida.

Mientras cruzaba el camposanto, pensaba en su próximo paso. Sabía que debía encontrar una manera de acceder a la información que necesitaba si quería continuar con su investigación. No iba a dejar las cosas estar, tenía un pálpito que le decía que había algo oculto tras la muerte de Abigail, y estaba dispuesta a enfrentarse a cualquier obstáculo para descubrir la verdad.

Mientras recorría uno de los estrechos senderos, se encontró frente a la tumba de Abigail Chapman. La lápida estaba bien cuidada,

y una sensación de tristeza la envolvió mientras reflexionaba sobre la vida que se había perdido.

—¿Qué haces tú aquí? —le sobresaltó una voz, y al girarse descubrió que se trataba de Brianna Chapman, que la observaba con una expresión inescrutable.

—Supongo que lo mismo que tú —replicó Harper con voz calmada—. Visitar la tumba de mis padres.

Durante varios minutos ambas permanecieron en silencio, con la mirada clavada sobre la lápida de mármol blanco de Abigail Chapman.

Su relación con la familia Chapman era tensa. Después de la muerte de Abigail, y de que su padre fuera acusado, nunca más volvió a hablar con Brianna, a pesar de que había sido una de sus mejores amigas desde el jardín de infancia. En aquel entonces sintió un gran dolor, pero con el tiempo, comprendió por lo que su amiga estaba pasando. Ella había perdido a un padre y Brianna a una madre. Al final, sus circunstancias no eran tan distintas.

—Brianna, necesito hablar contigo. Es importante —dijo Harper, girando su rostro para encontrarse con la mirada de la joven.

Brianna la miró con cierto recelo, pero finalmente asintió con un gesto de cabeza.

—Está bien, pero mejor salgamos de aquí.

Harper y Brianna abandonaron juntas el cementerio, alejándose de las tumbas y buscando un lugar más tranquilo para hablar. El sol de la tarde comenzaba a teñir el cielo de tonos cálidos mientras se dirigían hacia un banco en un rincón sombrío del parque cercano.

—Lo siento por aparecer así de repente en el cementerio. No era mi intención incomodarte —se disculpó Harper, notando la mirada cautelosa de Brianna.

—No te preocupes. Hace tiempo que no venías por aquí, ¿verdad? —preguntó Brianna curiosa.

—Demasiado —admitió Harper—, pero desde que me fui de Serene Falls no he sentido la necesidad de volver —confesó con sinceridad—. La vida no fue fácil para ninguno de nosotros después de lo sucedido. Me costó entender lo que pasó, y no supe cómo

manejarlo.

Brianna suspiró, desviando la mirada hacia el horizonte antes de responder.

—Entiendo que cada uno lidió con la tragedia a su manera. No te culpo por eso. Pero ¿por qué estás aquí ahora?

Harper dudó unos minutos antes de responder, pero decidió ser sincera, Brianna se lo merecía.

—Estoy investigando la muerte de tu madre —comenzó Harper, con la mirada clavada en el perfil de Brianna, dispuesta a estudiar la reacción de su antigua amiga a sus palabras—. Creo que hay algo más detrás de lo sucedido, algo que no salió a la luz en el juicio de mi padre. Necesito respuestas, y haré lo que sea necesario para encontrarlas.

Brianna frunció el ceño, evidentemente sorprendida por la revelación de Harper.

—¿Investigando? ¿Por qué ahora?

—Recibí una nota anónima —comenzó Harper, sintiendo la necesidad de explicarse—. Al principio no le di mucha importancia, pero después algo en mi pecho y en mi corazón me decía que debía hacer caso a esa nota. Quizás mi padre era inocente, y si hay alguna oportunidad de limpiar su nombre, lo haré —afirmó categórica.

Brianna permaneció en silencio, procesando la información. El viento susurraba entre las hojas de los árboles mientras decidía qué hacer. El pasado era doloroso, y removerlo solo hacía que aquel dolor regresara con más fuerza. Le hubiera gustado pedirle a Harper que dejara las cosas estar, y a su vez, comprendía su necesidad.

—Mi padre no se lo va a tomar bien —le advirtió Brianna, anticipando lo que sucedería.

Harper asintió, ya había contado con ese problema. Desde su regreso, todo el mundo le había advertido sobre Morgan Chapman.

—Entiendo que pueda ser complicado, pero necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —cuestionó Brianna sorprendida.

—Sí, tu ayuda. Hace unos días subí al desván de mi casa, en busca

de las pertenencias de mi padre por si encontraba alguna pista. Pero mi hermano Jared apareció y me prohibió husmear en las cosas de nuestro padre...

—Típico de ese neandertal —la interrumpió Brianna sin poder contenerse—. ¿Y qué encontraste?

—Unas cartas, pero no pude leerlas —confesó Harper frustrada.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Brianna.

—Quizás tú podrías hacer lo mismo, buscar entre las cosas de tu madre, si aún conserváis algo. Puede que haya alguna pista que yo pueda seguir.

Las dos mujeres se quedaron en silencio un momento, cada una sumida en sus propios pensamientos. Harper sabía que le estaba pidiendo mucho a Brianna al solicitar su colaboración en una investigación que podría desenterrar viejas heridas.

—Harper, esto es complicado para mí —rompió el silencio Brianna—. Después de la muerte de mi madre, traté de seguir adelante y dejar atrás todo esto. Pero te prometo que lo pensaré —dijo finalmente.

Harper agradeció con la mirada la disposición de Brianna a considerar su solicitud.

—Entiendo, Brianna. No quiero forzarte a nada, pero estoy agradecida de que estés dispuesta a considerarlo.

Brianna le ofreció una pequeña sonrisa, con una mezcla de nostalgia y aprecio.

—Cuídate, Harper. Y ten en cuenta que no estoy haciendo esto por tu padre, sino por mi madre. Quiero saber la verdad tanto como tú.

—Lo sé, Brianna. Gracias por darme una oportunidad.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada significativa antes de que Harper abandonara el banco donde había estado sentada y se dirigiera hacia el camino de tierra. La tarde se desvanecía lentamente, y aunque el futuro seguía siendo incierto, una chispa de esperanza brillaba en los ojos de Harper mientras se dirigía de regreso a casa.

CAPÍTULO 16

Harper aparcó el coche frente a la casa y salió del mismo antes de clavar su mirada en la fachada de madera. Todavía no estaba segura de sí era buena idea haber ido a cenar aquella noche al rancho, pero Colt podía llegar a ser muy convincente cuando se lo proponía. Había sido muy insistente con sus *wasaps* para persuadirla para que fuera a cenar aquella noche.

Habían pasado varios días desde que Jared fuera a disculparse con ella, pero tenía la sensación de que aún estaba tenso, a él no le gustaba demasiado su empeño en investigar el caso Chapman.

Cuando entró en la casa la recibió una emocionada Moira, que al parecer la había extrañado mucho. La mujer la acompañó hasta el comedor y, como esperaba, allí se encontró con sus hermanos, que ya estaban sentados a la mesa.

La cena comenzó con buen pie, rememorando las celebraciones de antaño en el rancho, las travesuras que había cometido cada uno de los hermanos, y por último los recuerdos compartidos con sus padres.

La conversación fluyó de manera casual mientras compartían risas y anécdotas. En algún momento, el asunto de la investigación de Harper se coló en la charla, haciéndola tomar un giro más serio.

Fue Colt quien sacó el tema.

—Harper, ¿y cómo va tu investigación? —preguntó con tono despreocupado—. ¿Has descubierto algo interesante?

Harper, jugando con la cuchara en su taza de café, respondió dubitativa, sabiendo que a su hermano mayor no le hacía gracia ese asunto.

—Bueno, he estado siguiendo algunas pistas, pero aún no hay nada sólido, la verdad. La gente parece reacia a querer hablar sobre ello.

—¿Y te extraña? —cuestionó Jared sin poder contenerse.

—No, no me extraña —replicó Harper evidentemente molesta—. Pero bueno, la vida a veces te sorprende.

—¿A qué te refieres? —preguntó Colt intrigado.

—Pues a que ayer me encontré con Brianna en el cementerio y hablé con ella. Quizás me ayude con el caso —afirmó sintiéndose triunfal.

Jared apretó los puños con frustración y clavó su mirada en Harper antes de hablar.

—¿Brianna? ¿Ella está metida en esto también? ¿Por qué no puedes simplemente dejar las cosas en el pasado? Ya tuvimos suficientes problemas con eso.

—Jared, relájate un poco —intervino Colt intentando calmar los ánimos—. Harper solo está tratando de ayudar.

—¿Ayudar en qué? Hemos tardado años en que todo vuelva a la normalidad. Hasta hace poco, muchos de nuestros vecinos ni nos saludaban, y hacer negocios ha sido toda una proeza. No quiero que remuevas la mierda —expresó Jared taxativo mientras clavaba su mirada en el rostro de su hermana.

Harper no pudo evitar sentirse culpable al escuchar las palabras de Jared. Sabía por Colt que las cosas en el rancho no habían sido fáciles, pero nunca pensó que hubieran tenido que pasarlo tan mal.

—Lo siento. No quiero causar más problemas, pero algo no cuadra en toda esta historia, y siento que necesito respuestas para poder cerrar este capítulo —respondió Harper, buscando comprensión en los ojos de su hermano.

Jared frunció el ceño, visiblemente frustrado.

—Harper, no puedes cerrar este capítulo de nuestras vidas sin desenterrar el pasado. A veces es mejor dejar las cosas como están y seguir adelante.

—Jared tiene razón —intervino Colt, intentando mediar—. ¿Realmente crees que encontrar esas respuestas cambiará algo de lo que sucedió? Nada nos va a devolver a papá.

Harper bajó la mirada, sintiendo la presión de la situación, pero una fuerza invisible la obligaba a seguir adelante.

—Puede que tengáis razón, pero simplemente no puedo olvidar lo que pasó.

—Solo espero que sepas lo que estás haciendo —dijo Jared,

aparentemente resignado.

La noche avanzó entre una mezcla de emociones. La tensión que había surgido gradualmente se disipó, y los hermanos recuperaron cierta armonía. Colt, dispuesto a aliviar el ambiente, trató de suavizar la atmósfera compartiendo una de sus famosas anécdotas que solían arrancar risas a todos.

—¿Recordáis cuando Jake intentó montar a caballo por primera vez y terminó en el estanque? —dijo en alusión a un primo que los visitó un verano desde California.

Las risas resonaron en la habitación mientras todos rememoraban la escena cómica de Jake y su aventura equina. Incluso Jared, a regañadientes al principio, no pudo evitar sonreír ante el recuerdo.

—Ese día fue todo un espectáculo. Jake parecía un vaquero de película, pero el caballo tenía sus propios planes —comentó Colt, provocando más risas en la mesa.

La conversación continuó, y la tensión inicial pareció quedar atrás. Harper agradeció la oportunidad de desviar la atención temporalmente de ella y así poder disfrutar de tiempo con sus hermanos, algo que hacía años que no tenía y que había extrañado.

Un tiempo después, y tras comprobar la hora, Harper se excusó y se despidió de ellos para regresar al apartamento que compartía con Tricia. Estaba segura de que su amiga la estaría esperando, deseando saber cómo le había ido.

Cuando Harper se marchó, Colt y Jared se quedaron un tiempo más en el comedor, disfrutando de una copa de *whisky*. Parecían reacios a marcharse a la cama a pesar de que al día siguiente tenían que madrugar.

Colt rompió el breve silencio con una sonrisa nostálgica.

—¿Recuerdas las noches en las que nos quedábamos hasta tarde contándonos historias en el porche?

Jared asintió, también sonriendo.

—Sí, solíamos pasar horas hablando de todo. Harper siempre tenía alguna pregunta que necesitaba respuesta, no me sorprende que decidiera ser abogada.

—Extrañaba estas noches en familia. —confesó Colt nostálgico—. Me alegra que Harper haya venido.

—Sí, a mí también. A pesar de nuestras diferencias, somos familia, y todo este tiempo la he echado de menos.

Los hermanos compartieron un momento de silencio reflexivo. Finalmente, Jared dejó el vaso que sostenía entre sus dedos sobre la mesa, se puso de pie y estiró los brazos.

—Bueno, creo que ya es hora de ir a la cama.

Colt se levantó también, asintiendo.

—Sí, ha sido una buena noche, pero mañana tenemos mucho trabajo por delante.

***

Criadero de caballos Chapman,

Esa misma noche

Brianna se mecía lentamente en el columpio del porche, sumida en pensamientos turbulentos. La brisa suave acariciaba su rostro mientras el chirriar del columpio rompía el silencio de la noche. A lo lejos, las estrellas brillaban en el cielo oscuro, pero dentro de ella, la confusión eclipsaba cualquier claridad.

El encuentro con Harper en el cementerio había atraído los recuerdos del pasado que había intentado olvidar. La mirada de Harper, llena de determinación y valentía, le recordó a Brianna la esa época en que eran amigas y creían que se comerían el mundo. Ahora, después de lo que las había separado para siempre, se preguntaba si ayudar a Harper en su búsqueda de respuestas era realmente una buena idea.

La imagen de su madre, víctima del trágico asesinato que Harper quería investigar, se colaba en sus pensamientos. El corazón de Brianna latía con fuerza, indecisa entre enfrentar los demonios del pasado o dejar que permanecieran ocultos.

Además, estaba el temor a la reacción de su padre. Sabía que, si él descubría que estaba colaborando con Harper, su ira incontrolable caería sobre ella como un látigo. Morgan Chapman era un hombre poderoso y controlador habituado a manejar a todo el mundo a su

alrededor. Estaba acostumbrada a acatar su voluntad, pero al mismo tiempo, la voz interior de Brianna le decía que era hora de enfrentarse a él y buscar su propio camino lejos de su sombra.

De nuevo recordó la conversación que había escuchado entre su padre y el juez Wiseman. Las palabras cargadas de amenazas resonaban en su mente, pero sobre todo el evidente nerviosismo de su padre, poco habitual en él.

Brianna se encontraba en una encrucijada. ¿Debería seguir el impulso de ayudar a Harper, enfrentándose a los secretos ocultos y desafiando a su propio padre, o debería permanecer en la sombra, protegiendo a su familia a expensas de la verdad?

La noche avanzaba, pero la decisión de Brianna seguía suspendida en el aire, tan indecisa como la brisa nocturna que acariciaba su piel.

Mientras se balanceaba, inmersa en sus propios pensamientos, una pequeña figura apareció en la penumbra del porche. Hailey se acercó tímidamente, envuelta en su bata de dormir hasta situarse junto al columpio.

— ¿Bree? ¿Por qué estás aquí afuera tan tarde? —preguntó Hailey con inocencia, su voz era apenas un susurro en la quietud nocturna.

Brianna le dedicó una sonrisa forzada y se desplazó para darle espacio a su lado en el columpio.

—No puedo dormir. ¿Tú tampoco? —preguntó con evidente preocupación.

Hailey asintió y se acomodó a su lado, con los pies apenas rozando el suelo.

—Soñé con mamá y luego ya no pude.

La mención de su madre hizo que Brianna apretara los dientes con fuerza.

— Lo siento, pequeña. A veces, los sueños nos asustan.

—No, fue un sueño bonito —confesó Hailey con una sonrisa tierna dibujada en sus labios—. Estábamos haciendo un bizcocho y ella tenía la nariz manchada de harina —relató con evidente nostalgia.

—Me alegra que lo disfrutaras —replicó Brianna con ternura. Era

único que Hailey pudiera soñar con su madre, ya que Abigail había fallecido cuando su hermana solo contaba con tres meses de vida.

Hailey, ajena a los pensamientos de su hermana mayor, apoyó la cabeza en el hombro de Brianna.

—¿Por qué no puedes dormir tú? ¿Estás triste? —preguntó la niña preocupada.

Brianna se mordió el labio, debatiéndose entre proteger a su hermana y compartir la carga emocional que llevaba consigo.

—Estoy un poco confundida, cariño. Hay cosas del pasado que están regresando y me hacen sentir insegura.

Hailey frunció el ceño, tratando de entender.

—¿Es algo malo?

—No —dijo Brianna acariciando suavemente el cabello de Hailey —, solo son cosas de adultos que no puedes entender.

—Ya, aún soy muy pequeña —completó Hailey la frase por su hermana.

—No te enfades, peque, es mejor así —replicó Brianna antes de besar la coronilla de la niña con ternura—. Y ahora vamos a la cama —la instó antes de levantarse y tirar de su mano.

Una vez dentro, Brianna condujo a Hailey hasta su habitación. La pequeña se metió en la cama y se acurrucó bajo las sábanas.

— ¿Puedes quedarte un poco más, Bree? —preguntó Hailey con voz adorable.

Brianna sonrió tiernamente y se sentó en el borde de la cama.

—Por supuesto, mi vida. Hasta que te duermas.

Mientras Hailey cerraba los ojos lentamente, Brianna le acariciaba suavemente el cabello, recordando la fragilidad y la inocencia de su hermana menor. Cuando los párpados de Hailey finalmente se cerraron, Brianna se aseguró de que estaba profundamente dormida y, con cuidado, se levantó y apagó la luz de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Caminó por los pasillos en silencio, perdida en sus propios

pensamientos. Aunque la incertidumbre seguía rondando su mente, la conexión con Hailey le recordaba la importancia de la familia en medio de las tormentas.

Brianna regresó al porche, donde la brisa nocturna acariciaba su rostro. Se sentó en el columpio, pensando en las palabras de Hailey sobre el sueño con su madre. La imagen de Abigail con la nariz manchada de harina revivía en su mente, trayendo consigo una mezcla de melancolía y cariño.

CAPÍTULO 17

Serene Falls

Harper se encontraba en la cocina, revisando la pantalla de su teléfono en busca de una receta especial para la cena, ya que le tocaba cocinar esa noche. Quería sorprender a su amiga con algo nuevo, pero no tenía una idea clara de sus preferencias culinarias.

En ese instante, Tricia entró al apartamento. Dejó su bolso y abrigo en la entrada, caminando hacia la cocina con emoción.

—¿Qué estás tramando, Harper? —inquirió Tricia con suspicacia al ver que su amiga había revuelto la cocina y varios ingredientes estaban esparcidos sobre la encimera.

—Estaba pensando en probar algo nuevo para la cena. Quizás pechugas de pollo con salsa de miel —comentó Harper en voz alta mientras leía la receta.

Tricia avanzó con entusiasmo.

—¡Suena perfecto! Pero antes de hablar de comida, tengo algo que decirte.

Harper apagó la pantalla y colocó el móvil sobre la encimera, prestando toda su atención a su amiga.

—¿Qué pasa? —inquirió preocupada.

—Me han aceptado en un curso en Austin. Es sobre métodos de enseñanza para profesores de historia. ¡Es una oportunidad que no puedo dejar pasar! —anunció Tricia entusiasmada.

—¿En serio? —exclamó Harper, acercándose a Tricia para abrazarla y compartir su emoción—. ¡Eso es increíble, Tricia! Felicidades. Pero ¿cuándo te vas?

—Mañana, estaré fuera toda la semana —respondió Tricia con nerviosismo—. Me llamaron esta tarde; al parecer, alguien les falló a última hora.

—Tendrás que hacer la maleta —indicó Harper mientras empujaba a Tricia hacia la habitación—, yo me encargaré de la cena.

—Gracias, Harper, eres un amor —agradeció Tricia—. Y, por

favor, en mi ausencia, pórtate bien —advirtió.

—¡Vamos, Tricia! No soy uno de tus alumnos —refunfuñó Harper mientras empujaba a su amiga al interior de su habitación y regresaba a la cocina.

Harper continuó con los preparativos de la cena, sintiendo una mezcla de emoción y tristeza por la repentina partida de Tricia. Mientras cortaba las verduras y sazonaba las pechugas de pollo, su mente divagaba, perdida en la investigación en la que estaba inmersa.

De repente, sonó el timbre del apartamento, interrumpiendo los pensamientos de Harper. Se dirigió hacia la puerta, curiosa por saber quién podría ser. Al abrirla, se encontró con su hermano.

—¡Colt! ¡Vaya sorpresa! —exclamó Harper, abrazándolo con alegría—. ¿Qué haces aquí? —preguntó curiosa.

—La verdad es que estaba por el pueblo y pensé en venir a verte. Estaba preocupado después de la última vez que estuviste en casa —dijo Colt, recordando el tenso momento que vivieron con Jared esa noche.

—Anda, pasa. Estoy preparando la cena. ¿Te gustaría quedarte?

—No quiero molestar —comentó Colt mientras entraba en la sala de estar, algo cohibido.

—No es ninguna molestia, aunque quizás te toque lavar los platos —bromeó Harper mientras regresaba a su labor.

Colt se acomodó en uno de los taburetes altos de la isla, observando el caos reinante en la cocina.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó Colt, curioso.

—Pechugas de pollo con salsa de miel.

—Vaya, no tenía ni idea de que supieras cocinar —comentó con humor.

—Ni yo tampoco —replicó Harper con gracia.

Permanecieron en un cómodo silencio unos minutos, pero finalmente fue Harper quien decidió romperlo.

—Bien, ¿por qué estás aquí? —preguntó, clavando su mirada en

el rostro de su hermano.

—Directa al grano —dijo Colt, pensando que Jared y Harper se parecían más de lo que podían admitir—. Está bien, quería pedirte que tuvieras paciencia con Jared. Sé que a veces te dan ganas de estrangularlo, pero entiende que no lo ha pasado demasiado bien todos estos años; tuvo que cargar con una gran responsabilidad siendo aún muy joven.

Harper dejó de cortar la cebolla antes de elevar su mirada y encontrarse con la de su hermano. Aunque no quisiera admitirlo, sabía que Colt tenía razón en cada una de sus palabras.

—Está bien, te prometo que tendré más paciencia con él —aseguró.

—Gracias, hermanita —dijo Colt aliviado.

Después de la cena, los tres disfrutaron de una amena conversación, compartiendo risas y anécdotas. Poco después, Colt se despidió, dejando solas a las chicas que, exhaustas por el día, se retiraron a dormir.

Una hora más tarde, Colt cerró la puerta con satisfacción tras haber compartido una cena agradable con Harper y Tricia. La atmósfera en la casa parecía tranquila mientras se quitaba la chaqueta, cuando una presencia en la oscuridad captó su atención.

Era Jared, que emergió de las sombras del pasillo. La mirada penetrante de su hermano provocó un breve momento de incomodidad en Colt, quien logró recuperar la compostura.

—¿Dónde has estado? —inquirió Jared en un tono hosco—. Te he estado esperando para cenar —le reprochó.

—Lo siento, Jared —se disculpó Colt—, debería haberte avisado.

—¿Dónde estuviste? —insistió Jared.

—Fui a cenar a casa de Harper. ¿Pasa algo malo? —preguntó Colt cohibido.

—No, nada malo, solo que me preocupé —confesó Jared finalmente.

Colt asintió, comprendiendo la inquietud de su hermano,

sintiéndose más cómodo con aquel interrogatorio.

—Estaba en el pueblo y decidí visitar a Harper. Ella me invitó, pensé que sería una buena oportunidad para desconectar por un rato —explicó Colt.

—Comprendo. Bueno, pues voy a acostarme, mañana tengo que madrugar —fue la respuesta de Jared antes de girarse para desaparecer en la oscuridad que los envolvía.

Colt no podía apartar la vista de la espalda de su hermano. Jared se mostraba como un hombre fatigado y apesadumbrado, y no podía eludir la sensación de culpabilidad que lo embargaba. Era evidente que su hermano anhelaba algo más, y dudaba de que ni él ni Harper fueran capaces de proporcionarle la felicidad que tanto necesitaba.

***

Al día siguiente,

Criadero de caballos Chapman

El pasillo que conducía al despacho de su padre se extendía frente a Hailey como un sendero lleno de incertidumbre. La puerta de roble macizo parecía imponente, y un cosquilleo de temor se apoderó de ella. La sola idea de enfrentarse a su padre para contarle su deseo de participar en la competición de Bandera le hacía sentir ansiedad, pero no pensaba renunciar a su sueño.

Inspiró profundamente frente a la puerta y tocó con los nudillos antes de abrir la hoja de madera con cuidado. Su padre, sumergido en papeles y asuntos de trabajo, levantó la mirada con una expresión seria.

—¿Qué sucede, Hailey? ¿Necesitas algo? —preguntó Morgan, volviendo su vista a los documentos.

Hailey sintió un nudo en la garganta, que luchó por tragar antes de hablar.

—Papá, hay algo que quiero hablar contigo —dijo con timidez, tratando de mantener la compostura.

Su padre la miró nuevamente antes de indicarle que continuara con un gesto de mano. Hailey inhaló profundamente y se animó a expresar sus pensamientos.

—Quiero participar en la competición de Bandera este año. He estado practicando muchos meses, y el señor Brooks me ha ayudado a preparar un circuito que quiero que veas antes de que tomes una decisión.

La tensión en la habitación aumentó mientras su padre la observaba con seriedad. Hailey se mordió el labio, esperando una respuesta.

Sin embargo, en lugar de la comprensión que había imaginado, el rostro de su padre se tensó antes de hablar.

—¿Participar en la competición de Bandera? ¡Absolutamente no! —exclamó Morgan con un tono de voz elevado—. No pienso permitir que te pongas en riesgo de esa manera, Hailey. Es demasiado peligroso, y no quiero recibir una llamada diciendo que has resultado herida.

El tono de su padre resonó con autoridad, pero también con preocupación. Hailey luchó por contener las lágrimas que amenazaban con emerger.

—Papá, sé que puede ser peligroso, pero estoy preparada. He practicado y estoy segura de que puedo hacerlo bien. Solo quiero que veas el circuito.

Su padre, sin embargo, negó con la cabeza con firmeza.

—No, Hailey. No me importa cuánto hayas practicado. No voy a permitirlo. Y por favor, no insistas más.

—Pero papá… —intentó rebatir, pero fue como chocarse con un muro.

—Hailey, tengo trabajo que hacer, ¿te importa? —dijo Morgan haciendo un gesto con la mano mientras señalaba la puerta.

El despacho quedó envuelto en un silencio tenso, interrumpido únicamente por la respiración agitada de Hailey. A pesar de sus esfuerzos, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y finalmente abandonó el despacho de su padre con el corazón pesado, sintiendo una barrera creciente entre sus sueños y las expectativas de su familia.

Abrumada y decepcionada, salió de la casa corriendo como alma que llevaba el diablo. Los inclementes rayos de sol acariciaban su

rostro mientras buscaba un refugio para dar rienda suelta a sus sentimientos.

Sus pies la llevaron instintivamente hacia el establo, un lugar que conocía como la palma de su mano. El señor Brooks estaba ocupado realizando sus tareas diarias cuando descubrió la figura desconsolada de Hailey.

—Hailey, ¿qué te sucede? —preguntó el hombre al verla llegar con ojos enrojecidos y lágrimas surcando su rostro.

Hailey no pudo evitar sollozar mientras se acercaba, y el trabajador dejó a un lado su labor para prestarle toda su atención.

—Papá no quiere que participe en la competición de Bandera —susurró Hailey entre sollozos, su voz quebrada por la desilusión.

El señor Brooks colocó torpemente la mano sobre su hombro, intentando infundirle el ánimo que la niña parecía necesitar.

—A veces, los adultos pueden preocuparse demasiado, pero también pueden recapacitar y cambiar de opinión. Quizás tu padre solo tiene un mal día. ¿Qué te parece si seguimos trabajando en el circuito? —propuso el hombre con una sonrisa alentadora.

Aunque la tristeza aún nublaba los ojos de Hailey, la idea de compartir su pasión con alguien que la entendía la animó. Acompañada por el señor Brooks, se dirigieron al área donde habían creado el circuito.

Minutos después, Hailey recorría la pista con determinación, mostrándole al señor Brooks cada salto y cada giro. A medida que avanzaba, las lágrimas cedieron paso a una sonrisa decidida en el rostro de Hailey, demostrando que, incluso frente a la adversidad, su amor por la equitación seguía intacto.

El señor Brooks, al ver la dedicación y habilidad de Hailey, asintió con aprobación mientras apoyaba sus brazos sobre la madera superior del cercado.

—¿Quién ha montado todo esto? —preguntó la voz molesta de Morgan.

El hombre se sobresaltó al escuchar su voz y, al girarse, se encontró con la mirada furibunda de su jefe.

—Bueno, yo… junto a la señorita Hailey. Cuando me pidió ayuda, no pude negarme —admitió Brooks con evidente incomodidad.

Morgan frunció el ceño al ver a Hailey llegar con los ojos chispeantes de alegría y las mejillas arreboladas, montando a su yegua, Canela. El rostro de la pequeña se iluminó al ver a su padre, pero cuando vio su expresión molesta, toda la alegría desapareció y tiró de las riendas para detener su montura. Después descabalgó y caminó hasta el vallado, donde las palabras de su padre no se hicieron esperar.

—Hailey, ¿qué estás haciendo? —preguntó Morgan con voz molesta—. ¿No te acabo de decir hace un rato que no vas a competir? —le recordó mientras se cruzaba de brazos y clavaba su mirada inquisitiva en su rostro.

—Sí, papá —respondió la niña con voz apagada.

—¿Y tú? ¿Cómo permites esto? —reprochó Morgan a su empleado —. Deberías estar enseñándole responsabilidad en lugar de alentarla a desafiar a su padre.

—Lo siento, señor Chapman —se excusó el señor Brooks con nerviosismo—. No pensé que causaría un problema. Solo intentaba animar a Hailey.

—Desmonta esto ahora mismo —ordenó Morgan con voz tajante al señor Brooks—. Tú deberías saber mejor que nadie que este no es lugar para juegos. Tenemos trabajo y no necesitamos distracciones. Y tú —dijo señalando a Hailey—, vete a casa ahora mismo, ¿no tienes tareas que hacer?

CAPÍTULO 18

Serene Falls,

al día siguiente

Harper estaba ocupada doblando la ropa que había sacado de la secadora, cuando unos golpes en la puerta la alertaron de la llegada de alguien. Aunque no esperaba visitas, se dirigió hacia la entrada con cierta precaución. Al abrir, se encontró frente a Liam Mayers, sin su característico uniforme de *sheriff,* y Harper no pudo evitar quedarse con la mirada clavada en él.

Sin su atuendo de agente de la ley, Liam lucía diferente. Harper, aunque solo fuera para sí misma, tuvo que admitir que se veía increíblemente atractivo con una camiseta de color negro básica y esos *jeans* grises que delineaban sus piernas musculosas. Sus ojos recorrieron involuntariamente su figura antes de encontrarse con la sonrisa socarrona de Liam.

—¿Me falta alguna parte o estoy bien así? —comentó Liam en tono burlón.

—¿Qué quieres? —preguntó Harper, cruzándose de brazos, tratando de ocultar su vergüenza detrás de una máscara de enfado.

Liam levantó las manos en gesto de paz.

—Solo pasaba por aquí y pensé que podríamos hablar.

—¿Hablar sobre qué? —preguntó Harper con cierta suspicacia. Solo esperaba que no se tratara del beso que habían compartido en la comisaría y que no había logrado sacar de su cabeza en todos esos días.

—Bueno —comenzó Liam algo cohibido mientras se rascaba la nuca con nerviosismo—. Lo primero, aclarar lo del beso… —intentó decir, pero Harper le cortó antes de que pudiera continuar.

—Ese beso fue un error, fruto del momento, pero creo que no debería repetirse —soltó atropelladamente mientras notaba cómo sus mejillas se coloreaban. La tensión flotaba en el aire mientras aguardaba la reacción de Liam.

Liam asintió despacio, tratando de ocultar su propio nerviosismo.

—Estoy de acuerdo. Fue un impulso, y no tiene que ir más allá.

Ambos desviaron la mirada, sintiendo un alivio momentáneo al ponerle fin al tema.

—Ahora, sobre el caso Chapman… —prosiguió él, cambiando el enfoque de la conversación, pero nuevamente fue interrumpido por la joven.

—No te preocupes, me quedó muy claro que no quieres que toque ese asunto bajo amenaza de denunciarme —replicó Harper airadamente.

—He estado pensando sobre ello y quiero ayudarte a investigar —confesó Liam, que estudiaba con atención la reacción de Harper a sus palabras.

Ella levantó una ceja, claramente sorprendida, y achicó los ojos con sospecha. Era extraño que Liam hubiera cambiado de idea de la noche a la mañana.

—¿Ayudarme? ¿Y cómo es que has cambiado de opinión?

—Porque tras tu interés he estado revisando por encima el archivo, y también tengo mis dudas sobre el caso. Creo que, si trabajamos juntos, podríamos llegar al fondo de esto.

Tras unos minutos de duda, Harper se apartó de la puerta e indicó con un gesto de mano a Liam que pasara al interior de la vivienda. Aunque no sabía si podía confiar en él al cien por cien, reconocía que tener acceso al caso Chapman le sería de gran ayuda, y solo podía llegar a él a través de Liam.

— ¿Quieres tomar algo? —ofreció hospitalariamente.

—Sí, gracias. Una cerveza si tienes —replicó Liam mientras estudiaba el lugar.

—Claro, no hay problema —dijo Harper mientras se giraba y se dirigía a la nevera, situada en una esquina de la barra americana. Luego regresó y le tendió la botella a Liam, que la aceptó agradecido.

Mientras se acomodaba, Liam no pudo evitar estudiar el pequeño apartamento, con sus paredes pintadas de colores suaves y una pequeña mesa de comedor en una esquina.

—Bueno, Harper, cuéntame, ¿cómo es que decidiste investigar el caso? —indagó Liam.

—Hace unas semanas recibí una carta anónima en el bufete, y al leerla supe que tenía que venir —confesó Harper con sinceridad.

—¿Así, sin más? —cuestionó Liam sorprendido.

—Bueno, no podía evitar sentir curiosidad por el caso Chapman, y la idea de limpiar el nombre de mi padre se apoderó de mí —confesó con una sonrisa triste.

—Comprendo —replicó Liam escuetamente, y en verdad lo hacía. Si él hubiera estado en su lugar, también se habría tirado de cabeza a averiguar lo ocurrido—. ¿Y qué tienes hasta ahora? —preguntó con la intención de hacerse una idea del punto en que se encontraba la investigación en la que iba a sumergirse.

—Bueno, busqué entre los objetos personales de mi padre, pero a mi hermano Jared no pareció gustarle y acabamos discutiendo. Por eso estoy viviendo aquí temporalmente.

—Lo siento mucho —dijo Liam, mostrando comprensión.

—No pasa nada, es el legendario mal carácter de los Duncan —dijo Harper, quitando importancia al asunto.

«Conozco bien ese carácter y lo he sufrido en carne propia», se dijo Liam con una media sonrisa dibujada en sus labios al escuchar las palabras de la joven.

—Como no pude ver el informe policial —prosiguió Harper, ajena a los pensamientos de él—, decidí buscar información en los archivos de la biblioteca. También intenté hablar con la gente del pueblo, pero sin demasiado éxito.

—A la gente no le gusta remover el pasado —explicó Liam.

—Ya me he dado cuenta—replicó Harper con cierto sarcasmo—. Nadie se dignó a contestar ni una sola de mis preguntas, y quien lo hizo fue con evasivas.

—Tú eres una extraña para ellos —le explicó él a pesar de la mirada molesta que ella le dedicó—. Quizás sea mejor que indague yo entre los vecinos, ¿te parece? —preguntó esperanzado.

—Está bien, hagámoslo a tu manera, pero yo soy la que llevará las riendas de la investigación —afirmó Harper tajante.

—Por supuesto, jefa —replicó Liam con cierto humor.

—¿Has traído el informe? —preguntó ella esperanzada.

—Por supuesto —afirmó, colaborador—, aquí tienes una copia —dijo sacando un pendrive de uno de los bolsillos de sus *jeans*.

Harper lo cogió con dedos temblorosos, pero antes de colocarlo en el portátil que había sobre la mesa del comedor, decidió compartir con Liam su investigación. Era justo y necesario para que la asociación funcionara. Comenzó con los escasos datos obtenidos en la biblioteca, que no iban más allá de los cotilleos de la sociedad. Luego le habló del siguiente anónimo que había recibido, y Liam insistió en guardarlo en un sobre transparente que sacó de su bolsillo, al parecer quería comprobar si había huellas. Finalmente, narró su incursión en el desván, donde decidió buscar pistas entre las pertenencias de su padre.

—Mi hermano Jared no me permitió llevarme las cartas de mi padre. Discutimos acaloradamente, y al final, no pude convencerlo. Así que ahora estoy un poco limitada respecto a pistas de los implicados directos en el caso —explicó Harper, frustrada por la situación en la que se encontraba.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Liam, a pesar de que Jared no era santo de su devoción—, supongo que tu hermano solo está tratando de protegerte.

Harper asintió, aunque con renuencia, aceptando las palabras de Liam.

—Bueno, la cosa es que al ver que esa vía se cerraba busqué otra —afirmó Harper algo más animada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Liam sin comprender.

—El otro día, casualmente, me encontré con Brianna y estuvimos hablando —confesó la joven emocionada—. Le pedí que buscara entre las cosas de su madre alguna pista; no me dijo que sí, pero tampoco que no —concluyó con una sonrisa nerviosa.

Harper lo miró expectante, y Liam tomó aire antes de contestar a sus palabras.

—Harper, no deberías haber involucrado a Brianna en esto. No es seguro para ella. No quiero que se meta en problemas con su padre —expresó Liam, delatando su preocupación por la seguridad de Brianna.

La expresión de Harper cambió ante las palabras de Liam. Un atisbo de celos surgió en su mirada, aunque trató de disimularlo.

—Brianna es una mujer adulta. Puede tomar sus propias decisiones. Y si quiere ayudar, ni tú ni su padre tenéis derecho a impedírselo —respondió con determinación, aunque su tono reflejaba una pizca de desafío.

Liam suspiró, comprendiendo que Harper no cedería fácilmente.

—Solo digo que tengas cuidado. No quiero que nadie salga lastimado en este proceso, especialmente Brianna... o Hailey, que es una niña inocente que ni siquiera llegó a conocer a su madre. —La voz de Liam era seria, reflejando su compromiso con la seguridad de aquellos a quienes consideraba parte de su familia.

—Bueno, tranquilízate, no le he pedido que se involucre directamente; solo quería que revisara algunas pertenencias de su madre para ver si encontraba alguna pista. No estoy poniendo en peligro a nadie —declaró Harper, tratando de defender su posición.

Liam la miró con seriedad antes de responder.

—¿Te has parado a pensar qué pasará si Brianna encuentra algo?, ¿crees que podrá mantenerse al margen?

—Puede que tengas razón —concedió Harper finalmente—, hablaré con ella y le diré que deje el asunto.

—Gracias, Harper —replicó Liam agradecido.

La tensión en la habitación se suavizó cuando Harper reconoció la validez de las preocupaciones de Liam. La noche avanzó entre conversaciones y estrategias a seguir. A pesar de sus diferencias, estaban determinados a colaborar en la búsqueda de la verdad, fuera la que fuera.

Después de horas de reunión, y tras degustar una deliciosa lasaña casera, Liam se excusó para irse porque al día siguiente tenía que madrugar. Harper le acompañó hasta la puerta. La complicidad que habían compartido en la investigación dejaba entrever una nueva dinámica en su relación.

—Gracias por venir y también por ayudarme a pesar de nuestras diferencias —agradeció Harper, mostrando una mezcla de gratitud y determinación.

—Ahora somos un equipo —replicó Liam con cierto humor—. Aunque nuestras formas de abordar las cosas difieren, compartimos el mismo objetivo: descubrir la verdad.

Con esas palabras, Liam se despidió, dejando a Harper con una sensación de nostalgia y soledad que la sorprendió. Cerró la puerta del apartamento y se dirigió a su dormitorio con la intención de dormir algo, aunque tenía la sensación de que su cabeza no se lo permitiría, demasiadas cosas la ocupaban.

CAPÍTULO 19

Rancho Moonlight

Jared Duncan se encontraba en su despacho, sumido en un mar de preocupaciones que oscurecían su semblante. La situación en el rancho se volvía cada vez más inestable. Un importante contrato con un comprador de carne pendía de un hilo debido a la reciente pérdida de varios terneros. Las críticas de los lugareños sobre Harper no hacían más que empeorar la situación. Su hermana parecía haber estado causando revuelo en el pueblo, y las quejas llegaban a sus oídos con más frecuencia de la que le gustaría.

Mientras se sumía en sus pensamientos, Moira, la eficiente empleada que llevaba años trabajando para la familia Duncan, entró en la habitación llevando una taza de café humeante. Moira conocía a Jared desde que era un niño, podía leer sus preocupaciones en el rictus de su rostro.

—Aquí tienes tu café, Jared. Pensé que podrías necesitar un poco de energía extra hoy —dijo Moira con su característica sonrisa cálida mientras dejaba la taza sobre el escritorio.

—Gracias, Moira. Te lo agradezco —respondió Jared.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer con sospecha.

—Nada —mintió Jared, aunque sin demasiado éxito, para Moira era evidente la tormenta que asediaba al joven.

—Sé que algo te preocupa. ¿Quieres hablar de ello? —preguntó con delicadeza mientras se sentaba en una de las sillas que flanqueaban el escritorio.

Jared suspiró y asintió, sabiendo que Moira era más que una simple empleada; era una confidente y una amiga.

—El contrato con el comprador de carne de Silver Creek está en peligro. Hemos perdido varios terneros en los últimos días, y temo que la reputación del rancho se vea afectada.

Moira asintió con comprensión, pero no dijo nada de inmediato, permitiendo que Jared continuara con su desahogo.

—Pero eso no es todo. La gente en el pueblo se queja de Harper.

Dicen que está preguntando demasiado, están molestos. Temo que eso termine afectando nuestra reputación aún más. No sé qué diablos está haciendo, pero tiene que parar.

Moira escuchó en silencio, eligiendo sus palabras con cuidado antes de responder.

—Jared, entiendo tu preocupación, pero los dos sabemos que hay una forma de acabar con todo esto.

Jared elevó su mirada y la clavó en el rostro de la mujer.

—¿A qué te refieres? —preguntó con voz fría, porque tenía una ligera sospecha sobre las pretensiones de la mujer.

—Hazme caso, por favor. Solo tienes que hablar con tu hermana y contarle la verdad. Quizás así deje ese asunto en el pasado, que es donde debe estar.

Jared frunció el ceño, mostrando claramente su desacuerdo.

—Es más simple que todo eso. Harper solo tiene que dejar de meter las narices donde no le llaman, regresar a Austin, su lugar, y seguir con su carrera de abogada. Creo que le iba muy bien; no sé por qué demonios ha tenido que regresar.

—Jared, no puedes seguir ignorando lo que sucedió entre tu padre y Abigail. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz, y estoy segura de que ni Colt ni Harper te perdonarán que les hayas ocultado ese secreto durante todo este tiempo.

Jared echaba chispas por sus ojos verdes, pero Moira no se amilanó y continuó con su discurso sin compasión.

—Harper y Colt son tus hermanos, merecen saber la verdad. No puedes protegerlos de la realidad para siempre.

La habitación quedó sumida en un tenso silencio mientras Jared absorbía las palabras de Moira. Aunque se resistía a la idea de enfrentar el pasado, sabía que tal vez era hora de afrontar la verdad, incluso si eso significaba resucitar las sombras del pasado.

Moira rompió el silencio, buscando suavizar la intensidad de la conversación.

—Entiendo que te preocupa el bienestar de tu familia, Jared, pero

la verdad siempre encuentra su camino. ¿No crees que es mejor que ellos la conozcan de ti, en lugar de descubrirla por otros medios?

Jared suspiró, sintiendo el peso de las responsabilidades y los secretos que guardaba, los cuales no le pertenecían.

—No sé, Moira. Hay cosas que es mejor dejar enterradas—dijo mientras se frotaba la sien, donde un incipiente dolor de cabeza comenzaba a gestarse—. No quiero que el rancho, nuestra familia, se vean nuevamente afectados por algo que ya no tiene solución.

Moira abandonó su asiento y se acercó a él. Luego puso una mano reconfortante en el hombro de Jared.

—Comprendo tus temores, pero a veces enfrentar el pasado es la única manera de construir un futuro más sólido. Además, Harper ya está decidida a descubrir la verdad sobre el caso Chapman. Si ella sigue investigando, es probable que termine descubriendo la conexión entre tu padre y Abigail.

Jared frunció el ceño, molesto por la inquebrantable determinación de su hermana.

—Es terca como una mula. Pero ¿cómo enfrentar algo así?

—Cuéntales lo que sabes y explícales tus razones para ocultárselo. La verdad puede ser dolorosa, pero esconderla solo causará más daño.

Jared reflexionó sobre las palabras de Moira. Sabía que ella tenía razón, pero revelar la verdad implicaba desenterrar viejas heridas y exponerse a las consecuencias. Sin embargo, el bienestar de su familia estaba en juego. Tal vez era hora de dejar de lado las mentiras del pasado.

—Gracias, Moira. Aprecio tus consejos.

—A pesar de que te has convertido en un viejo gruñón, siempre estaré aquí para ayudarte —afirmó Moira rotunda y con buen humor —. Y ahora tengo que irme, no quiero dejar morir de hambre a tus trabajadores —añadió antes de inclinarse y darle un beso maternal en la frente.

Después de que Moira se retirara, Jared decidió dar un paseo por los terrenos del rancho para aclarar su mente. Mientras caminaba entre los establos y pastizales, recordaba los días de su infancia, cuando todo parecía más sencillo. Ahora, la carga de mantener el

rancho a flote y ocultar los secretos familiares pesaba sobre sus hombros.

En un momento de introspección, llegó a la conclusión de que no podía seguir ocultando secretos que no le correspondían. Colt y Harper merecían saber la verdad sobre lo que sucedió entre su padre y Abigail Chapman.

Decidido a afrontar los problemas, Jared regresó a la casa principal. Antes de entrar, miró hacia el horizonte, donde el sol comenzaba a ponerse, pintando el cielo con tonos cálidos. Se preguntó si encontraría la manera de enderezar las cosas y restaurar la armonía en su familia.

***

Serene Falls

La luz tenue que entraba por la ventana de la sala de estar de la casa de los Mayers creaba una atmósfera cálida y acogedora. Liam estaba sentado en el sofá, charlando con su madre Amanda sobre temas cotidianos. El aroma de la cena flotaba en el aire, creando un ambiente hogareño.

De repente, unos golpes resonaron en la puerta principal, interrumpiendo la conversación. Amanda fue la primera en reaccionar, se levantó del sillón y caminó hasta la entrada. Cuando abrió se encontró con Brianna, acompañada por una sonriente Hailey.

—Vaya sorpresa —exclamó Amanda mientras se apartaba para que las inesperadas visitantes pudieran pasar—, pero por favor entrad —dijo con amabilidad.

—Madrina, siento venir sin avisar —se disculpó Brianna azorada—, pero necesito hablar con Liam urgentemente —confesó mientras colgaba su bolso del perchero.

—No hay problema, esta señorita y yo —dijo Amanda colocando las manos sobre los hombros de la niña—, vamos a ir a ver cómo va la tarta de manzana del horno —dijo guiñándole un ojo a Brianna cuando una exclamación escapó de los labios de la niña.

Cuando Brianna entró en el salón familiar, su expresión era entre nerviosa y decidida. Liam la saludó con una sonrisa, pero esta se borró de sus labios cuando notó la tensión en las facciones de la joven.

—Hola, Bree. ¿Qué sucede? —preguntó Liam, mostrando preocupación al descubrir la expresión tensa de su rostro y las ojeras bajo sus ojos.

La aludida caminó hasta él y se acomodó en el sillón opuesto a Liam, jugando con un mechón de cabello mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Hace unos días me encontré con Harper y tuvimos una breve conversación —dijo Brianna atropelladamente.

Liam dudó, evidenciando su incomodidad. Sabía de esa conversación y, desde entonces, había evitado a Brianna porque no sabía qué hacer al respecto. Por un lado, estaba la promesa que le había hecho a Harper de ayudarla, y, por otro lado, estaba la fidelidad que le debía a Brianna, su mejor amiga. Tras unos segundos de titubeo, finalmente se animó a romper el silencio.

—Bree, lo sé todo —dijo Liam, decidiendo ser sincero.

—¿Cómo? —cuestionó Brianna sorprendida.

—A mí también me pidió ayuda —respondió Liam tras unos segundos de duda y con la culpabilidad reflejada en su rostro.

— ¿Y aceptaste? —preguntó Brianna sin saber muy bien cómo sentirse.

—Bueno, ella quería ver el informe del caso y yo soy el *sheriff*…

—¡Oh, vamos, Liam! No me vengas con eso de que aceptaste solo porque eres el *sheriff*. Conozco esa mirada. ¿Aún sientes algo por Harper? —preguntó, aunque conocía de sobra la respuesta.

Liam se quedó en silencio por un momento, sopesando sus propios sentimientos. Brianna conocía bien los matices de su expresión y el sufrimiento que había padecido después de que ella se marchara.

—Sí, aún me importa Harper —confesó con sinceridad—. Pero esto no se trata solo de eso. Tras revisar el expediente, yo también pienso que hay algo oscuro en este asunto. Hay cosas que no cuadran.

—Pero es el informe de tu padre —cuestionó Brianna sorprendida.

—¿Te crees que no lo sé? —replicó Liam mientras se revolvía el

pelo con los dedos, con evidente nerviosismo.

—Pero, Liam, ¿de verdad quieres seguir con esto? ¿Realmente estás dispuesto a desentrañar secretos que podrían afectar a tu familia o al buen nombre de tu padre? —dudó Brianna mientras veía a su amigo sufrir.

—Mi padre ya no está aquí para enfrentar las consecuencias de sus acciones. Si hay algo oscuro en ese informe, necesitamos saberlo, incluso si implica revelar verdades incómodas.

Brianna lo miró con expresión seria, comprendiendo la carga que Liam estaba dispuesto a soportar con tal de encontrar la verdad.

—Solo prométeme que te cuidarás, ¿de acuerdo?

Liam sonrió con tristeza, pero sintiéndose agradecido con Brianna por su evidente preocupación.

—Te lo prometo, Bree. Y tú, ¿cómo te sientes al respecto?

Brianna vaciló por un momento antes de responder.

—No estoy segura—confesó con sinceridad—. Pero lo que está claro es que todo esto está sucediendo por algún motivo, y todos necesitamos cerciorarnos de que lo que nos contaron en el pasado es la verdad —dijo rotunda, aunque la voz grave y enfadada de su padre se coló en su cabeza.

Los dos amigos compartieron una mirada significativa, conscientes de que se avecinaban tiempos complicados. Estaba claro que la llegada de Harper y sus pesquisas levantarían muchas ampollas en Serene Falls, y ninguno de ellos sabía qué consecuencias traería.

La puerta se abrió para dar paso a una emocionada Hailey, que entró en el salón con una sonrisa en los labios.

—¡La cena ya está lista! Dice la señora Mayers que estamos invitadas a cenar. Bree, ¿podemos quedarnos? —rogó la niña emocionada.

—Claro, cielo —replicó la aludida, que no podía negar nada a su hermana cuando la miraba de esa forma.

Agradeciendo la distracción que les ofrecía Hailey, los tres se dirigieron a la cocina para disfrutar de la cena. Mientras degustaban el

guiso de ternera, Brianna y Liam trataron de apartar por un momento las preocupaciones.

Hailey, ajena a los problemas de los adultos, compartía con entusiasmo las anécdotas de su día en la escuela y las nuevas actividades que estaba aprendiendo. Aunque se guardó para sí la pena que sentía después de lo sucedido con su padre y su prohibición de que compitiera en el concurso que llevaba un año esperando.

CAPÍTULO 20

Serene Falls,

al día siguiente

Liam estacionó su coche frente al edificio donde vivía Harper. Hacía varios días que no se veían, aunque se comunicaban a través de *wasap*, pero aquella noche habían quedado para poner en común sus últimas averiguaciones.

Mientras subía por las escaleras, Liam se ordenó controlarse, aunque cada vez que tenía a Harper delante se le hacía más difícil. La imperiosa necesidad de besarla de nuevo le dominaba. Cuando llegó al descansillo, golpeó suavemente la hoja de madera. Esta se abrió y se encontró con Harper de pie frente a él. La joven lucía un sencillo vestido de algodón color rosa que le llegaba hasta las rodillas, y sus pies estaban desnudos sobre la mullida alfombra blanca de la pequeña entrada.

—Liam, no te esperaba tan pronto —confesó Harper con una sonrisa nerviosa, dejando la puerta abierta para que él entrara—. ¿Quieres beber algo? —ofreció con cortesía.

—No, gracias —dijo Liam algo cohibido mientras se dirigía al sofá.

—¿Seguro? —insistió Harper caminando hasta la cocina abierta que daba al salón—. Tengo vino blanco —ofreció.

—Bueno, está bien —aceptó Liam, sintiendo la boca seca mientras seguía cada movimiento de la joven por la estancia.

Harper cogió dos copas, que sostenía en su mano derecha, y luego sacó el vino de la nevera antes de acercarse al pequeño sofá donde Liam parecía ocupar todo con su presencia. Aunque se había ordenado ignorarle, cuando lo vio en el quicio de la puerta con aquellos *jeans* ajustados y camiseta blanca, se quedó sin aliento por un instante, pero se ordenó calmarse.

—¿Te ayudo? —preguntó Liam al ver que Harper parecía tener problemas para abrir la botella.

Harper dudó, pero finalmente extendió la botella y el sacacorchos hacia él.

—Gracias —murmuró, evitando expresamente la mirada de él.

Liam aceptó el gesto silencioso de Harper y tomó la botella de vino. Tras quitar el corcho, llenó las copas y le ofreció una a Harper, quien la aceptó antes de sentarse en una butaca frente a él, buscando distanciarse del magnetismo del cuerpo de Liam. A pesar de la tensión que los rodeaba, la conexión entre ellos seguía siendo innegable.

—He hecho algunas llamadas y comprobado algunos datos, si quieres podemos darle una vuelta juntos —dijo Liam mientras sacaba de su bolsillo un pendrive.

Harper tomó un sorbo de vino antes de responder a sus palabras.

—Me parece una buena idea. Quizás podamos encontrar algún hilo del que tirar —replicó con cierta cautela, dejando la copa sobre la mesa. Luego se levantó para buscar el portátil y el cuaderno con sus apuntes.

Liam no pudo evitar seguir sus movimientos con la mirada y una punzada de deseo atravesó su cuerpo, dejándole noqueado. Estaba allí para investigar el caso Chapman, se intentó recordar a pesar de que la proximidad de Harper alteraba sus sentidos.

Unas horas después, Harper y Liam estaban inmersos en la investigación. Habían trabajado en equipo durante horas, compartiendo ideas y teorías.

Liam frunció el ceño mientras examinaba las notas escritas a

mano en los márgenes del informe, y cuya caligrafía era inequívocamente la de su padre, lo que hizo que la nostalgia se aferrara a su pecho, pero descartó dicha emoción para centrarse en lo que había descubierto.

—Harper —llamó la atención de la joven—, hay algo que no cuadra aquí. El cadáver de Abigail Chapman fue encontrado en una vieja cabaña en el rancho Moonlight. Pero mira esto —dijo señalando una sección del informe que Harper había impreso para trabajar con mayor facilidad—. Se hallaron huellas parciales en el arma homicida, un cuchillo de campo, pero que no coinciden con las de Conrad.

Harper clavó sus ojos en el documento que Liam le había entregado y leyó con atención el párrafo que él había subrayado con fosforito.

—¿Entonces eso podría significar que mi padre no fue el asesino? —preguntó Harper esperanzada.

—Podría ser, pero tenemos que revisar el informe de arriba abajo varias veces antes de sacar conclusiones precipitadas —dijo Liam intentando que Harper no se hiciera muchas ilusiones al respecto, no quería que si finalmente aquella anotación de su padre no significaba nada la joven se sintiera decepcionada.

—Pero ¿es una posibilidad? —insistió Harper obstinadamente.

—Podría ser. Tengo un amigo en Washington, le pediré que haga nuevas pruebas al arma homicida, y si las huellas en el cuchillo no son de Conrad, tendremos que considerar otras posibilidades. Pero recuerda que toda esta investigación está hecha sin el amparo de la ley, ni del juez Wiseman.

—Comprendo —dijo Harper con cautela, aunque la adrenalina recorría ya sus venas—, pero esa posibilidad podría suponer que hay alguien más involucrado en el asesinato de Abigail Chapman —aseveró con el corazón acelerado.

Liam comenzó a considerar la idea de que el caso era más complicado de lo que había pensado inicialmente. «Si las huellas no son de Conrad, podríamos estar buscando a otro sospechoso. Pero ¿quién más tendría un motivo para asesinar a Abigail?», se preguntó mientras se frotaba la barbilla inconscientemente.

—Esa es la pregunta —soltó Harper sobresaltando a Liam—. Necesitamos descubrir si había alguien más con un motivo, o si el

cuchillo fue manipulado de alguna manera. No podemos descartar ninguna posibilidad hasta que tengamos todas las respuestas.

—Harper, paso a paso —le advirtió Liam.

—Lo sé —respondió la joven, con una excitación palpable en su voz—. ¡Pero, Liam!, entiende que este dato puede cambiar por completo la dirección de la investigación. Probablemente fue el verdadero asesino quien se tomó la molestia de hacer esto, lo que significa que también tenía algo en contra de mi padre —explicó mientras se arrodillaba sobre la alfombra donde ambos estaban sentados, frente a la mesa baja que sostenía el portátil y los numerosos papeles que habían estado revisando durante gran parte de la noche. Sus miradas se encontraron, y la tensión sexual previa entre ellos se transformó en un sentimiento más profundo.

Sin poder resistir la atracción que sentían el uno por el otro, Harper y Liam se acercaron lentamente, dubitativos, pero finalmente sus labios se encontraron y se entregaron a lo que llevaban tiempo anhelando.

Liam levantó las manos, enmarcando el rostro femenino entre sus dedos mientras su lengua exploraba la cavidad de su boca. Disfrutaba de la intensidad de la batalla que protagonizaban sus lenguas. Percibir su dulce sabor era como regresar al hogar que tanto había extrañado. Alentado por la necesidad, no dudó en apartar la mano derecha de su rostro para hacerla descender a través de su cuello, su brazo y su cintura, hasta llegar a su muslo. Comenzó a levantar el delicado vestido para llegar a su piel.

Harper, por su parte, sabía que lo que estaba sucediendo era una completa locura. Era consciente de que aquel beso la empujaba al vacío de la pasión, complicando las cosas más de lo que ya estaban. Sin embargo, se encontró tan perdida en su propio deseo que nada parecía importar.

Liam notaba cómo sus pantalones aprisionaban su potente erección, y el característico olor de Harper, que tanto había añorado, amenazaba con volverlo loco. Deseaba entrar en su cuerpo y saciar su deseo, pero antes de llegar a ese punto, debía asegurarse de que ella no lo lamentaría más tarde. Con un esfuerzo sobrehumano, colocó sus manos sobre los hombros femeninos y la apartó de su cuerpo. Sus rostros quedaron a escasos diez centímetros. Como esperaba, sus ojos se encontraron, y notó cómo la corriente eléctrica se propagaba de su cuerpo al de ella.

—¡Liam! —protestó Harper con la voz cargada de deseo y sus ojos ambarinos nublados por la pasión.

—Harper, antes de seguir adelante, quiero que me prometas que no te vas a arrepentir de esto —pidió Liam con seriedad.

Para él era importante que ella le hiciera esa promesa. Harper ya le había roto el corazón una vez y no iba a permitir que volviera a hacerlo una vez más.

La aludida captó la intensidad en el tono de voz de Liam, y no pudo evitar sumergirse en la inmensidad de sus ojos azules. A lo largo de los años, se había esforzado por convencerse de que su relación con él no era más que un enamoramiento adolescente sin importancia. Había intentado persuadirse de que Liam no merecía más que su odio, especialmente por cómo le había destrozado el corazón con aquella maldita carta que Jared le entregó al día siguiente del arresto de su padre.

El dolor se multiplicó por diez cuando estaba a punto de irse a la universidad y vio a Liam en la parada de autobuses. Estaba segura de que él se presentó allí para asegurarse de que finalmente se marchaba, liberando a Serene Falls de su presencia. Después de ese encuentro, decidió mantenerse alejada de los chicos. No fue hasta el último año de la universidad que se animó a salir con alguien.

A pesar del tiempo transcurrido, las disputas y todo lo que los separaba, ahora entendía por qué sus relaciones anteriores no habían prosperado: seguía estando locamente enamorada de Liam Mayers.

—¿Harper? —cuestionó la voz urgente de Liam, que esperaba su respuesta.

—Te juro que no me voy a arrepentir de lo que suceda entre nosotros —afirmó Harper con rotundidad—. Mi corazón aún te pertenece —confesó.

—Y el mío es tuyo —replicó Liam con voz cargada de emoción antes de volver a atrapar los labios femeninos con una intensidad que amenazaba con romperle el pecho en dos por los alocados latidos de su corazón.

Harper dejó escapar un jadeo, sintiendo cómo la excitación se propagaba por su cuerpo cuando Liam atrapó un mechón de su cabello negro y lo empujó hacia atrás, obligándola a inclinar la cabeza. Fue en ese momento que él aprovechó para comenzar a mordisquear y lamer

su cuello con movimientos expertos. Simultáneamente, una de las manos de Liam se había deslizado entre sus piernas, bajo el suave tejido de su vestido de algodón, que ahora se encontraba enrollado en torno a su cintura, infiltrándose entre sus braguitas.

—¡Liam! —susurró con voz gutural cuando los dedos expertos de él comenzaron a acariciar los labios húmedos de su femineidad, pero nada comparado al éxtasis que sintió cuando aquellos dedos pellizcaron la pepita de su deseo—. ¡Liam! —volvió a pronunciar, pero esta vez sonó como un ruego.

En los labios del aludido se dibujó una sonrisa malévola antes de hablar.

—¿Sí?, ¿qué necesitas? —preguntó contra sus labios.

—A ti —confesó Harper, con un anhelo insaciable.

Liam no pronunció palabra alguna; en su lugar, volvió a apoderarse de sus labios mientras con un brazo aferraba su cintura y la colocaba sobre él, que estaba sentado en la alfombra. Con su mano libre, se dedicó a desabrochar los malditos botones de sus pantalones y respiró aliviado cuando logró liberar su virilidad, húmeda y ardiente.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó rozando la punta de su masculinidad contra sus braguitas mojadas.

—Sabes que sí —replicó Harper con voz ronca mientras aferraba con sus dedos el pelo de él para apartarle de sus labios—. Y me lo vas a dar porque me perteneces —respondió, encontrándose con su mirada.

Ante esa afirmación, y sin romper el contacto visual que sostenían, Liam apartó la tela que estorbaba en su camino y la penetró con una fuerte y decidida embestida. Se deleitó al descubrir el resplandor de la pasión en sus ojos ambarinos.

—¿Te gusta así? —preguntó retador.

—Sí, así —replicó Harper con una sonrisa sensual mientras comenzaba a cabalgar sobre su cuerpo.

—No hagas eso —le advirtió Liam entre jadeos.

—¿Porqué? —preguntó Harper juguetonamente mientras

incrementaba el ritmo.

—Eres muy mala —exclamó Liam antes de tomar su cintura y, con un movimiento diestro, girarla. La colocó boca arriba sobre la alfombra sin separarse de su cuerpo ni un solo milímetro, antes de continuar por donde lo habían dejado.

Los besos se volvieron más húmedos, las embestidas más intensas y el precipicio de la pasión logró que Liam y Harper cayeran al vacío al mismo tiempo. Tras alcanzar el clímax, Liam se dejó caer sobre ella, laxo y sin fuerzas. Estaba a punto de incorporarse, preocupado por estar aplastando a Harper, cuando ella levantó sus brazos y le abrazó, provocando que una emoción intensa se apoderara de su pecho. Dejó que su cabeza descansara en el hueco del hombro de ella y cerró los ojos.

Permanecieron así, unidos por sus pieles, durante mucho tiempo, disfrutando de la sensación de pertenecer el uno al otro.

CAPÍTULO 21

Serene Falls,

al día siguiente

Tricia regresó a su apartamento después de una intensa semana fuera de casa. Estaba cansada por el viaje, pero contenta de estar de vuelta en Serene Falls. Subió la escalera cargada con una pequeña bolsa de viaje, y cuando llegó al descansillo se detuvo para buscar las llaves en su bolso, pero cuál no fue su sorpresa cuando la puerta se abrió de golpe y ante sus ojos apareció Liam Mayers, que se ajustaba la camiseta sobre su pecho.

—Buenos días, *sheriff* Mayers —dijo para que él se percatara de su presencia, y no pudo ocultar una sonrisa traviesa cuando el hombre elevó la cabeza y clavó su mirada en ella, desconcertado.

—Buenos días, Tricia —saludó Liam con esfuerzo—. Estoy aquí porque… Harper tenía unos datos del caso que quería que comprobara en comisaría.

—Claro, no te preocupes, lo entiendo —replicó Tricia divertida mientras le recorría de arriba abajo con mirada pícara.

—Bueno, me tengo que ir, nos vemos en otro momento —dijo Liam antes de bajar las escaleras con cierta premura.

Tricia no pudo evitar que una risa escapara de su garganta mientras entraba por la puerta que el *sheriff* había dejado abierta.

Ya en el interior del apartamento dejó su equipaje en la entrada y cerró la puerta antes de adentrarse en el pequeño salón. Estaba preparando la cafetera cuando la puerta del dormitorio que ocupaba Harper se abrió. Su amiga vestía un sencillo camisón blanco y su pelo estaba enmarañado, pero una radiante sonrisa adornaba sus labios. Estaba claro que Harper era ajena a su escrutinio, y no pudo evitar preguntar:

—¿Qué tal has dormido? Parece que has tenido una noche… movidita.

—Tricia, me has dado un susto de muerte —replicó Harper girando su rostro con virulencia mientras se colocaba una mano en el pecho—. ¿Cuándo has regresado? —añadió interesada.

—Hace unos minutos. Y lo siento, no lo pretendía, pero deberías estar tranquila. ¿Acaso no acaba de irse Liam? Seguro que él se aseguró de que el apartamento estaba libre de peligros, ¿no es así? —preguntó guasona mientras le guiñaba un ojo.

Harper rio nerviosamente antes de responder a su pregunta.

—Sí, vino de improviso —comentó dudosa—. Eh, hablamos de algunas cosas, y bueno, luego se marchó.

Tricia levantó una ceja, intrigada:

—¿Hablasteis de qué?

—Pues del caso, de qué va a ser —replicó Harper, cada vez más incómoda.

—¿Y por qué tengo la sensación de que me estás engañando? —replicó Tricia mientras servía dos tazas de café y le tendía una a su amiga.

—Está bien, contigo es imposible —replicó Harper, finalmente resignada—. La verdad es que Liam ha pasado aquí la noche.

—¿¿Qué?? —boqueó Tricia, ávida de chisme—. ¿Y qué pasó?

—¿Tengo que hacerte un plano? —replicó Harper mordaz.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó su amiga emocionada.

—Pues pasó lo que tenía que pasar —confesó Harper mientras se sentaba en uno de los taburetes altos situados frente a la barra americana.

Tricia dejó escapar un chillido de emoción y se acercó aún más a Harper.

—¡No puedo creerlo! Después de todos estos años separados. ¿Cómo ha sido?

Harper no pudo evitar sonreír al ver la emoción de su amiga.

—Bueno, la verdad es que vino anoche para contrastar unos datos del caso, para poner ideas en común… —comenzó Harper con el relato—. Y en algún momento, sin saber cómo ni porqué… empezamos a besarnos y acabamos… bueno, ya sabes cómo —concluyó algo cohibida.

—¿Por qué no me pasan a mí estas cosas? —exclamó Tricia frustrada.

—Ya te pasarán —replicó Harper intentando consolar a su amiga.

—Sí, claro, un día cualquiera en la escuela aparecerá un tío buenorro y me cogerá en sus brazos y me sacará del colegio al estilo *Oficial y Caballero*. Vamos, Harper, ser maestra de primaria no es nada trepidante —dijo con voz apenada.

Harper rio sonoramente al escuchar las palabras de su amiga, dejó su asiento para acercarse a ella y darle un toquecito en el brazo en un gesto de complicidad.

—Quién sabe, Tricia. La vida es impredecible. Y tú eres una persona increíble, estoy segura de que el momento adecuado llegará cuando menos lo esperes.

—Tienes razón—replicó Tricia, aunque estaba segura de que ella nunca viviría una salvaje y auténtica historia de amor. Llevaba demasiado tiempo concatenando errores amorosos y en Serene Falls se había quedado sin opciones viables—. Bueno, dejemos de hablar de mí y cuéntame los detalles…

—Oh, vamos, Tricia, no seas morbosa —le reprochó Harper entre molesta y divertida con su indiscreta pregunta.

—Está bien —aceptó Tricia a regañadientes—, entonces: cuéntame cómo te sientes acerca de todo esto.

Harper clavó la mirada en su amiga y tardó unos minutos en contestar.

—Me siento un poco asustada, pero al mismo tiempo emocionada. Liam y yo compartimos un pasado complicado y hay muchas cosas que resolver. Pero estoy dispuesta a darle una oportunidad a esta nueva etapa en nuestras vidas. Y, bueno, nunca se sabe a dónde nos llevará el destino.

—Estoy feliz por ti, Harper —replicó Tricia emocionada—. No importa lo que haya sucedido en el pasado, lo importante es lo que sientas en este momento. Te mereces toda la felicidad del mundo.

Harper asintió, agradecida por el apoyo de su amiga. Juntas, disfrutaron de su café mientras Harper le contaba los grandes cambios que había experimentado la investigación.

—La verdad es que es algo inquietante —comentó Tricia, sorprendida—. Si se descubre que tu padre no fue el asesino, eso significa que el verdadero culpable anda suelto.

Harper, al percatarse de que su búsqueda podría estar poniendo en peligro a Tricia, sugirió con preocupación:

—Tricia, si te sientes incómoda, puedo regresar al rancho.

—Por supuesto que no —respondió Tricia con determinación—. No tengo miedo, y me encanta que estés aquí.

Con el respaldo incondicional de Tricia, Harper se sintió fortalecida. Las dos amigas continuaron compartiendo historias y risas, mientras disfrutaban de su café y el sol se filtraba por las ventanas del pequeño apartamento, llenando el lugar con una cálida luz otoñal.

***

Esa misma mañana

Liam Mayers caminaba por los pasillos del ayuntamiento con determinación. Tenía la imperiosa necesidad de compartir con alguien lo que habían descubierto él y Harper sobre el informe del asesinato de Abigail Chapman y las dudas que habían surgido, y no conocía a nadie mejor que su hermano Darrel para desahogarse, ya que sabía que podía contar con su máxima discreción.

Cuando llegó a la oficina de su hermano, encontró a Darrel inmerso en una maraña de papeles y documentos. Era evidente que estaba concentrado en su trabajo, pero Liam no dudó en interrumpirlo.

—Darrel, necesito hablar contigo —anunció Liam, cruzando los brazos sobre su pecho mientras observaba a su hermano mayor.

Este levantó la vista de sus documentos, sorprendido por la interrupción. Sabía que Liam rara vez aparecía por allí sin una razón importante.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado, apartando los papeles y centrando la atención en su hermano.

Liam se sentó en una de las sillas frente a la mesa y cruzó las piernas, colocando el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda.

Finalmente, reunió el valor para hablar, a pesar de la mirada preocupada de su hermano.

—Como me aconsejaste, decidí unirme a Harper para investigar el caso Chapman. En principio era para tenerla controlada, pero las cosas han cambiado —confesó

—¿A qué te refieres? —preguntó Darrel sin comprender las enigmáticas palabras de su hermano pequeño.

—He revisado el caso y he descubierto algunas incongruencias en el informe, cosas que no tienen sentido.

—¿Estás dudando del trabajo de papá? —cuestionó Darrel algo molesto.

—No te enfades —le rogó Liam sintiéndose un poco culpable—, pero no puedo negar lo evidente.

—¿Estás seguro? —insistió Darrel.

—No, y por eso mismo quiero estudiar el asunto más a fondo. Pero quería contártelo antes de tomar medidas más drásticas respecto a la investigación —añadió conciliador.

La mirada de Darrel se volvió seria mientras procesaba la información. Sabía que la muerte de Abigail Chapman era un tema delicado en Serene Falls, y reabrir legalmente el caso, que seguramente era lo que su hermano pretendía, solo avivaría viejas heridas entre sus conciudadanos.

—¿Estás seguro de que es una buena idea, Liam? —preguntó Darrel con preocupación—. Esta ciudad no ha olvidado lo que sucedió hace doce años.

Liam asintió, plenamente consciente de la gravedad de la situación.

—Lo sé, pero ten en cuenta mi profesión; no me sentiría bien conmigo mismo si algo no está bien. Imagínate que Conrad no fue el asesino; eso querría decir que el verdadero culpable anda suelto. ¿Comprendes?

—Entiendo la gravedad del asunto, es un tema peliagudo —dijo Darrel frunciendo el ceño—, y por eso mismo te pido que lo lleves con la mayor discreción posible.

—Creo que ya es un poco tarde para eso, medio pueblo anda molesto por las preguntas de Harper —dijo Liam reflexivo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Liam se enderezó en la silla que ocupaba antes de hablar.

—Voy a respaldar a Harper en su investigación y asegurarme de que las cosas se hagan correctamente. No solo por papá, sino por toda la comunidad de Serene Falls. Si hay un asesino suelto, es nuestro deber descubrir la verdad y hacer justicia.

Darrel, aunque preocupado, reconoció la firmeza en las palabras de Liam.

—Solo espero que sepas en qué te estás metiendo, hermano. Esto no va a ser fácil y las consecuencias podrían ser enormes.

—Lo sé, pero es mi deber como *sheriff*.

—Comprendo —replicó Darrel tras unos minutos de silencio—. Y, bueno, ¿qué tal te ha ido con el otro asunto? —preguntó intrigado.

—¿Qué asunto? —cuestionó Liam, intentando evadir la cuestión.

—¡Oh, vamos, hermanito! No te hagas el tonto, no te pega. ¿qué tal con Harper? ¿Habéis hablado de lo vuestro?

Liam titubeó, pero después de unos minutos de indecisión, decidió sincerarse con su hermano, la única persona en la que podía confiar.

—Bueno, anoche quedamos para revisar lo que cada uno de nosotros había descubierto, para cotejar la información y.... saltaron chispas entre nosotros, acabamos pasando la noche juntos —confesó atropelladamente—. Parece que estamos recuperando lo nuestro.

Darrel lo observó con una mezcla de sorpresa y cautela en su expresión, soltando un suspiro antes de hablar para expresar sus pensamientos sobre el asunto.

—Solo espero que no vuelva a romperte el corazón —le dijo, a pesar de que él había sido el primero en alentar a su hermano a acercarse a la joven—. Pero si esto te hace feliz, cuenta con mi apoyo.

Liam se sintió reconfortado por la comprensión de su hermano.

—Gracias, Darrel.

Siguieron charlando un poco más y luego Liam se despidió de su hermano para dejarle seguir trabajando. En la puerta del ayuntamiento comprobó la hora en su reloj y descubrió que le faltaba menos de una hora para comenzar su turno. Frustrado, comenzó a caminar en dirección a su casa. Necesitaba una ducha y un café bien cargado para poder afrontar el día sin apenas haber pegado ojo, aunque lo que le había quitado el sueño le hizo sonreír.

CAPÍTULO 22

Criadero de caballos Chapman

Brianna se revolvía inquieta en su cama, incapaz de conciliar el sueño. La oscuridad de la habitación parecía querer engullirla, mientras una sensación de intranquilidad la envolvía. Su mente no dejaba de dar vueltas a la petición de Harper, y a la conversación que había mantenido con Liam al respecto. A pesar de ello, seguía sumida en la misma confusión e indecisión.

Finalmente, con un suspiro resignado, optó por levantarse y encaminarse hacia la cocina en busca de un vaso de leche, anhelando que este funcionara como antídoto para su insomnio. Con pericia adquirida a lo largo de toda la vida, se movió por la casa en la oscuridad de la noche hasta llegar a la acogedora cocina, donde encendió la luz para poder servirse la leche. Luego se sentó en una silla en torno a la mesa y mientras daba pequeños sorbos al vaso, sus pensamientos seguían bailando en su mente como sombras inquietas.

Finalmente, con un suspiro profundo, dejó el vaso sobre la mesa y se puso de pie. La decisión había tomado forma en su mente, y antes de arrepentirse cogió una linterna de un cajón y se dirigió al desván.

A pesar de que el lugar era enorme y estaba envuelto en las sombras, Brianna supo perfectamente a dónde tenía que dirigirse. Con cuidado, abrió la puerta del armario en el que, doce años antes, ella misma había guardado las pertenencias de su madre. El polvo danzaba en el haz de luz de la linterna mientras exploraba entre cajas y recuerdos olvidados.

Con cierto pudor, comenzó a explorar en su interior y, al desplazar la antigua caja de música que su madre siempre había guardado con gran cariño porque había pertenecido a su abuela, descubrió un compartimento secreto que no sabía que existía. En su interior, entre las delicadas melodías y engranajes, se encontró un paquete de cartas amarillentas, ocultas con ternura. Brianna las tomó en sus manos, maravillada por el ingenio del escondite, y comenzó a hojearlas.

Una de las cartas atrajo su atención, y conforme leía, sus ojos se abrieron con asombro. La carta llevaba la firma de Conrad Duncan, el asesino de su madre.

Querida Abigail:

No hay un solo día en el que mi corazón no te busque entre las sombras de la realidad. Tu presencia es como una luz en mi vida, y no puedo negar lo que siento por ti. Cada sonrisa tuya es un rayo de sol que ilumina mi existencia, y cada lágrima un tormento que desearía aliviar. Te amo más de lo que las palabras pueden expresar, y te juro que cada día que estás lejos de mí es una completa agonía.

Cada noche rezo para que Dios dé una oportunidad a nuestro amor, aunque sé que le pido mucho, considerando que estás casada con otro hombre, y eso va en contra de su palabra. Aun así, mantengo la esperanza de que algún día nuestro amor deje de ser clandestino y florezca en la primavera de nuestros sentimientos.

Te quiero con todo mi ser,

Conrad.

Tras leer la última línea, el estupor se apoderó de Brianna. La revelación de aquellas cartas cambió por completo la percepción que tenía de su madre. Mientras asimilaba la verdad y las consecuencias de esta, el susurro del viento nocturno se colaba por la ventana.

Brianna permaneció allí, en la penumbra del desván, durante mucho tiempo. Sostenía las cartas entre sus dedos como si fueran fragmentos de un rompecabezas que acababa de armar. Las palabras de Conrad resonaban en su mente, y la figura de su madre, hasta entonces tan conocida, parecía convertirse en la imagen de otra persona.

Algo más repuesta, Brianna decidió explorar más a fondo aquellas viejas cartas amarillentas. A medida que sus ojos recorrían las líneas escritas con trazos seguros, descubrió una historia de amor entre su madre y Conrad. Las palabras apasionadas, los anhelos expresados, revelaban una conexión que Brianna jamás habría imaginado.

A medida que avanzaba hacia la última carta, se encontró con las confesiones de Conrad, sus temores y la imposibilidad de continuar amando en la sombra. Sin embargo, la respuesta de su madre quedó pendiente, sumiendo a Brianna en la inquietud. ¿Habría sido capaz su madre de dejar atrás sus compromisos familiares para entregarse a ese amor prohibido?

Brianna se debatía entre el impacto de la revelación y la comprensión de que la vida de su madre había sido, en muchos aspectos, una serie de elecciones difíciles. Conrad y Abigail habían vivido un romance silencioso, un amor que persistía en el papel pero

que nunca pudo manifestarse plenamente en la realidad.

Un denso silencio llenó el desván mientras Brianna asimilaba la verdad contenida en esas cartas. La reciente revelación no solo alteró su percepción de sus padres, sino que también avivó nuevos temores. Se preguntó si existirían más secretos en la familia Chapman y cómo estas revelaciones recientes afectarían su vida y la de su hermana menor.

Fue al amanecer cuando finalmente Brianna se sintió lo suficientemente fuerte como para guardar las cartas en un sobre, que colocó en la cintura de su pijama para ocultarlo con la camiseta.

Con el desván envuelto en la suave luz del amanecer, Brianna bajó las escaleras, llevando consigo el peso de una verdad que ahora cargaba sobre sus hombros como si fuera propia.

En el silencio de la casa aún adormecida, Brianna deambuló sin rumbo fijo por la casa. El suelo crujía ligeramente bajo sus pasos mientras se acercaba al despacho de su padre. Se detuvo en la puerta al percatarse de a dónde había llegado, y finalmente traspasó el umbral. Sobre el escritorio de caoba reposaban los documentos pulcramente ordenados.

Sabiendo que allí no encontraría lo que buscaba, se dirigió a una de las estanterías y sacó uno de los pesados álbumes familiares. Después de una minuciosa búsqueda, encontró una fotografía antigua de la boda de sus padres. Descubrió las sonrisas en sus rostros, pero ahora, con el conocimiento recién adquirido, Brianna se preguntaba cuánto de esa felicidad era real y cuánto se sostenía sobre cimientos de barro.

La revelación de las cartas no solo había alterado su visión del pasado familiar, sino que también había avivado una urgencia por desentrañar la verdad. Brianna sabía que enfrentar los secretos implicaba confrontar no solo a sus padres, sino también a la imagen de ellos que había construido.

El sonido del reloj, situado sobre la repisa de la chimenea, marcaba el tiempo de forma implacable. Brianna sabía que el camino hacia la verdad era inevitable y que cada paso, por difícil que fuera, la llevaría a comprender no solo la historia de sus padres, sino también su propia identidad enraizada en esos secretos de familia.

***

Liam se sorprendió cuando leyó el mensaje que Brianna le había mandado al wasap cinco minutos antes.

Liam, tenemos que hablar, es algo urgente, te espero en mi consulta.

Comprobó la hora en su reloj y descubrió que solo le faltaban cinco minutos para terminar su turno, por lo que no dudó en cerrar su portátil y recoger su mesa. Luego cogió su cazadora antes de salir por la puerta de su despacho. Tras despedirse de la señora Clayton, salió al exterior.

Minutos después se encontraba frente a la puerta de la clínica veterinaria de Brianna, y cuál no fue su sorpresa al descubrir a Harper.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Liam acercándose a ella.

—Brianna me ha citado—respondió Harper notando las mariposas aletear en su estómago. No había vuelto a ver a Liam desde el día anterior, cuando habían pasado la noche juntos. Si, se habían mandado varios mensajes, pero no era lo mismo.

Liam descubrió en la mirada de Harper anhelo, deseo y anticipación, la misma que él sentía. Con una sonrisa nerviosa, se acercó un poco más a ella, y estaba a punto de elevar su mano para acariciar su mejilla, cuando una voz le interrumpió en sus intenciones.

—¿Ya estáis aquí? —preguntó Brianna, que acababa de abrir la puerta—. Por favor, ¿podéis pasar? —preguntó mientras se apartaba.

—Claro —dijeron ambos a coro.

Brianna cerró la puerta con llave para que nadie pudiera molestarlos e invitó a Liam y Harper a que entraran en la pequeña sala de descanso del personal. Solo se atrevió a hablar cuando estuvieron los tres sentados en torno a la mesa.

—¿Y bien?¿Qué sucede? —preguntó preocupado al descubrir el cansancio reflejado en el rostro de su amiga.

—Sí, bueno… —Brianna estaba nerviosa, no tenía muy claro cómo comenzar con aquella conversación, por lo que decidió abrir el sobre marrón que permanecía en el centro de la mesa—. Como me pidió Harper, he buscado entre las cosas de mi madre y descubrí estas cartas —dijo mientras sacaba un manojo de sobres y los depositaba en la mesa—. Son de tu padre —añadió clavando la mirada en su antigua amiga.

Harper observó los sobres amarillentos con cierto anhelo, recordando los firmes trazos de la letra de su padre. Dudó unos instantes, pero finalmente extendió su mano y cogió uno de ellos con dedos temblorosos.

Brianna y Liam intercambiaron una mirada y esperaron a que Harper leyera la carta a su ritmo. Cuando su mirada recorrió la última línea, sus ojos ya estaban húmedos por las lágrimas.

—Ellos se amaban —afirmó Harper, como si diciéndolo en voz alta fuera algo más real de lo que le parecía en realidad.

—Sí, eso parece —replicó Brianna, que se había sentido igual de emocionada que Harper cuando las había leído, a pesar de que asumir o aceptar aquel amor quería decir que su madre había traicionado a su padre—. Si quieres te puedo dejar las cartas —ofreció amigablemente.

—Gracias, te lo agradecería —replicó Harper con una sonrisa sincera—. Y, si quieres, cuando consiga las cartas de tu madre, te las dejaré —ofreció.

—Me encantaría —dijo Brianna mientras alargaba su mano y atrapaba la de Harper en un gesto de reconciliación.

Liam tragó el nudo que se le había formado en la garganta al ver la emoción de las mujeres al descubrir aquella verdad que llevaba oculta durante más de una década, pero tenían que dejar atrás los sentimentalismos. Lo que Brianna acababa de descubrir cambiaba mucho las cosas.

—Esto altera toda la investigación —verbalizó en voz alta, y como esperaba, dos pares de ojos se clavaron en él.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Brianna preocupada, no quería que todo aquel asunto salpicara a su familia, que ya habría sufrido demasiado.

—Este dato hace que la investigación tome un nuevo rumbo —dijo Liam escuetamente, no quería que las chicas se pusieran nerviosas sin necesidad.

—Solo espero que no traiga problemas a mi padre —advirtió Brianna a la defensiva—. No voy a juzgar lo que hizo mi madre, pero sin ella aquí, la única familia directa que me queda son él y mi hermana. No os voy a engañar, mi prioridad va a ser protegerlos de cualquier mal.

—Lo comprendo —dijo Liam, mientras le hacía una promesa con su mirada. Se conocían bien y entre ellos no había necesidad de palabras.

Minutos después, Liam y Harper abandonaron la clínica con la promesa de devolverle las cartas y mantener aquel asunto con la máxima discreción posible. Cuando salieron a la calle tardaron unos minutos en decidir a dónde ir, pero finalmente optaron por dirigirse al apartamento, un lugar más discreto para hablar del caso.

Harper se puso ropa cómoda, consistente en un jersey de lana beige y unos *leggings* de color negro, y regresó al salón, donde descubrió a Liam en la pequeña cocina, rebuscando en las alacenas.

—Espero que no te importe —se disculpó con una sonrisa traviesa—, pero estaba buscando algo para hacerme un sándwich, la verdad es que estoy hambriento —confesó.

—No, tranquilo, no pasa nada, siempre que prepares otro para mí —añadió Harper mientras abría la nevera y comenzaba a sacar los ingredientes que faltaban.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Liam con cautela mientras cortaba y lavaba la lechuga que tenía entre las manos.

Harper, que se había encargado de cortar el tomate en rodajas, se tomó unos minutos para contestar a su pregunta.

—La verdad es que no me lo esperaba —confesó con sinceridad—, nunca pensé que, tras la muerte de mi madre, mi padre pudiera volverse a enamorar… y siento que lo hiciera de Abigail Chapman. Se habría merecido conocer a una mujer libre que le hiciera feliz, quizás así las cosas habrían sido diferentes.

—Lo que está claro es que estaba enamorado de ella hasta las trancas —dijo Liam mientras comenzaba a montar el sándwich con pericia.

—Sí, eso parece —replicó Harper suspirando—. La verdad es que nunca pensé que mi padre pudiera ser tan romántico, le decía unas cosas tan bonitas en esas cartas…

—¿Te gustaría que te escribiera cartas de amor? —preguntó Liam con una sonrisa divertida—. No sabía que eras tan romántica.

—¿Serías capaz de escribirme esas cartas? —le retó Harper,

decidida a saber hasta qué punto era capaz de llegar Liam.

—Eso y más, ¿aún no te has enterado de que estoy locamente enamorado de ti? —preguntó Liam mientras dejaba lo que estaba haciendo y cogía a Harper de la cintura para pegarla a su cuerpo—. Si te sirve de prueba, en todos estos años, y aunque he estado con alguna que otra mujer, nunca me he enamorado.

—¿Cómo estás tan seguro? —dudo Harper con sus labios formando un gracioso mohín mientras apoyaba las palmas de sus manos sobre su pecho.

—Porque mi corazón solo se acelera de esta forma cuando tú estás cerca. No sé cómo he podido vivir tanto tiempo sin ti. —Tras decir esto, cogió su barbilla entre sus dedos y dejó su cabeza descender para atrapar sus labios con los propios. Sus lenguas no tardaron en encontrarse, pero cuando Liam estaba a punto de alzar a Harper para hacerla sentarse en la encimera, una voz cortó su intención.

—Ejem —carraspeó Tricia, notando cómo sus mejillas se coloreaban. Estaba claro que la parejita no se había percatado de su presencia—. Chicos, ya estoy en casa —añadió, y se sintió aliviada cuando Liam dejó de besar a su amiga y le dedicó una mirada entre traviesa y comprensiva.

—Buenas tardes, Tricia —saludó apartando a Harper, que tardó un poco más en recuperarse—. Estábamos preparando un sándwich, ¿te apuntas? —preguntó conciliador.

—Bueno, no suena mal —replicó la aludida con una sonrisa divertida.

CAPÍTULO 23

Rancho Moonlight

Para Jared había sido un día muy largo, ni siquiera había ido a casa a comer, y sabía que cuando llegara Moira le reprocharía su acción. Estaba en el establo, quitando la silla a su caballo, dejándola en una de las paredes de madera, cuando el sonido de un cubo de metal al caer le sobresaltó. Dejó la silla en su lugar, y con pasos cautos salió del apartado del caballo y fue cuando descubrió al intruso.

—Hailey, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendido al ver a la niña.

La aludida, al ser descubierta, colocó las manos a su espalda y las masajeó con nerviosismo. Cuando había decidido ir al rancho de los Duncan se había creído muy valiente, pero ahora que se encontraba frente al gruñón del lugar no se sentía igual.

Jared pudo ver la duda en los ojos de la niña, y no pudo evitar sentirse culpable al descubrir que parecía algo asustada. Se maldijo por ello y se ordenó dibujar una sonrisa en sus labios mientras se aproximaba a la pequeña con pasos cautos.

—Perdona, no quería asustarte —afirmó cuando llegó a su altura y se agachó—. Supongo que te he impresionado con mi cara de gruñón, pero te juro que nunca he mordido a nadie.

Hailey clavó su mirada en el rostro de Jared, que había quedado a su altura, y achicó los ojos pensativamente mientras decidía si debía o no fiarse de él. Tras un largo minuto, una sonrisa se dibujó en sus labios y al fin se decidió a hablar.

—Quiero que me ayudes a entrenar —contestó la niña a bocajarro.

—¿Perdón? —preguntó Jared confuso.

—En unas semanas se celebra la competición de doma infantil en Bandera y tengo que prepararme —añadió con resolución.

Jared era incapaz de apartar la mirada de su persona, incrédulo ante su petición. Algo no encajaba allí, podía contar con los dedos de una mano las veces que se había encontrado con aquella niña, y no le cuadraba para nada que fuera precisamente a él a quien pidiera aquel

favor.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó verbalizando sus dudas.

—Porque he oído en el pueblo que Jared Duncan fue uno de los mejores en su juventud, y pensé que podrías ser el mejor entrenador —respondió rotunda.

Jared no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios al escuchar las palabras de la niña. Parecía que Hailey le veía como a un viejo dinosaurio, pero no podía culparla por ello. Y por mucho que le hiciera gracia la cuestión, y la niña en sí, él tampoco tenía demasiado tiempo como para dedicarse a entrenar a una niña de…

—¿Cuántos años tienes? —se sorprendió preguntando.

—Doce años —dijo Hailey elevando su rostro y estirando su espalda para parecer más alta de lo que en realidad era, cosa que hizo que los labios de Jared volvieran a curvarse en una sonrisa divertida, cosa poco habitual en él—. Entonces, ¿no me vas a ayudar? —preguntó la niña con evidente nerviosismo.

—Yo no he dicho eso —negó Jared, aunque era lo que realmente tendría que haber hecho. A fin de cuentas, aquella niña y sus problemas no eran asunto suyo—. Pero no creo que a tu padre y a tu hermana les haga mucha gracia que yo me ocupe…

—No tienen por qué enterarse —le cortó Hailey—. Podemos mantenerlo en secreto —añadió emocionada.

Jared dudó, pero al ver sus ojos verdes iluminarse, supo que iba a ser imposible negarse a su petición.

—Los martes y los jueves sobre las cinco de la tarde. En los previos del rancho y el criadero de caballos.

—¡Perfecto! —exclamó Hailey emocionada, y llevada por un impulso se acercó a Jared, que aún permanecía ligeramente inclinado, y estampó un sonoro beso en su mejilla—. Nos vemos pasado mañana —añadió la niña antes de salir del edificio dando pequeños saltitos.

Jared se incorporó y regresó al apartado donde esperaba su caballo. Comenzó a cepillar su pelaje, absorto en sus pensamientos. Todavía no se explicaba cómo había acabado aceptando la propuesta de una mocosa de doce años que solo podía traerle problemas, pero sin saber muy bien ni cómo ni porque, había acabado sucumbiendo a


aquellos ojos verdes que hacían que algo se removiera en su interior.

—¡Maldita sea mi suerte! —maldijo en voz alta.

—¿Se puede saber qué pasa ahora? —le sobresaltó una voz, y al girarse descubrió que se trataba de Colt, que le observaba desde la puerta, apoyando su brazo en el quicio en actitud despreocupada.

—Nada —mintió, por nada del mundo pensaba contarle a su hermano la conversación que había mantenido con la pequeña de los Chapman, entre otras cosas porque Colt le habría dicho que había perdido la cabeza completamente, y entonces tendría que darle la razón.

—Pues no sé por qué, pero tengo la impresión de que mientes.

—Son imaginaciones tuyas —replicó Jared mientras dejaba el cepillo y salía del apartado de su caballo—. ¿Vamos a cenar? —preguntó para cambiar de tema—. Ya sabes que a Moira no le gusta que lleguemos tarde.

Colt achicó los ojos, seguro de que su hermano le ocultaba algo, pero sabía que solo se lo contaría cuando estuviera preparado.

—Sí, vamos, o Moira nos matará —replicó con humor mientras palmeaba la espalda de Jared y se dirigían a la casa.

Moira removía el guiso en la olla cuando la puerta que daba acceso al porche trasero se abrió para dar paso a los hermanos, que antes de adentrarse más en la cocina se quitaron las botas de montar y se pusieron calzado más adecuado.

—Vaya, por una vez sois puntuales —afirmó la mujer jovialmente.

—Muy graciosa, Moira —replicó Jared impertinente.

—¡Oh, vamos! —exclamó Colt, chascando la lengua, molesto, antes de ocupar su silla habitual en la mesa redonda de la cocina—. Por favor, no volváis a discutir —añadió, sabiendo que Moira y Jared siempre acababan haciéndolo.

—Mi niño, no te preocupes —replicó la mujer mientras colocaba la olla sobre la mesa para servir en los platos el guiso—, estoy más que acostumbrada al veneno de tu hermano.

—Y yo a los guisos sosos que sueles preparar —contraatacó el aludido, sabiendo que su comentario molestaría a la mujer.

Por el contrario, Moira se sentó y colocó la servilleta sobre sus rodillas antes de replicar a sus palabras con una sonrisa en los labios.

—Bueno, pues en poco tiempo no tendrás que volver a comer mis sosos guisos porque ya no estaré en esta casa.

—Moira, ¿de qué estás hablando? —preguntó Jared mientras notaba que un sudor frío recorría su piel.

—Vaya, parece que he logrado captar el interés del indolente Jared Duncan —replicó la mujer complacida.

—Moira, por favor, contesta —intervino Colt.

—Está bien. Patricia, mi sobrina, me llamó esta mañana. En unos meses será madre de dos bebes y me necesita, es un embarazo de alto riesgo. Me voy en un par de días.

—¿Y cómo nos la vamos a apañar sin ti? —cuestionó Colt con nerviosismo.

—Tranquilo, te prometo que os dejaré comida congelada por una buena temporada.

—¡Maldita sea! —masculló Jared en voz baja.

—¡Eh, esa boca! Te he oído —le espetó Moira señalándole con el dedo—. Si sigues así te dejaré castigado sin postre, y hoy tengo tarta de melocotón —le recordó.

Jared se mordió la lengua, mientras la risa de Colt se escuchaba por lo bajo. La situación era de lo más cómica, aunque no tanto para el mayor de los Duncan, que no se imaginaba cómo iban a arreglarse en ausencia de Moira.

***

Al día siguiente

Harper cogió aire en sus pulmones antes de atreverse a entrar en el despacho. Como esperaba, su hermano elevó la cabeza y clavó su mirada en ella, algo confuso con su aparición. Hacía días que no sabía nada de ella y no le había avisado para decirle que se iba a acercar al rancho.

—Harper, ¿qué haces aquí? —indagó Jared, pero al ver la determinación reflejada en los ojos de su hermana, y cierto malestar, supo que no iba a ser una visita amistosa.

La aludida no dijo nada hasta que no llegó frente al escritorio y ocupó una de las sillas frente al mismo.

—He venido porque quiero que me des las cartas de papá —expuso directa.

—¿Otra vez con eso? —cuestionó Jared con evidente malestar mientras cerraba el portátil frente a sí con más fuerza de la necesaria.

—Sí, y las veces que sea necesario —replicó Harper, que no estaba dispuesta a amilanarse. No le asustaba el mal carácter de Jared.

—¿No se supone que ya aclaramos este tema? —insistió Jared dejándose caer sobre el respaldo de su silla y clavaba su mirada en su hermana.

—Sí, pero las cosas han cambiado, y quiero esas cartas —replicó Harper rotunda—. Colt y yo tenemos el mismo derecho que tú a conocer su contenido.

—Pero… —intentó rebatir Jared, y en ese momento Harper le cortó con un gesto de mano.

—Ningún «pero». Sé perfectamente lo que pone en ellas.

—No lo creo… —rebatió Jared con excesiva arrogancia.

—Si lo que tratas de ocultarme es que papá se había convertido en el amante de Abigail Chapman, siento decirte que llegas tarde.

Jared, al escuchar las palabras de su hermana, no dudó en incorporarse en la silla en un gesto brusco y clavar sus ojos verdes en el rostro de Harper con intensidad. «¿Cómo es posible?», se preguntó mientras notaba que un escalofrío recorría su cuerpo. Había intentado ocultar aquel secreto cerca de diez años, y parecía que sus esfuerzos habían sido en vano. Dos años después de que condenaran a su padre por la muerte de Abigail, este murió de un cáncer que había acabado con su vida en pocos meses. Jared sintió como si le hubieran arrancado el corazón, y necesitó unos meses para reunir el valor suficiente para guardar sus efectos personales y borrar para siempre la huella del hombre que había sido su ejemplo, su modelo a seguir, su héroe. Fue entonces cuando descubrió aquellas malditas cartas, y la

verdad que pesaría sobre sus hombros durante doce largos años.

—¿No vas a decir nada? —le urgió Harper al percatarse de que su hermano parecía haber enmudecido.

Jared, al escuchar su voz, pareció regresar del pasado.

—¿Cómo lo has descubierto? —preguntó con la imperiosa necesidad de saber.

—No te voy a mentir —dijo Harper tras dudar de cómo responder a esa pregunta—. La verdad es que le pedí a Brianna que buscara entre los efectos personales de su madre…

Jared se levantó de un salto, colocándose de pie, y a punto estuvo de tirar su silla al suelo al escuchar la confesión de su hermana. En un movimiento rápido se inclinó sobre el escritorio y colocó las palmas de sus manos sobre la superficie de madera y se cernió sobre Harper como una sombra.

—¿Que has hecho qué? —cuestionó arrastrando las silabas con voz rasgada, sin chillar, pero provocando más inquietud en su hermana que si le hubiera gritado—. ¿Por qué demonios has tenido que hacer eso?

—No tendría que haberlo hecho si tú no te hubieras negado a que tuviera acceso a las cosas de papá —se defendió de su ataque.

—Habría sido mejor que todo esto no hubiera salido a la luz —afirmó Jared derrotado mientras se dejaba caer nuevamente en su sillón—. Brianna tiene la culpa de todo.

—¡Maldita sea, Jared! —exclamó Harper sin poder contenerse—. No culpes a una inocente de tus pecados. Ella no sabía nada de… del amor que existía entre su madre y nuestro padre.

—Y nunca debería haberse enterado. ¿Crees que eso hará menos culpable a papá? —le reprochó Jared dolido—. Te voy a dar yo la respuesta: rotundamente no. Con esto solo vais a conseguir enfangar aún más nuestro apellido. Y de paso, ensuciar el de la madre de Brianna… y Hailey —añadió recordando el rostro inocente y sonriente de la pequeña, que iba a sufrir las consecuencias de todo aquello.

—¿Me vas a dar las cartas o no? —insistió Harper mientras se cruzaba de brazos y fruncía el ceño.

Jared le dedicó una mirada furibunda, pero no dudó en abrir unos botones de su camisa, coger una pequeña llave que colgaba de una cadena, y sacarla de su cuello para abrir el cajón superior de su escritorio. De allí extrajo el fajo de cartas amarillentas y las lanzó sobre el escritorio con brusquedad.

—¡Ahí tienes las malditas cartas! —gritó furioso.

—¿Qué está pasando aquí? —sonó la voz preocupada de Colt, que se encontraba en el quicio de la puerta.

—Lo de siempre —replicó Harper mientras se ponía de pie y cogía el taco de cartas entre sus manos—, que tu hermano mayor se cree con el derecho de dirigir la vida de todo el mundo. Él decide que podemos saber, pensar o hacer. Pero ya se ha acabado —afirmó rotunda mientras le dedicaba una mirada furibunda a Jared antes de girarse con virulencia y caminar con paso ligero hasta la puerta. Casi arrolló a Colt al pasar a su lado, y segundos después se escuchó un sonoro portazo.

—¿Se puede saber qué has hecho ahora? —preguntó Colt molesto mientras se aproximaba a la mesa y ocupaba la silla que Harper había abandonado poco antes.

Jared se cubrió los ojos con una mano, mientras con la otra hacía un gesto a su hermano para que le diera unos segundos para recuperarse. Permaneció así varios minutos, y finalmente apartó los dedos de sus ojos y decidió contarle toda la verdad a Colt. Ya no tenía ningún sentido seguir ocultando aquella vieja historia.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Jared cuando acabó y su hermano seguía en silencio, con la mirada perdida en la ventana situada a su derecha.

—¿Qué quieres que te diga? —replicó girando su rostro para encontrarse con la mirada de Jared—. ¿Qué me siento decepcionado? ¿Que no me esperaba algo así de papá? ¿O me preguntas cómo me siento respecto a tus mentiras?

—Yo no te he mentido —replicó Jared a la defensiva—. Simplemente he omitido lo que averigüé por casualidad. Y si lo hice fue por la memoria de papá, y por vuestro bien…

—Oh, vamos, Jared. No me vengas con esa mierda. Comprendo que lo hicieras por protegernos hace unos años, pero ahora, cuando Harper encontró esas dichosas cartas, ¿no crees que hubiera sido el

momento de contar la verdad? —le reprochó.

—Puede que tengas razón, pero tenía miedo —confesó Jared, que odiaba mostrar vulnerabilidad.

—¿De qué? —preguntó Colt.

—De que juzgarais mal a papá —confesó finalmente con esfuerzo.

—¿Por haberse enamorado? —cuestionó Colt sorprendido—. Pues me parece que estás equivocado. Pero bueno, ahora la cuestión es otra.

—¿Cuál? —preguntó Jared sin comprender.

—Que esto cambia toda la historia. Quizás la obstinación de Harper por este asunto de volver a investigar el caso de papá tenga algún sentido.

—No veo en qué puede cambiar las cosas este dato —cuestionó Jared.

—Quizás alguien se enteró de la relación que ambos compartían, no le gustó y decidió ocuparse del asunto —rebatió Colt mientras se frotaba la barbilla pensativo.

—Lo único que yo sé —replicó Jared—, es que esto parece una locura, y solo espero que todo salga bien.

CAPÍTULO 24

Tricia observaba a Harper con preocupación evidente. Había llegado una hora antes al apartamento y apenas había dicho una palabra. Se había sentado en el sofá, y desde entonces había permanecido quieta, como si se tratara de una figura de porcelana, con la mirada fija en la ventana que tenía frente a sí, aunque no tenía las mejores vistas, ya que daba al callejón.

Había intentado entablar una conversación con ella, pero solo le había dedicado monosílabos, y finalmente había desistido de intentar averiguar qué le sucedía. Ya le contaría lo que le pasaba cuando estuviera preparada.

Estaba a punto de dirigirse a su dormitorio para ponerse ropa cómoda tras una larga jornada en el colegio, cuando el timbre comenzó a sonar. Caminó hasta la entrada y se sorprendió cuando se encontró a Brianna.

—Buenas tardes —saludó amablemente su amiga—, perdona que te moleste, pero hace una hora Harper me mando un audio y me preocupé. Me pedía que viniera al apartamento con urgencia.

—Sí, claro, por favor, pasa —rogó Tricia, con la esperanza de que Brianna pudiera sacar a Harper de su estado taciturno.

Brianna entró en el salón y clavó su mirada en Harper, que tardó unos instantes en percatarse de su presencia. Cuando la vio, se levantó con un brinco y corrió hacia ella.

—Por fin has llegado —dijo mientras cogía su mano y tiraba de ella hasta el sofá, donde la obligó a sentarse.

—Harper, me estás asustando —expresó Tricia sin poder contenerse.

—Y a mí —la secundó Brianna.

—He estado en el rancho —comenzó Harper a explicar, con la única intención de tranquilizar a sus amigas—, y he conseguido que Jared me diera las cartas.

—Supongo que no habrá sido nada agradable —vaticinó Brianna, que imaginaba al ogro soltando sapos y culebras por la boca a quien hubiera osado llevarle la contraria.

—No, la verdad es que hemos acabado discutiendo —confesó Harper con tristeza.

—Lo siento mucho —replicó Brianna sintiéndose culpable, aunque ni siquiera sabía por qué motivo.

—No te preocupes más por eso, ahora lo importante es que tú tienes las cartas de mi padre, y yo las de tu madre —dijo Harper emocionada—. ¿Las has traído? —preguntó expectante.

—Bueno —intervino Tricia, segura de que estorbaba. A fin de cuentas, era un asunto familiar, y ella no pintaba mucho allí—, chicas, será mejor que me marche…

—No hace falta —dijo Harper, atrapando su brazo para obligarla a sentarse también en el sofá—, tú también formas parte de esto, y estoy segura de que estás deseando saber lo que pone en estas cartas —dijo sacudiendo el fajo de sobres que sostenía entre sus manos.

Unos minutos después, las tres estaban sentadas en el mullido sillón verde y Harper comenzó a organizar las cartas, que luego empezó a leer con voz monocorde. Poco a poco fue revelando la historia de amor entre los padres de Brianna y Harper. Brianna y Tricia escuchaban con asombro, conectando los puntos y descubriendo los detalles de una historia que hasta ahora había permanecido en la sombra.

A medida que las cartas ya leídas se apilaban sobre la mesa baja situada frente al sofá, el romance florecía ante ellas como un cuento de hadas. Las palabras tiernas y apasionadas se entrelazaban, revelando la profundidad del amor que una vez compartieron.

— Es tan hermoso, Harper. Nunca pensé... —murmuró Brianna, con la voz entrecortada por la emoción.

Harper asintió, luchando contra las lágrimas que amenazaban con brotar.

—Nunca supimos la verdadera historia detrás de todo esto. Pero ahora que lo sabemos, creo que es hora de reconciliarnos con nuestro pasado, Brianna.

Las dos mujeres se abrazaron, compartiendo la carga emocional que habían llevado durante tanto tiempo. Las lágrimas fluían, pero eran lágrimas de liberación y aceptación. En ese momento, se dieron cuenta de que la verdad, aunque a veces dolorosa, tenía el poder de

curar.

— Harper, lo siento por todo. Por no entender, por no preguntar. Pero ahora estamos aquí, juntas.

Harper sonrió, sintiendo que un peso se levantaba de sus hombros.

— Sí, Brianna, estamos aquí. Y aunque nuestro pasado haya sido complicado, podemos construir un futuro mejor como amigas.

—¡Oh, chicas, me vais a hacer llorar! —protestó Tricia, pero ya era tarde porque sus mejillas estaban húmedas.

—Tonta, anda, ven aquí —dijo Harper estirando su brazo para alcanzarla y acabar fundidas las tres en un apretado abrazo—. Como en los viejos tiempos —dijo, recordando lo que había compartido con sus amigas en la adolescencia.

La verdad había traído consigo una nueva oportunidad para la amistad y la reconciliación, solo esperaba poder añadir a Mackenzie en un futuro muy próximo.

Con las cartas como testigos de su historia compartida, las tres mujeres siguieron unidas por la emotividad del momento. Decidieron continuar explorando las cartas y fotografías que contaban la historia de amor entre sus padres y, a medida que avanzaban en el rompecabezas de su pasado, descubrieron detalles más profundos sobre las circunstancias que llevaron al triste final de la misma.

— ¿Te das cuenta de que nuestras familias estuvieron conectadas de maneras que ni siquiera imaginábamos? —comentó Brianna, admirando una foto donde aparecían sus padres mirándose de una forma cómplice.

—Es increíble cómo el tiempo y las decisiones pueden cambiar el curso de nuestras vidas —comentó Harper pensativa.

—Sí, eso parece —replicó Tricia.

—Y ahora, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Brianna con ímpetu.

Harper giró su rostro y clavó su mirada en la pelirroja, que esperaba su respuesta expectante.

—¿A qué te refieres? —preguntó cautelosa.

—Pues que yo quiero seguir colaborando en esta investigación. Necesito saber tanto como tú lo que ocurrió, y limpiar el nombre de tu padre si es inocente, pero lo más importante de todo: descubrir quién fue el verdadero asesino de mi madre.

—Está bien, pero será mejor que trabajes en las sombras si no quieres que mis hermanos acaben sermoneándote también.

—No creo que se les ocurra —replicó Brianna, y el rostro de Jared Duncan se personó en su cabeza.

***

Rancho Moonlight

La tarde era fresca y prometedora cuando Hailey llegó al lugar acordado para su cita con Jared. El sol comenzaba a descender, pintando el cielo con tonos cálidos, y el aroma a hierba fresca impregnaba el aire. Hailey se acercó con paso decidido, llevando consigo una mezcla de emoción y anticipación.

Jared estaba ocupado preparando a su imponente compañero de cuatro patas. Al ver a Hailey, una chispa de reconocimiento iluminó sus ojos, y una sonrisa sutil se dibujó en los labios curtidos por el sol.

—Hailey, justo a tiempo —saludó Jared con una voz profunda y resonante.

La niña respondió con una sonrisa llena de entusiasmo y nerviosismo. Estaba vestida con pantalones de montar y una camisa de cuadros rosas y blancos, lista para enfrentar el desafío que se avecinaba. Jared le indicó con un gesto que se acercara al majestuoso caballo que relinchaba suavemente.

— Este es Thunder, tu compañero de hoy. Se lleva bien con los principiantes —explicó Jared, observando cómo Hailey acariciaba con ternura la cabeza del caballo.

Después de un breve periodo de preparación, Hailey subió al lomo de Thunder con ayuda de Jared, debido a su imponente tamaño. La primera prueba consistía en realizar una serie de giros y cambios de velocidad. Hailey, siguiendo las instrucciones de Jared, manejó las riendas con destreza, mostrando una conexión innata con el caballo.

Los dos trabajaron juntos, superando obstáculos y ejecutando movimientos con gracia. El sol seguía ascendiendo en el cielo, y la complicidad entre Hailey y Jared se fortalecía con cada paso del caballo.

Tras completar la prueba, Hailey descendió de su montura y caminó con paso seguro hacia Jared, que tenía preparada una botella de agua y un par de manzanas. Se sentaron en unas rocas cercanas, compartiendo la fruta entre risas y charlas relajadas. Hailey, con los ojos brillantes de satisfacción, le agradeció a Jared su ayuda.

—Has hecho un gran trabajo, Hailey —dijo Jared sorprendiendo a la niña—. Estás más preparada de lo que pensaba para el concurso. Solo recuerda disfrutar del proceso y confiar en Thunder. La confianza entre jinete y caballo es clave —aconsejó Jared, levantando su botella de agua en un brindis simbólico.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó Hailey emocionada.

—Claro, no soy de halagar sin motivo —expresó Jared rotundo.

—Entonces, si no lo fuera, ¿también me lo dirías? —preguntó curiosa.

—Por supuesto, no me gusta mentir —afirmó Jared categórico—. Mentir está mal.

—¿Incluso si es por una buena causa? —cuestionó Hailey con el ceño fruncido.

—Depende de las circunstancias —replicó Jared confuso, con la sensación de que se estaba metiendo en terreno pantanoso.

—Entonces, que yo mienta a mi padre y mi hermana para venir aquí, ¿es una causa justificada? —preguntó Hailey interesada.

—Yo creo que sí, porque si tu hermana se llega a enterar de que te estoy entrenando sin su autorización me mataría —comentó Jared, pero temiendo que aquella conversación continuara por otros derroteros, prefirió acortar la conversación que mantenían antes de que fuera demasiado tarde—. Y ahora, será mejor que sigamos con el entrenamiento, en una hora he quedado con mi hermano en los pastos del sur.

A medida que avanzaba la tarde, Jared y Hailey decidieron aprovechar al máximo el tiempo de entrenamiento. Se dirigieron a

una pista cercana, donde realizaron una serie de ejercicios más desafiantes para afinar la destreza de Hailey y la coordinación con Thunder.

La niña y el caballo se movieron en perfecta armonía, ejecutando giros, pasos laterales y otros movimientos con gracia y precisión. Jared observaba con orgullo, sabiendo que la conexión entre ambos estaba llegando a su punto álgido.

—¿Cómo lo he hecho? —preguntó la niña con evidente nerviosismo.

—Nada mal, Hailey. Tienes el talento y la determinación necesarias. Recuerda confiar en ti misma y en Thunder. Juntos hacéis un equipo increíble, tienes muchas posibilidades, pero falta mucho trabajo por delante —dijo Jared, transmitiendo confianza.

Hailey sonrió, llena de gratitud, y en un gesto impulsivo se abrazó al hombre, que se quedó quieto como un poste, desconcertado por el gesto de la niña.

—Muchas gracias, señor Duncan —dijo agradecida.

—No es nada, pequeña —replicó Jared mientras acariciaba su coronilla torpemente.

Poco después, ambos se despidieron con la promesa de encontrarse en su próximo entrenamiento unos días más tarde y cada uno se dirigió a su lugar.

Hailey oteó a su alrededor, y cuando estuvo segura de que nadie la estaba vigilando, corrió campo a través en dirección a la casa. Estaba a punto de entrar en la vivienda, sonriendo al pensar que nadie la había visto, cuando una voz ruda y molesta la hizo detenerse y girarse con sobresalto.

—¿Se puede saber dónde demonios te has metido toda la tarde? —preguntó Morgan molesto—. Y ni se te ocurra mentirme —le advirtió señalando a la niña con un dedo acusador.

—He ido a cabalgar —dijo sin titubear, aunque inconscientemente cruzó los dedos a su espalda, para que su padre no pudiera verla. Sabía que, si su padre notaba la más mínima muestra de debilidad, acabaría mal parada.

Morgan Chapman achicó los ojos y estudió el rostro de la

pequeña, pero pasado un tiempo prudencial, decidió aceptar sus palabras como verdaderas.

—Bien, pero la próxima vez, avisa a alguien. Ya sabes que no me gusta que salgas sola, podría ser peligroso.

—Lo siento, papá —se disculpó la niña.

—Anda, pasa —dijo Morgan mientras abría la puerta—. Tu nuevo profesor de matemáticas lleva media hora esperándote.

—¿De verdad que es necesario? —preguntó Hailey, que había olvidado por completo las fastidiosas clases de refuerzo que su padre le había impuesto por sacar un bien en vez de un sobresaliente.

—Anda, por favor, Hailey, deja de protestar y céntrate en lo importante —le ordenó Morgan, molesto por las protestas de la niña.

Morgan se sintió agradecido cuando la pequeña desapareció por el pasillo, en dirección al salón donde Hailey tomaba sus clases. Con paso resuelto se dirigió a su despacho y se situó frente a su escritorio.

Estaba a punto de sumergirse en la tarea de revisar su correo cuando el pitido de su móvil le anunció la llegada de un mensaje de WhatsApp. Sin dudar, cogió el dispositivo de la mesa, donde había permanecido olvidado desde la mañana. El escueto mensaje en la pantalla provenía de John.

John Wiseman: (17:34)¡Hola Morgan! Como te prometí, denegué la solicitud de Harper Duncan sobre el caso. Pero tengo la sensación de que el sheriff Mayers la está ayudando, y me preocupa que le pueda dar información confidencial sobre lo que pasó. Voy a intentar resolver la situación, pero quería que estuvieras al tanto.

Saludos,

John

—¡Maldita sea! —exclamó Morgan molesto, maldiciendo el día en el que Harper Duncan había decidido regresar a Serene Falls. Estaba claro que aquella jovencita era tan cabezota como su padre cuando se empeñaba en algo.

CAPÍTULO 25

Serene Falls,

esa misma noche

La noche envolvía Serene Falls con su manto oscuro, pero la luz tenue de la lámpara de escritorio aún iluminaba el despacho de Liam. Se sumergió de nuevo en los informes que tenía atrasados desde hacía días gracias al caso Chapman. Su trabajo en comisaría se estaba acumulando, y si no se ponía las pilas, su jefe acabaría percatándose de que no estaba al cien por cien ocupado en su labor.

El sonido del teléfono rompió el silencio, interrumpiendo los pensamientos concentrados de Liam. Con un suspiro, cogió su teléfono y escuchó la voz emocionada de su amigo Klein al otro lado de la línea.

—¡Liam! ¡Tienes que escuchar esto! Hemos conseguido una huella parcial en el arma del crimen. Podemos rastrear al otro individuo que la tocó, además de encontrar trazas de un ADN. Esto podría acercarnos al asesino.

La adrenalina corrió por las venas de Liam, y una sonrisa se dibujó en su rostro. Cerró la carpeta con los informes y se puso de pie, sintiendo la emoción de estar más cerca de resolver el caso que había ocupado sus pensamientos durante semanas.

—¡Increíble, Klein! ¿Dónde nos encontramos para revisar los detalles?

—El lunes tengo que asistir a un juicio cerca de Odesa, si quieres podemos quedar para comer y así te entrego el informe.

— Sería genial, Klein, te debo la vida —dijo agradecido.

—Bueno, con que pagues tú la comida me conformo —replicó su amigo divertido—. Nos vemos el lunes —añadió antes de cortar la llamada.

Liam dejó el teléfono sobre la pila de papeles que tenía ante sí, sintiéndose pleno. Mientras contemplaba la oscuridad de la noche a través de la ventana, reflexionó sobre lo lejos que habían llegado desde el inicio de la investigación. Al principio tenía dudas sobre involucrarse, pero ahora estaba seguro de que cada paso los acercaba

a la verdad que alguien intentó ocultar doce años antes.

La ansiedad por compartir la noticia con Harper se apoderó de Liam; reconocía que, sin ella, su progreso en la investigación habría sido limitado. Tomó su móvil nuevamente y buscó el nombre de Harper en la agenda antes de marcar. Mientras esperaba que ella respondiera, repasó mentalmente los avances del caso, reflexionando sobre cómo cada descubrimiento los acercaba más a desentrañar una verdad que ya no se mostraba tan evidente y que no señalaba a un único culpable.

Finalmente, Harper contestó con entusiasmo al otro lado de la línea, y Liam no pudo contener su emoción al relatarle sobre la huella parcial y las posibles pistas que podrían llevarlos al asesino.

—Liam, te estoy muy agradecida. No sé qué haría sin ti. Estoy emocionada de que estemos avanzando. Creo que cada vez estamos más cerca de la verdad. ¿Cuándo te has citado con tu amigo? —preguntó Harper con interés.

— El lunes, en Odesa. Me entregará la documentación del informe y las muestras —respondió Liam con entusiasmo.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Harper, emocionada.

—¡Claro que sí, cielo! Pero tienes que prometerme que no acosarás a mi amigo con tus preguntas. A veces eres demasiado incisiva —dijo Liam con humor.

Harper rio ante la advertencia de Liam y respondió:

—Lo prometo, intentaré contener mi entusiasmo. ¿Vas a venir esta noche? —añadió la joven con anticipación. Hacía dos noches que Liam no dormía en su cama, y ya lo extrañaba.

—No te prometo nada —confesó Liam. Tenía trabajo pendiente que no podía ignorar—, pero si acabo pronto aquí, me paso —prometió.

—Te quiero —dijo Harper, sin poder contenerse.

—Y yo a ti, pequeña —replicó Liam, sin importarle parecer un ñoño.

Con una sonrisa en los labios, Harper cortó la llamada, guardó su teléfono en el bolsillo trasero de sus *jeans* y continuó su camino por las

tranquilas calles de Serene Falls, absorta en sus pensamientos. Acababa de salir del supermercado, donde había comprado algo rápido para cenar, ya que Tricia no estaba esa noche porque había ido a visitar a sus padres y estaría sola.

Estaba a punto de llegar a su apartamento cuando de repente sintió una mano que la agarraba con fuerza del brazo y la arrastraba hacia un oscuro callejón. Las bolsas se escurrieron de sus dedos y acabaron en el suelo, quedando atrás.

Harper intentó gritar, pero una mano se cerró sobre su boca, sofocando cualquier sonido. Sus ojos se llenaron de miedo cuando una voz ronca y desconocida la amenazó en un susurro:

—Si emites un solo ruido, te aseguro que lamentarás el día en que decidiste investigar la muerte de Abigail Chapman. ¿Me entiendes? —preguntó.

Harper asintió con un gesto de cabeza, aunque el movimiento le costó, ya que el desconocido apenas le permitía moverse. Suponía que lo hacía para evitar que pudiera girarse y así mantener su identidad oculta.

—Espero que tomes en serio mis palabras: quiero que dejes Serene Falls y no vuelvas. No me agrada que te entrometas en asuntos que no te conciernen. ¿Entendido? —insistió la voz.

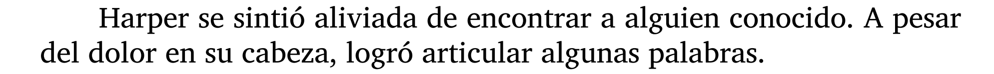
Harper volvió a asentir con un gesto, pero antes de que pudiera hacer cualquier movimiento adicional, sintió un impacto en la cabeza y todo se volvió oscuro.

Cuando recobró el conocimiento, yacía en el suelo del callejón. La cabeza le dolía intensamente, y le costaba enfocar la vista. A pesar del mareo que sentía, se obligó a moverse y, apoyándose en la pared, logró salir a la calle principal.

Era de noche y apenas había un alma en las calles a esas horas. Aun así, sintió alivio cuando avistó una sombra acercándose por la acera.

—¡Ayuda, por favor! —consiguió gritar con las últimas fuerzas que le quedaban.

—¡Dios mío! —escuchó exclamar a una voz antes de que ante sus ojos apareciera Mackenzie—. ¿Harper? —cuestionó confusa.



Harper se sintió aliviada de encontrar a alguien conocido. A pesar del dolor en su cabeza, logró articular algunas palabras.

—Sí, soy yo.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó Mackenzie mientras ayudaba a Harper a sentarse en la acera y examinaba la herida de su cabeza, de donde manaba sangre.

—Alguien me atacó en el callejón —confesó Harper llevando su mano al lugar magullado.

Mackenzie evitó que se tocara la cabeza, evaluó rápidamente la herida y se dio cuenta de que necesitaba atención médica.

—Vale, espérame aquí, tengo que ir al coche a por el botiquín. Mientras llega ayuda, veré si puedo curar esa herida. Luego llamaremos a la policía y a una ambulancia.

—¡No me dejes sola! —le rogó Harper con aprensión mientras miraba a un lado y a otro de la calle.

—No tardaré nada, me verás en todo momento, aquel es mi coche —dijo Mackenzie señalando el todoterreno blanco situado al otro lado de la calle.

—Prefiero ir contigo —solicitó Harper tozudamente.

—Está bien, como quieras —replicó Mackenzie resignada.

Con la ayuda de Mackenzie, Harper logró avanzar a través del asfalto y llegar al vehículo de la joven. Con su ayuda, volvió a sentarse en la acera. Luego Mackenzie regresó del coche con un pequeño botiquín y comenzó a curar su herida con pericia.

—¿Te duele? —preguntó Mackenzie preocupada.

—Un poco, pero soy una chica fuerte —replicó Harper con cierto humor a pesar de las circunstancias en las que se encontraba.

—Eso parece —respondió Mackenzie—. Sujeta esto —dijo mientras guiaba la mano de Harper al lugar—, yo voy a llamar a la comisaría —añadió antes de sacar su teléfono de su bolso, que aún tenía colgado sobre su hombro y marcar el número. Como esperaba, la línea no tardó en abrirse y contó a grandes rasgos lo que había pasado.

Minutos después, se escuchó el sonido lejano de una sirena, y un coche de policía se detuvo a su lado. Luego se abrió la puerta, y Liam salió corriendo hacia ella como si no hubiera un mañana. Finalmente, se arrodilló junto a Harper y acarició su mejilla con dedos temblorosos antes de hablar.

—Harper, ¿estás bien? —preguntó con urgencia, observando la gasa llena de sangre que la joven sujetaba.

—Estoy… estoy bien, Liam. Fue un susto, pero Mackenzie me ayudó —respondió Harper, aunque su voz aún temblaba un poco.

Liam le dedicó a Mackenzie una mirada de gratitud antes de centrar toda su atención en Harper.

—La ambulancia está en camino. ¿Puedes decirme qué sucedió? ¿Quién te atacó?

Harper intentó recordar los detalles y, con voz temblorosa, compartió lo que sabía sobre el ataque en el callejón.

—No sé quién era, pero me dijo que lamentaría haber investigado. —Esto lo último lo susurró para que Mackenzie no la escuchara.

—Bueno, no te preocupes, ya tendremos tiempo después para hablar de eso. Ahora solo necesito saber que estás bien —añadió mientras observaba la sangre que corría por el lado derecho de su rostro.

Mackenzie observaba la escena con ternura. Estaba claro que entre Harper y Liam aún había algo a pesar de que habían pasado doce años desde su tórrido romance en el instituto.

La llegada inminente de la ambulancia interrumpió la conversación entre Harper y el *sheriff*. Los paramédicos examinaron la herida y decidieron llevarla al hospital para hacerle unas placas y asegurarse de que todo estaba bien.

CAPÍTULO 26

San Antonio, Texas

Estaba amaneciendo cuando Harper salió del hospital. Aunque llevaba algunos puntos en la cabeza, la gravedad de la situación se disipaba con la buena noticia de que no había sufrido lesiones importantes. Liam la acompañó hasta su coche, con la mirada preocupada pero aliviado porque Harper estaba bien.

Se apresuró a abrir la puerta para ella, quien, con cuidado, se acomodó en el asiento del pasajero. El silencio se perpetuaba en el interior del vehículo, solo roto por el suave murmullo del motor y el susurro del viento en el exterior.

Finalmente, Liam rompió el silencio, mirando de reojo a la joven con una expresión preocupada en el rostro.

—-¿Cómo te sientes? —preguntó, manteniendo la vista en la carretera.

Harper suspiró, sintiendo presión en su cabeza, pero intentó sonreír.

—Mejor, considerando las circunstancias. Gracias por estar aquí, Liam.

—Siempre estaré aquí para ti, Harper. Te amo, y cuando me llegó el aviso creía que el corazón se me salía del pecho, por eso quiero que consideres algo.

—¿De qué se trata? —preguntó Harper arqueando una ceja.

Liam titubeó un momento antes de hablar, seguro de que lo que estaba a punto de proponerle no le iba a gustar, pero no se tenía por un cobarde.

—Quiero que te vengas a vivir a mi casa mientras descubrimos quién está detrás de todo esto. El apartamento no es seguro.

—No quiero ser una carga para ti y tu familia —titubeó con nerviosismo—. Además, no quiero poner en peligro a nadie más.

—Por eso mismo. Ahora es Tricia quien podría estar en peligro. Creo que el criminal se sentirá más cohibido a la hora de atacarte si estás en la casa del *sheriff*, ¿no crees?

—Puede que tengas razón —reflexionó Harper—, pero aun así no quiero molestar.

Él apretó el volante con fuerza antes de responder.

—No estás siendo una carga, Harper. Y mi casa está bien protegida. No dejaré que te pase nada, pero necesito tenerte cerca para cuidar de ti. —Esto último sonó como un dulce ruego.

Harper mordió su labio inferior, indecisa. Las últimas palabras de Liam habían logrado que su corazón se acelerara. Y aun así la idea de depender de alguien más le resultaba difícil de aceptar.

—Lo aprecio, de verdad, pero necesito tiempo para pensar.

—Tienes hasta que lleguemos a Serene Falls —afirmó Liam tajante. Sabía que se arriesgaba a que Harper le mandara a la mierda por presionarla, pero merecía la pena arriesgarse.

Harper solo se dignó a hablar cuando un cartel les anunció que estaban a pocas millas de su destino.

—Está bien, me quedaré en tu casa, pero siempre y cuando a tu madre y a tu hermano no les importe.

—No habrá ningún problema —aseguró Liam, que se sentía eufórico al haber logrado que aceptara su proposición.

La luz de la mañana envolvía el paisaje cuando Liam y Harper llegaron a Serene Falls. La ciudad parecía tranquila, pero el corazón del *sheriff* latía con fuerza contra su pecho. Había invitado a Harper a vivir a su casa llevado por un impulso y le había asegurado que no habría ningún problema con su familia, pero no había sido sincero con ella del todo. Solo esperaba que su hermano Darrel no dijera alguna tontería que pudiera molestar a Harper.

Con esos pensamientos en la cabeza estacionó el coche frente a la casa y ambos se quedaron unos momentos en silencio, como si la incertidumbre ante la nueva situación les paralizara.

Finalmente, Liam se volvió hacia Harper con una expresión de gratitud y nerviosismo en sus ojos azules.

—Gracias por confiar en mí. Te prometo que estarás segura aquí.

Ella le sonrió débilmente, sintiéndose agradecida por tener a

alguien como Liam a su lado. Juntos, salieron del coche y se dirigieron hacia la acogedora casa.

Al entrar, fueron recibidos por la cálida bienvenida de Amanda, la madre de Liam, quien, al enterarse de la situación de Harper, la abrazó con ternura.

—Eres bienvenida en nuestra casa, cariño. Estaremos encantados de tenerte aquí.

El hermano mayor de Liam, que permanecía sentado en una de las sillas de la cocina, tardó unos minutos en reaccionar, sin saber muy bien cómo tomarse aquella situación. Pero finalmente se levantó y se aproximó al grupo.

—Harper, cuánto tiempo —dijo mientras le tendía su mano.

—Mucho, Darrel, me alegra verte —dijo Harper algo cohibida—. Enhorabuena, sé que recientemente has sido elegido como alcalde de Serene Falls.

—Gracias —replico el aludido—, y yo tengo entendido que eres una de las mejores abogadas de Austin.

—Bueno, ya habrá tiempo de hablar de trabajo —intervino Amanda—. Anda, cielo, acompáñame a tu habitación. Si quieres te puedo dejar un camisón hasta que traigas tus cosas. ¿Te parece?

—Gracias, señora Mayers, es usted muy amable —dijo Harper agradecida.

—Por favor, con Amanda basta —replicó la mujer mientras colocaba un brazo sobre los hombros de la joven y la conducía hacia las escaleras.

Harper asintió con una sonrisa, agradecida por la amabilidad de Amanda. Mientras se dirigían hacia las escaleras, Darrel miró a Liam con una ceja levantada y una sonrisa juguetona.

—¿Y bien, Liam? ¿Planeas contarme de qué va todo esto?

Liam soltó un suspiro, sabiendo que no podría evadir la conversación con su hermano mayor por mucho tiempo. Se encogió de hombros con gesto casual.

—¿No te lo he contado antes? —cuestionó Liam intentando evadir

la cuestión.

—No, solo que Harper estaba herida y que la ibas a traer a casa —dijo Darrel mientras se cruzaba de brazos.

—Está bien —aceptó Liam finalmente—. Esta noche han atacado a Harper en un callejón.

—Interesante —dijo Darrel arqueando una ceja, claramente intrigado—, aunque supongo que ese ataque tiene que ver con vuestra investigación. ¿Me equivoco? —preguntó directo.

Liam se pasó la mano por el cabello antes de responder.

—Seguramente —dijo finalmente—. Y por eso quiero mantener a Harper segura mientras descubrimos quién está detrás de todo esto. Espero que no te importe que la haya traído a casa —añadió, enfrentándose a la mirada de su hermano.

—¡Por supuesto que no! —se apresuró a negar Darrel con vehemencia—. ¿Por quién me tomas? Yo tampoco quiero que le suceda nada a la mujer por la que mi hermano está coladito, y espero que encuentres a ese desgraciado pronto.

Liam asintió agradecido. La lealtad de Darrel era innegable, y eso le daba un poco más de tranquilidad.

—Gracias, Darrel. Significa mucho para mí.

Mientras tanto, Amanda y Harper continuaron subiendo las escaleras, compartiendo una animada charla que ayudó a aliviar la tensión del momento. Cuando llegaron a la habitación de invitados, Amanda le ofreció algunas prendas cómodas y aseguró a Harper que cualquier cosa que necesitara, ella estaría allí.

***

Rancho Moonlight

Jared se encontraba en el porche, sumido en sus pensamientos. Como en los últimos días, había comido solo y se había retirado al exterior para fumarse un cigarrillo, a pesar de haber dejado el vicio dos años antes. La suave brisa agitaba ligeramente su oscuro cabello mientras su mirada se perdía en el paisaje que se extendía frente a él. La sensación de derrota pesaba sobre sus hombros desde hacía unos días, cuando había discutido con Harper y Colt. Ahora sabía que había cometido un grave error al intentar ocultar la verdad a sus hermanos, pero lo había hecho con la única intención de protegerlos, aunque ellos no lo vieran así.

En ese momento, Colt caminó hacia la puerta con expresión severa, y como en los últimos días, ni siquiera le dedicó una sola palabra antes de entrar en la vivienda y cerrar la puerta a su espalda. El silencio entre ellos le hería más que cualquier palabra acusatoria. Suspiró pesadamente, sintiendo la carga de su error.

Estaba solo con sus pensamientos cuando, de repente, la pequeña figura de Hailey apareció a lo lejos. La niña llevaba consigo su equipo de equitación y lucía una sonrisa llena de energía positiva. Jared apagó su cigarrillo, lo tiró al suelo antes de pisotearlo, y caminó con paso rápido hasta la niña.

—Pequeña, ¿qué haces aquí? —preguntó algo incómodo. Prefería que ni su hermano ni los trabajadores vieran a la niña; por ese motivo, había insistido en hacer los entrenamientos en los previos al criadero de caballos.

—Como no venías —contestó la niña a su pregunta—, me preocupé y decidí venir a buscarte.

—Comprendo. ¿Dónde has dejado tu yegua? —interrogó mientras ponía su mano sobre el hombro de la jovencita y la guiaba al establo.

—Ahí —dijo la pequeña señalando al animal, que había atado junto a un cercado próximo al establo.

—Está bien, pues cogemos a Thunder y a tu yegua, y nos vamos, ¿te parece? —preguntó Jared mientras no dejaba de vigilar a su alrededor.

Minutos después, ambos cabalgaban, con Thunder atado a las riendas de Jared, en dirección al lugar donde tenían montado el circuito improvisado. Durante una hora estuvieron entrenando, pero cuando Jared instó a Hailey a descansar y le tendió una botella de agua que había cogido de la nevera que tenían en el establo, la niña estudió el rostro del hombre con atención.

—¿Estás bien? —preguntó directa.

Jared forzó una sonrisa, intentando ocultar la tormenta interna que lo consumía.

—Por supuesto —afirmó con fingido entusiasmo.

—Se te da fatal mentir, pareces preocupado —afirmó la niña con rotundidad.

Jared asintió, sin querer preocupar a Hailey con sus propios problemas.

—Solo ha sido un día difícil.

—¿Puedo contarte un secreto? —replicó Hailey, con la preocupación plasmada en su rostro, cosa que enterneció a Jared.

—Claro, Hailey, dime.

—A veces, cuando tengo un mal día, pienso en mi caballo y en las cosas divertidas que hacemos juntos. Me ayuda a sentirme mejor.

Jared sonrió, agradecido por las palabras de la pequeña.

—Eso suena como un buen consejo. Tal vez debería intentarlo.

A medida que la tarde avanzaba, Hailey continuó compartiendo su entusiasmo y energía positiva. El vínculo entre ellos crecía, y Jared se daba cuenta de que, incluso en los momentos más oscuros, la luz de la esperanza podía encontrar su camino.

Al final de la lección, Hailey se despidió con una sonrisa radiante.

—Gracias, Jared. Hoy fue genial. Recuerda, siempre puedes contar con Thunder y conmigo para alegrarte el día.

Jared agradeció a Hailey con una mezcla de gratitud y reflexión. Mientras veía a la niña alejarse, se dio cuenta de que, aunque su relación con Colt y Harper era un desastre en los últimos tiempos, la

conexión que había surgido entre él y Hailey era como un faro de esperanza en medio de la oscuridad.

Poco después, Hailey irrumpió por la puerta principal como una ráfaga de energía y entusiasmo que llenó el espacio tranquilo de la casa. La niña se sentía más segura de sí misma después de cada sesión de entrenamiento, habiendo logrado reducir sus tiempos con Thunder. Su paso ligero la llevaba hacia su dormitorio, donde planeaba cambiarse de ropa, pero una voz detuvo su avance y la hizo girarse hacia la sala de estar, donde se encontraba Brianna.

—¿Dónde estabas, Hailey? —inquirió Brianna, levantándose del sofá donde había estado absorta en la lectura de un libro.

Hailey respondió con una sonrisa traviesa, improvisando una explicación mientras intentaba ocultar la verdadera naturaleza de su escapada.

—Oh, solo fui a dar un paseo con Canela, Bree.

Brianna arqueó las cejas, evaluando la respuesta de su hermana menor con la aguda perspicacia que solo los lazos familiares permiten.

—¿Seguro que no has estado haciendo algo más?

—¡Claro que no! —replicó Hailey, con expresión inocente—. Solo disfruté del paisaje y cabalgué un poco. Eso es todo.

Brianna continuó observándola con cierta desconfianza, pero al final suspiró, aparentemente aceptando la explicación.

—Está bien, pero ten cuidado. No quiero que te alejes demasiado sola —confesó Brianna, revelando una preocupación por la pequeña.

—Lo tendré en cuenta, Bree. Te lo prometo. Ahora voy a cambiarme antes de la cena —se excusó Hailey, retomando su rumbo.

Mientras Hailey se encaminaba a su habitación, Brianna la contempló con una expresión pensativa. Algo no encajaba del todo, pero decidió posponer sus preguntas por el momento. La semilla de la curiosidad, sin embargo, había sido plantada en su mente, y Brianna sabía que no podría ignorarla por mucho tiempo.

CAPÍTULO 27

Serene Falls,

al día siguiente

Jared estaba en el supermercado, concentrado en seleccionar los ingredientes para la cena, cuando captó fragmentos de una conversación entre dos mujeres en el pasillo contiguo. No le hubiera prestado la más mínima atención a lo que sucedía si no fuera porque escuchó pronunciar el nombre de su hermana. Intrigado y preocupado, decidió acercarse para averiguar lo que decían.

—¿Te has enterado de que Harper Duncan se ha mudado a vivir a la casa de los Mayers? —murmuró una de las mujeres con evidente excitación ante el chisme.

—Sí, se comenta que fue atacada por un desconocido en un callejón de la zona comercial. Cuando me enteré se me pusieron los pelos de punta. Serene Falls es un sitio tranquilo… a excepción de lo sucedido hace doce años, que, curiosamente, también tiene que ver con los Duncan.

La noticia golpeó a Jared como un puñetazo. ¿Habían atacado a Harper? Su corazón latía con fuerza mientras intentaba recopilar más información escuchando la conversación de aquellas chismosas.

—Mi prima trabaja en el hospital, y me dijo que afortunadamente no fue tan grave, pero igual, pobre muchacha. A mí me da pena —confesó la mujer.

—Pues a mí no…—continuó la otra, pero Jared no escuchó nada más.

Su mundo se desmoronó en ese instante. Sin pensarlo dos veces, abandonó su carrito de la compra y se dirigió a la salida del supermercado. Las palabras de las mujeres resonaban en su mente mientras el miedo y la urgencia lo impulsaban a llegar a casa de los Mayers lo antes posible.

Cuando estuvo frente a la vivienda, golpeó la puerta con intensidad. Liam abrió y se sorprendió al descubrir a Jared, visiblemente tenso.

—Mayers, ¿qué demonios está pasando? ¿Por qué mi hermana se

ha mudado a tu casa? —preguntó Jared, apenas conteniendo su enfado.

Liam se deslizó los dedos por el cabello en un intento por peinarlo, mostrando una evidente incomodidad. Si las circunstancias hubieran sido distintas, habría cerrado la puerta en las narices de Jared. No tenía ningún derecho a llamar a su puerta en busca de explicaciones, pero reflexionó al respecto. Al fin y al cabo, Jared era el hermano de Harper y tenía derecho a preocuparse.

—Jared, será mejor que entres —dijo mientras observaba a su alrededor para asegurarse de que ningún vecino los veía. Por nada del mundo quería dar un espectáculo, y menos después de lo sucedido. Como había imaginado, ya se habían convertido en la comidilla del pueblo.

Jared dudó, pero finalmente aceptó la petición y entró con movimientos bruscos. Luego siguió a Liam a través de un pasillo hasta llegar al salón, donde descubrió a Harper, sentada en el sofá con gesto sombrío. Su mirada se encontró con la suya, y por un momento, la confusión y la desconfianza se reflejaron en sus ojos. También descubrió su frente, donde había una tirita cubriendo el lado derecho.

—Harper, ¿se puede saber qué demonios ha pasado? —preguntó preocupado mientras se aproximaba a ella y se sentaba a su lado.

—Supongo que ya lo sabrás si estás aquí —respondió la aludida hoscamente. Aún estaba enfadada con su hermano por haberle ocultado las cartas y la verdad sobre la relación de su padre con Abigail Chapman.

Jared apretó sus dedos hasta formar dos puños, con la intención de controlar su ira, pero no podía negar que la actitud de su hermana le dolía.

—He escuchado que has sido atacada. ¿Por qué diablos no nos lo has contado? Colt y yo somos tu familia —dijo, lanzando una mirada airada a Liam—. Deberías venir al rancho conmigo…

—No quiero. Estoy bien aquí —afirmó Harper con la mandíbula tensa.

Antes de que la tensión en la habitación aumentara, Liam tomó la palabra.

—Duncan, creo que lo mejor es que Harper se quede aquí. Desde

que llegó a Serene Falls, ha estado recibiendo anónimos, pero con la agresión, la situación se ha vuelto peligrosa.

Jared se sintió abrumado por la información recién revelada. Sin embargo, la semilla de su ira seguía presente.

—¿Con qué derecho te crees para decidir lo que es mejor para mi hermana? Hace años que dejaste de formar parte de su vida —añadió Jared de manera hiriente.

—Tú me dijiste que ella no quería saber nada de mí, pero empiezo a tener dudas al respecto —le recriminó Liam con la voz cargada de ira.

—¿Qué? —boqueó Harper incrédula, alternando la mirada entre el rostro de su hermano y el de Liam—. Eso no es verdad. Fuiste tú quien me dejó con una carta —afirmó con el dolor aún latente en su voz.

—Eso no es cierto —se apresuró a negar Liam—. Muéstramela, a ver si es mi letra —añadió para defenderse de la vil acusación.

—Estaba escrita con un procesador de texto… —tras decir estas últimas palabras, Harper giró la cabeza con virulencia y clavó su mirada en el rostro de su hermano—. ¿Jared?

El aludido tragó el nudo que se había formado en su garganta antes de atreverse a hablar. Cuando había decidido ir hasta la casa de los Mayers, no había pensado que aquella oscura verdad saliera a la luz, pero allí estaba, y no se consideraba un cobarde. Era verdad que él había escrito esa carta y se la había entregado a Harper para que pensara que Liam no la quería. Lo mismo había hecho con Liam, pero todo había sido para que se separaran; era lo mejor después de lo sucedido.

—Lo siento, Harper. Sé que fue una decisión egoísta, pero en ese momento creí que era lo mejor para todos. El padre de Liam era el hombre que buscaba pruebas contra nuestro padre… No quería que sufrieras más de lo necesario —confesó Jared, evitando el contacto visual con su hermana.

Harper se vio abrumada por la revelación. La confusión y el dolor se reflejaron en sus ojos mientras intentaba procesar la información que acababa de recibir.

En cambio, Liam experimentó cómo la ira se apoderaba de su

cuerpo. Durante doce largos años, había creído que Harper lo había abandonado, que nunca lo había amado. Todo eso debido a que confió en las palabras que Jared pronunció aquella tarde fatídica en la que reunió el valor necesario para visitar a Harper después de la detención del señor Duncan. Había ido con la esperanza de consolar a la joven, pero se topó con su hermano mayor, quien le dijo que Harper no quería volver a verlo, que lo odiaba y que no la buscara nunca más.

—¿Por qué no dijiste nada antes? ¿Por qué dejaste que pensara que Harper me había rechazado? —inquirió sin poder contenerse. En su voz resonaba una mezcla de rabia y desilusión.

Jared bajó la mirada, sintiendo el peso de la culpa.

—No sabía cómo enfrentar la situación. Pensé que era lo mejor para todos. Me equivoqué y lamento el dolor que os causé a ambos.

Liam, conteniendo su ira, se apartó unos pasos, necesitando espacio para procesar la verdad recién revelada. La decepción marcaba su rostro, y sus ojos reflejaban una mezcla de dolor y rabia contenida.

Harper, algo más recuperada, abandonó el sofá y se acercó a su hermano para situarse frente a él antes de hablar. Elevó su rostro y se encontró con sus ojos.

—No esperes que olvide esto, Jared. No sé cómo has sido capaz de jugar con mi vida y mis sentimientos. Me siento tan herida —afirmó con voz débil—, y no estoy segura de sí podré perdonarte por esto —confesó con sinceridad.

Jared asintió con resignación, aceptando la responsabilidad de sus acciones.

—Entiendo. No espero tu perdón de inmediato. Pero comprende mi preocupación por ti; eres mi hermana pequeña —añadió Jared con emoción.

Sin decir nada más, Jared bajó la cabeza y se dirigió hacia la puerta del salón en dirección a la salida, dejando tras de sí un aire denso. Segundos después, la puerta se cerró con un crujido sordo.

Las miradas de Harper y Liam se encontraron, ambos llevando consigo el peso de la verdad que acababan de descubrir. El dolor y la decepción se reflejaban en sus ojos, creando una conexión silenciosa entre ellos.

—No puedo creer que hayamos vivido con esta mentira durante doce años —rompió Harper el silencio—. Todo este tiempo pensé que me habías abandonado.

Liam, aun procesando la verdad, asintió con pesar.

—Y yo pensé que nunca me quisiste, que te habías ido porque no me amabas. Toda una vida basada en mentiras.

Harper se acercó a Liam, buscando consuelo, y él la envolvió con un abrazo reconfortante. Aunque las heridas del pasado eran profundas, encontraron un refugio momentáneo en el calor mutuo.

—Vamos a superar esto juntos, Harper. Descubriremos quién está detrás de todo esto y protegeremos nuestro amor, que ha sobrevivido a pesar de todo y todos —dijo Liam con determinación mientras estrechaba a Harper más fuertemente contra su pecho.

—Te amo Liam —confesó Harper contra su pecho.

—Y yo a ti, Harper, nunca dejé de hacerlo —replicó Liam antes de besar la coronilla de la joven.

La tensión en la sala disminuyó ligeramente, pero la verdad revelada dejó un eco persistente en el ambiente. Aunque Jared se había retirado, su presencia continuaba flotando como un espectro en el aire.

—Ahora, más que nunca, necesitamos estar unidos —dijo Liam, rompiendo el abrazo, pero sosteniendo las manos de Harper—. Te aseguro que ni un terremoto logrará apartarme de ti.

Los labios de Harper formaron una sonrisa tierna mientras elevaba su mano para acariciar la mejilla de Liam con amor.

—Superaremos cualquier tormenta, estoy segura de ello porque nuestros corazones están unidos por un hilo invisible que nadie ha logrado quebrar —expresó con determinación—. Te amo —añadió.

—Y yo a ti —replicó Liam con la misma emoción.

Aunque la verdad que acababan de descubrir había causado estragos en su realidad, también les brindaba la oportunidad de construir un futuro sobre cimientos más sólidos.

CAPÍTULO 28

Serene Falls,

esa misma noche

La luna llena iluminaba tenuemente las calles de Serene Falls mientras Jared caminaba hacia el bar Bluebonnet. Su expresión reflejaba derrota y pesar. Las sombras del pasado se cernían sobre él, y cada paso que daba parecía cargar con el peso de sus decisiones y las culpas.

Al llegar al bar, empujó la puerta entreabierta y se adentró en la atmósfera tenue y llena de murmullos. Buscó con la mirada al viejo Oliver Whitman, que había sido amigo de su padre, y que se había convertido en un hombre de su confianza, con el que había compartido risas y penas a lo largo de los años.

Se acercó a la barra, donde Whitman estaba secando los vasos con un trapo, y se sentó en uno de los viejos taburetes de madera que rodeaba el mostrador.

—Hey, Jared, ¿qué te trae por aquí un día entre semana? —preguntó Oliver cuando se percató de su presencia, pero la sonrisa que adornaba sus labios desapareció cuando descubrió su expresión grave—. ¿Qué sucede? —añadió mientras dejaba el vaso y el trapo a un lado y se aproximaba al muchacho.

Jared suspiró profundamente, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Las cosas se han complicado más de lo que pensaba desde la última vez que hablamos —confesó derrotado mientras apoyaba los codos sobre la madera desgastada y se agarraba el rostro con ambas manos—. Harper, Liam… todo está patas arriba.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Oliver, confuso.

—Que Liam y Harper han descubierto lo que les hice hace unos años. Cuando Harper regresó, pensé que podría controlar la situación, pero parece que me equivocaba —afirmó Jared, con expresión derrotada.

—Te lo dije, ¿recuerdas? —dijo Oliver molesto—. Te advertí que lo que estabas a punto de hacer estaba mal, pero no me hiciste ni puto

caso.

Jared bajó la mirada, clavándola sobre la barra desgastada, sintiendo el peso de la verdad en las palabras de su amigo.

—Lo sé. Pero en ese momento pensé que era lo correcto, lo mejor para todos. Y ahora todo se ha ido al infierno.

Oliver le lanzó una mirada llena de comprensión y pena, acompañada de un evidente «te lo dije».

—Chico, las decisiones tienen consecuencias, siempre es así. Lo importante es saber enfrentarlas y tratar de enmendar lo que se pueda.

—No sé si Harper me perdonará alguna vez. Son demasiadas meteduras de pata en muy poco tiempo. Además, siempre he sido demasiado duro con ella y comprendo que ahora ella lo sea conmigo.

—Creo que a eso lo llaman karma o alguna chorrada así —dijo Oliver mientras se rascaba la cabeza con el ceño fruncido.

—Para colmo de males, Colt tampoco me habla por el tema de las cartas de mi padre que les oculté —añadió Jared.

—¿También eso? —preguntó Oliver mientras cogía un vaso pequeño y la botella de *whisky*—. Creo que necesitas uno de estos —dijo sirviendo generosamente.

Jared no era muy dado a la bebida, pero en ese momento no dudó en coger el vaso entre sus dedos y beber su contenido de un solo trago. El *whisky* quemó su garganta, proporcionándole un breve alivio. Jared apoyó el vaso vacío en la barra y exhaló profundamente.

—¿Qué hago, Oliver? —preguntó, buscando alguna respuesta en su mirada.

Oliver reflexionó durante un momento antes de hablar.

—Primero, deja de lamentarte. No puedes cambiar el pasado, pero sí puedes hacer algo con el presente. Ve a hablar con Colt, explícale tus motivos y acepta las consecuencias. Y respecto a Harper, quizás deberías darle tiempo. No puedes esperar que perdone y olvide de la noche a la mañana.

—Tienes razón. Debo enfrentar lo que he hecho. Gracias, amigo.

—¿Otro? —preguntó Oliver con la botella aún en su mano.

—Sí, por una vez no creo que pase nada —dijo Jared con una sonrisa triste.

Mientras tanto, la penumbra del bar Bluebonnet estaba impregnada de risas, murmullos y el suave tintineo de vasos. Jared permaneció sentado frente a la barra durante un tiempo, perdido en sus sombríos pensamientos, pero de repente, la atmósfera acogedora se vio interrumpida por un tumulto que comenzó a elevarse desde un rincón al fondo del local.

Jared, sintiendo la curiosidad mezclada con la necesidad de distracción, se dirigió hacia el origen del alboroto. Entre la multitud, vio a Leonard Slater, el dueño de la tienda de suministros agrícolas. Leonard estaba visiblemente afectado por la bebida y estaba a punto de meterse en una pelea con otro cliente del bar.

La tensión era palpable en el ambiente mientras la gente se apartaba para evitar ser arrastrada por la inminente confrontación. Algunos murmullos y risas nerviosas se propagaron entre los presentes.

Jared, y a pesar de que Leonard no era un tipo que le cayera excesivamente bien, decidió intervenir antes de que la situación se saliera de control. Se abrió paso entre la multitud, llegando justo a tiempo para poner una mano en el hombro de Leonard.

—¿Todo bien, Leonard? ¿Por qué no salimos un rato fuera? —preguntó Jared, tratando de mantener la calma en su tono.

Leonard se giró hacia Jared con una mirada desafiante y molesta.

—Tú, Duncan. ¿Vas a impedir que me divierta un poco? —gruñó Leonard, con la voz gangosa por el efecto del alcohol.

Jared mantuvo su postura tranquila, sabiendo que debía manejar la situación con cuidado. Leonard era un tipo nervioso, y con unas copas de más la cosa empeoraba. Su única intención era ayudarle, no meterse en una reyerta con él.

—No estoy aquí para arruinar tu diversión, pero no creo que una pelea sea la solución. Vamos, déjame invitarte a otra copa y hablemos de lo que sea que te esté molestando.

Leonard titubeó por un momento, pero finalmente asintió.

—Está bien, Duncan. Pero que quede claro, no necesito tu ayuda.

Jared asintió y guio a Leonard hacia la barra. El murmullo del bar volvió gradualmente a la normalidad, cosa que el dueño también agradeció porque no era la primera vez que dos idiotas le dejaban el local hecho trizas por una pelea estúpida.

***

Serene Falls

unos días después

El aire viciado de la pequeña habitación parecía emular la neblina de confusión que envolvía a Liam y Harper mientras revisaban archivos y pruebas. Después de horas de investigación, la desesperación pesaba en el ambiente como una cortina densa. El amigo de Liam les había dado unas huellas, pero no aparecían en ninguna base de datos, y a pesar de contar con una muestra de ADN que podría ser del asesino, las modernas tecnologías solo habían añadido más incertidumbre a la investigación.

—No sé por dónde tirar, Harper. Todos los caminos parecen conducir a callejones sin salida —susurró Liam, pasando una mano por su cabello desordenado.

Harper, agotada y con la mirada fija en la pantalla de su portátil, asintió con pesar mientras apoyaba su espalda contra el sofá que tenían detrás. Ambos estaban sentados en la alfombra, trabajando sobre la mesa baja de café.

—Es como si el asesino se hubiera esfumado en el aire. No tenemos testigos, ninguna pista clara. Estamos atascados.

En ese momento, la puerta del salón se abrió para dar paso a Amanda, que llevaba en sus manos una bandeja con unos cafés humeantes.

—He pensado que os vendría bien esto —dijo mientras dejaba la bandeja en una esquina y observaba las expresiones derrotadas de los dos—. ¿Cómo va la cosa? —preguntó con evidente curiosidad.

—Mal, Amanda —confesó Harper exasperada—. A pesar de que llevamos semanas investigando, no encontramos nada. Empiezo a pensar que mi instinto falló cuando me llegó el primer anónimo. Quizás nunca debí regresar —añadió mientras se frotaba la frente con pesar.

Amanda se mordió el labio inferior, dudando sobre cómo proceder. Había intentado ayudar desde las sombras, pero parecía que había llegado el momento de destapar toda la verdad y ser valiente.

—Yo era la que te mandaba esos anónimos —confesó atropelladamente, y como esperaba, dos pares de ojos estupefactos se clavaron en su persona.

El silencio se apoderó de la habitación, interrumpido únicamente por el sonido sutil del vapor que se elevaba de las tazas de café. Amanda se enfrentó al asombro y la confusión en los ojos de Liam y Harper, sintiendo el peso de sus acciones finalmente expuesto.

—¿Tú? —inquirió Liam cuando pudo salir del estado de estupefacción que habían provocado las palabras de su madre.

Amanda asintió con un gesto de cabeza y soltó un suspiro pesado antes de sentarse sobre una otomana cercana.

—Sí, lo hice.

—¿Por qué? —preguntó Liam frustrado.

—Porque quería que la verdad se revelase. Hace unos años, cuando todo sucedió, estaba tu padre —confesó con pesar—, y él me convenció de que todo lo que yo sabía no tenía relevancia, que todas las pruebas apuntaban a Conrad Duncan, y yo… me dejé llevar —confesó mientras se frotaba las manos con nerviosismo. Luego elevó su rostro y su mirada se encontró con la de Harper—. Lo siento tanto, mi niña.

—¿Y por qué ha decidido hablar ahora? —cuestionó Harper, aún en estado de *shock* y con la ira burbujeando en su interior.

—Cuando Brad murió hace un año, todo el pasado y la culpa parecieron volver a golpearme, y por eso decidí mandarte ese anónimo. No veía a Jared y a Colt preparados ni dispuestos a reabrir viejas heridas.

Harper se levantó y caminó hacia la ventana para procesar la sorprendente confesión de Amanda, que la había pillado completamente desprevenida. Las palabras resonaron en su mente mientras intentaba encajar las piezas del rompecabezas.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué mandar anónimos en lugar de hablar directamente conmigo? Sabes que yo te habría ayudado —

preguntó Liam con voz firme, aunque su expresión reflejaba confusión y desencanto.

Amanda se hundió en la otomana, mirando a su hijo con ojos llenos de pesar.

—Tenía miedo. Miedo de que pensaras que mis acciones mancharían el buen nombre de tu padre como *sheriff* —confesó Amanda con angustia—. Brad era un buen hombre, un buen policía, pero Morgan era uno de sus mejores amigos.

—Pero ¿tú sabes quién fue el asesino? —preguntó Liam con cautela.

—No, pero sí quién puede tener motivos… Solo hay que ver cómo trata a esa pobre niña —dijo con pesar.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó Harper, cada vez más confusa.

—De tu hermana —dijo Amanda, sintiéndose liberada después de doce largos años de silencio.

—¿Hermana? Yo no tengo ninguna hermana —replicó Harper mientras se acercaba al sofá para sentarse, sintiendo sus piernas temblorosas.

—Sí la tienes. Hailey —aclaró Amanda.

—No puede ser —expresó Harper antes de cubrirse la boca con una mano.

—Abigail planeaba separarse de Morgan desde hacía varios meses, pero había pensado que sería mejor esperar a que naciera la niña, pensaba también en Brianna —dijo Amanda, perdida en los recuerdos del pasado—. Pero Chapman descubrió algo antes de que ella pudiera llevar a cabo su plan junto a Conrad. Unos días antes de su muerte, Abigail me confesó que había discutido con Morgan y tenía miedo. Miedo de lo que él pudiera hacerle a él o a las niñas… —la voz de Amanda se silenció, y un sollozo ronco escapó de su garganta.

Harper, a pesar de las circunstancias, no pudo evitar abandonar su asiento y acercarse a la mujer para cogerla entre sus brazos y consolarla. Solo imaginar el peso que había cargado Amanda sobre sus hombros durante todos esos años le hacía comprender cómo se podía sentir la pobre mujer.

Por su parte, Liam, con la mente algo más fría, seguía analizando las palabras de su madre. Y aunque estaba seguro de que tenía razón en sus conclusiones, no era suficiente.

—No podemos afirmar con certeza que Chapman sea el asesino. Solo tenemos sospechas, y necesitamos pruebas concretas para confirmarlo —afirmo Liam.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? ¿Cómo obtenemos esas pruebas? —inquirió Harper, buscando respuestas.

Liam, con la mente algo más despejada, respondió a su pregunta.

—Necesitamos el ADN de Chapman. Si lo comparamos con el que encontramos en la escena del crimen, podremos confirmar si es el asesino de Abigail o no.

Harper asintió, comprendiendo la lógica detrás de la sugerencia de Liam. Sin embargo, un pensamiento oscuro cruzó por su mente.

—¿Y cómo conseguimos el ADN de Chapman sin levantar sospechas? —preguntó Harper, su mente ya trabajando en la complejidad de la tarea.

—Tendremos que hablar con Brianna. Si conseguimos una muestra de su ADN, podremos compararlo con las muestras que encontró mi amigo, y quizás, solo quizás, averiguaremos algo más.

***

Rancho Moonlight

La luz del nuevo día se filtraba a través de las cortinas entreabiertas, delineando la figura de Jared, que acababa de abrir los ojos con esfuerzo. Un terrible dolor de cabeza se había apoderado de él y no pudo evitar el gesto de agarrarla con ambas manos mientras se hacía a la idea de tener que levantarse.

Estaba a punto de incorporarse sobre el colchón, cuando la puerta se abrió de golpe, revelando a Colt, cuyo rostro reflejaba una expresión severa.

—¡Maldita sea! —exclamó su hermano incrédulo—. No me lo puedo creer, llevo toda la mañana buscándote, tenemos que tomar una decisión respecto a las vacas que tenemos en confinamiento, y tú todavía en la cama.

—Colt, por el amor de Dios, habla más bajo —replicó Jared mientras colocaba los pies en el suelo y cerraba los ojos un instante.

—Increíble —replicó Colt impertérrito—. ¿Te has emborrachado? —le preguntó sorprendido. Solo había visto en dos ocasiones a Jared en ese estado.

—Sí —fue la escueta respuesta de Jared.

—¿Y te parece que es el mejor momento para eso? —le reprochó Colt molesto—. Te recuerdo que se acerca las fechas de venta del ganado.

—Colt, lo siento —se disculpó Jared sintiéndose culpable.

—Jared, ¿qué pasa ahora? —preguntó Colt preocupado mientras se sentaba sobre el colchón junto a su hermano.

—Ayer fui a visitar a Harper a casa de los Mayers.

—¿A casa de los Mayers? —preguntó Colt confuso.

—Se mudó allí hace unos días, cuando la atacaron… —comenzó a relatar lo acontecido en los últimos días. Luego le confesó lo que había hecho con Harper y Liam unos años antes, admitiendo sus errores y el daño que había causado.

Al principio, la expresión de Colt fue de incredulidad y enfado, pero a medida que escuchaba, su gesto se suavizó, revelando una mezcla de sorpresa y compasión. Finalmente, dejó escapar un suspiro antes de expresar su opinión.

—Jared, no puedo decir que esté de acuerdo con tus acciones, pero admitir tus errores es el primer paso para enmendarlos —expresó Colt intentando apaciguar la culpa de su hermano—. Tienes que darles tiempo —dijo en alusión a Harper y Liam—, ya verás como todo se arregla —añadió mientras elevaba su mano y aferraba su hombro para apretarlo en señal de apoyo.

—¿Tú ya no estás enfadado?—preguntó Jared con cautela.

Colt le miró fijamente por un momento antes de responder a su pregunta.

—No, Jared. Todos cometemos errores, ¿quién soy yo para juzgarte?

—Gracias —replicó Jared con gratitud, consciente de que la compasión de su hermano era un regalo valioso.

—Bien, pues ahora deja de holgazanear y vístete de una vez. El rancho no se lleva solo —replicó Colt antes de levantarse y caminar con paso ligero hacia la puerta.

CAPÍTULO 29

Al día siguiente

Harper y Liam se encontraban aparcados frente a la clínica veterinaria de Brianna. El edificio parecía tranquilo a esas horas de la mañana, ajeno al torbellino de emociones que bullía en el interior de Harper, quien apenas había pegado ojo en toda la noche.

Permanecían en el interior de la *pick up* de Liam, en completo silencio. Liam esperaba pacientemente a que Harper se animara a abrir la puerta y salir al exterior, comprendiendo su nerviosismo.

—¿Estás lista? —preguntó Liam con cautela.

—No lo sé —confesó Harper con sinceridad—. Son demasiadas cosas que asimilar. No te imaginas lo que es descubrir de la noche a la mañana que tienes una hermana, que seguramente mi padre no asesinó a Abigail porque la amaba…, y ahora, pedirle a Brianna una muestra de su ADN para posiblemente inculpar a su padre de la muerte de su madre... Tengo miedo, ¿sabes? Miedo de la verdad, miedo de cómo cambiará todo cuando esto salte por los aires.

Liam se giró sobre su asiento, tomó el rostro femenino entre sus manos con suavidad, y sus ojos se encontraron.

—Harper, escúchame bien: no estás sola en esto. Estoy aquí contigo ahora y siempre. Sea lo que sea que descubramos, lo enfrentaremos juntos. Y, respecto a Brianna, no tenemos otra opción. Necesitamos esa muestra para obtener la verdad.

Harper asintió, agradecida por el apoyo de Liam.

—Gracias —dijo con voz emocionada—. No sé qué habría hecho sin ti —confesó.

—Te amo, Harper Duncan. ¿Todavía no te has enterado? —añadió Liam con humor antes de besar sus labios e instarla a salir del vehículo. Ya en el exterior, cogió su mano y juntos caminaron hasta el edificio, donde entraron con determinación.

Brianna los recibió en su despacho, ya que no tenía ninguna cita hasta una hora después y quería aprovechar para ocuparse de la burocracia. Cuando Erin les anunció su visita, se sorprendió, pero no dudó en recibirlos.

—Hola, chicos, ¿qué hacéis aquí? —preguntó directa, mientras hacía un gesto con su mano para que se sentaran frente a su escritorio.

Harper y Liam intercambiaron una mirada cómplice antes de que él hablara.

—Brianna, necesitamos hablar contigo sobre algo importante.

Brianna frunció el ceño ante la seriedad en la voz de Liam. Conocía a su amigo como a sí misma y sabía que algo no andaba bien.

—¿Qué pasa, Liam? Me estás asustando —afirmó Brianna, preocupada.

—Estamos avanzando con la investigación, pero necesitamos tu ayuda. Para poder descartar algunas teorías —comenzó Liam con cautela, sin querer asustar ni disgustar a su amiga, a la que quería como a una hermana.

—¿De qué se trata? —preguntó Brianna con cautela. Estaba claro que lo que Liam estaba a punto de pedirle no le iba a gustar.

—Necesitamos una muestra de tu ADN para compararla con ciertas pruebas.

Brianna parpadeó, intentando procesar la información antes de hablar.

—¿Para qué narices necesitáis mi ADN? —preguntó con brusquedad.

Liam intercambió una mirada con Harper, consciente de que estaban a punto de cambiar la vida de Brianna para siempre. Tras unos segundos de duda, inhaló profundamente antes de atreverse a contestar a su pregunta directa.

—Brianna, comprendemos que esto puede sonar extraño y difícil de creer, pero necesitamos tu colaboración para resolver el caso de tu madre. Hay pistas que indican que puede haber más personas involucradas de lo que originalmente pensábamos.

Brianna frunció el ceño, mostrando confusión y preocupación en su rostro.

—¿Y para eso necesitas mi ADN? —preguntó con suspicacia—. Liam, por favor, no te andes por las ramas. Sospecháis de mi padre,

¿verdad? —añadió con un deje de dolor en su voz. A pesar de las faltas de Morgan Chapman como progenitor, seguía siendo su único padre.

—Por favor, no te disgustes —rogó Liam, sintiendo el pesar de causarle dolor a su amiga.

—¿Cómo no lo voy a hacer? —le reprochó Brianna, visiblemente herida.

Harper intervino, consciente de que sus palabras podrían calmar o exacerbar las emociones de la mujer.

—Brianna, entiendo cómo te sientes, pero piensa que, si tu padre no es culpable, esta prueba puede demostrarlo y preservar su reputación. Es una oportunidad que yo nunca tuve —añadió con emoción en su voz.

Brianna, entre confusa y dolida, observó a Harper, y a su pesar no pudo evitar sentir que ambas compartían un mismo dolor, como en el pasado, cuando ella había perdido a su madre para siempre y Harper a su padre en una misma tragedia que las uniría para siempre.

—Lo entiendo —afirmó algo más calmada, y en verdad lo hacía —, pero a pesar de que mi padre no es un santo, estoy segura de que nunca le habría hecho daño a mi madre. La adoraba —afirmó rotunda mientras se perdía en los recuerdos de su infancia.

—Brianna, entendemos que esto puede llegar a ser abrumador —afirmó Liam comprensivo—, pero necesitamos saber la verdad. No estamos acusando a tu padre sin pruebas. Queremos descartar posibilidades y llegar a la verdad, sea cual sea.

—Necesito tiempo para pensar en esto —confesó Brianna, llevándose una mano a la frente para frotarla. Sentía que un terrible dolor de cabeza comenzaba a gestarse—. No puedo daros una respuesta ahora. Por favor, dadme unos días —les rogó.

—Claro, lo que necesites —afirmó Liam respetuosamente—. Cuando estés preparada, llámame —añadió antes de abandonar su asiento y acercarse a la silla que ocupaba Brianna para besar su coronilla—. Por favor, cuídate —añadió antes de tomar a Harper de la mano y obligarla a salir del pequeño despacho.

Poco después, caminaban hacia el coche, aparcado a pocos pasos de la clínica. Harper suspiró profundamente antes de liberar todo lo

que estaba pululando por su cabeza.

—Liam, esto está afectando a todos a mi alrededor. No puedo evitar sentirme culpable. Cada paso que damos en esta investigación causa más dolor y complicaciones. No sé hasta qué punto merece la pena. Mira a Brianna, y eso que aún no le hemos contado lo de Hailey.

—Yo me encargaré de ese asunto —afirmó Liam con voz cargada de preocupación—. Brianna es como una hermana para mí, creo que será lo mejor.

—Puede que tengas razón —afirmó Harper, que era incapaz de lidiar con más problemas de los que ya tenían.

***

Rancho Moonlight

Aquella mañana, Jared se levantó un poco más tarde de lo habitual, pero no le importó. Los últimos días en el rancho habían sido agotadores, y necesitaba desconectar un poco. Disfrutaba de su café recién preparado cuando el sonido de su teléfono lo sobresaltó. Rebuscó en el bolsillo de su camisa de cuadros verdes y blancos y lo extrajo con urgencia.

—Jared Duncan al habla —contestó, sin siquiera mirar el número.

—Hola, Jared, soy yo —escuchó una dulce voz de niña al otro lado.

—¿Hailey? —cuestionó Jared sorprendido—. ¿Qué sucede? —preguntó, poniéndose en alerta.

—Hace dos días que no vienes a los entrenamientos y estaba preocupada —confesó Hailey, procurando hablar en voz baja mientras miraba a su alrededor, para asegurarse de que nadie descubriera que estaba hablando por teléfono con Jared Duncan—. ¿Estás enfermo? —preguntó.

Jared esbozó una sonrisa tierna sin percatarse, reconociendo la preocupación genuina en la voz de Hailey.

—No estoy enfermo. Es solo que he tenido muchas cosas en la cabeza últimamente. Problemas familiares —confesó sin saber muy bien por qué.

—¿Problemas familiares? —Preguntó Hailey con curiosidad y un toque de preocupación en su voz.

—Sí, cosas de hermanos. Pero no te preocupes, estoy bien. Volveré a los entrenamientos pronto, pero necesito unos días para despejar mi cabeza —se excusó con la pequeña.

Hailey frunció el ceño, visiblemente molesta.

—¿Y por qué eso significa que no puedes venir a entrenar? El campeonato se acerca, y no quiero perderme ni un día de práctica. No es justo que todos tengamos que pagar por tus problemas —respondió con una mezcla de enojo y frustración.

Jared se quedó en silencio por un momento, sorprendido por la franqueza de Hailey. Después de un breve instante, suspiró, reconociendo que quizás debería haber manejado la situación de manera diferente.

—Tienes razón, Hailey. No debería haber faltado a los entrenamientos sin darte una explicación. Lo siento. Te prometo que mañana estaré esperándote donde siempre —prometió con solemnidad.

Hailey guardó un breve silencio antes de responder, el tono de su voz se suavizó tras la promesa de Jared.

—Está bien, Jared, pero no me Falles —le rogó la niña.

—Te prometo que no lo haré —aseveró Jared con rotundidad.

Después de despedirse de Hailey, Jared se quedó unos momentos pensativo. Por algún motivo que no llegaba a comprender, se sentía responsable de Hailey y la promesa que había sellado con ella cuando aceptó ayudarla a entrenar. En los últimos tiempos había Fallado a mucha gente, pero no pensaba cometer ese error con ella. Si quería ayudar a la pequeña al día siguiente, debía adelantar trabajo, y con eso en mente se dirigió hacia la puerta, dejando atrás la taza de café a medio terminar.

CAPÍTULO 30

San Antonio,

una semana después

El laboratorio estaba inundado por la tenue luz blanquecina de las lámparas, creando una atmósfera fría y antiséptica mientras Brianna y Liam esperaban a que le sacaran la sangre a la joven. Ella tenía el brazo flexionado, observando cómo la enfermera preparaba todo para el procedimiento.

—Gracias por hacer esto, Brianna. Sé que no es agradable, pero significa mucho para mí y para la investigación —agradeció Liam con sinceridad.

La muchacha sonrió, tratando de aliviar la tensión en el aire. Llevaba un par de noches sin poder dormir, pero el día anterior decidió aceptar la petición de Liam y Harper. Al fin y al cabo, con ese sencillo gesto, quizás lograra que Harper dejara de culpar a su padre del asesinato.

—No te preocupes, Liam. Si esto puede ayudar a aclarar las cosas, estoy dispuesta a hacerlo, aunque me tenga que quedar sin una gota de sangre en las venas. Ya sabes que siempre me han gustado las historias de vampiros —añadió con humor.

Brianna soltó un pequeño jadeo cuando la aguja traspasó su piel, pero aguantó estoicamente, como se esperaba de una veterinaria experimentada. Cuando la enfermera terminó, Brianna se relajó y poco después salían de la clínica.

Liam le propuso tomar un café, y Brianna aceptó; necesitaba cafeína para contrarrestar la tensión que se había acumulado en su cuerpo. Mientras degustaban café y pequeños pastelitos de canela, Liam aprovechó el momento para agradecerle nuevamente a Brianna por someterse al análisis de sangre. Después de un breve silencio, decidió compartir el resto de la información que le había ocultado, pero que ella tenía derecho a conocer.

—El otro día no te contamos toda la verdad —comenzó Liam, nervioso, mientras abrazaba la taza con sus dedos.

Brianna, que estaba a punto de llevarse la porcelana a los labios, detuvo su movimiento y habló con una mezcla de preocupación y

expectación.

—¿Hay algo más? —preguntó con reservas.

—Sí, ya sabes que tu madre y la mía eran las mejores amigas.

—Sí, lo sé —confirmó Brianna con cautela.

—Pues resulta que tu madre tenía la intención de dejar a tu padre por Conrad y le confesó que… Hailey es hija de Conrad —reveló con reserva, consciente del impacto de sus palabras.

Brianna, con los ojos abiertos de par en par, se quedó en estado de *shock*. La noticia la golpeó como un martillazo, y fue incapaz de articular palabra alguna. Durante unos segundos, sus oídos parecieron perder su función, y el silencio la rodeó a pesar de encontrarse en una concurrida cafetería.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó finalmente, cuando logró articular palabra—. No puede ser —farfulló, incapaz de asumir aquella nueva realidad.

—Me temo que sí —respondió Liam con la angustia reflejada en su voz.

Comprendía lo mucho que aquel descubrimiento podía afectar a su amiga. Sabía que Brianna adoraba a aquella niña y que, desde la muerte de Abigail, había cuidado de Hailey como una madre.

La revelación de Liam resonó en la mente de Brianna como un eco angustioso. Un torbellino de emociones la asaltó, llevándola de la desilusión al temor en un abrir y cerrar de ojos. El vínculo entre los Duncan y su familia se estrechaba, y la realidad era más desconcertante de lo que jamás habría sospechado.

—¿Cómo es posible? —murmuró Brianna, tratando de procesar la información—. ¿Hailey... hermana de Harper, de Colt, de... de Jared? —preguntó con una mezcla de incredulidad y temor.

Liam asintió, reconociendo la gravedad de lo que acababa de revelar.

—Sí, parece ser así. Mi madre me contó que Abigail había decidido separarse de Morgan cuando descubrió que la pequeña era hija de Conrad.

—¿Y cómo lo supo? —preguntó Brianna, sintiendo la necesidad de obtener respuestas.

—No puedo responderte a eso, quizás deberías hablar con mi madre —respondió Liam incómodo.

El silencio los rodeó mientras Brianna dejaba que la información se asentara en su mente. La realidad había dado un giro inesperado y angustioso. Se sentía traicionada por la imagen que tenía de su familia y por la verdad que había permanecido oculta durante tanto tiempo.

—No puedo creerlo… todo este tiempo pensando que mi familia era perfecta, lo mucho que significaba ser una Chapman, y ahora… —Brianna se interrumpió, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos.

Liam se acercó y colocó su brazo sobre sus hombros, pegándola a su costado, como había hecho en innumerables ocasiones a lo largo de su vida. Brianna era la hermana que nunca había tenido.

—Lo siento, Bree. No deberías haberlo descubierto de esta manera.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Brianna, sintiendo que la necesidad de desvelar los secretos del pasado se había apoderado de ella. Ahora comprendía por qué Harper se había obcecado en aquel asunto.

La respuesta de Liam se hizo esperar, demorándose unos minutos como si estuviera sopesando cuidadosamente cada palabra antes de pronunciarla.

—No lo sé, Bree. Todo esto acaba de salir a la luz, y creo que necesitamos tiempo para procesarlo. Pero lo que sea que decidamos hacer, lo haremos juntos y con el consenso de todos.

Brianna asintió, agradecida por la presencia reconfortante de Liam.

—Gracias por estar siempre para mí —dijo emocionada.

—Sabes que siempre lo estaré —afirmó Liam con convicción—. Somos familia, aunque no de sangre —añadió con humor.

—Liam, ¿crees que debería hablar con mi padre sobre esto?, ¿crees que él lo sabe? —preguntó Brianna con inquietud.

—No, de momento no. Creo que deberíamos dejar este asunto entre Harper, tú y yo, al menos hasta que descubramos toda la verdad y al asesino de tu madre, que podría andar suelto por ahí —explicó Liam con seriedad, su mirada reflejando la gravedad de la situación.

—Me parece bien —replicó Brianna tras unos minutos de reflexión—. Quizás sea mejor así —añadió—. Voy a necesitar tiempo para asimilar esto.

—Es lógico —asintió Liam.

—Y ahora será mejor que regresemos —dijo Brianna al comprobar la hora en su reloj—. No me gusta dejar sola a Erin en la clínica mucho tiempo —mencionó en alusión a su empleada.

—Ni yo la comisaría en manos de mis hombres. En cuanto me doy la vuelta arman algún desaguisado —replicó Liam con humor, dejando un billete sobre la mesa antes de salir de la pequeña cafetería junto a Brianna.

***

Serene Falls

La casa de Liam se había convertido en una especie de jaula para Harper. La presencia constante de los hombres del *sheriff* en el exterior, como sombras sigilosas, la hacía sentir como un animal acorralado. Aquella mañana se le estaba haciendo más larga que nunca desde que Liam se había empeñado en recluirla allí, y más sabiendo que él no estaba en Serene Falls.

Para matar el tiempo Hailey había llamado a Tricia. Habían charlado durante casi una hora. La preocupación de Tricia por ella se notaba en cada palabra, y aunque Hailey intentaba tranquilizarla, apreciaba su genuina preocupación. Después de compartir confidencias, risas y rememorar anécdotas conjuntas, Tricia se despidió porque tenía que volver al aula tras su hora libre.

Tras dejar el teléfono sobre una mesa próxima, Harper se dedicó a dar paseos, pero en un momento de desesperación, se asomó a la ventana y, como esperaba, divisó al hombre de Liam vestido de calle, vigilando la vivienda como si se tratara de un perro de presa.

La necesidad de libertad se apoderó de ella, y sin pensar en las consecuencias, decidió escapar por la ventana trasera. Cauta y decidida, sorteó el riesgo de ser vista y consiguió llegar hasta el coche

de Amanda, del que había cogido las llaves antes de salir. Anhelaba sentir el aire fresco en su rostro, liberarse, aunque fuera por un breve instante, y por eso no dudó en tomar el camino en dirección al rancho de su familia, pensando que un paseo a caballo no le vendría mal.

Cuando llegó, la familiaridad del lugar le otorgó cierta sensación de seguridad. Entre los susurros del viento que soplaba y la suave luz del día, Harper se dirigió hacia los establos con la esperanza de no encontrarse con ninguno de sus hermanos, a los que no le apetecía ver.

Seleccionó a una yegua dócil, la misma que Colt le había ensillado el primer día que llegó. Tras ajustar la silla sobre su lomo y asegurar las cinchas, montó sobre el regio animal, espoleándolo con decisión para emprender la marcha.

Minutos después, se encontraba inmersa en una alocada carrera, su cabello negro ondeando libremente a su espalda y la sensación de adrenalina recorriendo sus venas. No tenía un destino específico; lo único que le importaba era la liberación que aquella cabalgada le proporcionaba. Sin comprender del todo cómo ni por qué, divisó la vieja cabaña de arreos donde Abigail Chapman había perdido la vida doce años atrás.

Tiró suavemente de las riendas, obligando al caballo a detenerse. No regresaba a ese lugar desde su infancia; su padre la había llevado allí en alguna ocasión, cuando la lluvia los había pillado desprevenidos en alguna de sus excusiones por los terrenos del rancho.

Dudó durante interminables minutos, consciente en el fondo de que no era la mejor idea, pero finalmente abandonó su montura y se aproximó a la vieja cabaña con cautela. Cada paso sobre el viejo porche provocaba crujidos, y un escalofrío recorrió su espina dorsal, como si fuera una señal que le indicaba que se detuviera.

A pesar de la sensación inquietante que recorría su piel, Harper avanzó con resolución. Cada paso sobre el suelo de madera resonaba como un eco del pasado, y, al llegar a la puerta, notó que esta se movía con un chirrido lastimoso al empujarla. La oscuridad del interior se disipaba tenuemente con los rayos del sol que se filtraban a través de la ventana, revelando un espacio polvoriento y abandonado.

Sus ojos se ajustaron a la penumbra y su mirada se posó en los objetos olvidados que yacían en la habitación. Entre telarañas y recuerdos, pudo distinguir un colchón ajado en un rincón, adornado

con algunas colchas y mantas que ostentaban manchas de un color extraño. Supuso que eran vestigios de los eventos ocurridos doce años atrás. Tampoco le pasó desapercibida la cinta de plástico que la policía debió colocar cuando descubrieron que aquel lugar había sido escenario de un truculento asesinato.

De repente, un crujido la sobresaltó, haciendo que Harper girara la cabeza en la penumbra, donde distinguió la figura de un hombre. Su corazón latía con fuerza mientras intentaba discernir quién era el intruso.

—¿Quién eres? —preguntó Harper, mezclando nerviosismo y valentía.

—¿Realmente quieres saberlo? —cuestionó el desconocido, deleitándose con la situación inesperada que se desarrollaba.

El hombre, apenas visible en la semi penumbra, dio un paso al frente, revelando solo la parte inferior de su rostro. Una malévola sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¡No! —exclamó Harper desesperada.

—Creo que me estabas buscando. Fui yo quien puso fin a la mísera vida de esa perra de Abigail —confesó el hombre con frialdad, antes de lanzar un golpe que sumió el mundo de Harper en la oscuridad.

Despertó más tarde, encontrándose atada a una silla y desorientada en la antigua cabaña. La realidad la golpeó con la fuerza de un mazo, y la urgencia de escapar se apoderó de su cuerpo. Con frenesí, intentó liberarse, pero las malditas bridas se aferraban a su piel, clavándose dolorosamente en su carne. Buscó gritar, pero una mordaza y una tela maloliente amenazaban con asfixiarla. De repente, una voz fría y monocorde rompió el silencio del lugar.

—No te molestes. No permitiré que escapes tan fácilmente. Voy a disfrutar con esto, a diferencia de lo que sucedió con Abigail. No había planeado poner fin a más vidas, pero no me has dejado otra opción. Eres una chica muy persistente, te gusta meter las narices donde no te llaman, y ahora pagarás las consecuencias de tu imprudencia.

Harper exploró su entorno, buscando la ventana, y descubrió que ya era de noche. La tenue luz de una lámpara de gas oscilaba sobre las paredes desconchadas de la cabaña, creando sombras danzantes que se proyectaban sobre el rostro demacrado de Harper. Los ojos de su

captor brillaban con una frialdad inquietante que le heló la sangre en las venas.

CAPÍTULO 31

El regreso de Liam y Brianna a Serene Falls fue silencioso, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Para Brianna no había sido fácil decidir si era buena o mala idea prestarse para esas pruebas. Pero tampoco podía negar que la actitud de su padre en las últimas semanas era preocupante, y necesitaba despejar todas las dudas que se habían formado en su cabeza respecto a la muerte de su madre.

—Liam, ¿realmente crees que mi padre podría estar relacionado de alguna manera con todo esto? —preguntó, rompiendo el silencio que los envolvía.

—No lo sé, Bree —confesó Liam con sinceridad—. Esto se está volviendo más complicado de lo que jamás imaginé.

Antes de que pudieran adentrarse más en la conversación, el teléfono de Liam sonó, interrumpiendo el momento. La llamada resonó en el interior del vehículo mientras avanzaban por la carretera.

—Liam, soy Matt —confesó una voz tensa al otro lado de la línea.

—¿Qué sucede? —inquirió Liam, sin percatarse de que su ceño se fruncía.

Conocía bien a cada uno de sus hombres, y el tono de Matt indicaba que se avecinaba una noticia desagradable.

—Verá, jefe… —comenzó Matt titubeante, pero finalmente confesó que Harper se había escapado a primera hora de la tarde y aún no habían dado con su paradero tras dos horas de intensa búsqueda.

Un nerviosismo palpable se apoderó de Liam, quien aceleró inconscientemente mientras sus manos apretaban con fuerza el volante.

—¿Cómo diablos se os ha escapado? —murmuró Liam con frustración.

—Debió salir por la parte trasera de la casa; supongo que en un cambio de turno —confesó Matt mortificado—. Creíamos que teníamos que vigilar que nadie entrara, no que ella saliera —añadió para excusarse.

—¡Mierda! —exclamó Liam, golpeando con furia el volante.

—Lo siento, jefe —se disculpó Matt con voz grave.

—Estaré en la comisaría en quince minutos —dijo desviando su mirada momentáneamente al reloj del cuadro de luces del coche—. Reúne a todo el personal que puedas.

—Por supuesto, jefe —replicó Matt antes de que la llamada se cortara.

Brianna, testigo de toda la conversación, apoyó su mano en el hombro de Liam.

—La encontraremos, Liam, no puede andar muy lejos.

—Eso espero —replicó Liam, aunque notaba las garras del miedo aferrando sus entrañas como nunca antes.

Al llegar a Serene Falls, la atmósfera estaba saturada de tensión. La noticia se propagó rápidamente entre los vecinos, y muchos se acercaron bajo la excusa de ofrecer ayuda en la búsqueda, aunque en realidad su interés era averiguar de primera mano lo que estaba sucediendo.

Liam, ansioso por poner en marcha la operación de búsqueda, avanzó con paso firme hacia la puerta de la comisaría, donde suponía que lo esperaban sus hombres. Sin embargo, en su camino se topó de frente con Jared y Colt, los hermanos de Harper. «Lo que me faltaba», pensó al descubrir la preocupación y la furia que resplandecían en sus rostros.

—¡Liam!, ¿puedes explicarnos dónde estabas? ¿Qué está pasando con mi hermana? —exclamó Jared, su voz temblorosa denotaba su evidente preocupación—. ¡Necesitamos respuestas ahora mismo! —exigió.

—Harper ha desaparecido —confesó Liam, consciente de que no tenía sentido ocultar la verdad.

—¿No se suponía que estaba en tu casa para que pudieras protegerla? —le recordó Jared.

—Lo siento —respondió Liam, sintiendo el peso sobre sus hombros—, tuve que ir con Brianna a San Antonio —dijo sin proporcionar más detalles—, y no pensé que algo así pudiera suceder.

Dejé a mis hombres vigilando, pero ella se escapó —confesó con dificultad.

Colt, más reservado, pero igualmente furioso, añadió:

—Liam, ¿cómo permitiste que esto pasara? —le reprochó con voz cargada de frustración.

Brianna, testigo de la escena, no pudo evitar intervenir al ver el mal rato que estaba pasando su amigo.

—Por favor, intentemos calmarnos. Discutiendo no vamos a encontrar a Harper —intervino, buscando apaciguar la situación.

Jared, con la furia aún palpable en sus ojos verdes, clavó su mirada en la joven antes de gruñirle hoscamente:

—Tú no te metas, estoy seguro de que estás encantada con todo esto. Si no fuera por tu familia...

—¡Jared, por el amor de Dios, cállate! —ordenó Colt con voz autoritaria.

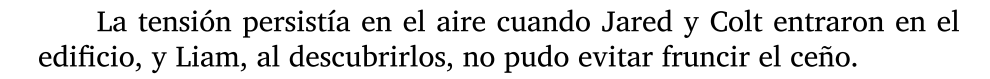
Para sorpresa de todos, Jared giró su rostro y miró furibundo a su hermano, pero no dijo ni una sola palabra más.

—Solo queremos que ella aparezca sana y salva —añadió Colt clavando su mirada en Liam—. Y te advierto algo, si alguien la lastima, no tendrás lugar donde esconderte —advirtió con voz dura.

—Haré todo lo que esté en mi mano —aseveró Liam rotundo—. Creo que no hace falta recordaros que la amo —añadió para dar más veracidad a sus palabras. —Y ahora, si me dejáis, voy a organizar un operativo. Cada minuto que pasa es tiempo perdido —dijo Liam con firmeza antes de alejarse.

Consciente de la mirada desconfiada y furibunda de Jared, Brianna optó por seguir rápidamente a Liam, evitando quedarse a solas con los hermanos Duncan. Jared, el mayor de los dos, poseía la habilidad de ensombrecer el ánimo de cualquiera, y ella no quería absorber esas energías negativas.

Mientras tanto, el pasillo de la comisaría se había convertido en el epicentro de la operación. Liam, con la mente enfocada en la organización, entró en acción de inmediato, reuniendo a sus hombres y delineando un plan de búsqueda.



La tensión persistía en el aire cuando Jared y Colt entraron en el edificio, y Liam, al descubrirlos, no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Qué queréis ahora? —preguntó con evidente fastidio.

—Tenemos noticias —expresó Colt con voz apremiante—. Uno de nuestros hombres ha descubierto un coche desconocido en el rancho.

—¿Qué coche? —preguntó Liam interesado.

—Un Ford Taurus, creo que, de los noventa, color esmeralda —contestó Colt, recordando los datos que le habían dado.

—Es el coche de mi madre —pronunció Liam mientras su cabeza trabajaba a mil revoluciones. Si Harper había cogido el coche y había ido al rancho, lo más probable era que anduviera por las tierras de los Duncan—. ¿Falta algún caballo? —preguntó de improviso.

—No lo sé —confesó Colt mientras rebuscaba el teléfono en el bolsillo de su chaqueta—, pero ahora te lo digo.

Unos minutos después, Liam hablaba con el hombre que había encontrado el coche y que le dio alguna información más. Tras colgar la llamada se giró y caminó unos pasos hasta el lugar donde se encontraban los Duncan y Brianna.

—Gracias —dijo mientras le devolvía el teléfono a Colt—. Ya tengo todos los datos, y os prometo que en cuanto sepa algo, os avisaré —aseguró Liam—. Pero ahora, por favor, iros a casa —rogó.

—Ni lo sueñes —afirmó Jared rotundo—. Queremos formar parte de la búsqueda. —Al ver la duda en el rostro del *sheriff*, añadió—: Si no formamos parte de tu operativo, lo haremos por nuestra cuenta.

—Por no hablar de que conocemos nuestras tierras mejor que cualquiera de tus hombres —intervino Colt.

A pesar de poner los ojos en blanco al escuchar sus palabras, Liam sabía que Colt tenía razón. Los Duncan conocían sus tierras mejor que nadie y no tenía otra alternativa que integrar a los hermanos en la búsqueda que estaba a punto de comenzar, a pesar de que hubiera preferido mantenerlos alejados lo máximo posible.

—Vale, está bien —aceptó Liam a regañadientes, sabiendo que discutir con aquellos dos le robaría un valioso tiempo que no tenía.

—Yo también quiero ayudar —intervino Brianna. Su voz sobresaltó a los hombres, y Liam le dedicó una mirada de fastidio.

—¡Está bien! —exclamó finalmente—. Iréis los tres juntos —las expresiones molestas no tardaron en mostrarse—. Esto es lo que queríais, ahora no deis más problemas. Estamos perdiendo tiempo.

Los rostros de Jared, Colt y Brianna reflejaban un descontento palpable ante la decisión de Liam mientras se miraban los unos a los otros, desconcertados ante las rudas palabras del *sheriff*. Pero a pesar de las tensiones, la apremiante necesidad de encontrar a Harper eclipsó cualquier desacuerdo. El trío, aunque renuente, se sumó a la operación de búsqueda.

***

La vieja cabaña,

Rancho Moonlight

En la pequeña cabaña, un silencio cargado de tensión resonaba mientras Harper luchaba por mantener la calma frente a su captor. El asesino, Daniel Brooks, cuyo rostro aún estaba parcialmente en sombras, reveló su identidad con un tono gélido.

—¿No me recuerda, señorita Duncan? —susurró, disfrutando de la expresión de sorpresa en el rostro de la mujer.

—¡Señor Brooks! —exclamó Harper al reconocer al capataz del criadero de caballos Chapman. Había coincidido con aquel hombre en alguna que otra ocasión cuando había ido a visitar a Brianna en su adolescencia—. ¿Por qué está haciendo esto? —preguntó algo más repuesta de la sorpresa inicial, intentando comprender la conexión entre él y su familia.

Daniel soltó una risa amarga antes de aproximarse a ella y acuclillarse frente a la silla donde permanecía atada. Luego habló.

—Siempre todo tiene un porqué, y en este caso el protagonista es tu padre: Conrad Duncan, el hombre que destruyó mi vida.

Harper frunció el ceño, tratando de recordar alguna conexión entre su padre y Daniel Brooks, pero no la encontró.

—¿Qué te hizo mi padre? —preguntó Harper con la necesidad de entender.

—Hace años, tu padre me arrebató a la mujer que amaba: Megan, tu madre. En aquel entonces salíamos juntos, pero apareció Conrad y la alejó de mí. Y luego, no contento con eso, me arrebató todo lo que tenía —añadió, sumido en el pasado. Sus ojos ardían con un odio profundo—. Tuve que abandonar mi hogar, mis animales y mi vida para irme lejos por unas malditas deudas. Años después, logré regresar; había ahorrado algo de dinero y anhelaba recuperar mis tierras y esta cabaña… pero ya era tarde, todo pertenecía a los Duncan. No puedes comprender lo que sentí… y para colmo de males, Megan había Fallecido.

—Lo lamento mucho —logró balbucear Harper, imaginando cómo debió haberse sentido aquel hombre—, pero estoy segura de que mi padre no lo hizo con la intención…

—¡Me importa una mierda su intención! —gritó Daniel con el rostro desencajado por la ira—. Ese hijo de puta me lo robó todo, y cuando descubrí que se había liado con la mujer de mi jefe, el único hombre que me dio una oportunidad a mi regreso, decidí hacerle pagar con lo que más le dolía: Abigail Chapman, esa maldita zorra —añadió mientras le daba la espalda y clavaba su mirada en la ventana donde podía distinguirse la luna.

—¡Dios mío! —exclamó Harper horrorizada.

—Y todo se hubiera quedado ahí si tú no hubieras metido tu nariz donde no te llamaban —dijo girándose nuevamente y clavando un dedo acusador en Harper—. Pero no hay mal que por bien no venga —añadió con una mezcla de excitación y alegría—. Gracias a eso voy a poder vengarme de Conrad por segunda vez —afirmó mientras se aproximaba a Harper y acariciaba su mejilla con el filo de su cuchillo —. Te pareces tanto a ella… —dijo con nostalgia mientras una sonrisa torcida se dibujaba en sus labios.

Harper sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal, pero sabía que debía ganar tiempo si quería tener alguna oportunidad de salir viva de aquel lugar.

—¿Por qué Abigail? —preguntó Harper con la intención de desviar la atención de Brooks de su persona.

Daniel se apartó de ella y comenzó a caminar en el centro de la pequeña cabaña en círculos, sumido nuevamente en el pasado.

—Abigail fue la llave para herir a tu padre en lo más profundo. No solo le arrebaté a la mujer que amaba, sino que también le mostré

que podía perderlo todo, al igual que me pasó a mí. Mi única satisfacción era ver el sufrimiento en sus ojos —confesó con frialdad.

En medio de la oscura revelación, Harper comprendió que estaba atrapada en un juego retorcido de venganza que había perdurado durante décadas del que no sabía cómo iba a escapar. La cabaña, testigo silencioso de la tragedia pasada y presente, parecía retumbar con la pesada verdad que había salido a la luz. Harper, atada y sola, se enfrentaba a un destino incierto, mientras Serene Falls temblaba con el eco de silencios perdidos y rencores desenterrados.

CAPÍTULO 32

Rancho Moonlight,

una hora después

La decisión de permitir a los hermanos Duncan unirse a la búsqueda no dejaba de inquietar a Liam mientras conducía su patrulla hasta el rancho de la familia de Harper. Quizás había cometido un grave error. No podía evitar sentir recelo al dejar a Brianna a solas con los Duncan, dada la atmósfera de tensión existente entre las dos familias y que solo podía complicar la situación.

—¡Maldición! —murmuró para sí mismo mientras aparcaba el vehículo frente al establo.

—¿Qué sucede? —preguntó Brianna, que no había despegado sus labios en todo el camino.

—Creo que sería mejor que te fueras a casa —afirmó Liam mientras sacaba la llave del contacto y se la tendía a la joven—. Puedes llevarte este coche.

Brianna giró su cabeza con virulencia y clavó su mirada en el rostro de Liam antes de hablar con tono autoritario.

—Ni lo sueñes, pienso participar en la búsqueda de Harper, aunque para eso tenga que soportar a sus hermanos. No olvides que éramos y seguimos siendo amigas.

—Pero Brianna… —intentó rebatir Liam en vano; la mujer ya salía del vehículo con movimientos bruscos.

Liam golpeó el volante con un puño, frustrado, pero sabiendo que no lograría hacer cambiar de opinión a Brianna. Cuando llegó al interior del establo, descubrió a Jared, Colt y Brianna preparando sus monturas para la búsqueda.

—¿Qué caballo puedo usar yo? —se escuchó decir al llegar a su altura.

Jared elevó su mirada y se encontró con la de Liam antes de hablar.

—¿Vas a venir con nosotros? —preguntó sorprendido.

—Sí, he organizado las partidas en grupos de cuatro personas —inventó Liam sobre la marcha—. ¿Hay algún problema? —añadió, sin pensarlo dos veces. No pensaba dejarse intimidar por la mirada fría que Jared le dedicó.

—No, ninguno —replicó Jared volviendo su atención a las cinchas de su silla—. Puedes coger a Tiger —dijo señalando uno de los apartados—. Aunque te advierto que es algo inquieto.

—Creo que podré controlarlo —replicó Liam, y se aproximó al caballo indicado por Jared.

Minutos después, el grupo partió, cabalgando en la noche apenas iluminada por la luz de la luna y unas linternas que oscilaban con cada paso de los caballos. Los animales, nerviosos e inquietos, reflejaban la atmósfera cargada que rodeaba al grupo.

El ruido monótono de los cascos resonaba en la oscuridad, y el silencio incómodo se rompió cuando Brianna, con la mandíbula tensa, inició la conversación.

—Creo que por aquí no hay nada, ¿qué os parece si nos acercamos a la vieja cabaña? —no añadió nada más, sabía que el resto del grupo conocía el lugar al que hacía referencia.

—¿Para qué? —replicó Liam—. No creo que a Harper se le haya perdido nada allí.

—Eso no lo sabemos —intervino Jared en la conversación—. No perdemos nada comprobándolo, estamos a poca distancia.

Brianna giró la cabeza con virulencia y clavó su mirada en el rostro en sombras de Jared, sorprendida de que la hubiera apoyado en su idea.

—Está bien, como queráis —aceptó Liam tirando de las riendas para seguir a Jared, que ya se había puesto en marcha.

El grupo avanzó hacia la cabaña en silencio. El crujir de las ramas bajo las pezuñas de los caballos resonaba en la noche, mezclándose con el susurro del viento entre las hojas. La estructura de madera antigua se erguía como un testigo silencioso de secretos ocultos.

—Todo parece tranquilo —murmuró Colt, cuya mirada recorría los alrededores.

—Eso no significa nada —dijo Liam mientras achicaba los ojos, y sintió que su corazón se saltaba un latido cuando descubrió un caballo atado a un árbol cercano—. Me temo que no estamos solos —expresó en voz baja.

La mirada de Jared se cruzó con la de Liam y ambos intercambiaron una expresión que reflejaba desconfianza y temor.

—Y hay luz en la cabaña —añadió Colt, que no había apartado la mirada de la pequeña edificación.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —intervino Brianna.

—Tenemos que ser cautelosos —advirtió Liam, bajando de su caballo con precaución—. Jared, Colt, seguidme. Brianna, quédate aquí con los caballos, que no hagan ruido —añadió.

Brianna frunció el ceño, molesta por quedarse atrás, pero asintió en silencio. Liam, Jared y Colt se acercaron a la cabaña, manteniéndose alerta ante cualquier movimiento. La luz que se filtraba por las rendijas de las viejas tablas de madera de la puerta revelaba una tenue claridad en el interior.

Liam dio una señal a Jared y Colt para que se situaran a ambos lados de la entrada. La tensión en el aire era palpable mientras Liam giraba el pomo y abría la puerta con precaución. La madera crujió ligeramente, y la luz del interior le cegó momentáneamente.

—¡¿Qué demonios?! —se escuchó una voz masculina.

—¡Liam, cuidado! —le siguió la de Harper.

El aludido logró enfocar su mirada y se encontró frente a Daniel Brooks, el capataz del criadero de caballos Chapman. La sorpresa se apoderó de la pequeña cabaña. Jared y Colt, que entraban en ese momento y descubrieron que su hermana estaba atada en una silla, intercambiaron miradas furiosas, pero se quedaron quietos al descubrir al hombre que retenía a Harper y que tenía entre sus manos una escopeta.

—¿Qué diablos estás haciendo? —inquirió Liam, manteniendo la calma a pesar de que su corazón latía acelerado.

—Nada de vuestra incumbencia —replicó el aludido, molesto—. Lo que yo tenga con esta entrometida no os atañe.

Jared apretó los puños con rabia, mientras Colt mantenía la mirada fija en el hombre, evaluando la situación. Liam, con gesto serio, intentó que el hombre razonara, aunque estaba seguro de que Brooks no se encontraba en sus cabales, dada la expresión siniestra de su rostro.

—Escucha, por favor, no queremos problemas. Solo queremos llevarnos a Harper y marcharnos.

Daniel Brooks rio con desdén al escuchar sus palabras.

—No va a ser tan fácil, amigo. Ella es la única responsable de lo que está pasando. Si no hubiera metido las narices donde no debía, no estaría en esta situación. Nunca debió remover el asunto del asesinato. Eso sucedió hace doce años. ¿Por qué demonios ha tenido que ponerse a investigar? —preguntó con fastidio.

La atmósfera en la cabaña se volvía más opresiva con cada palabra pronunciada. Brianna, afuera, observaba nerviosa la escena, deseando poder hacer algo para ayudar.

—¿Y si llegamos a un acuerdo? —propuso Liam, intentando mantener la situación bajo control—. Te prometo que ella regresará a Austin y dejará en paz el asunto del asesinato de Abigail Chapman. ¿Te parece? —preguntó mientras llevaba su mano disimuladamente a su cartuchera.

—*Sheriff* Mayers, no me tome por estúpido —dijo Brooks mientras apuntaba con el cañón de la escopeta a la cabeza de Harper—. Tire su pistola al suelo, donde yo pueda verla, por favor.

Liam, notando que la situación se volvía más tensa, evaluó sus opciones. Sabía que ceder su arma podría darle a Brooks aún más control, pero también comprendía que la vida de Harper estaba en juego. Decidió soltar su pistola con precaución, depositándola en el suelo tal como este le indicaba.

—Ahora, quiero que todo el mundo se quede quieto —ordenó desafiante.

Jared y Colt intercambiaron miradas inquietas, pero permanecieron en sus posiciones, temiendo que cualquier movimiento resultara fatal para su hermana. Brianna, desde afuera, observaba impotente la escena.

—¿Ves, *sheriff* Mayers? Esto podría haber sido más fácil si no os

hubierais entrometido —dijo Brooks con desdén.

Liam, con la mirada fija en Harper, trató de encontrar una manera de revertir la situación en la que se encontraban.

En ese momento, un ruido sutil se filtró en la cabaña. Un chirrido distante seguido por un golpe suave. Todos dirigieron sus miradas a la puerta trasera de la cabaña, a la que nadie le había dado importancia hasta ese momento.

—¿Qué diablos es eso? —murmuró Brooks mientras se giraba, visiblemente desconcertado.

Antes de que alguien pudiera reaccionar, la puerta se abrió de golpe, revelando la figura de Morgan Chapman.

La presencia imponente del dueño del criadero de caballos cambió por completo la dinámica. Brooks retrocedió, aparentemente sorprendido por la entrada de su jefe. Morgan, con una expresión firme, se acercó a él sin ningún temor, a pesar del cañón de la escopeta.

—Brooks, ¿qué demonios te crees que estás haciendo? —dijo con voz autoritaria.

Brooks se sintió desconcertado y titubeó. Luego recorrió con su mirada la estancia, evaluando la situación.

—¡Maldita sea, te he hecho una pregunta! —insistió Morgan.

—Esto no debería haber sucedido así —replicó Brooks con nerviosismo—. Yo solo pretendía silenciar a esta Duncan —dijo mientras volvía a apuntar a la cabeza de Harper—. ¡Todo es culpa suya! ¡Está removiendo lo ocurrido hace doce años, y yo solo hice lo que tenía que hacer! —se lamentó.

—¿Y qué fue? —preguntó Liam con voz monocorde.

—¡El cabrón de Conrad Duncan me robó a Megan! —dijo en alusión a la madre de Harper—, y no contento con eso, cuando volví descubrí que había comprado mis tierras, mi hogar —dijo señalando las paredes con el cañón de la escopeta—. Tuve que ponerme a trabajar en el criadero, y luego mi amada Megan murió —relató con la voz cargada de dolor—. Pero ese cabrón de Conrad volvió a hacer su santa voluntad liándose con la mujer de mi jefe. Conrad tenía que pagar. Yo sabía que amaba a esa zorra… y por eso la maté —confesó

finalmente.

—¡Maldito hijo de perra! —vocifero Morgan Chapman mientras se abalanzaba contra Brooks—. ¡Era mi mujer, yo también la amaba! —gritó con angustia.

La escena tomó un giro impactante cuando, de repente, Brooks, en un acceso de locura y desesperación, disparó sin previo aviso. La detonación resonó en la cabaña, seguida por un silencio abrumador. Morgan Chapman cayó al suelo, sosteniendo su estómago, donde la herida sangraba profusamente.

Jared y Colt reaccionaron de inmediato, avanzando hacia Brooks para neutralizarlo, pero el daño ya estaba hecho. Brianna, quien había estado observando la escena desde afuera, entró corriendo en la cabaña al escuchar el disparo. Su grito de angustia llenó el espacio cuando vio a su padre herido en el suelo.

—¡Papá! ¡No puede ser! —exclamó Brianna, arrodillándose junto a él entre lágrimas y gritos de desesperación.

—Tranquila, mi amor, estoy bien —dijo Morgan con una sonrisa forzada, aunque era una gran mentira; notaba el sabor metálico en su boca.

—Lo siento, papá, esto es culpa mía —replicó Brianna sintiéndose responsable mientras intentaba taponar la herida con una camisa que le había tendido Liam.

—No, mi cielo —prosiguió Morgan con esfuerzo—. Solo es culpa de ese maldito loco. Todos estos años… —sus ojos se cerraron con fuerza durante unos segundos—, el asesino de tu madre ha estado entre nosotros. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? —se dijo angustiado.

—Papá, por favor, no hables, no malgastes fuerzas —le rogó Brianna, testigo de cómo la piel de su padre perdía color.

—Por favor, cuando me vaya… —comenzó Morgan, pero Brianna lo interrumpió.

—No te vas a ir a ninguna parte —afirmó la joven tozuda.

—Cuando me vaya —prosiguió Morgan—, quiero que cuides de tu hermana. Sé que no era hija mía —confesó, sorprendiendo a todos —, pero dile que siempre la he amado con todo mi corazón. ¿Me

prometes que se lo dirás? —rogó Morgan.

—Sí, te lo prometo —dijo Brianna con esfuerzo—, pero ahora, por favor, descansa —le rogó mientras acariciaba su mejilla con dedos temblorosos.

El sonido de la ambulancia rompió el silencio, pero cuando llegó, los paramédicos se encontraron con una situación desgarradora. A pesar de sus esfuerzos, la herida de Morgan era demasiado grave, y la vida se le escapaba rápidamente.

Mientras tanto, Harper, liberada y a salvo, observaba la tragedia con horror, apoyada en el pecho de Colt. Daniel Brooks era detenido por Liam y sus hombres, y Brianna se había quedado arrodillada en el suelo, aferrada a la mano de su padre, mientras los enfermeros intentaban apartarla para tapar el cuerpo. Ahora debían esperar a que llegara un juez para el levantamiento del cadáver.

—Tengo que ayudarla —afirmó Harper, apartándose de Colt, pero las piernas le temblaron después de horas sentada en la silla.

—No, lo haré yo —dijo Jared, sorprendiendo a sus hermanos.

Jared se acercó con determinación hacia Brianna, cuya mirada estaba perdida. Con suavidad, la tomó del brazo y la ayudó a ponerse de pie. Cuando Brianna descubrió el rostro de Jared ofreció resistencia, rechazando su ayuda, pero finalmente se apoyó en él, sintiendo la necesidad de salir de aquel lugar cargado de angustia.

En el exterior de la cabaña, Jared guio a Brianna hacia un lugar alejado de la cabaña, los coches, las luces y las sirenas. El aire fresco de la noche susurraba entre los árboles, pero el ambiente estaba cargado de tensión.

—Brianna, lo siento mucho por tu padre —comenzó Jared, rompiendo el silencio incómodo que los rodeaba.

Ella asintió, incapaz de articular palabra, mientras las lágrimas seguían fluyendo por sus mejillas. Jared, queriendo consolarla, se acercó a ella y la abrazó suavemente, sintiéndose algo torpe. Al principio, Brianna se tensó, sorprendida por el gesto, pero luego cedió al abrazo en busca de consuelo en medio de la tragedia.

—Nadie esperaba que esto sucediera, Brianna. No puedo imaginar lo que estás sintiendo en este momento, pero estoy aquí si necesitas algo —añadió Jared. Su tono mostraba una sinceridad que sorprendió

a Brianna.

Ella elevó su mirada para encontrarse con los ojos verdes de Jared, en los que ahora descubría parecido con los de Hailey, y por un momento, en medio de la tragedia, algo cambió entre ellos. Un destello de compasión, de comprensión y conexión les unió.

—¿Por qué estás siendo amable conmigo? —preguntó Brianna con cautela.

—Porque, a pesar de todo, nuestras familias estarán unidas para siempre por la tragedia que sucedió hace doce años —respondió Jared, su expresión revelaba una vulnerabilidad inusual.

El silencio volvió a rodearles, solo roto por el susurro del viento entre los árboles. Brianna asimilaba las palabras de Jared, sintiendo una compleja mezcla de emociones.

Mientras tanto, las autoridades continuaban con el proceso legal, y la tristeza envolvía el lugar. El destino había tejido una trama dolorosa para todos ellos, y la pequeña cabaña era testigo de los secretos oscuros entre los Duncan y los Chapman.

CAPÍTULO 33

Serene Falls,

dos días después.

Amanda inspiró con profundidad antes de tocar con suavidad la puerta de madera. El sol naciente pintaba el cielo con tonalidades cálidas, y sus rayos se filtraban entre las cortinas entreabiertas, dando vida a las sombras que danzaban en el suelo de la habitación. Tras unos segundos, la puerta se deslizó con parsimonia, revelando a Brianna, cuyos ojos aún llevaban la carga emocional de la reciente tragedia.

Con un gesto sereno, Amanda le ofreció una tenue sonrisa, consciente de que Brianna necesitaría tiempo para procesar el dolor.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Amanda con ternura.

Brianna se encogió de hombros, sus labios temblando ligeramente antes de encontrar las palabras adecuadas para definir su dolor.

—Es difícil, ¿sabes? Pero estoy tratando de seguir adelante.

—Lo entiendo, pero estamos aquí para apoyarte, a ti y a Hailey. Si necesitas hablar o simplemente estar en silencio, estaré aquí.

Brianna asintió, sus ojos reflejando una mezcla de dolor y gratitud.

—Gracias —dijo con voz cargada de emoción.

Amanda sentía a Brianna como a una hija, por lo que no dudó en estrecharla fuertemente entre sus brazos. Permanecieron así un largo momento, hasta que Brianna se apartó y le dedicó una tenue sonrisa a su madrina.

—Gracias, ya me siento algo mejor.

—Me alegro, mi vida, pero hoy es el día —le recordó Amanda, señalando que tenían que arreglarse para el funeral de su padre.

—No sé si estoy preparada para despedirme de él —confesó Brianna.

—Es natural. ¿Quieres hablar al respecto?

Brianna suspiró antes de comenzar a compartir sus pensamientos y emociones. Hablaron del pasado, de los recuerdos compartidos de ambas y de cómo las circunstancias habían cambiado drásticamente. Amanda escuchó con paciencia, ofreciendo palabras de consuelo cuando era necesario.

—Amanda —continuó Brianna—, gracias por estar aquí, conmigo. Por ayudarme con Hailey en estos duros momentos.

—Brianna, siempre he querido lo mejor para ti y Hailey —dijo Amanda con dulzura—. Si estar aquí puede proporcionaros un poco de consuelo y apoyo, entonces estoy agradecida de poder hacerlo.

—Te quiero mucho, Amanda. Como si fueras mi segunda madre.

—Y yo te quiero a ti y a Hailey como si fuerais mis hijas —confesó Amanda con la misma emoción—. Estamos juntas en esto, Brianna. En el pasado, el presente y lo que sea que el futuro nos depare.

Las dos mujeres se abrazaron con fuerza, compartiendo un momento de consuelo y amor en medio de la tristeza que envolvía el criadero Chapman. Aunque la pérdida de Morgan dejaba un vacío imposible de llenar, la conexión entre Amanda y Brianna era un recordatorio de que, incluso en los momentos más oscuros, el lazo del amor podía brillar con fuerza.

Una hora más tarde, se congregaron en el cementerio de Serene

Falls. El cielo de verano, aunque normalmente radiante, estaba ahora matizado por tonos grises, y las nubes pesadas de tristeza se desplazaban con parsimonia mientras la reducida multitud se reunía para despedir a Morgan Chapman. Brianna y la pequeña Hailey permanecían recostadas la una sobre la otra, intentando contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse en cualquier momento.

El sacerdote compartía palabras de consuelo, pero su voz apenas era un murmullo en el pesado silencio del lugar. Los ojos de Brianna se posaron en Jared, quien se mantenía a distancia, intentando pasar desapercibido. Sus miradas se cruzaron por un instante, pero el lamento de Hailey, a su lado, hizo que prestara toda su atención a la pequeña.

Cuando finalmente terminaron las desgarradoras palabras del sacerdote y comenzaron a arrojar tierra sobre el ataúd, Hailey, incapaz de soportar más, se apartó de su hermana y salió corriendo. Jared, que había estado observando la escena con atención, se alejó discretamente de la multitud y siguió a la niña, deseando ofrecerle algún consuelo.

Brianna estuvo a punto de salir corriendo también en busca de la pequeña, pero Amanda, situada a su lado, agarró su brazo y la retuvo.

—No puedes irte ahora; la gente ha venido a presentarte sus respetos —susurró Amanda junto a su oído.

—Pero ¿y Hailey? —preguntó preocupada.

—Déjala, no irá lejos; solo necesita dar rienda suelta a su dolor —dijo Amanda sabiamente.

Brianna asintió con un gesto de cabeza, aunque en su fuero interno deseaba buscar a la niña y ofrecerle consuelo, como había hecho desde que aprendió a andar.

Jared alcanzó a Hailey casi a la salida del camposanto. Se había quedado quieta junto a un árbol. Su cuerpo temblaba, las lágrimas caían sin restricción y su respiración se entrecortaba por los sollozos.

—Hola, Hailey, ¿estás bien? —preguntó Jared con cautela, manteniendo la distancia para no asustarla.

La niña levantó la mirada, sorprendida por la presencia de Jared. Sin embargo, la tristeza en sus ojos revelaba una necesidad de consuelo.

—No deberías estar aquí —murmuró Hailey entre lágrimas, evitando la mirada de él.

—Lo sé, pero pensé que podrías necesitar a alguien con quien hablar —respondió con sinceridad.

Hailey se dejó caer en un banco cercano, y Jared se sentó a su lado, permanecieron así, en silencio, varios minutos. Finalmente, la niña se aferró a él, buscando consuelo en medio de la pérdida abrumadora que estaba enfrentando.

Mientras tanto, Brianna, que había recibido las condolencias de la gente allí congregada, observaba la escena desde lejos. El gesto de Jared hacia la pequeña Hailey la tomó por sorpresa. La tragedia vivida estaba construyendo un puente entre dos mundos separados, y la imagen de Jared consolando a la niña resonaba en su corazón.

Se acercó a ellos discretamente y se detuvo a unos pasos, sin estar segura de cómo actuar. Jared, sin apartar la mano del hombro de la niña, hablaba con dulzura:

—Hailey, sé que es difícil. Pero quiero que sepas que no estás sola. Si necesitas algo o simplemente alguien con quien hablar, estoy aquí.

Hailey, ahora algo más tranquila, asintió en silencio, sintiendo la seguridad reconfortante que Jared le brindaba en ese momento de vulnerabilidad.

—Gracias —rompió finalmente el silencio la niña—, y siento haberte hecho perder el tiempo con los entrenamientos, al final no voy a presentarme —confesó con evidente pesar.

—Cielo, ahora eso es lo de menos —afirmó Jared mientras elevaba su mano y acariciaba su hombro comprensivo—. Ya lo intentaremos el próximo año, ¿te parece?

—¿De verdad? —preguntó Hailey esperanzada. Era el primer atisbo de emoción que mostraba la niña desde hacía días.

—Por supuesto, pequeña —afirmó Jared.

Brianna sintió una oleada de emociones contradictorias al escuchar la conversación que mantenían su hermana y Jared. La enemistad que había definido gran parte de su relación con Jared ahora se veía desafiada por la ternura que él dedicaba a la pequeña.

Jared, notando la presencia de Brianna, levantó la mirada hacia ella. Durante un instante sus ojos se encontraron, compartiendo emociones no expresadas: la tristeza, la necesidad de consuelo y, en lo más profundo, la chispa de una conexión que había permanecido latente durante mucho tiempo.

—Hailey, tenemos que irnos —pronunció Brianna, con la imperiosa necesidad de alejarse de Jared Duncan.

La niña elevó su rostro y clavó su mirada en ella.

—¿Vamos a casa? —preguntó esperanzada.

—Sí, vamos a casa —respondió Brianna con voz dulce mientras extendía su mano hacia ella, que la aferró y se levantó del banco. Pero antes, giró su rostro y clavó sus ojos verdes en el rostro de Jared.

—Gracias por todo —dijo la niña con una sonrisa triste.

—Ha sido un verdadero placer, princesa —replicó Jared.

—Gracias, Jared, por cuidar de ella —dijo Brianna con una sinceridad que sorprendió a ambos.

Jared asintió con gratitud y se puso de pie, dejando a Hailey con su hermana. Mientras se alejaba, Brianna era incapaz de apartar su mirada de su amplia espalda y su caminar singular.

Liam y Harper caminaban uno al lado del otro por un estrecho sendero flanqueado por lápidas de piedra, granito y mármol. El sol se ocultaba tras las nubes grises, pintando el cielo con tonos melancólicos que reflejaban el estado de ánimo de ambos. Juntos, abandonaron el cementerio tras asistir al sepelio del señor Chapman, llevando consigo la pesada carga de lo acaecido en los últimos días.

—¿Estás bien? —preguntó Harper, rompiendo el silencio, inquieta por la expresión seria de Liam.

—Creo que sí —afirmó él—. Pero sigo preocupado por ti.

—Lo que pasó ... fue aterrador —confesó Harper—, pero nada comparado a lo que sucedió con el señor Chapman… pobres Hailey y Brianna.

—Sí, ha sido un duro golpe —expresó Liam con abatimiento—, pero Brianna es una mujer fuerte, y sacará adelante a Hailey

—Me siento fatal —confesó Harper con voz apagada—. Si no hubiera regresado, si no me hubiera empeñado en investigar…

Liam se detuvo en seco y aferró los hombros de Harper, clavando sus ojos azules en su rostro antes de hablar.

—¡Escúchame bien! —dijo con intensidad—. Tú no tienes la culpa de nada de lo que ha sucedido. Lo que ocurrió con el señor Chapman fue una tragedia, pero no puedes responsabilizarte por las acciones de Brooks ni por las circunstancias que llevaron a esto.

—Puede que tengas razón —dijo Harper, deseando creer que las palabras de Liam eran ciertas, pero sabía que necesitaría tiempo para que sus temores y heridas sanaran.

—Bien, ¿y ahora qué piensas hacer? —preguntó Liam con cierto nerviosismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Harper con cautela.

—Me refiero —dijo Liam sintiéndose cohibido mientras se frotaba la nuca inconscientemente—, a qué vas a hacer ahora que el asunto del asesinato de Abigail Chapman se ha resuelto.

—Ahora me voy a enfocar en sanar mis heridas y construir un nuevo futuro sin las sombras del pasado —contestó Harper.

—¿Y en ese futuro estoy yo? ¿Vas a quedarte en Serene Falls? —preguntó Liam al ver que Harper no había concretado demasiado.

La joven se apartó ligeramente de él para encontrarse con sus ojos. La seriedad en su expresión le produjo ternura.

—No. Aún tengo que hablar con mis jefes y decidir a qué me voy a dedicar aquí. Pero Liam, no puedo imaginarme mi futuro sin ti —confesó con el corazón latiendo aceleradamente en su pecho—. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

Liam sintió un nudo en la garganta, pero esta vez era de alivio y felicidad. La respuesta de Harper era más de lo que podría haber esperado.

—Yo también te amo, Harper Duncan, y no imagino un futuro donde tú no estés. Si no llegas a decirme que piensas quedarte aquí —confesó con una sonrisa tierna—, habría presentado mi renuncia como *sheriff* y me habría ido a Austin detrás de ti —añadió mientras

enlazaba la cintura femenina y la atraía hacia su cuerpo.

—¿Cómo crees que se lo van a tomar mis hermanos? —preguntó Harper mientras elevaba sus brazos y enlazaba sus dedos tras la nuca de él.

—¿Él qué? —preguntó Liam sin comprender.

—Que me quede a vivir contigo —replicó Harper con una sonrisa resplandeciente.

—Bueno, tus hermanos no me tienen en muy buena estima, pero estoy seguro de que, en el fondo, solo quieren verte feliz —respondió Liam, acariciando suavemente la espalda de Harper.

Ella sonrió, sintiéndose feliz por primera vez en mucho tiempo. Juntos, se sumergieron en un silencio cómodo, compartiendo la certeza de un futuro que se extendía ante ellos. Sin embargo, Liam rompió el silencio con una risa suave.

—¿Qué pasa? —preguntó Harper, curiosa.

—Solo estaba pensando en lo diferente que es este momento comparado con cuando nos volvimos a ver a tu regreso, cuando bajaste de aquel excéntrico taxi de unicornios. En aquel entonces, ni siquiera podíamos imaginar que nuestros caminos se volverían a unir y nos llevarían a esto.

Harper asintió, recordando los desafíos que habían enfrentado juntos en las últimas semanas.

—La vida nos lleva por caminos inesperados, ¿verdad? —murmuró ella.

Liam asintió, mirándola con una mezcla de gratitud y amor.

—Pero lo importante es que estamos aquí, juntos.

Harper asintió con una sonrisa, antes de ponerse de puntillas y unir sus labios a los de él, como llevaba varios minutos deseando. Aquel comienzo de una nueva etapa en sus vidas estaba lleno de promesas y esperanzas. Se separaron, pero sus ojos seguían comunicando lo que las palabras no podían expresar.

Liam acarició el rostro de Harper con su pulgar, admirando la belleza que había encontrado en ella, no solo física, sino también en

su fortaleza y determinación.

—Creo que siempre supe, desde aquella primera vez que te vi de forma diferente en clase de literatura, que nuestra historia no era una simple casualidad. Había algo más, algo destinado a suceder.

—Entonces, aquí estamos, escribiendo nuestro propio destino —dijo Liam con determinación.

Harper asintió, sintiendo la seguridad de que, juntos, podrían enfrentar cualquier desafío que el futuro les deparara. Se abrazaron de nuevo, compartiendo el calor de ese momento especial que marcaba el inicio de una nueva y emocionante fase en sus vidas.

FIN

EPÍLOGO

Serene Falls,

ocho meses después.

Harper se encontraba inmersa en la tarea de organizar libros y documentos en las estanterías recién montadas por ella y Liam. El despacho, impregnado de un aura de profesionalidad y dedicación, reflejaba la nueva etapa que Harper estaba emprendiendo en su carrera como abogada.

Liam, con una sonrisa de orgullo en el rostro, ajustaba los últimos tornillos del escritorio. La complicidad entre la pareja era evidente, compartiendo la emoción de ese nuevo capítulo en sus vidas.

—¿Puedes creer que ha pasado casi un año desde que comenzaste este proyecto? —preguntó Liam, depositando el destornillador en la caja de herramientas antes de erguirse para admirar el espacio que habían creado.

Harper suspiró, revelando una mezcla de asombro y gratitud.

—Sí, fue una decisión difícil. Cuando regresé a Austin para despedirme de Sarah y Spencer, estuve a punto de no volver.

—¡Eh! —exclamó Liam, clavando su mirada en ella—. ¿Habrías sido capaz de abandonarme después de todo lo que nos ha costado estar juntos? —preguntó fingiendo enfado, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Sabes que desde que nos volvimos a ver, y nos besamos, he sido incapaz de apartarme de ti más de un par de días —replicó Harper, coquetamente, mientras se aproximaba a él y se colgaba de su cuello, colocando sus manos tras su nuca. Aunque no te voy a negar que me costó decidirme a alquilar la oficina —confesó—, pero la verdad es que lo necesitaba. No podía seguir invadiendo el salón de tu madre —añadió con humor, sabiendo que Amanda estaba encantada.

Liam acortó la distancia que los separaba y le dio un beso en la frente.

—Estoy orgulloso de ti, Harper. En solo unos meses te has convertido en una abogada prestigiosa en la zona, además de brindar tu ayuda gratuitamente a quienes lo necesitan.

Harper sonrió y tomó la mano de Liam.

—Nunca habría llegado tan lejos sin tu apoyo. Eres mi roca, Liam.

—Y tú eres mi inspiración —respondió él, acariciando suavemente su mejilla.

Una vez terminaron de organizar el despacho, ambos se acomodaron en el pequeño sofá de dos plazas de color gris y contemplaron el espacio a su alrededor.

—Bueno, pues creo que esto ya está —exclamó Liam con orgullo, observando cada rincón.

—Sí, gracias por ayudarme, se lo que odias montar muebles —recordó Harper divertida.

Liam estaba a punto de replicar airadamente a sus palabras, cuando el sonido de risas y murmullos se filtró por la puerta entreabierta, despertando su curiosidad. Al levantar la vista, se sorprendió al descubrir a Jared, Colt, Tricia y Brianna cargados con una botella de champán y una bandeja de canapés.

—¡Sorpresa! —exclamaron al unísono.

Harper dejó escapar un grito de asombro, con su corazón latiendo con alegría ante la inesperada visita.

—¡Oh, chicos, que sorpresa, no teníais que hacer esto! —dijo, emocionada, mientras se levantaba del sofá para recibirlos.

Colt, con su característica sonrisa pícara, levantó la botella de champán en alto.

—¡Brindemos por el nuevo negocio de Harper! —anunció con entusiasmo.

Jared y Tricia asintieron con aprobación, mientras Brianna colocaba la bandeja de canapés en la mesa más cercana.

Harper sintió una oleada de gratitud y felicidad al ver a todas las personas importantes de su vida allí reunidas para celebrar un momento tan especial para ella. Y aunque Mackenzie no estuviera presente, Harper no le guardaba rencor. Estaba segura de que tarde o temprano podría hablar con ella seriamente sobre su situación e intentaría ayudarla en todo lo que pudiera. Era una promesa que se

había hecho a sí misma y que pensaba cumplir, sin importar qué obstáculos pudieran surgir.

—Gracias a todos —dijo con voz emocionada—. Significa mucho para mí teneros aquí —confesó conteniendo lágrimas de felicidad.

Tras sus palabras todos se unieron en un cálido abrazo, compartiendo risas y palabras de aliento. En ese momento, Harper se dio cuenta de lo afortunada que era de tener una familia y amigos tan maravillosos que siempre estaban ahí para ella, apoyándola en cada paso del camino.